TODO JUEGO
TIENE UN FINAL



STEPHANIE
GARBER

Cada historia tiene cuatro partes: el inicio, el nudo, el casi final y el verdadero final. Por desgracia, no todo el mundo consigue un verdadero final. La mayoría de la gente se rinde en la parte de la historia en la que las cosas van peor, cuando parece no haber esperanza, aunque es justo cuando esta es más necesaria. Solo aquellos que perseveran encuentran su verdadero final.

Stephanie Garber

Finale

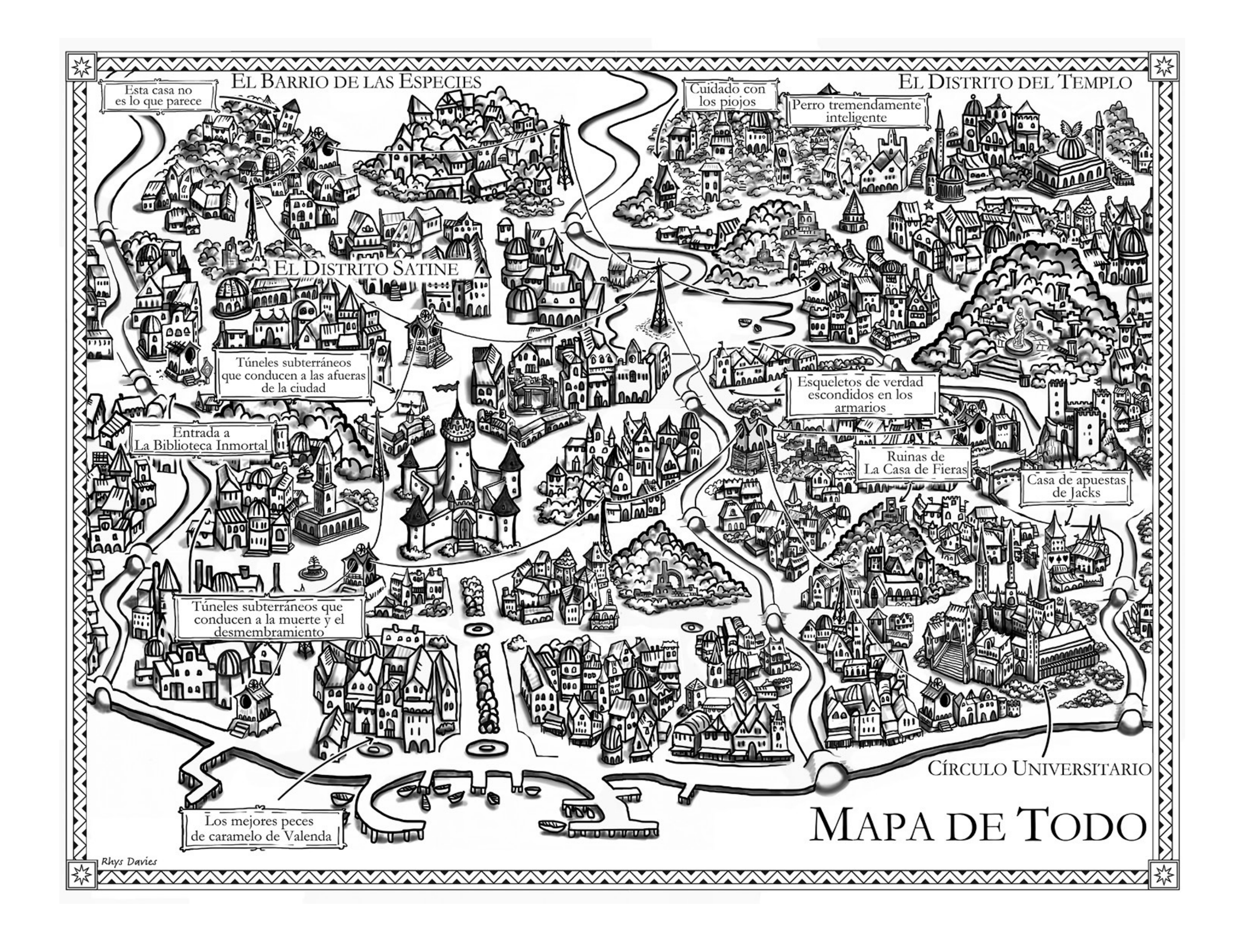
Caraval - 3

ePub r1.0
Titivillus 03-07-2022

Título original: *Finale*
Stephanie Garber, 2019
Traducción: Eva González Rosales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Para Sarah y Jenny:
No necesito invitaciones para Caraval porque vosotros dos ya habéis hecho realidad muchos de mis sueños.



Esta casa no es lo que parece
El Barrio de las Especies
Cuidado con los piojos
Perro tremendamente inteligente
El Distrito del Templo
El Distrito Satine
Túneles subterráneos que conducen a las afueras de la ciudad
Esqueletos de verdad escondidos en los armarios
Entrada a La Biblioteca Inmortal
Ruinas de La Casa de Fieras
Casa de apuestas de Jacks
Túneles subterráneos que conducen a la muerte y el desmembramiento
Círculo Universitario
Los mejores peces de caramelo de Valenda
Mapa de Todo
Rhys Davies

Antes del inicio

El dormitorio de Scarlett Dragna era un palacio de asombro, magia y fantasía, aunque para alguien que hubiera olvidado cómo imaginar, podría parecer un caos de ropa. Trajes granates cubrían las alfombras de marfil y vestidos cerúleos colgaban de las esquinas de la cama con dosel de hierro y se balanceaban con suavidad cada vez que una ráfaga de aire salado se colaba a través de las ventanas abiertas. Las hermanas, sentadas en la cama, no parecían notar la brisa, y tampoco a la persona que había entrado en la habitación junto con ella. La recién llegada se acercó sin hacer ruido a la cama en la que sus hijas estaban jugando, tan silenciosa como una ladrona.

Scarlett, la mayor, estaba ocupada suavizando las enaguas de color rosa pétalo que llevaba sobre los hombros como una capa; mientras la pequeña, Donatella, se envolvía la cara con una tira de encaje crema, como si fuera un parche para el ojo.

Sus voces eran estridentes, agudas y tan luminosas como la mañana, como solo pueden serlo las de los niños. Su sonido era mágico y fundía la dura luz del sol del mediodía en fragmentos de rutilante caramelo de mantequilla que danzaban alrededor de sus cabezas como halos de polvo de estrella.

Ambas parecían angelicales hasta que Tella anunció:

—Yo soy una pirata, no una princesa.

La madre no supo si reírse o fruncir el ceño. Su hija pequeña se parecía mucho a ella; Tella tenía su mismo corazón rebelde y espíritu aventurero. Era un don de doble filo que siempre la había llenado de esperanza y de miedo, por si cometía los mismos errores que ella.

—No —dijo Scarlett, más obstinada de lo habitual—. Devuélvemelo, ¡esa es mi corona! No puedo ser reina si no la tengo.

Al final, su madre frunció el ceño mientras se acercaba a la cama. Scarlett solía ser menos combativa que Tella, pero ambas niñas hicieron una mueca testaruda mientras tomaban los extremos opuestos de un collar de perlas.

—¡Búscate otra corona, este es mi botín pirata! —Tella dio un tremendo tirón y las perlas volaron por la habitación.

¡*Pop*!

¡*Pop*!

¡*Pop*!

La madre atrapó una, y la capturó con destreza entre dos delicados dedos. La diminuta esfera era tan rosa como las mejillas de sus hijas, que por fin habían levantado la cabeza para mirarla.

Los ojos avellana de Scarlett ya se estaban volviendo vidriosos; siempre había sido más sensible que su hermana.

—Ha roto mi corona.

—El verdadero poder de una reina no está en su corona, amor mío. Está aquí. —La mujer le colocó una mano sobre el corazón. Después se giró hacia Tella.

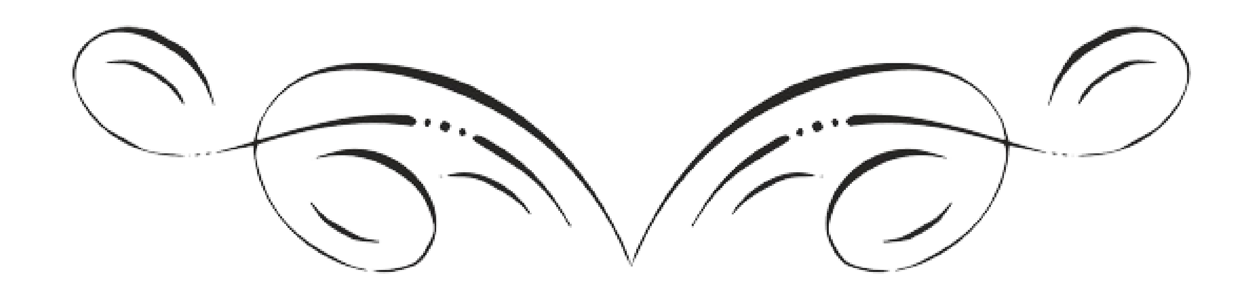
—¿Vas a decirme que no necesito un botín para ser una pirata? ¿O que mi mayor tesoro está justo aquí? —Tella se puso una mano diminuta sobre el corazón, imitando a su madre.

De haber sido Scarlett, su madre habría creído que el gesto era sincero, pero podía ver la travesura en los ojos de Tella. La pequeña tenía una chispa que podía prender fuego al mundo entero, o darle la luz que tanto necesitaba.

—En realidad iba a decirte que tu mayor tesoro está sentado ante ti. No hay nada más valioso que el amor de una hermana. —Dicho eso, tomó las manos de sus hijas y las apretó.

Si hubiera habido un reloj en la habitación, se habría parado. A veces, hay minutos que cuentan con algunos segundos adicionales, momentos que son tan valiosos que el universo se estira para darles más espacio, y aquel fue uno de ellos. La gente no consigue pausas así muy a menudo. Algunas personas jamás llegan a recibirlas.

Aquellas niñas todavía no lo sabían, porque sus historias no habían comenzado. Aún no. Pero pronto alzarían el vuelo y, cuando lo hicieran, las hermanas necesitarían cada momento robado de dulzura que pudieran encontrar.



EL
INICIO



1
Donatella

La primera vez que apareció en los sueños de Tella, Legend parecía recién salido de una de las historias que la gente contaba sobre él. Cuando era Dante, siempre vestía con tonos tan oscuros como la rosa tatuada en el dorso de su mano, pero aquella noche llevaba una levita de doble botonadura en un seductor tono rojo, con festones dorados, a juego con su pañuelo y su mítica chistera.

Su brillante cabello negro sobresalía bajo el ala del sombrero, refugio de unos ojos tan oscuros como el carbón que destellaban mientras la miraban. Estos eran más brillantes que las aguas crepusculares que rodeaban su íntima barca. Aquella no era la mirada inexpresiva y fría que le había dedicado hacía dos noches, justo después de rescatarla de una baraja de cartas y antes de abandonarla sin piedad. Aquella noche sonreía como un príncipe travieso que ha escapado de las estrellas y está listo para transportarla al cielo.

Unas mariposas inesperadas alzaron el vuelo en el estómago de Tella. Legend seguía siendo el mentiroso más guapo que había visto nunca, pero no iba a dejar que la hechizara como lo había hecho durante Caraval. Le quitó el sombrero de copa de su bonita cabeza con un golpe que hizo que el pequeño navío se balanceara.

Él atrapó la chistera con facilidad. Sus dedos se movieron tan rápido que, si no hubiera estado sentado frente a ella, tan cerca que podía ver el ligero movimiento de los músculos de su mandíbula, Tella habría creído que había adivinado su intención. Aunque ambos estaban en un sueño, en el que el centelleante cielo se volvía de un púrpura turbio en los límites como si hubiera pesadillas al acecho, Legend parecía tan nítido como los precisos trazos de una pluma y tan vibrante como una herida recién abierta.

—Creí que te alegrarías de verme —le dijo.

Ella le dirigió su mirada más rabiosa. El dolor que le había causado la última vez que lo vio era demasiado reciente para esconderlo.

—Te marchaste. Me dejaste en esa escalera cuando ni siquiera podía moverme. Jacks me llevó de vuelta al palacio.

Legend apretó los labios.

—Entonces, ¿no vas a perdonarme?

—No me has pedido perdón.

Si lo hubiera hecho, ella lo habría perdonado. *Quería* perdonarlo. Quería creer que Legend no era tan diferente de Dante, y que ella no solo había sido un peón con el que jugar. Quería creer que aquella noche se había marchado porque se había asustado. Pero en lugar de arrepentido por lo que había hecho, parecía irritado porque ella siguiera enfadada con él.

El cielo se oscureció mientras retorcidas nubes púrpuras diseccionaban la luna creciente, dividiéndola en dos partes que flotaron por el cielo como una sonrisa rota.

—Me esperaban en otro sitio.

La frialdad de su voz hizo que la esperanza de Tella muriera.

A su alrededor, el aire se ennegreció mientras los fuegos artificiales estallaban sobre sus cabezas, rompiéndose en brillantes destellos de rojo granada y recordándole el impresionante espectáculo de hacía dos noches.

Levantó la mirada para ver las chispas que recortaban la silueta del Palacio de Elantina; ahora, el Palacio de *Legend*. En realidad, le parecía admirable que Legend hubiera convencido a toda Valenda de que él era el verdadero heredero del trono del Imperio Meridional. Pero, al mismo tiempo, ese engaño le recordaba que la vida de Legend estaba construida sobre un castillo de juegos. Ni siquiera sabía si deseaba el trono por el poder y el prestigio que lo acompañaba o si solo anhelaba llevar a cabo la mayor interpretación que el Imperio había visto nunca. Quizá nunca lo sabría.

—No tenías por qué marcharte de un modo tan frío y cruel —le dijo.

Legend inhaló profundamente y el repentino embate de las olas hambrientas golpeó el bote. El navío se deslizaba por un estrecho canal que conducía a un resplandeciente océano.

—Te lo advertí, Tella. Yo no soy el héroe de tu historia.

Pero en lugar de marcharse, se estaba acercando a ella. La noche se caldeó mientras la miraba a los ojos como ella había querido que lo hiciera cuando se separaron. Olía a magia y a corazones rotos, y algo en esa combinación la hacía pensar que, a pesar de sus palabras, quería ser su héroe.

O quizá solo quería que ella siguiera deseándolo.

Caraval había terminado, pero allí estaba ella, en el interior de un sueño con Legend, flotando sobre aguas de polvo de estrellas y medianoche mientras los fuegos artificiales estallaban sobre sus cabezas como si los cielos quisieran coronar a Legend.

Intentó terminar con los fuegos artificiales (aquel *era* su sueño, después de todo), pero parecía que él los controlaba. Cuanto más luchaba contra el sueño, más encantador se volvía. El aire se empapó de dulzor y los colores se hicieron más brillantes mientras unas sirenas con trenzas de aguamarina tropical y nacaradas colas rosas saltaban del agua y saludaban a Legend antes de volver a sumergirse.

—Te lo tienes muy creído —le espetó—. Yo nunca te pedí que fueras mi héroe.

Dos noches antes, ambos habían hecho sacrificios: ella se había dejado aprisionar en una Baraja del Porvenir, en parte para salvarlo, y él había liberado a los Destinos para rescatarla. Aunque nunca habían hecho algo tan romántico por ella, Tella quería algo más que romanticismo. Quería que fuera de verdad.

Pero ni siquiera estaba segura de que existiera un verdadero Legend. Y, si existía, dudaba de que dejara que alguien se acercara lo suficiente para verlo.

Él había vuelto a ponerse su chistera y estaba muy atractivo, de un modo casi doloroso. No obstante, se parecía más a la idea de Legend que a una persona real, o al Dante al que había conocido y del que se había enamorado.

Se le encogió el corazón. Ella nunca había querido enamorarse de nadie. Y en aquel momento, lo odiaba por hacerla sentir *tantas* cosas por él.

Un último fuego artificial estalló en el cielo y tiñó el paisaje del azul más luminoso que había visto nunca. Parecía el color de los deseos hechos realidad y de las fantasías cumplidas. Y mientras caía, sonó una música tan dulce que las sirenas debieron sentirse celosas.

Estaba intentando deslumbrarla, pero el encandilamiento se parecía mucho al romanticismo: era fantástico mientras duraba, pero nunca subsistía lo suficiente. Y ella quería más. No quería convertirse en una chica sin nombre, en otra de las muchas historias que se contaban sobre Legend; una que se había creído todo lo que él le había dicho solo porque habían compartido una barca y la había mirado a los ojos con estrellas danzando en sus pupilas.

—No he venido para discutir contigo. —Legend levantó una mano como si fuera a tocarla, pero bajó sus largos dedos por el lateral del bote para jugar

despreocupadamente con las aguas de medianoche—. Quería saber si habías recibido mi nota, y preguntarte si quieres el premio por haber ganado Caraval.

Tella fingió pensar mientras recordaba cada palabra de la carta. Él le había dado esperanzas al desearle un feliz cumpleaños y al ofrecerle el premio. Decía que esperaba que fuera a recogerlo, pero no se había disculpado por todos los momentos en los que le había hecho daño.

—Leí el mensaje —le contestó—, pero no estoy interesada en el premio. Ya estoy harta de los juegos.

Él se rio, grave y dolorosamente familiar.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que finjas que nuestro juego ha terminado.

2
Donatella

Legend parecía una tormenta recién reunida. Tenía el cabello alborotado por el viento, sus hombros rectos estaban cubiertos de nieve y los botones de su abrigo estaban hechos de hielo. Caminaba a través de un gélido bosque azulado hecho de escarcha.

Tella se ciñó a los hombros su capa de piel cobalto.

—Parece que intentas engañarme.

Una sonrisa artera curvó la boca de Legend. La noche anterior había estado fantástico, pero esta se parecía más a Dante, vestido con sus tonos oscuros preferidos. No obstante, Dante solía emanar calor y Tella no podía evitar pensar que la fría temperatura del sueño era un reflejo del verdadero estado de ánimo de Legend.

—Solo quiero saber si deseas tu premio por haber ganado Caraval.

Tella había pasado la mitad de su día despierta preguntándose cuál sería el premio, pero se obligó a acallar su curiosidad. Cuando Scarlett ganó Caraval, Legend le concedió un deseo. Le vendría bien cumplir un deseo, pero tenía la sensación de que Legend tenía otra cosa preparada para ella. Así que hubiera aceptado… Si no hubiera notado cuánto deseaba él aquella respuesta.

3
Donatella

Legend visitaba sus sueños cada noche, como el villano de un cuento de hadas. Noche tras noche, tras noche, tras noche. Sin excepciones, durante casi dos meses apareció y desapareció tras recibir la misma respuesta a su pregunta.

Aquella noche estaban en una versión sobrenatural de la taberna de la Iglesia de Legend. Incontables retratos suyos, tal como lo imaginaban los artistas, los miraban mientras un pianista espectral tocaba una tranquila melodía que los parroquianos, delgados como fantasmas y ataviados con coloridas chisteras, bailaban a su alrededor.

Tella estaba sentada en una butaca con forma de caparazón del color de la bruma de un bosque pluvial. Legend estaba frente a ella, en un diván capitoné tan verde como los terrones de azúcar que hacía girar entre sus dedos hábiles.

Después de aquella primera noche en la barca, no había vuelto a llevar la chistera ni la levita roja, confirmando las sospechas de Tella de que esos artículos eran parte de un disfraz. Había vuelto a vestirse de un definido negro… y todavía era de sonrisa y carcajada rápida, como Dante.

Pero a diferencia de este, que siempre encontraba excusas para tocarla, Legend nunca la tocaba en sueños. Si montaban en un globo aerostático, era tan grande que no había peligro de que tropezara con él por accidente. Si paseaban por un jardín rodeado de cascadas, se mantenía en el límite del sendero para no rozarla con el brazo. Tella no sabía si tocarse pondría fin a su sueño compartido o si aquel era solo uno de los muchos modos de los que se ayudaba para mantener el control, pero la frustraba infinitamente. Quería ser ella quien tuviera el control.

Dio un sorbo a su burbujeante refresco verde. Sabía demasiado a regaliz negro, pero le gustaba que los ojos de Legend acudieran a sus labios cada vez que bebía. Puede que evitara tocarla, pero eso no lo disuadía de mirarla.

No obstante, aquella noche tenía los ojos enrojecidos, incluso más que las últimas noches. El luto por la muerte de la emperatriz Elantina terminaría en dos días, lo que significaba que la cuenta atrás para la coronación oficial de Legend estaba a punto de comenzar. En doce días, sería coronado emperador. Tella no sabía si los preparativos le estaban pasando factura; a veces, hablaba de los asuntos del palacio y de lo frustrante que era el Consejo Real, pero aquella noche se mantuvo callado. No le preguntó, porque hacerlo le haría perder puntos en el juego al que estaban jugando (aquello era sin duda un juego) e iba contra las reglas admitir que se preocupaba por él. Al igual que tocarse.

—Pareces cansado —le dijo, en lugar de eso—. Y te vendría bien cortarte el pelo. Casi te tapa los ojos.

Legend elevó una comisura y su voz se llenó de burla.

—Si tengo tan mal aspecto, ¿por qué no dejas de mirarme?

—Que no me gustes no significa que no seas guapo.

—Si de verdad me odiaras, no te parecería atractivo.

—Nunca he dicho que tuviera buen gusto. —Tella se bebió lo que quedaba de su refresco.

Legend volvió a mirarle los labios mientras giraba los terrones de azúcar de absenta entre sus largos dedos. Los tatuajes de sus dedos habían desaparecido, pero conservaba la rosa negra en el dorso de la mano. Siempre que la veía, Tella quería preguntarle por qué se la había dejado, si se había quitado el resto de los tatuajes, como las preciosas alas de su espalda, y si esa era la razón por la que ya no olía a tinta. También sentía curiosidad por saber si todavía tenía la marca del Templo de las Estrellas, el símbolo de la deuda vital que había contraído con ellos. La deuda que había firmado por ella.

Pero si le preguntaba eso, no habría duda de que le importaba.

Por fortuna, admirarlo no iba en contra de sus reglas no escritas. De lo contrario, ambos habrían perdido aquel juego hacía mucho. Tella intentaba ser un poco más discreta, pero él nunca lo era. Legend la miraba con descaro.

Aunque aquella noche parecía distraído. No había hecho ningún comentario sobre su vestido: él controlaba la ubicación, pero ella elegía qué ponerse. Esa noche, su vestido fluido era de un azul caprichoso, con tirantes cubiertos por pétalos de flores, un corpiño atado con cintas y una falda de aleteantes mariposas. Le gustaba pensar que la hacía parecer una reina del bosque.

Legend ni siquiera se fijó cuando una de sus mariposas se posó en su hombro. Sus ojos no dejaban de volar hasta el espectral pianista. ¿Y era su

imaginación o la taberna parecía más apagada que el resto de los sueños que habían compartido?

Habría jurado que el diván había sido de un verde brillante y chillón, pero se había atenuado hasta alcanzar el tono pálido de un cristal arrastrado por el mar. Quería preguntarle si iba todo bien pero, una vez más, eso habría delatado que le importaba.

—¿No vas a hacerme tu pregunta esta noche?

Legend volvió a mirarla.

—¿Sabes? Algún día dejaré de preguntártelo y te quedarás sin premio.

—Eso sería encantador. —Suspiró y varias mariposas alzaron el vuelo desde su falda—. Por fin disfrutaría de una noche de sueño reparador.

La voz grave de Legend se volvió más rotunda.

—Si dejara de visitarte, me echarías de menos.

—Eres demasiado presuntuoso.

Legend dejó de jugar con sus terrones de azúcar y apartó la mirada para concentrarse de nuevo en el músico sobre el escenario. Su melodía se había aventurado en la clave equivocada, convirtiendo su canción en algo discordante y desagradable. Los bailarines espectrales respondieron pisándose unos a otros. Entonces, un tremendo estrépito los detuvo en seco.

El pianista se desplomó sobre su instrumento como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas.

El corazón de Tella latía con fuerza. Legend siempre había controlado sus sueños, pero no tenía la sensación de que aquello fuera cosa de él. La magia en el aire no olía como la suya. Su magia siempre tenía un aroma dulce, pero este era demasiado dulce, casi podrido.

Cuando volvió a girarse, Legend ya no estaba sentado, sino de pie ante ella.

—Tella —dijo, con mayor brusquedad de lo habitual—, tienes que despertarte…

Sus últimas palabras se convirtieron en humo y él se transformó en ceniza mientras el resto del sueño estallaba en ponzoñosas llamas verdes.

Cuando Tella despertó, tenía el sabor del fuego en la lengua y una mariposa muerta descansaba en su palma.

4
Donatella

La noche siguiente, Legend no visitó sus sueños.

5
Donatella

Los embriagadores aromas de los castillos de caramelo de miel, de las garrapiñadas de canela, de las trufas con almendras y del almíbar de melocotón flotaron a través de la ventana agrietada de Tella cuando despertó, llenando el diminuto dormitorio de azúcar y sueños. Sin embargo, el único sabor que notaba era el de su pesadilla. Le cubría la lengua de fuego y ceniza, como había hecho el día anterior.

A Legend le había pasado algo malo. Al principio no había querido creerlo; cuando el último sueño que compartieron se incendió, creyó que podía ser otro de sus juegos. Pero la noche anterior, cuando lo buscó en sus sueños, lo único que encontró fue humo y ceniza.

Se incorporó, se deshizo de sus finas sábanas y se vistió con rapidez. Iba contra las reglas hacer algo que delatara su interés, pero si solo iba al palacio a espiar y no hablaba con él, nunca se enteraría. Y en caso de que estuviera de verdad en problemas, romper las normas sería lo de menos.

—Tella, ¿para qué te estás vistiendo con tanta prisa?

Se sobresaltó y el corazón le brincó hasta la garganta al ver a su madre entrando en su habitación, pero solo era Scarlett. Excepto por el mechón plateado en su cabello castaño oscuro, era casi igual a su madre, Paloma. Ambas eran altas y tenían los mismos grandes ojos avellana y la misma piel oliva, solo un tono más oscura que la de Tella.

La joven miró la habitación contigua sobre el hombro de Scarlett. Su madre seguía atrapada en un sueño encantado, todavía como una muñeca sobre la colcha desteñida por el sol de su deslustrada cama metálica.

Paloma no se movía; no hablaba, no abría los ojos. Ya no estaba tan pálida como cuando llegó y su piel poseía ahora cierto lustre, pero sus labios seguían luciendo un perturbador tono rojo de cuento de hadas.

Cada día, Tella pasaba al menos una hora observándola con atención, esperando un aleteo de sus pestañas o un movimiento que no fuera solo el de su pecho al respirar. Por supuesto, tan pronto como Paloma despertara, el resto de los Destinos inmortales a los que Legend había liberado de la Baraja del Porvenir lo haría también, como le había advertido Jacks, El Príncipe de Corazones.

Había treinta y dos Destinos: ocho lugares aciagos, ocho objetos funestos y dieciséis criaturas inmortales. Como la mayoría de los ciudadanos del Imperio Meridional, Tella había creído que aquellos antiguos seres eran solo leyendas, pero gracias a su trato con Jacks había descubierto que eran más parecidos a dioses malvados. Y, a veces, pensaba de forma egoísta que no le importaría que despertaran si su madre lo hacía también.

Paloma había pasado siete años atrapada en las cartas con los Destinos, pero Tella no se había esforzado tanto por liberarla solo para verla dormir.

—Tella, ¿estás bien? —le preguntó Scarlett—. ¿Por qué te arreglas tanto?

—Es el primer vestido que he sacado.

También era su vestido más nuevo. Lo había visto en el escaparate de una tienda y se había gastado en él prácticamente toda su asignación semanal. El vestido tenía su tono de azul favorito, escote corazón, un ancho fajín amarillo y una falda a media pierna hecha con cientos de plumas. Era posible que las plumas le recordaran al carrusel que Legend había creado para ella en un sueño dos meses antes, pero se dijo que lo había comprado porque hacía que pareciera que acababa de bajar flotando de las nubes.

Tella le mostró a Scarlett su sonrisa más inocente.

—Solo voy a salir un rato al Festival del Sol.

Su hermana hizo un mohín, como si no estuviera segura de qué responder, pero estaba visiblemente angustiada. Su vestido mágico se había vuelto de un desdichado tono púrpura, el color que menos le gustaba, y su estilo parecía incluso más anticuado que el mobiliario de su abarrotado apartamento.

—Hoy te toca vigilar a Paloma —le dijo Scarlett con voz amable.

—Volveré antes de que tengas que marcharte —replicó Tella—. Sé lo importante que es esta tarde para ti, pero tengo que salir.

Tella quería dejarlo así. Su hermana no comprendía su relación con Legend, que sin duda era complicada. Él le parecía a veces su enemigo, a veces su amigo, a veces alguien de quien había estado enamorada, y de vez en cuando alguien a quien todavía amaba. Pero para Scarlett, Legend era un manipulador, un mentiroso, un joven que jugaba con la gente como otros jugaban con cartas. Su hermana no sabía que él la visitaba en sus sueños cada

noche, solo que a veces aparecía en ellos. Y opinaba que aquella versión de él seguía sin ser el verdadero Legend, porque solo se presentaba en sueños.

Tella no creía que Legend estuviera representando un papel, pero sabía que había cosas que no estaba contándole. Aunque le hacía la misma pregunta cada noche, había empezado a parecer solo una excusa para ir a verla, una distracción para ocultar la verdadera razón por la que solo aparecía en sus sueños. Por desgracia, todavía no sabía si la visitaba porque estaba interesado en ella o como parte de algún juego.

Scarlett se enfadaría cuando descubriera que había estado apareciendo en sus sueños cada noche, pero Tella le debía la verdad. Su hermana llevaba semanas esperando aquel día: tenía que saber por qué iba a marcharse de repente.

—Tengo que ir al palacio —dijo con premura—. Creo que a Legend le ha pasado algo.

El vestido de Scarlett asumió un tono púrpura incluso más oscuro.

—Si al próximo emperador le hubiera pasado algo, ¿no crees que habríamos oído rumores?

—No lo sé. Solo sé que anoche no me visitó en sueños.

Scarlett apretó los labios.

—Eso no significa que esté en peligro. Es inmortal.

—Algo va mal —insistió Tella—. Nunca había faltado una noche.

—Pero creí que solo te visitaba…

—Puede que te mintiera —la interrumpió. No tenía tiempo para un sermón—. Lo siento, Scar, pero sabía que no te gustaría. Por favor, no intentes detenerme. Yo no me opongo a tu encuentro de hoy con Nicolas.

—Nicolas nunca me ha hecho daño —dijo Scarlett—. A diferencia de Legend, siempre ha sido amable conmigo. Llevo meses esperando esta reunión.

—Lo sé, y te prometo que volveré para quedarme con mamá antes de que tengas que marcharte, a las dos.

Justo entonces el reloj marcó las once. Tenía solo tres horas. Debía marcharse ya.

Rodeó a Scarlett con los brazos.

—Gracias por entenderlo.

—No he dicho que lo entendiera —replicó Scarlett, pero le devolvió el abrazo.

Tan pronto como se separaron, Tella tomó un par de zapatillas que se anudaban en los tobillos y atravesó la desvaída alfombra hasta el dormitorio

de su madre.

Plantó un beso en la frente fría de Paloma. No se separaba de su madre a menudo. Desde que se marcharon del palacio, había intentado mantenerse a su lado. Quería estar allí cuando despertara, quería ser el primer rostro que viera. No había olvidado cómo la había traicionado al entregarla al Templo de las Estrellas, pero en lugar de seguir enfadada había decidido creer que existía una explicación y que la descubriría cuando su madre despertara de su sueño encantado.

—Te quiero. Volveré muy pronto.



Tella pensó en hacerse arrestar.

No quería que la detuvieran, pero esa sería la ruta más rápida hacia el palacio. Visitantes de todo el Imperio habían acudido a Valenda para el Festival del Sol. Desbordaban las líneas de carruajes aéreos y abarrotaban las calles y las aceras, obligándola a tomar una ruta más larga hacia el palacio y a bordear el delta que conducía al océano.

El Festival del Sol era una celebración anual que tenía lugar el primer día de la Estación Cálida. Aquel año estaba especialmente concurrida, ya que también ponía fin a los días de luto y comenzaba la cuenta atrás hasta la coronación de Legend, que tendría lugar diez días después. Solo Scarlett, Tella y los intérpretes de Caraval sabían que el heredero era Legend. El resto del Imperio lo conocía como *Dante Thiago Alejandro Marrero Santos*.

Pensar en ese nombre, *Dante*, todavía le dolía un poco.

En aquel momento, Dante parecía más irreal que Legend, como si solo fuera un personaje de una historia. El nombre todavía la atravesaba como una espina, y le recordaba que se había enamorado de una ilusión y que sería una idiota si confiaba de nuevo en él. No obstante, se sentía obligada a buscarlo, a ignorar el festival y la excitación que rezumaban las calles.

Finalizado el periodo de luto, las banderas negras que habían hechizado la ciudad por fin desaparecieron. Los adustos atuendos habían sido reemplazados por ropajes de un azul besado por el cielo, del naranja de la cúrcuma y del verde menta. Había color, color por todas partes, acompañado por las fragancias más deliciosas: citrina dulce, hielo tropical y polvo de limón. Sin embargo, Tella no se atrevió a detenerse en ninguno de los puestos callejeros para comprar dulces o espumosas sidras importadas.

Apresuró el paso y…

Se detuvo abruptamente junto a una cochera cerrada. Varias personas chocaron contra su espalda, lo que hizo que se golpeara el hombro con una puerta de madera astillada. Había visto una mano con una rosa negra tatuada. *El tatuaje de Legend*.

La dulzura del aire se volvió amarga.

No consiguió ver su rostro mientras zigzagueaba a través de la multitud, pero tenía los hombros amplios, el cabello oscuro, la piel bronceada… Verlo hizo que el corazón le diera un vuelco, incluso mientras apretaba los puños.

¡Se suponía que estaba en peligro!

Lo había imaginado enfermo, herido o en algún peligro mortal. Pero parecía estar… perfectamente bien. Quizás un poco más que bien: alto y sólido, y más *real* de lo que nunca había parecido en sus sueños. Era Legend, sin duda. Aun así, lo vio caminando con seguridad a través del gentío sin que le pareciera del todo cierto. La escena parecía una representación más.

Como sucesor al trono, Legend no debería merodear por ahí vestido como un ciudadano común, con unos andrajosos pantalones marrones y una camisa hecha a mano; debería montar un regio caballo negro con una corona dorada en la cabeza y un grupo de guardias a su espalda.

Pero no había guardias protegiéndolo. De hecho, parecía que se había apartado de su camino para evitar las patrullas reales.

¿Qué estaba haciendo? ¿Y por qué había desaparecido de sus sueños de un modo tan dramático si nada iba mal?

No aminoró su paso seguro al adentrarse en las desmoronadas ruinas que bordeaban el Distrito Satine. Estaban llenas de arcos decadentes, de hierbas altas y de peldaños que parecían haber sido construidos para gigantes en lugar de para seres humanos. Tella tuvo que correr para asegurarse de no perderlo de vista. Porque, por supuesto, estaba siguiéndolo.

Se mantuvo cerca de las rocas grandes y examinó el terreno escarpado con cuidado de no ser vista por los guardias mientras Legend subía, y subía, y subía.

Aunque el dulzor debería haberse desvanecido del aire en cuanto se alejó de los vendedores ambulantes, a medida que ascendía, el azúcar se volvía más espeso y frío en su lengua. Rozó con los nudillos una puerta de hierro oxidado que se había caído de sus goznes, con la piel azulada por el frío.

Todavía podía ver al sol brillando sobre el festival, pero su calor no penetraba en aquel lugar. Se le erizó la piel de los brazos mientras volvía a preguntarse a qué estaba jugando Legend.

Casi había llegado a la parte superior de las ruinas. Una corona rota gigante de blancas columnas de granito que décadas de lluvias y abandono habían vuelto grises descansaba ante ella, pero casi podía ver aquella estructura decrépita tal como había sido siglos antes. Veía sus columnas blancas como perlas, más altas que los mástiles de los barcos, sosteniendo paneles curvados de vitral que proyectaban Cambiar corte: arcoíris iridiscentes sobre una majestuosa arena.

A quien ya no veía era a Legend. Había desaparecido, igual que el calor.

Su aliento escapaba de su boca en vaharadas blancas mientras buscaba el sonido de sus pasos o el timbre grave de su voz. ¿Era posible que hubiera quedado con alguien? No captó ningún sonido, además del castañeteo de sus propios dientes, hasta que pasó junto a la columna más cercana y…

El cielo se oscureció y las ruinas que la rodeaban desaparecieron de su vista.

Se detuvo en seco.

Después de un instante, parpadeó, y lo hizo otra vez mientras sus ojos se adaptaban a la nueva escena. Había pinos, montones de nieve, los destellos luminosos de los ojos de los animales y un aire más frío que la escarcha y las maldiciones.

Ya no estaba en una de las muchas ruinas de Valenda: estaba en un bosque, en mitad de la Estación Fría. Se estremeció y se cubrió el pecho con los brazos desnudos.

La luz procedía de una luna más grande que ninguna otra que ella hubiera visto. Brillaba como un zafiro contra la noche desconocida y goteaba estrellas plateadas en una cascada.

Durante el pasado Caraval, Legend había manipulado las estrellas para que formaran nuevas constelaciones, pero él mismo le había contado que no tenía tanto poder cuando el juego terminaba. Y aquello no se parecía a ninguno de los sueños que había compartido con él. Si hubiera sido un sueño, ya estaría caminando hacia ella, dedicándole esa sonrisa de ángel caído que le ponía la piel de gallina mientras fingía que no le afectaba.

En sus sueños nunca había hecho tanto frío. A veces sentía la caricia de la escarcha en su cabello o un beso de hielo en su nuca, pero nunca había llegado a tiritar. Si lo hubiera hecho, habría imaginado unas pesadas pieles y estas hubieran aparecido alrededor de sus hombros, pero lo único que tenía allí eran sus finas mangas en forma de farol.

Ya tenía los dedos de los pies medio congelados y había gélidos rizos de cabello rubio pegados a sus mejillas. Sin embargo, no regresaría. Quería saber

por qué Legend había desparecido de sus sueños, por qué la había asustado tanto, y por qué estaban ahora en otro mundo.

Habría pensado que él había tomado una especie de portal para regresar a su isla privada, pero las estrellas que escapaban de un cráter de la luna la hacían pensar que se trataba de otra dimensión. En su mundo nunca había visto nada así.

Ni siquiera lo habría creído si Legend no hubiera estado involucrado. Él podía traer a la gente de vuelta a la vida. Él robaba reinos con mentiras y desafiaba a las estrellas. Si alguien podía caminar entre mundos, era él.

No solo eso, sino que mágicamente se había cambiado de ropa. Cuando volvió a ver su oscura silueta entre las ramas nevadas, ya no parecía un plebeyo sino el Legend de sus sueños anteriores, vestido con un traje bien cortado y una capa tan negra como las alas de un cuerpo, con una sofisticada chistera y unas botas pulidas que la nieve dejaba intactas.

Tella pensó en abandonar la seguridad de los árboles para confrontarlo, hasta que él dio algunos pasos más… y se encontró con la mujer más impresionante que había visto jamás.

6
Donatella

Un vacío se abrió en su estómago.

La mujer estaba hecha de todas las cosas que Tella no poseía. Era mayor, aunque no mucho, justo lo suficiente para parecer una mujer en lugar de una chica. También era más alta que ella, imponente y con un cabello liso de un rojo feroz que caía hasta su cintura estrecha, ceñida por un corsé de cuero negro. Su vestido también era negro, sedoso y fino, con aberturas en ambos lados que mostraban unas largas piernas envueltas en medias transparentes con rosas bordadas.

Tella no le habría dado importancia a las medias, pero también tenía rosas tatuadas en los brazos, a juego con la rosa del dorso de la mano de Legend.

La odió de inmediato.

Puede que también lo odiara a él.

Las rosas no eran flores inusuales, pero dudaba de que sus tatuajes a juego fueran solo una coincidencia.

—Bienvenido de nuevo, Legend.

Incluso su voz era la antítesis de la de Tella, ligeramente ronca y cargada de un seductor acento que no conseguía identificar. La mujer no sonreía, pero cuando miró a Legend se lamió los labios y su tono rojo se profundizó, a juego con su cabello.

Tella se contuvo para no hacer una bola de nieve y lanzársela a la cara.

¿Era a aquella mujer a quien Legend visitaba de día mientras la mantenía a ella confinada en sus sueños? Él siempre había hecho que pareciera que de día estaba ocupado con los asuntos del Imperio, pero no debería haberlo creído.

—Me alegro de verte, Esmeralda.

El tono de voz de Legend le heló la sangre. Cuando hablaba con ella, su voz era profunda y grave, y a menudo estaba teñida de burla. Aquello era más

carnal y un poco cruel, una voz que no sonaba a juego. La usó con tanta facilidad como la voz con la que la tentaba en sus sueños. Y durante un fracturado momento, Tella no pudo evitar preguntarse si aquel Legend agresivo era un papel, o si lo era el Legend insinuante que veía mientras dormía.

—Deberíamos ir a un sitio más cálido. —La mujer entrelazó su brazo con el de Legend.

Tella esperaba que él se apartara, que mostrara algún indicio de incomodidad, pero se acercó a ella y la tocó con facilidad a pesar de que los dos últimos meses ni siquiera la había rozado a ella.

Furiosa y temblorosa, siguió a la pareja mientras se dirigía a una cabaña de dos plantas con las ventanas iluminadas por el fuego del interior. La luz se derramó por la puerta cuando la mujer la abrió, y ambos entraron.

Tella sintió una vaharada de calor antes de que la puerta se cerrara y se quedara rodeada de frío una vez más. Debería haberse marchado, pero al parecer era masoquista, porque en lugar de darse la vuelta y ahorrarse más tortura, desafió al foso de rosas espinosas que rodeaba la casa, sacrificando las indefensas plumas de su falda, y se agachó bajo la ventana más cercana para escuchar.

Si Legend tenía una relación con otra, quería saberlo todo al respecto. Puede que aquella mujer fuera la razón por la que la había dejado aquella noche delante del Templo de las Estrellas.

Tella se frotó las manos para evitar que se le congelaran y levantó la cabeza lo suficiente para ver a través de la ventana escarchada. La cabaña parecía tan cálida como una carta de amor escrita a mano, con una chimenea de piedra que ocupaba toda una pared y un bosque de velas que colgaba del techo.

El refugio parecía construido para los encuentros románticos, pero mientras espiaba no vio besos ni abrazos. Esmeralda se sentó junto a la llameante chimenea como si fuera su trono, mientras que Legend se quedaba en pie ante ella como un súbdito leal.

Interesante.

Quizá los tatuajes iguales no significaban lo que había creído, pero todavía la inquietaban. Siempre había supuesto que Legend no respondía ante nadie más que ante él mismo. Por fascinante que resultara aquella mujer, no le gustaba. Y tampoco le gustó la postura de Legend, inclinado y con la cabeza ligeramente baja.

—Necesito tu ayuda, Esmeralda. Los Destinos han escapado de la Baraja del Porvenir en la que los encerraste.

Por todos los santos.

Tella volvió a agacharse mientras succionaba frías bocanadas de aire y golpeaba con la espalda la fachada helada de la cabaña. De repente, sabía quién era aquella joven. Antes de que Legend liberara a los Destinos, habían estado encarcelados en una Baraja del Porvenir a la que los condenó la misma bruja que le había entregado a él sus poderes: la bruja con la que estaba hablando ahora.

No era de extrañar que tratara a aquella mujer como a una reina. Esmeralda era su creadora. Cuando pronunció el hechizo que condenó a los Destinos a sus cárceles de papel, les robó la mitad de sus poderes y se la entregó a Legend. Aunque no había sabido demasiado sobre aquella bruja, no había esperado que fuera tan joven, tan alta y tan atractiva.

—Fracasé y no conseguí destruir a los Destinos. Lo siento, pero estoy pagando el precio —dijo Legend. Su voz escapó por la ventana agrietada bajo la que estaba Tella—. Mi magia se ha debilitado mucho desde el momento en el que quedaron en libertad. Siguen dormidos, por ahora, pero creo que ya han recuperado parte de sus poderes. Apenas puedo crear ilusiones sencillas.

Tella resistió la necesidad de levantarse y echar otra mirada. *¿Estaba diciendo la verdad?* Si los Destinos habían conseguido arrebatarle la magia, eso explicaría por qué había desaparecido de repente de su sueño y no había aparecido la noche anterior. Aun así, lo había visto usar un hechizo en el bosque para cambiarse de ropa, y no parecía haberle resultado difícil.

Por supuesto, aquella era una pequeña ilusión y ella no había estado bastante cerca para tocarlo. En uno de sus sueños anteriores, le había explicado cómo funcionaban sus poderes. Según le había contado: «La magia funciona de dos modos. Aquellos con poderes pueden manipular a la gente o manipular el mundo, pero yo puedo hacer ambas cosas y crear ilusiones que parecen mucho más reales que las ordinarias. Puedo hacer que llueva y no solo verías la lluvia; sentirías cómo empapa tu ropa y tu piel. Si quisiera, la sentirías calando tus huesos».

Entonces había comenzado a llover en el interior del sueño. Cuando despertó horas más tarde, su fino camisón estaba salpicado de gotas y sus rizos estaban húmedos, lo que la hizo saber que los sueños no eran solo imaginaciones suyas, sino encuentros reales con Legend, y que sus ilusiones iban más allá de estos.

Puede que Legend estuviera diciendo la verdad sobre que los Destinos le habían arrebatado parte de su magia, pero no era toda la verdad. Quizá todavía podía crear ilusiones, pero no eran suficientemente poderosas como para hacer que la gente creyera que eran reales.

Tella recordó la mariposa muerta que había encontrado en su mano cuando despertó el día anterior. Ahora que pensaba en ello, había visto la mariposa pero no la había sentido. Sus delicadas alas no habían rozado su piel, y tan pronto como la dejó sobre la mesilla de noche, desapareció.

—Los Destinos no deberían poseer tu magia —le espetó la bruja—, no a menos que fueras *tú* quien los liberó de los naipes.

—Yo nunca haría eso. ¿Crees que soy idiota? He intentado destruir esa baraja desde el día en que me creaste.

Legend habló con brusquedad, como si se sintiera realmente ofendido, pero Tella sabía que aquello era mentira. Le estaba mintiendo con descaro a la mujer que lo había creado. Él había deseado destruir las cartas, pero cuando tuvo la oportunidad, no lo hizo. En lugar de eso, liberó a los Destinos para salvarla a ella.

—Todavía quiero detener a los Destinos —continuó Legend—. Pero, para hacerlo, necesito pedirte prestada tu magia.

—No podrás detener a los Destinos con magia —le dijo la bruja—. Por eso te dije que destruyeras la Baraja del Porvenir. Ellos son inmortales, como tú. Si matas a un Destino, morirá, pero después regresará a la vida.

—Deben tener una debilidad —replicó Legend con voz tensa, una voz para desarmar y robar. Quería la magia de Esmeralda y quería conocer la debilidad mortal de los Destinos.

Tella debería sentirse aliviada, ya que estaba buscando un modo de destruir a los Destinos a los que ella tampoco quería con vida, pero una horrible sensación cobró vida en su interior cuando oyó el repiqueteo decidido de las botas de Legend.

Lo imaginó acercándose a Esmeralda.

Cerró sus manos congeladas en puños para controlar su creciente necesidad de mirar a través de la ventana y descubrir si estaba haciendo algo más que acortar la distancia para conseguir la información que quería. ¿Estaba abrazando a la bruja? ¿Estaba rodeándole su cintura estrecha con los brazos, o mirándola como a veces la miraba a ella?

Cuando Esmeralda volvió a hablar, su voz se había vuelto de nuevo seductora.

—Los Destinos que estuvieron encerrados tienen una desventaja. Su inmortalidad está enlazada al Destino que los creó: La Estrella Caída. Si la matas, los Destinos dejarán de ser inmortales para ser eternos, de un modo similar a tus intérpretes. Todavía tendrán su magia y nunca envejecerán, pero a diferencia de tus artistas, no tendrán Caraval para volver a la vida si mueren. Si deseas destruir a todos los Destinos, primero debes terminar con La Estrella Caída.

—¿Cómo hago eso? —le preguntó Legend.

—Creo que ya lo sabes. La debilidad de ese Destino es la misma que la tuya.

La pausa que siguió fue tan muda y queda que Tella habría jurado que podía oír los copos de nieve cayendo sobre las rosas que la rodeaban. La bruja había comparado a Legend con La Estrella Caída dos veces seguidas. Primero, al relacionar a los Destinos con sus intérpretes, y después, al afirmar que compartían la misma debilidad.

¿Significaba eso que Legend era un Destino?

Tella recordó algo que su yaya Anna solía decir siempre que le contaba la historia del origen de Legend. «Algunos probablemente dirían que es un villano. Otros afirmarían que su magia lo convierte en algo más parecido a un dios».

En cierto momento, la gente también había considerado dioses a los Destinos, unos dioses crueles, caprichosos y terribles, que era la razón por la que la bruja los había encerrado en los naipes.

Tella se estremeció ante la idea de que Legend fuera como ellos. Durante el anterior Caraval, sus interacciones con los Destinos (con La Reina de los No Muertos, sus Fámulas y El Príncipe de Corazones) casi la habían matado. No quería que Legend estuviera en la misma categoría, pero no podía negar el hecho de que era un ser inmortal y mágico, y que eso lo convertía en algo más parecido a un Destino que a un humano.

Prestó atención para enterarse de cuál era esa debilidad, pero Legend no la reveló en su respuesta.

—Debe existir otro modo —dijo.

—Si lo hay, tendrás que encontrarlo tú. O podrías quedarte aquí conmigo. Los Destinos no saben que he venido a este mundo; si te quedas, será como cuando te enseñé a dominar tus poderes —ronroneó. Realmente *ronroneó*.

Tella la odiaba de verdad.

Las espinas negras de las rosas le arrancaron las congeladas plumas de la falda cuando perdió la batalla contra la compostura y se levantó para mirar

por la ventana. Y esta vez deseó no haberlo hecho.

Legend estaba de rodillas ante la bruja mientras ella le pasaba los dedos a través del cabello oscuro, moviéndolos desde su cuero cabelludo a su cuello como si le perteneciera.

—No sabía que eras tan sentimental —dijo Legend.

—Solo lo soy contigo. —La mujer lo agarró por el pañuelo para que levantara la barbilla hacia ella.

—Ojalá pudiera quedarme, Esmeralda, pero no puedo. Tengo que regresar y destruir a los Destinos, y necesito tus poderes para hacerlo. —Se levantó justo mientras la bruja se inclinaba en lo que parecía un beso—. Solo los quiero prestados.

—Nadie quiere el poder prestado.

La voz de la bruja se volvió áspera de nuevo, pero Tella no sabía si se debía a su petición o a que le hubiera negado el beso.

Legend debió imaginar que su rechazo la enfadaría; se acercó un paso a ella, le tomó la mano y posó un casto beso en sus nudillos.

—Tú me convertiste en lo que soy, Esmeralda. Si no confías en mí, nadie lo hará.

—Nadie *debería* confiar en ti —dijo. Pero sus suntuosos labios rojos se habían curvado por fin en una sonrisa, la sonrisa de una mujer que le está diciendo que sí a un hombre al que no se puede resistir.

Tella conocía esa sonrisa porque ella también le había sonreído así.

La bruja le iba a entregar a Legend sus poderes.

Debería marcharse, debería regresar a su mundo antes de que él la pillara allí, tiritando por el frío y por todos los sentimientos que deseaba no albergar por él, pero se quedó paralizada, absorta.

La bruja pronunció unas palabras en un idioma que ella nunca había oído mientras Legend bebía sangre directamente de su muñeca. Bebió y bebió y bebió. Tomó y tomó y tomó.

Sus mejillas se sonrosaron y su piel bronceada comenzó a resplandecer mientras la dura belleza de la bruja disminuía. Su cabello feroz se opacó hasta un tono naranja; la tinta negra de sus tatuajes se tornó gris. Cuando Legend levantó los labios de su muñeca, Esmeralda se derrumbó contra él como si sus extremidades hubieran perdido sus huesos.

—Me has arrebatado más de lo que esperaba —dijo en voz baja—. ¿Puedes llevarme al dormitorio?

—Lo siento —dijo Legend. Pero no parecía que lo sintiera en absoluto. Su voz sonó cruel, sin la sensualidad para atemperarla. Después dijo algo en voz

demasiado baja para que Tella lo oyera.

La bruja perdió aún más color: su ya pálida piel se volvió blanca como el pergamino.

—Estás de broma…

—¿Alguna vez te ha parecido que tengo sentido del humor? —le preguntó. Después la levantó en sus brazos y se la puso al hombro con la facilidad de un joven que tacha un artículo de una lista.

Tella retrocedió sobre sus extremidades casi entumecidas, dejando un pequeño caos de plumas arrancadas en su estela. Sabía que había hablado en serio cada vez que le había dicho que él no era un héroe, pero una parte de ella seguía esperando una demostración de que se equivocaba. Quería creer que Legend se preocupaba por ella, que ella era su excepción, aunque no podía evitar temer que lo único que eso significaba era que Legend era en realidad *su* excepción, que su deseo era la debilidad que la destruiría si no conseguía controlarla.

Si Legend estaba dispuesto a traicionar a la mujer que lo había creado, estaría dispuesto a traicionar a cualquiera.

Tella se abrió camino entre las rosas y huyó de su escondite bajo la ventana para adentrarse en el bosque. Se alejó del sendero principal, tambaleándose entre los árboles, y solo miró atrás cuando estuvo segura y oculta detrás de un grupo de pinos.

Legend abandonó la cabaña con Esmeralda todavía al hombro. En ese momento ya no parecía el enemigo de Tella, ni su amigo, ni el joven del que se había enamorado: Legend parecía el protagonista de todas las historias que ella nunca había querido creer sobre él.

7
Scarlett

Las emociones de Scarlett eran un torbellino de colores que giraban a su alrededor en guirnaldas de entusiasta aguamarina, nerviosa caléndula y frustrada galleta de jengibre. Había estado caminando de un lado a otro de la habitación desde que su hermana se había marchado, sabiendo que no volvería a tiempo pero también esperando que le demostrara que se equivocaba.

Dejó de caminar y se miró en el espejo una vez más para asegurarse de que su vestido no era un reflejo de la ansiedad que sentía. El pálido encaje rosa parecía más apagado que antes, pero todo se veía así en aquel espejo.

El apartamento que Scarlett y Tella habían alquilado era una raída colección de objetos antiguos. Ambas jóvenes habían estado de acuerdo en abandonar el palacio. Scarlett quería ser independiente y Tella afirmaba lo mismo, aunque ella supuso que también quería poner distancia con Legend después de que la hubiera abandonado al final de Caraval.

Tella le había rogado que alquilaran uno de los modernos apartamentos en el elegante Distrito Satine, pero ella sabía que el dinero les tenía que durar más de una estación. Al final llegaron a un acuerdo y alquilaron un apartamento de pequeñas dimensiones en el extremo más alejado del Distrito Satine, donde el marco de los espejos era más amarillo que dorado, las sillas estaban tapizadas con terciopelo áspero y todo olía a tiza, como la porcelana descascarillada. Tella se quejaba a menudo, pero vivir en un sitio modesto les permitiría estirar el presupuesto. Gracias al dinero que la hermana pequeña le había robado a su padre, tenían asegurado aquel lugar hasta el final del año. Scarlett no estaba segura de qué harían después, pero esa no era su mayor preocupación.

El reloj marcó las tres.

Miró por la ventana. Todavía no había ni rastro de Tella entre los fiesteros, pero el cochero de Scarlett había llegado por fin. No había muchos en Valenda, ya que la gente prefería los carruajes aéreos a aquellos que traqueteaban por las calles, pero su antiguo prometido, el conde Nicolas d'Arcy o Nicolas, como había empezado a llamarlo, residía en una casa de campo a las afueras de la ciudad, alejado de las cocheras aéreas. Sabiendo esto, Scarlett había contratado su transporte con una semana de antelación. Lo que no había esperado era que el festival estuviera tan concurrido.

La gente ya le había empezado a gritar a su cochero para que se moviera. No esperaría mucho. Si se marchaba, Scarlett se quedaría tirada y perdería la oportunidad de conocer por fin a Nicolas.

Apretó los labios mientras entraba en el dormitorio donde dormía Paloma. *Siempre durmiendo. Siempre, siempre durmiendo*.

Intentaba no ser injusta. Saber que su madre no había tenido la intención de abandonarlas para siempre, que había estado atrapada en una Baraja del Porvenir durante los últimos siete años, la hacía más empática, aunque todavía no le perdonaba que las hubiera dejado con su mezquino padre. Nunca conseguiría mirar a Paloma como lo hacía Tella.

De hecho, Tella seguramente se pondría furiosa cuando regresara y descubriera que Paloma se había quedado sola. Siempre estaba diciendo que no quería que su madre despertara y estuviera sola, pero Scarlett dudaba de que lo hiciera aquel día. Y si Tella estaba tan preocupada, debería haber regresado a tiempo.

Abrió la puerta del apartamento para llamar a una criada y pedirle que le echara un ojo a su madre, pero una de las doncellas ya estaba allí, con las mejillas teñidas de coral y una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, señorita. —La joven hizo una reverencia rápida—. He venido a decirte que hay un caballero esperándote en el salón de la primera planta.

Scarlett miró sobre el hombro de la criada. Podía ver la arañada barandilla de madera, pero no la planta de abajo.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Dijo que quería sorprenderte. Es muy atractivo. —La chica se retorció un mechón de cabello entre los dedos con timidez, como si el apuesto joven estuviera presente.

Scarlett dudó, considerando sus opciones. Puede que fuera Nicolas, que había ido a sorprenderla, pero no parecía propio de él; era tan correcto que no

había querido conocerla durante los días de luto y le había pedido que esperaran antes de comenzar el verdadero cortejo.

Podía ser otra persona, aunque no quería esperar que fuera él, sobre todo aquel día. Se había prometido que en ese momento no pensaría en él. Y si *era* Julian, llegaba cinco semanas tarde. Si no le hubiera pedido a Tella que le preguntara a Legend si seguía vivo, lo habría creído muerto. Además, Legend no le dijo dónde estaba su hermano, o por qué no se había puesto en contacto con ella.

—¿Me haces un favor? —le dijo a la criada—. Mi madre sigue indispuesta. No necesita nada, pero no me gusta dejarla sola. Mientras estoy fuera, ¿podrías venir a verla cada media hora por si despierta?

Entregó a la chica una moneda. Después bajó en silencio las escaleras, con el corazón en la garganta, esperando que fuese él, pese a saber que no era razonable que Julian hubiera regresado por fin después de echarla tanto de menos como ella lo echaba a él. Caminó en silencio, pero en cuanto entró en el salón olvidó cómo moverse. Julian la miró a los ojos desde el otro extremo de la habitación.

De repente, todo parecía más cálido de lo que había sido antes. Las paredes del salón parecían más pequeñas y templadas, como si hubiera entrado demasiada luz del sol por las ventanas, y cubría las sillas y las estanterías desvencijadas con la perezosa luminosidad de la tarde que lo emborronaba todo excepto a él.

Él estaba perfecto.

Podrían haberla convencido de que acababa de escapar de un cuadro recién pintado. Tenía húmedas las puntas de su cabello oscuro, sus ojos ambarinos brillaban y sus labios se separaron en una sonrisa devastadora.

Aquel era el hombre de sus sueños.

Por supuesto, Julian probablemente aparecía en los sueños de la mitad de las chicas del continente.

Sus sentimientos previos se transformaron en llamas de un rojo feroz. Julian no podía ver sus colores, pero Scarlett no quería revelar sus sentimientos: no quería que sus rodillas se debilitaran ni que sus mejillas se sonrojaran. Y, aun así, no pudo evitar que su corazón corriera desbocado al verlo, como si estuviera preparándose para perseguirlo si huía de ella. Algo que ya había hecho.

Debía haber estado en algún sitio más cálido que aquel, pues llevaba las mangas de la camisa pulcramente enrolladas, lo que mostraba sus brazos esbeltos. En un antebrazo tenía un amplio vendaje blanco que contrastaba con

su piel, varios tonos más oscura que su natural dorado, bronceada en el lugar al que Legend lo había enviado. El bozo bien recortado que bordeaba su mandíbula era más espeso y largo de lo que recordaba y le cubría parte de la fina cicatriz que corría desde su ojo hasta su mentón. No llevaba chaqueta, pero tenía un chaleco gris con brillantes botones plateados a juego con la imaginativa cinta en los laterales de sus pantalones azules oscuros, que desaparecían en el interior de unas botas de piel nuevas. Cuando vio a Julian por primera vez le había parecido un golfo, pero ahora era un auténtico caballero.

—Hola, Escarlata.

Su vestido reaccionó de inmediato. Scarlett no deseaba que cambiara y traicionara sus sentimientos, pero al vestido siempre le había gustado Julian. La primera vez que se lo puso, en la isla de Legend, se había sentido avergonzada al desvestirse delante de Julian y un poco decepcionada porque el vestido parecía un trapo gris. Cuando se vistió y se giró para mirarlo, el traje se transformó en una fantasía de encaje y colores seductores, como si de algún modo supiera que aquel era el joven cuyo corazón tenía que ganarse.

No podía ver su reflejo en ese momento, pero sentía que el vestido estaba cambiando. El aire cálido rozó su escote al ampliarse; la falda se ciñó para abrazar la curva de sus caderas; y el color de la tela se profundizó hasta el voraz rosa de unos labios que anhelaban ser besados.

La sonrisa de Julian se volvió lobuna, lo que le recordó la noche en la que se la llevó de su isla natal de Trisda. Pero a pesar de la expresión hambrienta de sus ojos, no intentó acortar el espacio entre ellos. Tenía el codo apoyado en un armario agrietado mientras un nuevo rayo de sol entraba por la ventana, recortándolo en oro y haciéndolo parecer incluso más inaccesible.

Scarlett quería correr hasta él y rodearlo con sus brazos, pero no se movió de la entrada.

—¿Cuándo has regresado? —le preguntó con frialdad.

—Hace una semana.

¿Solo estás de visita?, quería preguntarle. Pero se acordó de que había sido ella quien había abierto una brecha entre ellos cuando le contó que quería conocer a su antiguo prometido.

Julian le había dicho que lo entendía, que hiciera lo que necesitaba. Pero después Legend lo había enviado a otro de sus recados.

«No podré escribirte, pero solo tardaré una semana», le prometió.

Una semana se había convertido en dos, después en tres, en cuatro y finalmente en cinco semanas sin ni siquiera una nota para decir que seguía

vivo. Scarlett no estaba segura de si era porque se había hartado de ella o porque la había olvidado en el ajetreo de su trabajo para Legend.

Julian se llevó una mano a la nuca. Parecía incómodo y el gesto volvió a atraer la atención de Scarlett a la venda que le envolvía el brazo.

—¿Estás herido? —*¿Por eso no había ido a verla?*—. ¿Qué te ha pasado en el brazo?

—No es nada —murmuró él.

Pero Scarlett habría jurado que se sonrojaba. Ni siquiera sabía que Julian era capaz de ello; no tenía vergüenza y se movía por el mundo con total confianza. Pero sus mejillas se habían sonrosado, sin duda, y evitaba mirarla a los ojos.

—Siento no haber venido antes.

—No pasa nada —dijo Scarlett—. Estoy segura de que estabas muy ocupado con lo que sea que Legend te pidió que hicieras. —Su mirada viró una vez más al misterioso vendaje que rodeaba su brazo y después subió hasta sus ojos, que aún se negaban a mirarla—. Gracias por venir. Me alegro de verte. —Quería decir mucho más, pero podía oír a los caballos del carruaje relinchando fuera. Tenía que marcharse antes de estropear las cosas con Nicolas—. Me encantaría conversar, pero estaba a punto de salir.

Julian se apartó del armario.

—Si vas a disfrutar del festival, iré contigo.

Era la educada oferta de un amigo, pero lo que Scarlett sentía por Julian había sido siempre demasiado fuerte para traducirse en amistad, incluso cuando todavía no lo conocía y ni siquiera le caía bien. Ellos nunca podrían ser solo amigos. Ella necesitaba más de él, o tendría que dejarla marchar.

—No voy al festival —le dijo—. Voy a conocer por fin a Nicolas.

Julian pareció abatirse, aunque solo duró un instante. Si Scarlett hubiera apartado los ojos de él un segundo, no se habría dado cuenta. Casi tan pronto como oyó lo que decía, el joven se dirigió a la puerta de la pensión. Esperaba que se marchara, que la dejara y le cerrara la puerta a su relación para siempre.

En lugar de eso, la abrió con una sonrisa extrañamente agradable.

—Perfecto —dijo con alegría, como si acabara de decirle que iban a comer pastel de coco para cenar—. Yo seré tu chaperón.

—No necesito chaperón.

—¿Ya tienes?

Scarlett lo fulminó con la mirada.

—Tú y yo nunca lo necesitamos.

—Exacto.

Con una sonrisa arrogante, se dirigió al carruaje y abrió también esa puerta. Pero en lugar de esperar a que Scarlett entrara, Julian se acomodó en su interior.

Cuando entró en el coche y tomó asiento frente a él, las emociones de Scarlett eran abrasadoras. Puede que Julian hubiera comenzado a vestir como un caballero, pero todavía se comportaba como un golfo. Habría comprendido aquel frustrante comportamiento si él hubiera hecho algún esfuerzo por contactar con ella en las últimas cinco semanas, o si hubiera intentado luchar por ella después de que le dijera que le quería dar a Nicolas otra oportunidad, pero parecía que lo único que Julian quería era luchar *contra* ella.

—Estás intentando sabotear nuestro encuentro —lo acusó.

—Te diría que yo nunca haría eso, pero sería mentira.

Julian se echó hacia atrás en su asiento, estirándose como los jóvenes parecían hacer siempre. Debido a que las calles de Valenda no estaban hechas para el paso de los carruajes, aquel coche era especialmente estrecho, con apenas espacio suficiente para ambos. El joven extendió los brazos sobre los cojines de brocado y estiró las piernas para ocupar más de la mitad del espacio.

Scarlett le agarró una de las rodillas, se la golpeó contra la otra y señaló la puerta mientras el carruaje empezaba a traquetear por la carretera.

—Sal, Julian.

—No. —Quitó los brazos del cojín y se inclinó hacia delante—. No voy a marcharme, Escarlata. Ya hemos pasado suficiente tiempo separados.

Colocó una mano sobre la de ella y la presionó con firmeza contra su rodilla.

La joven intentó apartarse, pero lo hizo con el poco entusiasmo de alguien que en realidad está esperando ser detenido.

Y Julian lo hizo. Deslizó sus dedos oscuros entre los suyos y la sostuvo con más fuerza que nunca, como si quisiera compensar todas las semanas que no había podido tocarla.

—Mientras estuve fuera, intenté recordar cada palabra que me has dicho. He pensado en ti cada hora de cada día que estuve lejos.

Scarlett contuvo una sonrisa. Aquello era todo lo que había querido oír, aunque a Julian siempre se le había dado bien saber qué decir. Era *en ir hasta el final* en lo que tenía problemas.

—Entonces, ¿por qué no me escribiste?

—Me dijiste que querías espacio para conocer a tu conde.

—No quería tanto espacio. Durante cinco semanas no he sabido nada de ti. Creí que me habías olvidado o que habías renunciado a mí.

Intentó no sonar demasiado acusadora o desesperada. Se sentía como si les hubiera fallado a ambos, y aun así la expresión sincera de Julian no flaqueó. Sus ojos tenían el tono más hermoso de castaño y eran más cálidos que la luz que atravesaba las ventanillas del carruaje.

—Yo nunca renunciaré a ti, Escarlata. —Le tomó la mano y se la llevó al corazón.

El de Scarlett latió salvaje y dispar en respuesta, pero el de Julian permaneció firme e inquebrantable bajo su palma.

—He cometido muchos errores. Te di espacio porque creí que era lo que necesitabas, pero tan pronto como te vi hoy me di cuenta de que me había equivocado. Así que aquí estoy, en este carruaje contigo, listo para ir adonde tú vayas, aunque eso signifique verte con otro hombre.

Scarlett regresó a la realidad. Por un momento se había olvidado de Nicolas.

—¿Y si no quiero que me veas con otro hombre? —le preguntó.

—A mí tampoco me emociona la idea.

El tono de Julian se había vuelto burlón, pero tensó los dedos mientras el carruaje traqueteaba por una calle llena de baches. Se estaban acercando al límite de la ciudad, y a la propiedad de Nicolas.

—Si realmente quieres que me marche, bajaré de este coche y caminaré de vuelta al palacio —le dijo Julian—. Pero deberías saber que también estoy aquí porque no me fío de ese conde.

—¿Confías en mí? —le preguntó Scarlett.

—Con mi vida. Pero conozco a tu padre y me cuesta confiar en alguien que ha hecho tratos con él.

—Nicolas no es así.

Cuando Scarlett le escribió después de descubrir que en realidad no se habían conocido durante Caraval, él estaba fuera del continente guardándole luto. Su padre le había mentido y le había dicho que ambas hermanas habían muerto en un accidente. Él no tenía ni idea de lo horrible que era Marcello Dragna.

Y Nicolas no se parecía en nada a su padre. Le gustaba dibujar plantas y contar anécdotas sobre su perro, Timber. Seguía las reglas, como ella; creía tanto en la tradición que había esperado hasta aquel día para conocerla. Con Nicolas estaría segura. No se lo imaginaba rompiéndole el corazón, y Julian

ya se lo había roto dos veces. Aunque no lo hiciera intencionalmente, al final volvería a rompérselo.

Cuando Scarlett le escribió a Nicolas, solo había querido conocerlo para quitarse la curiosidad. Después, Julian se marchó y las cartas de Nicolas estuvieron allí cuando Julian no estaba. Había sido constante en las cuestiones en las que Julian era poco fiable.

Como formaba parte de Caraval, Julian sería eterno. Moriría y seguiría muerto si alguien lo mataba fuera del juego, pero mientras fuera uno de los intérpretes de Legend, jamás envejecería. Scarlett nunca le pediría que renunciara a eso.

No sabía si Legend seguiría con su espectáculo ahora que iba a convertirse en emperador. No obstante, teniendo en cuenta cómo había desaparecido durante semanas, estaba claro que Legend todavía controlaba a Julian. El futuro que pudieran tener juntos estaba destinado a no durar. Y aun sabiendo todo esto, no se decidía a apartar la mano de la suya.

—No quiero que vuelvas caminando al palacio —le dijo—. Pero si arruinas esto, te juro por las estrellas que jamás volveré a hablarte. El conde tiene que creer que eres un chaperón. Podemos decirle que eres mi primo.

—Eso no va a funcionar a menos que te parezca bien que crea que tienes una relación inapropiada con tu primo. —Julian se acercó y le dio un beso rápido en el cuello.

Scarlett notó que sus mejillas enrojecían.

—¡No te atrevas a hacer algo así!

Julian se echó hacia atrás, riéndose tan fuerte que el carruaje se sacudió.

—Solo estaba bromeando, Escarlata, aunque ahora me siento tentado de hacerlo.

8
Scarlett

El sudor se acumuló entre los dedos de los pies de Scarlett mientras un criado la conducía por un pasillo cubierto por un detallado revestimiento y unas gruesas molduras de techo.

Había algunas grietas en las molduras, lo que la hizo pensar. Aunque Nicolas nunca lo había dicho, ella había creído que solo quería casarse con ella para conseguir la riqueza de su padre. No obstante, ya no tenía nada que ver con su padre; si Nicolas decidía declararse alguna vez, sería por ella.

Las palmas de las manos le sudaban incluso más que los dedos de los pies. Quería secarse la humedad en el vestido, pero sería peor tener manchas que estropearan la tela de intenso rosa.

Scarlett tomó aire superficialmente varias veces, intentando calmarse, mientras el criado abría la puerta hacia un extenso jardín cubierto de cristal.

—Su señoría la recibirá aquí.

Vivaces colibríes revoloteaban de planta en planta, reflejando el estado del caótico estómago de Scarlett. Todo olía a polen, a flores y a romance en ciernes.

Nicolas le había dibujado hacía poco un ramo de flores híbridas y le había contado que disfrutaba experimentando en el jardín. Ella había creído que quería impresionarla, pero no había duda de que alguien jugaba con las plantas allí. Había grupos de blancas margaritas de Valenda con enredaderas de terciopelo azul, flores del infierno plateadas que brillaban bajo la luz, y girasoles de tallos amarillos y pétalos verde jade.

No demasiado lejos de la puerta había una mesa de cobre con un ramo de alegres peonías rosas, una jarra de limonada con menta, sándwiches de pan con semillas y diminutas tartaletas cubiertas de ciruelas blancas. Lo suficiente para resultar considerado, pero sin pasarse.

Julian miró el pequeño ágape con recelo, como si la limonada estuviera envenenada y los sándwiches escondieran cuchillas en su interior.

—No es demasiado tarde para marcharse.

—Estoy exactamente donde quiero estar. —Scarlett se sentó en el borde de una enorme butaca de cobre—. Pero tú eres libre de ir adonde desees.

—No me digas que de verdad te gusta estar aquí. —Julian levantó los ojos hacia una parte del techo de cristal cubierta de mariquitas—. Hay algo raro. Incluso los insectos quieren escapar.

—*Ejem*. —Alguien se aclaró la garganta—. Su señoría, el conde Nicolas d'Arcy.

Scarlett contuvo la respiración.

Rítmicos pasos de bota, más pesados de lo que habría esperado, siguieron la voz del criado.

Scarlett creía que había imaginado a su antiguo prometido como todos los tipos de hombre posibles. Lo había imaginado bajito, alto, esbelto, ancho, viejo, joven, calvo, peludo, guapo, soso, pálido, oscuro, melancólico, alegre. Lo había visualizado vestido con levitas recargadas y también con trajes serios, mientras intentaba adivinar qué sería lo primero que diría al conocerla.

Y aunque también había planeado su respuesta, sus palabras se enredaron en su lengua cuando él se acercó y le tomó la mano.

Nicolas era una montaña. La enorme mano que le ofreció podría haberla aplastado o acunado. Era casi treinta centímetros más alto que ella; tenía las piernas musculosas, los brazos fuertes, y un cabello castaño y espeso que parecía haber intentado domar, a pesar de que un amplio rizo caía sobre su frente, lo que le daba una apariencia juvenil que se sumaba a la de sus gafas ligeramente torcidas.

Tenía el aspecto que hubiera imaginado en un justiciero con la identidad secreta de un caballero botánico.

Lo seguía un enorme perro negro del tamaño de un *pony* pequeño. *Timber*. Scarlett había oído hablar mucho de él en las cartas de Nicolas. Agitó la cola y echó las orejas hacia atrás al verla, visiblemente excitado, pero no se alejó de al lado de su amo; se sentó obedientemente mientras Nicolas se llevaba la mano de Scarlett a sus labios gruesos.

Estaba claro que a su vestido le gustaba. Su escote bajo estaba ahora decorado con piedras preciosas de corte irregular que enviaban destellos de luz por todo el invernadero.

—Es maravilloso conocerte por fin —consiguió decir Scarlett.

Él sonrió, con una sonrisa amplia y sincera.

—Me siento tentado a decir que eres incluso más hermosa de lo que había imaginado, pero odiaría que pensaras que no soy original.

—Demasiado tarde —dijo Julian, entre toses.

Una arruga se formó entre las gruesas cejas de Nicolas al descubrir al compañero de Scarlett.

—¿Y tú eres…?

—Julian. —Le ofreció la mano.

Pero Nicolas se negó a soltar la de la joven.

—No sabía que Scarlett tuviera un hermano.

—No soy su hermano. —Julian mantuvo un tono de voz amistoso, pero Scarlett sintió una oleada de pánico púrpura al ver la perversidad brillando en sus ojos—. No estoy emparentado con ella. Soy un intérprete con el que jugó durante Caraval.

Enfatizó las palabras *con el que jugó* y Scarlett lo habría estrangulado. Julian había decidido aquel momento para ser sincero *por fin*.

Sin embargo, Nicolas no parecía inquieto. La amplia sonrisa del joven conde se mantuvo intacta mientras acariciaba a Timber con la mano libre.

Julian no había terminado.

—No me sorprende que nunca me haya mencionado. Al principio de Caraval, no creo que le cayera bien. Pero después nos dieron el mismo dormitorio y…

—Basta, Julian —lo interrumpió Scarlett.

La sonrisa de Nicolas se desvaneció. Le soltó los dedos, como si tomarlos hubiera sido un error.

—No es lo que parece. Julian y yo solo somos *amigos* —dijo, decidiendo no entrar en el tema del dormitorio—. Conoció a mi padre durante Caraval y le inquieta que puedas ser como él. Ha venido hoy porque se preocupa por mí, pero está claro que permitirlo fue un error.

Echó una mirada de soslayo en dirección a Julian. No parecía arrepentido y se encogió de hombros mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Nicolas, por favor…

—Está bien, Scarlett. —La voz del conde retumbó más profunda que antes, pero las arrugas enfadadas que rodeaban su boca habían desaparecido—. No voy a decir que estoy contento con esto, pero después de descubrir la verdad sobre tu padre y de oír hablar del *prometido* al que conociste durante Caraval, puedo entenderlo.

Nicolas se giró de nuevo hacia Julian y Scarlett los observó mientras se estrechaban la mano por fin.

—Gracias por cuidar de ella durante el juego.

—Yo siempre cuidaré de ella —replicó Julian.

—¿Y cuando no seas necesario? —le preguntó Nicolas.

—Dejaré que Scarlett tome esa decisión.

—Julian, para —dijo Scarlett.

—De acuerdo. —Nicolas rascó las orejas de su perro—. No me importa un poco de competencia. De hecho, prefiero saber quién más intenta conseguir tu mano.

—Yo no lo diría así —dijo Julian—. La posibilidad de una victoria implicaría que esto es un juego.

—Es una forma de hablar —dijo Nicolas.

—Lo sé. —Julian sonrió de oreja a oreja—. Los juegos son lo mío. Pero no creo que lo hayas dicho figurativamente. Quieres ganártela demostrando que eres el mejor.

—¿No es eso lo que tú quieres? —le preguntó Nicolas. Y Scarlett habría jurado que hinchaba el pecho.

Eran como pavos reales batallando. Scarlett se imaginó sus emociones girando en orgullosos tonos verde azulado y azul cobalto. ¿O estaba viéndolas de verdad?

Siempre veía sus propios sentimientos en colores, pero solo había visto los de otro una vez. Había ocurrido durante Caraval, después de compartir su sangre con Julian. Era lo más íntimo que había hecho nunca, y después fue capaz de atisbar los sentimientos del joven. Pero no había durado mucho y tampoco lo hizo aquella visión del orgullo, lo que hizo que se preguntara si estaría solo en su mente, ya que no había bebido la sangre de nadie.

Ambos jóvenes seguían mirándose. Aquella no era la escena que Scarlett había imaginado. Se suponía que Nicolas debía mirarla a *ella*. Se suponía que debía halagarla y adularla, no discutir con Julian.

—Yo no necesito demostrar nada —dijo Julian—. No intento ganarme su mano. Le estoy ofreciendo la mía y todo lo que la acompaña, esperando que la tome y decida que quiere mantenerla.

Era una de las cosas más dulces que Julian le había dicho, y puede que Scarlett hubiera aceptado su mano si al menos la hubiera mirado durante su bonito discurso. Pero estaban tan atrapados en su disputa que parecían haber olvidado que ella estaba allí.

—Me alegro de que esto no sea solo un juego para ti, Julian, pero quizá debería serlo. Quizá deberíamos convertir esto en una competición de cortejo —dijo Scarlett. Las palabras le parecieron un error de inmediato, pero las

miradas desconcertadas de sus caballeros le supieron a victoria. En lugar de hablar como si Scarlett no estuviera allí, Julian y Nicolas la miraban como si fuera la única presente.

—Era una práctica común en los primeros días del Imperio Meridional —continuó—. Las jóvenes de las familias nobles y adineradas disponían una serie de tareas para que sus pretendientes mostraran sus habilidades. El primero o el mejor en completarlas podía casarse con la muchacha.

Nicolas se pasó una mano por la boca como si intentara esconder su expresión, pero ella sabía que estaba intrigado.

—Esto no debería ser un juego —dijo Julian.

—¿Temes perder? —Esta vez, no hubo duda de que Nicolas había hinchado el pecho.

Julian murmuró algo entre dientes. Su postura era tensa y tenía la mandíbula apretada, lo que provocó que la cicatriz que corría desde su mandíbula a su ojo se convirtiera en una profunda línea blanca.

—Escarlata, no transformes esto en un juego.

Si no hubiera dicho eso, Scarlett habría cambiado de idea. Había lanzado el desafío solo para sorprenderlos y detener su ridícula pelea, pero ahora, si reculaba, parecería que lo hacía por Julian en lugar de por sí misma.

Y tenía la sensación de que siempre cedía por él.

Julian era el sol en la parte más húmeda de la Estación Fría, gloriosamente cálido y maravilloso cuando estaba allí, pero poco fiable. Había pasado cinco semanas desaparecido. Aunque solo llevaba algunas horas de nuevo en su vida, la había convertido en un caos.

Tenía que admitir que a veces le gustaba el desorden que llevaba a su mundo, pero no le gustaba que aquella vez se tratara más de salirse con la suya que con la de ella. Le había dicho en el carruaje que estaba allí porque no confiaba en el conde, pero Nicolas era botánico, tenía un perro… Una mirada bastaba para estar seguro de que no tenía ningún plan perverso para Scarlett. Lo que pasaba era que Julian no quería que nadie más tuviera planes para ella.

—Si no quieres jugar, no tienes que hacerlo —dijo Scarlett—. Pero creo que será divertido. Lo he decidido.

—¿Desde cuándo tomas decisiones tan rápido? —se quejó Julian.

—Desde hace cinco semanas. —Su sonrisa era un símbolo de exclamación.

Parecía que Julian quería seguir discutiendo y probablemente lo habría hecho si Nicolas no hubiera estado allí. En lugar de eso, ahuyentó a una

mariquita con mala suerte con más fuerza de la necesaria.

La sonrisa de Nicolas se amplió como si ya estuviera ganando.

Eso puso a Scarlett un poco nerviosa. Pero después de lo que acababa de decirle a Julian, no podía retirarlo. Además, aunque diera un poco de miedo, también era excitante tomar el control como nunca lo había hecho antes.

—Comenzaré con un reto sencillo y los desafíos se volverán progresivamente más difíciles hasta que uno de vosotros se rinda o no consiga completar una tarea.

—¿Cuál será el primer desafío? —le preguntó Nicolas.

Scarlett intentó recordar lo que había leído en los libros de historia. No obstante, aquel era su juego y podía hacer lo que quisiera.

—Cada uno de vosotros debe traerme un regalo en los próximos tres días, pero ha de ser algo que jamás le hayáis dado a otra persona.

—¿Recibiremos un premio si te llevamos el mejor regalo? —le preguntó Julian.

—Sí —dijo Scarlett—. Le daré un beso al ganador de cada reto individual. Al final del juego, me casaré con el que gane.

Era algo que Tella podría haber dicho. Era audaz, e hizo que Scarlett se sintiera también así.

Pero las sensaciones nunca duraban, y los resultados de aquel juego lo harían.

9
Scarlett

Scarlett intentó no arrepentirse de su decisión de entregar su mano como premio en un juego, mientras Julian trataba de esconder lo insatisfecho que estaba con el resultado de su visita a Nicolas. Después de exponer las reglas del reto, Scarlett los había convencido para que se sentaran a tomar el té y el resto de las delicias que Nicolas había preparado. Pero, por supuesto, aquello se había convertido en otra competencia: la conversación sobre viajes pasó a ser una batalla sobre quién había viajado más; la charla sobre libros se transformó en un concurso para ver quién era más leído. Y cuando dejaron de hablar, se miraron fijamente hasta que Scarlett declaró por fin que era hora de marcharse.

Julian tenía la cabeza oscura contra la ventanilla y una bota apoyada despreocupadamente en su rodilla mientras tarareaba en voz baja. Scarlett sabía que no estaba tan relajado como parecía, pero su melodía era reverberante y relajante, y hacía que los floridos campos de la campiña parecieran incluso más bonitos mientras su carruaje atravesaba los fragosos caminos.

—¿También sabes cantar? —le preguntó Scarlett—. Nunca había oído un tarareo tan musical.

Las comisuras de la boca de Julian se curvaron en una sonrisa amarga.

—He perdido la práctica. Durante años, Legend estuvo dándome papeles de trovadores que solo hablaban cantando.

Scarlett se rio.

—¿Cómo te ganaste un castigo así?

Julian se encogió de hombros.

—Mi hermano es bastante celoso. Creo que le molestaba que recibiera tanta atención en el juego e intentó convertirme en el hazmerreír, pero a todo el mundo le gusta un joven atractivo con buena voz.

Scarlett puso los ojos en blanco, aunque el mundo se volvió más encantador cuando Julian comenzó a tararear de nuevo. Miró por la ventanilla mientras el carruaje pasaba traqueteando junto a una bien mantenida casa de campo del color de los melocotones del Festival del Sol, con cornisas de un blanco puro y faisanes merodeando por los alrededores como un encaje que ha cobrado vida.

Incluso la familia parecía estar posando. Debían estar celebrando el festival con una cena al aire libre. Sobre la hierba había una larga mesa con manteles de flores y lo que parecía un festín. Los cinco miembros de la familia estaban a su alrededor, bebiendo de sus copas de loza como si alguien acabara de brindar. Scarlett miró a la niña más pequeña, con largas trenzas que bajaban por su espalda. Sostenía su copa con ambas manos, y sonreía como si fuera la primera vez que probaba el vino. Era el tipo de sonrisa que dolía si se la mantenía demasiado.

Pero la sonrisa no cambió. *Nada cambió*.

Punzadas de una incomodidad que sabía a naranja amarga reptaron sobre la piel de Scarlett mientras el carruaje pasaba de largo y nadie del grupo bajaba su copa o se movía.

Habría pensado que la familia era una serie de esculturas increíblemente realistas de no ser por los aterrorizados penachos de espectral púrpura que giraban alrededor de sus siluetas congeladas; penachos que, sin duda, no estaban solo en su mente. Podía ver sus sentimientos con tanta nitidez que su corazón se aceleró debido al miedo que ellos estaban experimentando.

—Algo va mal. —Scarlett extendió la mano y abrió la ventanilla para gritar al cochero—. ¡Detén el carruaje!

—¿Qué ocurre? —le preguntó Julian.

—No lo sé, pero algo no va bien. —Abrió la puerta tan pronto como el coche se detuvo.

Julian la siguió mientras atravesaba la hierba.

De cerca, la escena parecía incluso más artificial. Lo único que se movía eran las hojas de hierba alrededor de los pies de Scarlett y las hormigas, que reptaban sobre el banquete del Festival del Sol mientras la familia permanecía congelada en su brindis eterno, con las bocas extrañamente separadas y los dientes manchados del líquido púrpura oscuro que habían bebido.

—¿Haría Legend algo así? —preguntó Scarlett.

—No. Él puede ser cruel, pero no tanto. —Julian frunció el ceño mientras comprobaba el pulso de la niña más pequeña—. Sigue viva.

Continuó buscando latidos mientras la familia permanecía sobrenaturalmente inmóvil.

—¿Cómo puede alguien hacer esto?

Scarlett examinó la mesa como si fuera a encontrar un frasco de veneno oculto entre la comida, pero todo parecía normal: pan plano, judías verdes, moteadas mazorcas de maíz, cestas de moras, pasteles enrejados de cerdo y…

Se detuvo en los cuchillos de mantequilla clavados en la mesa. Eran de metal plano y romo, el tipo de cubierto que apenas corta, y aun así alguien había tenido la fuerza suficiente para atravesar el mantel y la mesa con ellos para fijar una nota.

—Julian, ven a ver esto.

Scarlett se inclinó con cuidado sobre el banquete, sin atreverse a tocar los cuchillos ni la nota mientras leía en voz alta.

UNO, DOS, TRES, CUATRO, CINCO...
VIVIRÁN MIENTRAS EL SOL SEA TESTIGO.
PERO CUANDO EL DÍA LLEGUE A SU FIN,
ESTA FAMILIA MORIRÁ EN SU JARDÍN.
SI NO QUIERES QUE EN PIEDRA SE CONVIERTAN,
ESFUÉRZATE PARA VER CÓMO DESPIERTAN.
RECUERDA TUS MIEDOS, INFAMIAS Y MENTIRAS
Y CONFIESA ANTE TODOS TU ÚLTIMA FECHORÍA.
—VENENO

—Ni siquiera rima bien —gruñó Julian.

—Creo que eso no es lo importante —susurró Scarlett. No sabía si las esculturas podían oír, pero si lo hacían, no quería asustarlas con lo que estaba pensando—. ¿Has visto el nombre al final de la nota? Hay un Destino llamado El Envenenador.

No era exactamente el mismo nombre que Veneno, así que quizás aquello no fuera obra de un Destino. Si lo era, era muy mala señal.

Hasta hacía poco, Scarlett no había pensado demasiado en los Destinos, las antiguas criaturas míticas que siempre habían formado parte de las obsesiones de su hermana. Pero después de que fueran liberados de su Baraja del Porvenir encantada, había acosado a Tella con preguntas para conocerlos lo mejor posible.

Los Destinos eran tan antiguos que la mayoría de la gente creía que solo eran las leyendas en las que se habían basado las ilustraciones de las Barajas del Porvenir, que la gente usaba para leer el futuro. Pero no eran solo

ilustraciones: eran reales y habían sido condenados a vivir en el interior de aquellos naipes durante siglos. No había demasiada información sobre qué podían hacer exactamente con sus poderes, pero el nombre de El Envenenador parecía bastante explicativo.

—¿Crees que esto podría significar que los Destinos están despertando?

—No esperábamos que despertaran tan pronto. —Julian tiró del nudo de su pañuelo—. Podría ser solo una broma por el Festival del Sol.

—¿Quién podría hacer una broma así?

—El Príncipe de Corazones puede detener los corazones —aventuró Julian.

—Pero sus corazones siguen latiendo.

Scarlett no les había buscado el pulso, pero suponía que latían. El suyo latía; podía sentirlo corriendo como loco mientras los penachos de pánico púrpura que irradiaba la familia empezaban a elevarse como el humo de un creciente incendio.

—Creo que deberíamos hacer lo que pide y confesar nuestras últimas mentiras en voz alta —dijo Scarlett—. Aunque vayamos a la ciudad y busquemos una botica abierta, tengo la sensación de que no podrán arreglar esto. —Y no podía dejar a aquella gente así.

Julian negó con la cabeza mientras miraba a la familia congelada una vez más.

—Debería haber seguido con la mentira y dicho que soy tu primo.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Scarlett.

—Porque la última vez que he mentido ha sido a ti. —Julian se pasó la mano por el cabello y, cuando volvió a mirarla, este cayó sobre sus ojos nerviosos y arrepentidos.

Una horrible sensación se agitó en el interior de Scarlett. Sus mentiras ya los habían separado antes; mentir era una costumbre de la que Julian, al parecer, no podía deshacerse, quizá por haber sido parte de Caraval durante tanto tiempo. Aquel día le había parecido sincero y había creído que había cambiado. Puede que se hubiera equivocado.

—Lo siento, Escarlata. Mentí cuando dije que me marché cinco semanas para darte espacio. Me marché porque estaba enfadado, ya que tú querías conocer al conde, y pensé que eso te haría quererme más.

Así fue. Hizo que lo quisiera más… y también que lo odiara, y justo entonces casi deseó reírse. Siempre le dolían las mentiras de Julian porque la hacían creer que eso significaba que no le importaba, pero todo lo que había

hecho aquel día implicaba que sí lo hacía. Y no podía enfadarse con él por manipularla, ya que ella le había hecho lo mismo.

—Eres terrible —le dijo—, pero yo también lo soy. En realidad, no creo que la competición de cortejo entre Nicolas y tú vaya a ser divertida. Cuanto más lo pienso, más nerviosa me pongo. Solo lo hice para ponerte a prueba y devolvértela por haberte marchado.

La sonrisa de Julian regresó de inmediato.

—¿Significa eso que vas a anularla?

Alguien tosió al otro lado de la mesa. Se atragantaron, escupieron líquido, resollaron y las copas cayeron con estrépito cuando la familia comenzó a moverse de nuevo.

—Uh, ¡gracias!

—¡Benditos seáis!

—¡Nos habéis salvado!

Scarlett y Julian se vieron rodeados de inmediato por un abrazo de tamaño familiar en el que el pequeño clan les mostró su gratitud. Les temblaban los cuerpos, calientes por el sol, y la pequeña de las trenzas abrazó a Julian un poco más que todos los demás, maravillada por él de inmediato.

—Estaba segura de que íbamos a quedarnos así para siempre —dijo la mujer corpulenta que Scarlett asumía que era la madre.

—Pasó mucha gente, pero nadie se detuvo —añadió uno de los hijos.

—¿Podéis contarnos quién os hizo esto? —les preguntó Julian.

—Uh, sí —dijeron todos a la vez. Y después, sus rostros tensos perdieron su expresión.

—Bueno, esa persona era…

—Creo…

Varios intentaron responder a la pregunta pero ninguno de ellos lo consiguió, como si les hubieran robado la memoria.

Scarlett no sabía si repetirles lo que le había susurrado a Julian, que era posible que los Destinos estuvieran despertando y Veneno fuera en realidad El Envenenador, pero aquella familia ya había sufrido suficiente. No necesitaban que ella los aterrara con sus sospechas.

—Os pediríamos que os quedarais a cenar con nosotros —dijo el hombre que parecía el padre—, pero no creo que vayamos a comer después de esto.

—No pasa nada —dijo Scarlett—. Nos alegramos de haberos ayudado.

Julian y ella dejaron que todos los abrazaran de nuevo antes de regresar al carruaje. Si aquella escena había sido realmente la obra de un Destino, tenían que advertir…

—¡Esperad! —gritó la pequeña de las trenzas, corriendo por la hierba. Scarlett creyó que iba a darle a Julian un beso de despedida, pero en lugar de eso se acercó a ella—. Quiero darte un regalo por haberte detenido a ayudarnos.

La niña buscó con solemnidad en el bolsillo de su delantal y sacó una horrible llave cubierta de óxido, de un blanco verdoso y cubierta de arañazos, con el color de los secretos ocultos que no deben ser desenterrados.

—No es necesario —dijo Scarlett—. Quédatela.

—No —insistió la niña—. Esta llave es más de lo que parece, como mi familia cuando tú pasaste. No sé qué hace, pero la encontré esta mañana en el borde del pozo. No había nada allí y entonces apareció. Creo que es mágica y quiero que la tengas tú, porque creo que tú también lo eres.

La chica le entregó el regalo.

Scarlett estaba a punto de llorar. Aquella niña era un encanto.

—Gracias. —Cerró los dedos sobre la llave.

No fue hasta después de regresar al carruaje y mirarla de nuevo cuando se dio cuenta de que se había transformado. Ya no era un trozo viejo de hierro oxidado, sino una llave cristalina que brillaba como el polvo de estrellas y los hechizos.

10
Donatella

Cuando llegó a la pensión, a Tella le temblaban las piernas y tenía los ojos borrosos. Viajar entre mundos la había hecho sentirse como un pliego de papel mojado después de ser arrugado por unas manos rudas.

No sabía cuánto tiempo había pasado mientras estuvo ausente. A juzgar por los arrugados banderines del festival y el número de caramelos fundidos en las calles, apostaba a que llevaba horas fuera. Los niños que habían estado corriendo con molinetes con forma de sol dormían ahora en los brazos de sus cansados parientes; las jóvenes habían cambiado sus vestidos sencillos por prendas más elegantes, y un nuevo turno de mercaderes había tomado las calles. Las festividades estaban muriendo y arrancando de nuevo, volviendo a la vida para la noche eterna del Festival del Sol.

Tella se había retrasado mucho más de lo que había acordado con Scarlett.

Aminoró el paso mientras entraba en la vieja pensión. No quería ver la decepción de su hermana. Se sentía fatal por haberle fallado y no haber mantenido su promesa, pero no se arrepentía de haber seguido a Legend; se alegraba de haberlo visto por fin cuando no tenía ni idea de que ella estaba observando. Seguramente debería haberlo seguido semanas antes, pero le gustaban demasiado los sueños. En sueños, él era casi perfecto. Y quizás aquella fuera la clave. En sueños, Legend era alguien a quien quería, de quien se preocupaba, que le importaba, pero en la vida real era alguien en quien nadie podía confiar.

Tella abrió la puerta y entró lentamente en una habitación calentada por la luz atrapada del sol.

—Scar… —comenzó, vacilante.

—Donatella… ¿Eres tú? —La pregunta fue apenas un susurro, tan suave que parecía un pensamiento, y aun así la voz era inconfundible. Era familiar a pesar de que solo la había oído una vez en los últimos siete años.

Corrió al dormitorio de su madre y se frenó de inmediato al verla sentada en la cama.

El mundo se detuvo. Los ruidos del festival se desvanecieron. El desaliñado apartamento desapareció.

Besos en los párpados. Joyeros cerrados. Susurros emocionados. Exóticos frascos de perfume. Cuentos por la noche. Sonrisas durante el día. Risas encantadas. Nanas. Tazas de té violeta. Sonrisas secretas. Cajones llenos de cartas. Despedidas en silencio. Cortinas ondeantes. El aroma de las plumerias.

Un centenar de recuerdos perdidos salieron a la superficie, y cada uno de ellos parecía exangüe e insustancial comparado con la milagrosa realidad de su madre.

Paloma parecía una versión ligeramente mayor de Scarlett, aunque su sonrisa carecía de su dulzura. Cuando sus labios se curvaron, su sonrisa imitó la del cartel de SE BUSCA de Paradise la Perdida. Era la misma sonrisa encantadora y enigmática que recordaba haber practicado cuando era niña.

—¿Por qué no me sorprende que parezcas recién salida de una pelea? —La sonrisa de Paloma flaqueó, pero su voz era el sonido más dulce que Tella había oído jamás.

—Solo fue con un rosal. —Se lanzó hacia la cama y abrazó a su madre. No olía como recordaba, el dulce aroma de la magia que siempre la acompañaba, pero a Tella no le importó. Apoyó la cabeza en su hombro mientras se aferraba con fuerza a la suavidad de su madre, quizá con demasiada ferocidad.

Paloma le devolvió el abrazo, pero solo un momento. Después se derrumbó contra el cabecero acolchado, respirando entrecortadamente mientras sus párpados comenzaban a cerrarse.

—Lo siento. —Tella se apartó de inmediato—. No pretendía hacerte daño.

—Nunca podrías hacerme daño con un abrazo. Es solo que… —Arrugó la frente bajo los mechones perdidos de cabello caoba, como si estuviera buscando un pensamiento errante—. Creo que solo necesito comer, mi pequeño amor. ¿Puedes traerme algo de comida?

—Llamaré a una de las doncellas.

—Yo… Creo… Creo… —Paloma parpadeó y cerró los ojos.

—¡Mamá!

—Estoy bien. —Abrió los ojos de nuevo—. Es que me siento demasiado débil y hambrienta.

—Volveré de inmediato con algo de comer —le prometió Tella.

Odiaba dejar a su madre, pero no quería hacerla esperar mientras una doncella subía y bajaba las escaleras. Y tuvo que alegrarse de no haber esperado, porque cuando corrió a la cocina no se encontró con ninguna criada. Debían haber salido al Festival del Sol.

La cocina estaba desierta y nadie la detuvo cuando tomó una bandeja y comenzó a amontonar comida en ella. Eligió las frutas con mejor aspecto de entre un montón de rollizos melocotones y brillantes albaricoques. Después, tomó un trozo de queso curado y media hogaza de pan de salvia. Iba mordisqueando la comida que añadía, pues el entusiasmo le había hecho recuperar el apetito. Su madre había despertado por fin, y tan pronto como comiera se pondría bien.

Tella pensó en preparar un poco de té, pero no quería esperar a que el agua hirviera. En lugar de eso, buscó una botella de vino. Allí nunca servían alcohol, pero estaba segura de que tenían. Encontró una botella de borgoña en una alacena y después tomó un par de pastelillos de chocolate para el postre.

Subió con cuidado los peldaños, orgullosa de su banquete.

Aunque creía recordar que había cerrado la puerta a su espalda, parecía que la había dejado entreabierta. La empujó con el codo, perdiendo un melocotón en el proceso, que se dio a la huida. Cayó al suelo con un golpe sordo mientras ella entraba en la habitación.

El dormitorio estaba más frío que cuando se marchó, y silencioso, demasiado silencioso. Solo se oía el zumbido de una mosca que sobrevolaba el festín robado que llevaba en las manos.

—¡Ya he vuelto! —Intentó no ponerse nerviosa cuando su madre no contestó. Preocuparse era el papel de su hermana, pero no pudo evitar la sensación de creciente inquietud.

Un albaricoque cayó al suelo cuando apresuró el paso.

Y después la bandeja entera amenazó con abandonar sus manos temblorosas.

La cama estaba vacía.

No había nadie en la habitación.

—¿Paloma? —llamó. No se decidía a decir la palabra *mamá*. Le habría dolido demasiado gritarla, como lo había hecho de niña, y no recibir respuesta. Se había prometido que jamás volvería a hacerlo. Pero le dolió lo mismo pronunciar el nombre de su madre sin contestación.

Con un nudo en la garganta, gritó los dos nombres de su madre.

—¡Paloma! ¡Paradise!

Nada en absoluto.

Dejó la bandeja sobre la cama y corrió al otro dormitorio, y después al cuarto de baño. Ambos estaban vacíos.

Su madre había desaparecido.

Sus piernas olvidaron cómo funcionar. Regresó con torpeza al primer dormitorio antes de que sus rodillas se rindieran por completo y sus brazos tuvieran que buscar apoyo en un poste de la cama.

Mientras intentaba encontrar sentido a lo que había pasado, lo único que se oía era la mosca zumbando alrededor de la comida abandonada. Su madre estaba débil, confusa. ¿Era posible que hubiera salido a buscarla y se hubiera perdido? Solo tenía que encontrarla y…

Dejó de pensar al ver algo sobre la cómoda junto a la cama. Una nota.

Se apartó de la cama con torpeza. Cuando tomó el mensaje, le temblaban los dedos. La caligrafía era apresurada, temblorosa.



Mis amores:

Siento mucho haberme marchado, pero sabía que cuanto más esperara, más difícil sería para mí. Por favor, perdonadme y no me busquéis de nuevo. Lo único que he querido siempre es protegeros, pero mi presencia os pondrá a ambas en peligro.

Si yo he despertado, los Destinos también lo habrán hecho y toda Valenda estará en peligro. Mientras sigáis en esta ciudad, no estaréis seguras. Debéis alejaros tanto de los Destinos como os sea posible. Marchaos de Valenda de inmediato.

Los Destinos son tan despiadados como cuentan las historias. Fueron creados con miedo y el miedo es parte de lo que alimenta su poder, así que intentarán provocar tanto como puedan. Si os encontráis con ellos, intentad no temerles y manteneos a salvo, mis amores.

Si puedo, regresaré con vosotras.

Con más amor del que podáis imaginar,

Vuestra madre



—¡No! —Tella arrancó las sábanas de la cama y se presionó los ojos con ellas como si fueran un pañuelo. Las lágrimas manaron furiosas y calientes. No duraron, pero dolieron. ¿Cómo podía hacerle aquello su madre? No solo se había marchado, sino que la había engañado para hacerlo. No tenía hambre, ni estaba débil; solo había querido largarse… marcharse de nuevo.

Tella arrugó la nota en su puño y de inmediato se arrepintió. Si no encontraba a su madre, aquello sería lo único que tendría.

No. No podía pensar así. Ella había vuelto de la muerte, había encontrado a su madre y la había liberado. No le importaba lo que dijera la nota; había decidido hacía mucho que jamás tomaría decisiones por miedo. El miedo era un veneno que la gente confundía con la prudencia. Una decisión tomada por seguridad podía ser tan traicionera como una tomada por miedo. Su padre había contratado a guardias horribles para mantener a salvo a su persona, su dinero y sus propiedades. Su hermana había estado a punto de casarse con alguien a quien no conocía para protegerla a ella. Pero a Tella no le importaba la seguridad… siempre que recuperara a su madre.

Una voz en el fondo de su cabeza le advirtió que aquella era una idea arriesgada. Su madre le había pedido que se marchara de la ciudad para evitar a los Destinos, pero Tella era parcialmente responsable de que estos hubieran escapado.

Y no había sacrificado tanto, no se había esforzado tanto solo para que su madre la abandonara de nuevo.



El sol todavía brillaba con fuerza. Cuando Tella salió, los mercaderes seguían llenando las aceras y las calzadas seguían cubiertas de festivos dulces a medio comer. Pero debajo del aroma del azúcar caliente y de los fragmentos perdidos de la celebración, Tella captó otro aroma, uno mucho más dulce que el de los placeres asequibles: *magia*.

Reconoció el aroma de los sueños que había compartido con Legend. También lo notó en su madre cuando la abrazó. El olor de la magia era tenue, pero su rastro era suficiente para seguirlo a través de la multitud.

—Disculpe…

—Perdone, señorita.

Más de un borracho tropezó con ella mientras seguía la estela mágica a través de las calles abarrotadas hasta llegar a otro conjunto de ruinas cerca del Círculo Universitario.

No había pasado demasiado tiempo en esa parte de la ciudad y no conocía aquellas ruinas. Eran más complejas que la antigua arena a la que había seguido a Legend. Aquellas pasarelas, arcos y arcadas parecían haber sido usadas para el comercio. Comenzó a subir el escarpado camino que conducía hasta ellas, esperando de verdad que no dirigieran a otros portales.

Probablemente debería haberse cambiado de calzado. Sus finas zapatillas estaban totalmente destrozadas, después de haber caminado por la nieve y corrido a través de la calurosa ciudad; le fue más sencillo caminar después de quitárselas.

El sol había calentado los peldaños de granito y aun así sintió algo frío bajando por su nuca, como patitas de araña.

Se arriesgó a echar un vistazo sobre su hombro.

No había nadie a su espalda. No había guardias entre los árboles de los lados. De hecho, no parecía haber ningún guardia.

No obstante, la escurridiza sensación de ser observada se incrementó junto con la vibrante sensación de la magia. Tella no solo podía olerla; ahora podía sentirla más fuerte que cuando siguió a Legend. Vibraba a su alrededor como si los peldaños tuvieran un corazón latiente.

Pum.

Pum.

Pum.

La magia latía bajo sus pies descalzos mientras seguía subiendo por las ruinas, que de repente ya no parecían tan destrozadas.

En lugar de arcos desmoronados, Tella vio curvas impolutas cubiertas de tallas de quimeras rojas de alegres colores, una reminiscencia de las que había visto en el Baile Predestinado. Había corderos de plata con cabeza de lobo, caballos azules con nervadas alas verdes de dragón, halcones con cuernos de carnero negros y…

Retrocedió de un salto al ver a los guardias reales de Legend. Eran siete, y estaban tumbados sobre las escaleras como soldados de juguete descartados.

Se golpeó el talón con una roca al retroceder otro paso. Hasta aquel momento, no se le había ocurrido que quizás el rastro con aroma de magia que estaba siguiendo pudiera no pertenecer a su madre. Si los Destinos habían despertado, aquel vestigio podía ser de uno de ellos.

Pero aquellos guardias no parecían muertos.

Puede que estuviera engañándose, pero parecían dormidos.

Se acercó y, con cuidado, presionó con el dedo el cuello de un guardia. Creyó sentir pulso en él cuando unos pasos apresurados rompieron el silencio.

¿Pertenecían a su madre o a un Destino?

A Tella se le hizo un nudo en el estómago. Antes de que los Destinos fueran liberados de los naipes, el hechizo que los encarcelaba había comenzado a debilitarse y unas versiones espectrales de La Reina de los No Muertos y sus Fámulas escaparon temporalmente y estuvieron a punto de matarla. Pero había sobrevivido, y prefería enfrentarse a ellas de nuevo que arriesgarse a perder a su madre otra vez.

Siguió el sonido de los pasos por una estrecha escalera que bajaba hasta un laberinto mal iluminado de celdas con perladas rejas blancas. Eran casi bonitas, aunque ella odiaba las jaulas; verlas la hizo apresurar sus pies descalzos.

No se detuvo hasta que el pasillo desembocó en una caverna iluminada por antorchas que apestaba a sulfuro y a aguas subterráneas. Habría sido un buen emplazamiento para una obra de teatro histórica, una preciosa cámara de tortura o una sala de entrenamientos para los miembros de un antiguo circo.

Cuerdas rojas cruzaban el espacio sobre la cabeza de Tella, sin red debajo. Círculos pintados que parecían ruedas de la muerte, todos decorados con cuchillos, giraban en sus límites. Más allá de las ruedas había pozos de vibrantes llamas anaranjadas que ardían como lagos de fuego bajo unos estrechos puentes suspendidos. En una esquina giraba un carrusel de granito cubierto de púas decorativas.

En el centro de todo ello había un río rojo. Su madre estaba al otro lado, pero no se parecía en nada a la débil mujer que Tella había dejado tumbada en la cama.

11
Donatella

Paloma parecía una versión malvada de Scarlett. Tella no sabía en dónde había encontrado su madre ropa nueva, pero ahora llevaba una levita de cuero negro hasta el suelo cuya manga corta dejaba a la vista unos guantes largos del mismo color granate que su corsé. En las piernas, vestía unos pantalones ajustados en blanco hueso metidos dentro de unas botas de cuero negro que subían hasta sus rodillas. En el gemelo llevaba una daga envainada, y una fina cuerda plateada se enrollaba en su muslo opuesto, como una serpiente.

Estaba brutal y preciosa, como una criminal que acabara de escapar de un póster de SE BUSCA, una leyenda que había huido de su historia para darle un final diferente. Y Tella se moría de ganas de ser parte de ese final.

—¡Por favor, no te marches de nuevo! —gritó.

Entonces echó a correr, atravesando la caverna y saltando sobre las aguas rojas del riachuelo hasta los brazos de su madre. La abrazó con todo lo que tenía; quizá, si la abrazaba con la fuerza suficiente, no se marcharía. Ella también quería un desenlace distinto. Quería un final feliz con su madre y con Scarlett, lleno de sonrisas y planes maravillosos para el futuro.

—No deberías estar aquí —le dijo Paloma con brusquedad, aunque no se apartó de ella. Le acarició los rizos despeinados con una ternura que Tella nunca había conseguido atrapar en sus recuerdos—. Siempre supe que serías valiente pero, Donatella, esta lucha te destruirá si no te alejas.

La mujer bajó los brazos.

—¡No! —Tella agarró las muñecas de su madre; la sujetaría durante el resto de su vida si tenía que hacerlo—. Tu lugar está junto a tus hijas. No sé qué crees que tienes que hacer pero, por favor, vuelve con nosotras.

—No puedo. —Paloma intentó zafarse de ella, pero Tella se negó a soltarla—. Tienes que marcharte de aquí. Esto no es seguro.

—¡Mi vida no ha sido segura desde que te fuiste!

Los ojos avellana de Paloma se volvieron vidriosos y su voz se suavizó por fin.

—Siento mucho que hayas experimentado tanto dolor, pero yo solo te provocaría más. Esta noche, Donatella, la peligrosa soy yo. Estoy aquí porque tengo que matar a alguien.

—No —replicó Tella, aunque la sangre había abandonado su rostro—. Solo lo dices para que me marche.

—Ojalá fuera así, pero hay cosas de mi pasado que tengo que enmendar y no me arriesgaré a que Scarlett o tú os veáis involucradas. He cometido incontables errores, pero tu hermana y tú sois lo único que he hecho que ha convertido este mundo en algo mejor.

Su sonrisa regresó, dándole a Tella la esperanza de que quizá su madre no quisiera hacer aquello. Solo tenía que convencerla.

—Ven conmigo para despedirte de Scarlett —le suplicó—. ¡Ella también te ha echado de menos!

—Ojalá pudiera. —Paloma extendió la mano para tomar la mandíbula de su hija—. Iría contigo, pero tengo que hacer esto o nunca estaréis a salvo.

Le acarició la mejilla, otro roce suave antes de deslizar sus dedos envueltos por los guantes hasta su nuca y acercarla a ella.

—Te quiero mucho, y lo siento.

Algo afilado apareció en las puntas de los guantes de Paloma y se clavó en la nuca de Tella. Notó un mordisco frío y la sensación del líquido al ser inyectado en sus venas.

—Qué… Qué…

De repente, sentía la lengua pesada e inútil. Quería preguntarle a su madre qué le había hecho, quería preguntarle por qué de repente no podía mover los brazos o las piernas. Quería decir mucho más, pero nada abandonó su boca excepto un impotente *qué*.

Su madre solo se había acercado para paralizarla con la punta de sus guantes. Así debió dejar inconscientes a los guardias.

—Todo saldrá bien —la tranquilizó Paloma, sujetándola por los brazos.

Pero nada parecía ir bien.

Tella no podía creer que su madre se hubiera marchado, que después la hubiera drogado y ahora estuviera arrastrando su cuerpo hasta la entrada de la cueva. Intentó oponerse, pero sus extremidades no obedecían. Apenas podía sentirlas.

Paloma se detuvo por fin junto a una de las agrietadas ruedas de la muerte, de esas en las que los artistas de circo ataban a las mujeres para después

lanzarles cuchillos mientras la rueda giraba y giraba. No ató a Tella, pero la escondió entre el círculo y el muro de granito.

¡No! ¡No lo hagas! Tella intentó oponerse, pero tenía la lengua tan pesada y gruesa que ni siquiera consiguió gemir.

—Deberías quedarte dormida pronto. Cuando despiertes, márchate de esta ciudad con tu hermana. Te buscaré más tarde.

Paloma le dio un beso en la mejilla que se prolongó más que antes. Pero, a pesar de lo que había dicho, aquel no le pareció un beso de «Te buscaré más tarde». Aquel era un beso de «No volveremos a vernos más».

¡Mamá! Tella intentó quitarse el entumecimiento de las extremidades. No había quedado inconsciente, como los guardias; su madre debió usar con ellos la mayor parte de su veneno. Sentía un hormigueo en los dedos de los pies, pero no conseguía moverlos. Ni siquiera podía arrastrarse detrás de su madre mientras esta se alejaba. Lo único que podía hacer era respirar entrecortadamente, pero el sonido era tan patético que quedó silenciado por el rechinar de unos pasos pesados y resonantes que entraron en la cueva, unos que no intentaron pasar desapercibidos.

No sabía si eran las drogas de su madre, pero el aire se calentó a medida que el amenazador sonido se aproximaba. El intruso se acercó hasta que Tella pudo ver un par de botas masculinas cubiertas de polvo. El individuo pasó de largo y empujó, sin ni siquiera detenerse, la agrietada rueda de circo que Tella tenía delante. Esta cobró vida con un gemido y repiqueteó como un reloj descompuesto mientras giraba.

Clic.

Clic.

Clac.

A Tella no le gustaba el sonido, pero la cuña fracturada de la rueda le permitió ver la caverna un poco en cada giro. Su primer atisbo a través de la grieta apenas duró lo suficiente para ver que la cueva se había llenado de chispas, como si el aire estuviera a punto de incendiarse. Las diminutas llamas danzaban alrededor del hombre haciendo destellar los detalles dorados de su chaqueta militar roja. Se detuvo justo delante de Paloma.

La mujer parecía mucho más pequeña que antes. Levantó el rostro hacia él, expectante.

—Temía haberte visto por última vez.

La rueda siguió girando, obstaculizando de nuevo la vista de Tella. Cuando volvió a ver a través de la grieta, el intruso estaba acariciándole el cabello. Y su madre lo miraba con adoración, como si hubiera estado

esperando aquella reunión clandestina más de lo que Tella había anhelado reunirse con ella.

Aquello no era lo que se suponía que debía pasar.

—Gavriel. —Paloma dijo su nombre como si fuera un secreto que solo conocía ella—. Te he echado mucho de menos. Esperaba que regresaras a estas ruinas.

La rueda siguió girando. Cuando la parte fragmentada llegó de nuevo, la mano del hombre estaba en el cabello de su madre.

—Eres tan hermosa como te recordaba —le dijo. Entonces sus labios se unieron y Tella habría jurado que las llamas de la caverna ardían con más fuerza. Las chispas del aire resplandecieron como estrellas. Tella podía sentir su calor desde detrás de la rueda.

Se estaba mareando. Quería que la rueda se detuviera, que le evitara ver nada más, pero en lugar de eso comenzó a girar más rápido, como cautivada por el beso. Tella le rezó a todos los santos para que el abrazo terminara o para recuperar al menos la habilidad de moverse y dejar de mirarlo. Pero sus extremidades continuaban entumecidas y el beso perduró, íntimo y abrasador y muy, muy inapropiado.

Estaba claro que su madre no había ido allí para asesinar a nadie. Estaba en ese lugar porque quería estar con aquel hombre más de lo que deseaba estar con sus hijas. De haber tenido sensación en el cuerpo, se le habría formado un nudo en el estómago.

—Mis recuerdos no te hacían justicia. —Los labios del hombre se movieron hasta su mandíbula.

—Me alegro de que tú también me hayas echado de menos —dijo Paloma.

—He pensado en ti todos los días. —Su boca se deslizó hasta su oreja, pero lo que debería haber sido un susurro resonó a través de toda la cámara—. He imaginado todos los modos en los que podría vengarme de ti.

Clic.

Clic.

Clac.

Aquella historia de amor se había convertido en algo perverso. Durante varios segundos tensos, el corazón de Tella corrió desbocado. No consiguió oír nada más que el traqueteo de la rueda hasta que su madre elevó la voz para decir:

—Gavriel, cometí un error.

—Cuando descubriste que yo era un Destino, me encerraste en esa maldita Baraja del Porvenir. Ese es un error bastante intencionado, Paradise.

Por todos los santos.

Aquel hombre (aquel Destino) también había estado atrapado en los naipes. Su madre acababa de besarlo. ¿Qué estaba haciendo? Se había quitado de encima a su propia hija para poder reunirse con uno de los monstruosos inmortales que solo veían a los humanos como peones y frágiles fuentes de entretenimiento. Tella no sabía qué Destino era; podía ser El Asesino, La Estrella Caída, El Envenenador, El Apótico o El Caos. Eso no importaba: todos ellos eran demonios.

Quería gritarle a su madre que se marchara, pero seguía con la lengua entumecida. Sus labios estaban paralizados y lo único que sentía era algún hormigueo rebelde. No obstante, aunque su boca se hubiera movido, aunque hubiera conseguido advertir a su madre, dudaba de que esta hubiera respondido. Ella ya sabía que el hombre que tenía delante era un Destino. Probablemente sabía quién era y qué poderes terribles tenía y eso no parecía importarle.

Otro giro de la rueda le mostró a Paloma acercándose de nuevo al Destino.

—Me advirtieron que me matarías para no enamorarte de mí —le dijo Paloma, con voz mucho más tierna que la que había usado antes con ella—. Me asusté, Gavriel. Hice lo que creí que tenía que hacer, defenderme. Ambos hacemos lo necesario para sobrevivir, esa es una de las cosas que siempre hemos tenido en común. Pero me he arrepentido de esa decisión desde entonces. ¿Por qué crees que estoy aquí ahora?

—Eso es lo que estoy intentando descubrir —le contestó él.

Tella había conocido a otros Destinos, a El Príncipe de Corazones y a La Reina de los No Muertos, pero la voz de aquel era incluso más fría, su presencia más autoritaria y poderosa. Las pequeñas llamas que lo rodeaban destellaban con cada palabra suya. Paloma no se alejó.

—No hay nada que descubrir. Estoy aquí porque quiero estar contigo. —Se puso de puntillas.

La rueda giró, bloqueando lo que ocurrió a continuación, pero el silencio le dijo a Tella que estaban besándose de nuevo.

—¿Todavía quieres venganza? —jadeó Paloma al final—. ¿O tú también deseas estar conmigo?

—La venganza puede esperar. —Su boca regresó a la de su madre.

Tella cerraría los ojos; no podía seguir viendo aquello. Pero justo cuando estaba a punto de dejar de mirar, captó un fulgor plateado en las manos de su madre. Paloma extrajo un cuchillo y lo clavó con rapidez en el corazón del Destino.

Un bramido resonó en la caverna.

Tella la habría vitoreado si hubiera entendido qué estaba haciendo. Los Destinos eran inmortales; si morían, regresaban a la vida, pero quizá su madre sabía algo que ella desconocía. Contuvo el aliento mientras la rueda giraba de nuevo.

El Destino no estaba tirado en el suelo, sumido en una muerte temporal. Estaba de pie, mirando fijamente a Paloma como si realmente lo hubiera sorprendido. Después, en un relámpago demasiado rápido para que ella lo viera, se sacó la daga con una enorme mano, la clavó en el pecho de Paloma y la retorció.

Ella dejó escapar un sonido que Tella sabía que oiría en sus pesadillas para siempre. Estremeció los muros de la cueva mientras ella intentaba gritar también, pero ni siquiera consiguió susurrar. Sus labios seguían entumecidos y dormidos. Sentía un hormigueo similar en las extremidades, pero no era suficiente para moverlas.

Intentó arrastrarse sobre su vientre, salir de detrás de la rueda y salvar a su madre de algún modo, pero lo único que pudo hacer fue mirar.

La rueda de la muerte aminoró la velocidad.

Clic…

Clic…

Clac…

Todo se había estado moviendo muy rápido, y ahora iba demasiado lento.

Cuando la rueda terminó su giro, Paloma estaba totalmente inmóvil en el suelo mientras el Destino ensangrentado la miraba.

¡Levántate! ¡Levántate! ¡Levántate!

Tella consiguió por fin que sus dedos se movieran. Sus pies también estaban recuperando la sensibilidad.

Pero su madre no se movía.

Clavó los dedos en el suelo hasta que comenzaron a sangrar, aunque no fue suficiente para impulsarse hacia delante.

Incluso la rueda había dejado de girar. El Destino cayó de rodillas, pero su madre seguía en el suelo.

Tella consiguió reptar un centímetro. No estaba dispuesta a rendirse todavía. Su madre no podía estar muerta. Su madre era demasiado fuerte para

morir. Tella había luchado mucho como para perderla ahora. La historia no podía terminar así.

¡Te arrancaré los brazos del pecho!

—Hijo de…

Una mano se cerró sobre sus labios, fría y dulce, como las manzanas y la magia de los Destinos.

—Silencio, amor mío —susurró Jacks—. Lo mejor que puedes hacer por ella ahora es mantenerte con vida.

Sus dedos fríos le taparon la boca hasta que Gavriel murió por la herida que su madre le había infligido. Su enorme cuerpo cayó al suelo. La cueva debería haberse quedado en silencio, pero Tella podía oír los trozos de su corazón al fragmentarse.

12
Donatella

Tella deseaba que el tiempo se detuviera. Durante años había dividido su vida en dos periodos: *cuando su madre estaba allí* y *después de que su madre se marchara*. Ahora, su madre estaba muerta, pero no quería usar aquel momento como medida. No quería que el tiempo avanzara. Quería que se detuviera, como sus piernas inmóviles, aunque incluso ellas estaban recuperando la sensación.

No podía caminar, pero consiguió reptar sobre el suelo de granito de la caverna hasta el cuerpo de su madre. Solo era eso, un cuerpo. Mientras Paloma dormía su sueño hechizado, su rostro todavía tenía color, su pecho se movía arriba y abajo. Tella había pensado alguna vez que estaba tan inmóvil como un cadáver, pero eso no había sido cierto… Hasta ahora.

—Al menos, la apuñaló en lugar de quemarla viva con sus poderes —dijo Jacks—. El fuego es el modo más doloroso de morir.

—Eso no me ayuda —murmuró Tella.

—Bueno, no se me da bien consolar a la gente. —Los fríos brazos de Jacks se deslizaron por su espalda para levantarla del suelo.

—Suéltame —le espetó. Jacks era un Destino, y lo último que quería era la ayuda de alguien como él.

Jacks exhaló un suspiro.

—Si te dejo aquí, morirás como tu madre cuando Gavriel vuelva a la vida. O te encontrará otro Destino.

—¿Y a ti qué te importa?

—No me importa. —Jacks le mostró sus hoyuelos. Sus labios finos se separaron en una sonrisa afilada que lo convirtió en el atractivo y malicioso Príncipe de Corazones por el que se había sentido fascinada de niña—. Es que prefiero torturarte yo.

—Demasiado tarde —murmuró Tella, y probablemente debería haber sido más firme en su negativa.

Jacks no la había molestado en los últimos sesenta días y, aunque se suponía que ella era su verdadero amor, la única persona inmune a su beso mortal, él también era un Destino. Uno peligroso. Había sido el heredero del trono antes de la llegada de Legend y, según los rumores, había asesinado a diecisiete personas para ocupar ese lugar. Incluso había amenazado con matarla a ella. Era viperino y letal. Aun así, Tella no conseguía tenerle miedo. No conseguía sentir nada.

La muerte de su madre no tenía sentido. Gavriel no la había herido hasta que ella lo hirió a él. Quizá no la habría matado si ella no lo hubiera apuñalado. ¿Por qué se había arriesgado sabiendo que él volvería a la vida?

—¿Quién es Gavriel? —le preguntó—. ¿Qué Destino es?

Los dedos fríos de Jacks se tensaron en su espalda.

—Solo voy a decírtelo porque me gusta aún menos de lo que me gustas tú. Gavriel es La Estrella Caída.

El Destino que, según la bruja de Legend, había creado al resto de los Destinos. Una venenosa oleada de ira agrietó por un instante la conmoción de Tella. Si Legend de verdad quería matar a La Estrella Caída para derrotar al resto de los Destinos, tendría que ponerse a la cola.

—Encontraré un modo de destruirlo —se prometió Tella.

—No en tu condición actual —murmuró Jacks mientras la llevaba en brazos por un tramo de escalera.

Cuando por fin salieron al exterior, Tella no quería mirar el cielo. Debería haber sido negro, pero era imposiblemente azul, atravesado por vetas índigo. Normalmente le encantaba que el sol se ocultara tan tarde, cuando era de noche y el mundo seguía iluminado, pero ahora parecía equivocado. El día debería haber terminado. El sol debería haber huido y oscurecido el mundo en el momento en el que su madre murió.

Se le hizo un nudo en la garganta. Cerró los ojos, intentando evitar la luz, pero eso solo lo empeoró. Cada vez que cerraba los ojos, lo único que podía ver era a La Estrella Caída clavándole un cuchillo a su madre.

Un sollozo comenzó a reunirse en su interior. Apenas era consciente de lo que la rodeaba mientras Jacks la llevaba por una calle de edificios de ladrillo. No sabía dónde vivía, ahora que ya no era el heredero del Imperio Meridional y había sido expulsado del Castillo Idyllwild. Había esperado que viviera en el Barrio de las Especias, en el interior de un edificio torcido con una banda de ladrones, o en unas catacumbas con un grupo de mafiosos.

Pero no olía como si la estuviera llevando al Barrio de las Especias; no había puros de olor acre, ni manchas de licor y orina en el suelo. Jacks la había trasladado hasta los limpios senderos del Círculo Universitario, un mundo de libros encuadernados en piel, de ropa planchada y setos inmaculados donde los ambiciosos eruditos crecían como la mala hierba.

El paso de Jacks se volvió perezoso mientras se acercaba a un edificio de cuatro plantas con ladrillo de arcilla roja y columnas de ónice. Tella le habría preguntado qué estaban haciendo allí, o si era allí donde vivía, pero lo único que podía hacer era dejar caer sus lágrimas.

Aquello ni siquiera podía llamarse *llorar*. Llorar era una actividad, una acción, pero Tella había dejado de actuar. Apenas podía seguir respirando.

—Intentaría decirte algo consolador, pero me parece que la última vez no te gustó —murmuró Jacks. Pero a pesar de sus palabras, la acercó a su pecho frío mientras alargaba la mano hacia un par de puertas pulidas.

Puede que de verdad planeara torturarla. O quizá supiera que, aunque su parálisis casi se había desvanecido, Tella no se habría movido si él la hubiera soltado. Puede que supiera que se habría quedado tumbada en los peldaños que subían hasta su casa incluso después de que el sol se pusiera por fin y la noche se volviera tan fría como para entumecerla de nuevo. Porque, ahora que sus sentimientos habían regresado, le dolía. Todo. Sus emociones estaban magulladas y sangrando. Y, por un momento, esperó que se agotaran. Entonces quizá no sentiría un dolor tan insoportable, ni le resultaría tan difícil respirar o pensar o sentir algo que no fuera agonía.

La puerta se abrió ante ella. Entraron y el maldito cielo azul fue reemplazado por unas lámparas de araña doradas que iluminaban unas paredes cubiertas por los símbolos negros y rojos de los naipes. Era una casa de juego, llena de crupieres que sonreían como tigres y de jugadores ansiosos como cachorros.

La gente reía y aplaudía y lanzaba los dados sobre las mesas con aullidos y vítores, y todo ello nunca le había sonado tan mal. Aquello era un caos de fichas y bebidas burbujeantes, de pañuelos abandonados y traqueteantes ruletas de mala suerte y azar. Cuando alguien ganaba, un confeti de diamantes, corazones, tréboles y picas llovía sobre los asistentes. La habitación estaba viva, y su madre no.

Si a alguien le pareció extraño que Jacks entrara con una chica histérica en brazos, nadie lo expresó. O puede que Tella no se fijara. Las ventanas cerradas bloqueaban la luz del sol, pero el bullicio y la confusión de la casa de apuestas de Jacks solo intensificaban el penetrante vacío de su interior.

Jacks la abrazó con más fuerza mientras zigzagueaba entre la multitud. La gente no dejaba de acercarse a él.

—¿No veis que tengo las manos llenas? —replicaba, arrastrando las palabras, o sencillamente los ignoraba.

Un par de pasos después llegaron a una escalera. Las alfombras iban pasando de mullidas a raídas a medida que subían. Jacks había redecorado la planta baja para sus clientes, pero no había cambiado las plantas superiores. Tampoco era que Tella se fijara. Sus ojos se mantuvieron en el suelo y en las botas arañadas de Jacks hasta que atravesaron otra puerta.

Parecía un despacho. Había una chimenea apagada con una decorativa alfombra de color ámbar estropeada por varias quemaduras delante, un sofá de piel del color del *whisky* y una mesa arañada con una solitaria planta bajo una cúpula de cristal. Jacks siguió acunándola mientras se sentaba lentamente en el profundo sofá.

Tella debería haberse apartado de él. Estaba mal dejar que la tocara; él era el mismo tipo de criatura que había matado a su madre delante de ella. Y, aun así, temía que los letales brazos de Jacks fueran lo único que evitaba que se desmoronara. No quería su consuelo, pero lo necesitaba con desesperación.

La camisa de Jacks se había humedecido rápidamente contra la mejilla de Tella, pero en lugar de apartarla, la abrazó más fuerte. Frotó círculos en su espalda mientras le acariciaba los rizos con la otra mano fría, desenredándolos con cuidado y con dedos amables.

—¿Por qué estás ayudándome? —consiguió preguntarle por fin. A diferencia de Legend, que escondía sus sentimientos o fingía tenerlos cuando no era así, Jacks nunca fingía que le importaba. Cuando tenía un plan, amenazaba a quien fuera necesario para conseguir lo que quería.

—No eres divertida cuando das tanta lástima. Y no puedo torturarte si ya eres infeliz.

Su mano izquierda abandonó su cabello para presionar su mejilla y secarle varias lágrimas. La caricia fue tan suave como el último beso que su madre le había dado en aquella misma mejilla, y entonces perdió lo poco que había sido capaz de mantener en pie.

Las lágrimas ya no solo caían de sus ojos. Estaba llorando más fuerte que nunca en su vida, sollozando con tanta intensidad que creía que iba a romperse. Había muchas emociones que contener y demasiadas que liberar.

—Todo fue para nada —gimió—. Todo lo que hice para salvarla solo sirvió para destruirla. Nunca debí intentar cambiar el futuro que vi en El

Aráculo. La primera vez que la vi, la carta solo la mostraba en una prisión. Si no hubiera intentado alterar ese futuro, todavía estaría viva.

—O quizá tú también estarías muerta —dijo Jacks—. No sabes qué habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes.

—Pero podrían haber sido diferentes.

Tella imaginó los otros finales que podría haber tenido la historia de su madre. Si la hubiera obedecido de niña y no hubiera jugado con su Baraja del Porvenir mágica, quizá nunca las habría abandonado en Trisda. Si Legend se hubiera llevado la Baraja, como Tella le había pedido, y la hubiera destruido antes de que los Destinos escaparan, su madre estaría viva.

Había cometido muchos errores. Deseó volver al pasado y hacerlo bien. Deseó trazar de nuevo su camino para que la condujera a otro lugar.

Eso era.

Una chispa de esperanza se encendió en su interior.

Viajaría al pasado y recrearía aquel día entero. Ahora que todos los Destinos habían despertado, había un modo de hacerlo. Así, su regreso habría traído al menos una cosa buena.

Tella miró a Jacks, y lo vio por primera vez desde que se la llevó de la cueva. Los mechones indómitos de su cabello dorado lo hacían parecer más un chico perdido que un Destino homicida; sus ojos sobrenaturales eran del azul plateado con el que soñaban las chicas jóvenes y sus labios eran tan finos que parecía que podía cortar con un beso. No confiaba en él, pero lo necesitaba para hacer aquello.

—En las Barajas del Porvenir hay un Destino que puede moverse a través del espacio y del tiempo: El Asesino. ¿Y si él pudiera ayudarme a deshacer esto?

—Sé que estás sufriendo —le dijo Jacks—, pero esa es la peor idea que he oído nunca. Viajar por el tiempo siempre es un error.

—También lo es confiar en ti, pero aquí estoy. Además, tú todavía no me has hecho daño.

—*Todavía* es la palabra clave en esa frase. —Le pasó un dedo frío bajo la barbilla—. Si te quedas el tiempo suficiente, te garantizo que eso cambiará.

Tella se sentó recta.

—Dime dónde está El Asesino y me marcharé ahora mismo.

—Aunque supiera dónde está, no te lo diría, Donatella. Contactar con El Asesino no es una buena idea, y no solo por su apodo. Antes de que los Destinos fueran atrapados en la Baraja, La Estrella Caída, La Reina de los No Muertos y El Rey Asesinado usaban a El Asesino para viajar por el espacio y

el tiempo, y todas esas líneas temporales distintas lo volvieron loco. Ya no siempre es consciente de cuándo está, y desaparece durante largas temporadas. La gente que lo convence para que la lleve al pasado no siempre regresa. Como te digo, es una mala idea.

—¡Nada podría ser peor que esto! Por favor, Jacks. —Tella le agarró la camisa húmeda con los puños, acercándose a su rostro cruel—. Ayúdame a encontrarlo. Te lo suplico. Duele demasiado. Demasiado. Todo es doloroso. Cada vez que cierro los ojos lo veo asesinándola. Cada vez que hay silencio oigo el horrible traqueteo de esa rueda. ¡Y no puedo detenerlo!

Las manos de Jacks se quedaron inmóviles en su espalda.

—¿Y si pudiera quitarte el dolor y la tristeza?

—¿Cómo? —le preguntó.

—Es una de mis habilidades. —Secó otro rastro de lágrimas de sus mejillas.

Una señal de advertencia atravesó parte del dolor de Tella. La leyenda decía que El Príncipe de Corazones tenía la habilidad de controlar las emociones. Pero como Jacks no había estado en la Baraja del Porvenir cuando Legend liberó al resto de los Destinos, todavía tenía solo la mitad de su poder.

—Creí que no habías recuperado todos tus poderes.

—No lo he hecho —replicó—. Todavía no puedo controlar los sentimientos como solía, ni dar a alguien emociones que no tiene. Pero puedo eliminar temporalmente los sentimientos que no deseas. Puedo quitarte el dolor por esta noche. —Sus dedos helados se detuvieron en su mejilla, una entumecedora promesa y una advertencia a la vez—. No podré eliminarlos para siempre, amor mío. Todavía los experimentarás. Pero cuando tu tristeza regrese mañana, no será tan poderosa como lo es ahora.

Bajó y subió por su espalda con la otra mano hasta que le resultó más fácil respirar. Demasiado fácil. Se preguntó si estaba usando sus poderes para calmarla, pero no conseguía que le importara. El dolor era demasiado abrumador. Sabía que en el instante en el que Jacks la soltara, sus pulmones se constreñirían de nuevo, las lágrimas regresarían acompañadas de sollozos y que, aunque no cerrara los ojos, vería a su madre muriendo una y otra y otra vez. Un centenar de muertes en un solo latido. Demasiados latidos, y ella también moriría.

—Hazlo —le pidió. Una parte de ella sabía que buscar consuelo en un Destino era una idea terrible, pero aunque fuera un error, no podía ser tan malo como aquello—. Llévate la tristeza y el dolor… Llévate todo lo que duele.

13
Donatella

La mano fría de Jacks se detuvo en su mejilla.

—De acuerdo, mi amor.

Le ladeó la cabeza y acercó sus labios a los de ella.

Tella le empujó el pecho con las manos y se levantó de su regazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Quitándote el dolor.

—No dijiste que tuvieras que besarme.

—Es el modo más indoloro. Aun así dolerá, pero…

La última vez que se habían besado, su corazón había dejado de funcionar adecuadamente.

—No —le dijo—. No voy a dejar que me beses de nuevo.

Jacks se pasó la lengua por los dientes y pensó durante un largo minuto.

—Hay otro modo, pero… —Dudó de nuevo—. Exige un intercambio de sangre.

Una rígida espiga de conciencia bajó por la columna de Tella. Compartir sangre era algo poderoso. Durante su primer Caraval, ella había descubierto que la sangre, el tiempo y las emociones extremas eran tres de las cosas que alimentaban la magia. Ya había bebido sangre antes. No lo recordaba con claridad, pero sabía que había estado a punto de morir tras su altercado con La Reina de los No Muertos y sus Fámulas. Habría muerto, pero le dieron a tomar sangre y eso le salvó la vida. No obstante, la sangre también tenía la habilidad de arrebatar vida. Una gota de sangre le había costado a Scarlett un día entero.

—¿Cuánta sangre necesitarías beber? —le preguntó.

—No necesito beber sangre, a menos que lo prefieras así.

Le dedicó una sonrisa feroz mientras sacaba una daga enjoyada de su bota. Faltaba la mitad de las gemas, pero las que seguían engastadas

destellaban en amargo azul y ruinoso púrpura.

Deslizó la daga por el centro de su propia palma. La sangre manó de ella, refulgiendo con motas doradas.

—Tú tendrás que hacer lo mismo. —Jacks le entregó el cuchillo.

—¿Qué ocurrirá después de cortarme?

—Uniremos las manos y diremos unas palabras mágicas. —Su voz era burlona, pero sus ojos sobrenaturales brillaron con seriedad mientras le ofrecía su palma ensangrentada.

Con la sangre de resplandores dorados acumulándose en el hueco de su mano, no parecía humano. Eso debería haberla asustado, pero sentía demasiada tristeza y demasiado dolor y no le quedaba espacio para emociones como el miedo.

Ni siquiera sintió el corte de la daga en su palma. La sangre apareció, más oscura que el brillante arroyo que bajaba por la muñeca de Jacks, pero no intentó detener su flujo. Tenía los ojos clavados en su mano, y observó cómo dos perlas rojas caían y manchaban su sucio fajín amarillo y su falda azul. Su vestido había comenzado el día alegremente, pero ahora estaba destrozado, como tantas otras cosas.

Tella le devolvió la daga a Jacks, pero él la dejó caer al suelo y tomó su mano herida.

El pulso de Jacks latía con fuerza y sus palmas nunca le habían parecido tan cálidas. La sangre de su herida parecía ansiosa por mezclarse con la de ella.

—Ahora, repite conmigo.

Las palabras que siguieron estaban en un idioma que Tella no reconoció. Cada una de ellas cobró vida en su lengua, metálica y tan dulce como la magia, como si pudiera saborear la sangre que fluía entre sus manos. Con cada palabra desconocida, manaba más rápida y caliente. Jacks le había prometido que se llevaría su tristeza y su dolor, pero algo en aquel intercambio le hacía sentir que ella iba a entregar mucho más.

Para, antes de que sea demasiado tarde.

Pero no podía parar. Si Jacks quería quitarle algo, se lo entregaría de buena gana si con ello se llevaba su dolor.

El Príncipe de Corazones dijo las tres últimas palabras de corrido con voz vibrante y poderosa.

—*Persys atai lyrniallis*.

Aquellas palabras no le supieron dulces. Se aferraron a su lengua como púas, amargas y afiladas y totalmente impías. El sofá de piel, la chimenea

vacía, la mesa abarrotada… Todo desapareció.

Tella intentó no gritar ni derrumbarse contra Jacks mientras los invisibles cordones de la magia les rodeaban las manos unidas; parecían hilos de llamas y sueños abrasadores. Después el fuego se extendió, quemándole los brazos, chamuscándole el pecho y marcándole la carne mientras la magia cruda le infectaba las venas.

—No me sueltes —le ordenó Jacks. Le estaba agarrando la mano ilesa con su otra mano, pero ella apenas lo sentía. Estaba de nuevo en la cueva, en el suelo rocoso, observando a su madre mientras se alejaba de ella. Después apareció Gavriel y esta vez no hubo ninguna rueda girando entre ambos. Tella vio a La Estrella Caída sacándose la daga del pecho, clavándola en el corazón de su madre y retorciéndola hasta que…

—Mírame —siseó Jacks con los dientes apretados.

Tella abrió los ojos.

La frente de Jacks estaba húmeda de sudor y su pecho se movía trabajosamente mientras respiraba con la misma dificultad que ella. No solo estaba quitándole el dolor; estaba tomándolo. Lágrimas de sangre bajaban por sus mejillas y la agonía hizo que sus ojos palidecieran.

Tella le apretó las manos con fuerza y apoyó la frente contra la suya.

—¿Esta transacción es demasiado intensa para ti o estás preocupada por mí? —jadeó Jacks.

—No seas arrogante.

—No me mientas. Ahora siento todo lo que tú sientes.

Sus labios se movieron tan cerca de su boca que Tella pudo notar la sangre que goteaba hasta sus comisuras. Las gotas eran amargas, llenas de dolor y pérdida, pero también frías y puras como el hielo. No fue un beso de verdad, pero no le dolió tanto cuando rozó los labios de Jacks con los suyos.

Puede que debiera dejar que la besara… Quizás esta vez no le haría daño.

—Te prometo que esta vez no te lastimará —dijo con voz ronca contra su boca.

Tella dejó que sus labios volvieran a acariciarla. Era un mentiroso y un Destino, pero que posara su boca sobre la suya la hizo sentirse mejor que el resto de las cosas que habían ocurrido aquel día.

Su dolor se hizo añicos cuando él le devolvió el beso. Todo estalló en un caos de lenguas, lágrimas, sangre y corazones rotos mientras Jacks seguía quitándole la tristeza, bebiéndosela con cada movimiento ansioso de sus labios fríos. Sus manos siguieron unidas, pero serpentearon hasta su espalda para sostenerla con fuerza y enjaularla mientras ambos bajaban hasta el suelo.

Aquel no fue como su primer y perfecto beso durante el Baile Predestinado; aquel beso fue urgente, salvaje, rudo y corrupto, lleno de todas las emociones terribles que fluían entre ambos en un torrente de tristeza y dolor. Estaban sobre la alfombra áspera, uno sobre el otro. Tella hundió los dientes en sus labios con fuerza suficiente para hacerlo sangrar.

Él la besó con energía, posesivo; le mordisqueó la mandíbula y después el cuello mientras sus labios y dientes bajaban hasta su clavícula.

Antes, él había podido sentir sus emociones, pero ahora ella sentía las suyas. Aunque le había quitado tanto su dolor como su tristeza, no era eso lo que estaba sintiendo. Sentía deseo. Desesperación. Lujuria. Obsesión. La quería. Ella era lo único que quería, lo único en lo que pensaba. Lo sintió en el modo en el que el beso comenzó a cambiar, de temerario y hambriento a lánguido y concienzudo, como si hubiera pensado en aquello durante mucho tiempo y ahora estuviera llevando a cabo todas las cosas que había imaginado.

Una voz muy lejana que Tella intentó ignorar le dijo que aquello era un gran error. En realidad, ella no quería a Jacks sino a Legend. No importaba lo que hiciera, ni quién fuera; siempre sería Legend. Puede que nunca lo tuviera, pero lo quería. Si tenía que besar a uno de los villanos, quería que fuera Legend, no Jacks.

Tenía que alejarse de Jacks.

Pero Legend no había vuelto a tocarla. Aunque hubiera estado allí, Legend no la habría abrazado, y mucho menos besado. Y era agradable que la besaran, que la apreciaran y tocaran, sentir deseo en lugar de dolor. La tristeza casi había desaparecido y el beso se volvió más intenso. O quizás, ahora que ya no sentía la aplastante desesperación ni veía la muerte, podía sentir de verdad el beso y cada centímetro del cuerpo de Jacks presionado contra el suyo.

Incluso en su estado confuso, Tella sabía que no podía continuar.

Apartó su mano ensangrentada de la de Jacks y puso fin al beso.

Jacks no intentó detenerla, pero tampoco hizo ningún esfuerzo por apartarse. Estaban de lado, con el pecho unido y las piernas entrelazadas.

El dolor, la tristeza y la congoja habían desaparecido, pero también su fuerza. No tenía huesos; estaba vacía. Había manchas de sangre en su vestido y en sus manos, y en Jacks. Algo íntimo, que iba más allá de lo físico, había pasado entre ellos.

Había rastros rojos en las mejillas de Jacks, fantasmas de las lágrimas que había llorado por ella.

Tella debería haber intentado marcharse, pero su cuerpo estaba exhausto. Y le gustaba que Jacks la rodeara con los brazos, que la sostuviera con fuerza contra su pecho frío como si quisiera que se quedara con él. Cuando recuperara sus fuerzas, volvería a odiarlo. Lo único que le importaba ahora era que el dolor se había ido.

—Gracias, Jacks.

Él cerró los ojos y tomó aliento profundamente.

—No estoy seguro de haberte hecho un favor, mi amor.

14
Donatella

Tella despertó sobresaltada. Sus sueños habían estado llenos de destellos febriles que huyeron demasiado rápido para que los recordara bien, pero sabía que Legend no había estado en ellos.

Después de dos meses de sueños compartidos, no estaba acostumbrada a soñar sola. Tampoco había esperado soñar sola. Legend había recuperado sus poderes. Como había tomado todo el poder de la bruja, probablemente tenía más magia que antes, pero aun así no había visitado sus sueños.

¿La habría visto siguiéndolo el día anterior? ¿Había algo mal todavía en sus poderes? ¿O se trataba de otra cosa?

Su corazón latía con fuerza y tenía la piel caliente, excepto en los lugares donde se había enredado con los gélidos brazos y piernas de El Príncipe de Corazones.

Por todos los santos.

Tenía que marcharse.

Su intención no había sido dormir allí *toda* la noche. Tenía que irse y buscar a su hermana, que seguramente estaría muerta de preocupación.

Con cuidado, Tella sacó la pierna que Jacks tenía atrapada entre las suyas. Los brazos del joven respondieron acercándola más. El aire se escapó de sus pulmones cuando sus rostros quedaron perfectamente alineados.

Incluso en la penumbra, su belleza era salvaje. Sus cejas formaban una línea cruel, sus pestañas oscuras parecían tan afiladas como para pinchar un dedo, sus mejillas eran tan pálidas que parecían cubiertas de un frío tono de azul y sus labios tenían motas de sangre allí donde ella lo había mordido al besarlo.

Su piel se calentó de repente. Todavía podía notar su sabor en sus labios, ácido y amargo y deliciosamente dulce. Sabía a manzanas, a tristeza y a

magia. Aunque no quería pensar que aquello hubiera sido un error, no podía dejar que volviera a ocurrir.

Renunciando a la elegancia, Tella se apartó con torpeza de sus brazos, se puso en pie de un salto y corrió hacia la salida.



Cuando llamó a la puerta de la pensión, olía a gachas de desayuno y té negro amargo. El sol del amanecer ya había calentado su pálida madera. Sería otro día caluroso. Ya tenía la nuca húmeda por el creciente calor.

Tella miró la suciedad y la sangre que manchaban su destrozado vestido azul. Debería haberse llevado una capa de Jacks antes de marcharse. Si Scarlett veía la sangre de su falda, le haría preguntas que no quería responder. Y suponía que su hermana ya tenía un montón de estas.

Pero era demasiado tarde. La propietaria abrió la puerta, le echó una mirada y comenzó a cerrarla de nuevo.

—Aquí no damos limosna.

—Espera… —Tella agarró la puerta y la sostuvo con fuerza. La mujer parecía no haberla reconocido en su desaliñado estado—. Tengo una habitación aquí, en la segunda planta, con mi hermana.

—Ya no. —La propietaria hizo un mohín—. Tu hermana y tú habéis sido desahuciadas y denunciadas por destrucción de la propiedad. Márchate o haré que te arresten.

—No puedes hacer eso. —La última vez que había estado allí, arrancó una sábana de la cama, pero eso difícilmente podía considerarse destrucción de la propiedad—. Mi hermana y yo te hemos pagado hasta el final del año, así que apártate de mi camino o seré yo quien haga que te arresten.

Tella empujó la puerta con la fuerza suficiente para abrirla.

—¡Detente! —gritó la propietaria—. Si entras, llamaré a la policía.

—¡Adelante! —gritó Tella mientras subía las escaleras corriendo. No sabía qué estaba pasando, pero tenía que ver a su hermana y…

Se detuvo en seco justo delante de la puerta. De sus goznes colgaban apenas unos fragmentos de indefensa madera. Alguien había clavado una sábana al marco, pero de algún modo eso lo hacía peor, como si fuera el ataúd cerrado de un funeral.

Tella apartó la tela de un tirón.

—¿Scarlett? —llamó. Pero a su voz solo respondieron el silencio y el caos. El mobiliario estaba astillado y carbonizado, los espejos estaban

agrietados y esquirlas de las lámparas de araña cubrían el suelo en afiladas lágrimas de cristal. Parecía la escena de un crimen.

—¡Scarlett! —gritó de nuevo, más alto que antes. Las dolorosas emociones que Jacks le había arrebatado amenazaban con regresar en una nueva forma ante la idea de perder a su hermana. No parecía haber sangre, pero eso no significaba que Scarlett estuviera bien. Y Tella no podía imaginar que su hermana hubiera hecho aquello.

—Está ahí arriba, agentes. —La voz almidonada de la propietaria subió las escaleras, seguida por dos guardias con uniformes azul real.

Tella empezó a ponerse nerviosa y notó una presión en el pecho, como la noche anterior.

—¿Scarlett? —llamó una vez más, aunque era evidente que su hermana no estaba allí.

Para entonces, varios huéspedes habían asomado la cabeza por sus puertas. Sus expresiones iban de la curiosidad al miedo y la irritación, pero nadie pronunció una palabra mientras los guardias se acercaban a Tella.

Una guardia se acercó primero, lentamente y con tanto cuidado como si fuera un gato callejero que podía arañarla o huir.

—No vamos a hacerte daño.

—Pero lo haremos si huyes.

Tella miró al guardia que había hablado.

Y entonces sintió la dura presión del metal. La mujer había saltado hacia delante para ponerle con rapidez las esposas en las muñecas.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Tella.

—Estás arrestada por orden de su alteza, el príncipe Dante.

15
Donatella

Tella golpeó las rejas de su celda sintiéndose como La Dama Prisionera, que había sido encarcelada sin razón alguna.

—¡Alteza!

La magia la estrangulaba cada vez que intentaba llamar a Legend, pero no estaba de humor para llamar a alguien que no existía gritando el nombre de Dante o incluso peor, «príncipe Dante». Pero había algo agradablemente burlón en «alteza».

No podía creer que él la hubiera arrestado. ¿Lo había hecho porque sabía que el día anterior lo había seguido? No *creía* que la hubiera visto, pero aun así eso no le daba derecho a encarcelarla.

Ahora sí que no se sentía culpable por besar a Jacks.

Tella sacudió los barrotes de nuevo. Las gárgolas de piedra empaladas en sus extremos la miraron con sus ojos saltones. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada allí, sola. Mientras la arrastraban al interior, había examinado el resto de las celdas preguntándose si Legend también habría llevado allí a la bruja, pero lo único que vio fueron las marcas alargadas grabadas en los muros. También había nombres tallados en las piedras secas, pero no planeaba quedarse el tiempo suficiente para añadir el suyo.

—¡No tienes derecho a encerrarme! —gritó.

Una pesada puerta gimió al abrirse al fondo del pasillo iluminado por antorchas, seguida por el paso seguro de unas botas que conocía demasiado bien. Legend todavía no había sido coronado, pero ya se movía como un emperador entrando en la sala del trono.

Los ojos de Tella subieron desde sus altas botas negras hasta los pantalones negros ceñidos que abrazaban sus piernas musculosas. Su camisa también era negra, pero un chaleco gris lobo con rayas finas a juego con el pañuelo de su cuello y las solapas de su chaqueta de terciopelo ponían un

toque de color. La levita era del suntuoso y regio color de las moras, un tono que nunca le había visto antes, aunque le sentaba bien: resaltaba su piel bronceada y hacía que su cabello pareciera aún más negro y sus ojos todavía más brillantes, con motas doradas que le recordaban a las estrellas por la noche.

No era de extrañar que ya hubieran comenzado a erigirle estatuas por toda la ciudad. Puede que fuera un mentiroso y un villano, pero hacía que ambas cosas resultaran muy atractivas.

El resto de las celdas estaban vacías, pero Legend ni siquiera las miró y Tella tuvo la sensación de que no habría posado sus ojos en ellas si hubieran estado llenas de criminales homicidas. Se movía como si nada en el mundo humano pudiera dañarlo. No necesitaba mirar sobre su hombro. Según la bruja, solo tenía una debilidad, y ella dudaba de que estuviera en aquel calabozo.

No podía creer que lo hubiera seguido hasta otro mundo porque pensaba que estaba en peligro. Aunque fuera cierto que había perdido parte de sus poderes, ella debería haber sabido que haría cualquier cosa para recuperarlos.

—¡Sácame de aquí, canalla!

—Creo que prefiero *alteza*.

Continuó caminando con elegancia hacia ella, moviéndose con zancadas tranquilas por el sombrío pasillo. Cualquier otra persona habría pensado que su situación no le importaba, pero Tella había compartido sus sueños con él durante los dos últimos meses. Era consciente de sus movimientos, consciente de *él*. Vio el tic nervioso en su mandíbula mientras la examinaba con lentitud y sus ojos viajaban desde sus pies descalzos a sus pantorrillas desnudas. Su mirada se intensificó cuando llegó a las plumas arrancadas de su falda, pero en lugar de burlarse, frunció el ceño como si intentara descifrar algo.

¿Era posible que no supiera que lo había seguido cuando fue a ver a la bruja? Si era así, ¿por qué la había encerrado?

Lo fulminó con la mirada cuando sus ojos inquisitivos viajaron desde su cuello a sus labios y, finalmente, a sus ojos.

La mazmorra se volvió de repente muy calurosa. Su mirada seguía tensa y oscura, pero iba acompañada de un calor que sentía hasta en los dedos de los pies.

Durante meses, Tella se había preguntado cómo sería su encuentro cuando volvieran a verse fuera de sus sueños. Se preguntaba si él la tocaría por fin, si se disculparía por haberla abandonado en los peldaños del Templo de las Estrellas. Una vez, incluso lo imaginó pidiéndole que fuera su emperatriz.

Casi se rio al recordarlo en ese momento, pero recuperó la seriedad antes de hablar.

—Que vayas a ser emperador no significa que puedas encarcelarme sin razón.

Legend curvó las comisuras de su boca en una sonrisa arrogante.

—En realidad, sí, pero no pretendía que fueras arrestada. Solo pedí a mis guardias que te buscaran y te trajeran ante mí.

Su voz era fría, uniforme. Una vez más, cualquier otra persona no habría captado el filo que ocultaban sus palabras. Estaba enfadado, sin duda, y enfadado *con ella*.

Tella no lo podía creer. Su madre había muerto. Los Destinos habían despertado. Su hermana había sido secuestrada. Los guardias de Legend la habían encarcelado y él la estaba mirando como si fuera ella quien hubiera hecho algo malo.

—¿Qué delito he cometido?

—Ya te he dicho que yo no pedí que te arrestaran. Sé que no te gustan los barrotes. Solo quería encontrarte.

—¿De verdad tenías que usar a tus guardias? —Intentó mantener la voz tan tranquila como él, pero era difícil. Podía sentir el hechizo de Jacks agrietándose. Tenía un nudo en el pecho y le dolía la cabeza. Y Legend todavía no había abierto la puerta de su celda—. Si querías encontrarme, ¿por qué no me visitaste en sueños y me preguntaste dónde estaba?

Legend apretó la mandíbula.

—Lo intenté.

—¿Y por qué no pudiste? —le preguntó. Poco después de aparecer por primera vez en sus sueños le había enseñado a controlar parte de estos, pequeños trucos para cambiar de atuendo y otros más importantes, como evitar la entrada de alguien concreto. Pero aunque había estado enfadada con él, siempre lo había dejado entrar—. Yo no evité que lo hicieras.

Tella no lo vio moverse (debió usar su magia para esconder lo que estaba haciendo), pero la puerta se abrió de repente. Legend tenía algo en las manos: dos briznas de confeti, una con forma de pica y la otra con forma de corazón.

Entonces recordó algo: cuando Jacks la llevó a su casa de apuestas, había caído del techo confeti con la forma de los palos de la baraja. ¿Por eso estaba enfadado con ella, porque había estado con Jacks?

—¿Dónde estuviste anoche, Donatella?

Aunque de nuevo no lo vio moverse, ahora se había alejado para apoyarse en los barrotes de la celda opuesta. Estaba claro que, incluso fuera de sus

sueños, algunas de las reglas no habían cambiado. Todavía mantenía la distancia.

—Eso no es asunto tuyo —le espetó Tella—. Y, aunque lo fuera, no tengo tiempo para discutir contigo. Tengo que encontrar a mi hermana.

—¡Tella! —La voz de Scarlett bajó por el pasillo antes de que Tella la viera corriendo en una tormenta de faldas de un ruborizado frambuesa, suficientemente chillón para iluminar el calabozo—. ¿Dónde has estado?

Scarlett atrapó a Tella en un abrazo tan fuerte que le cortó la respiración. O quizá no podía respirar debido a las emociones que de repente quedaron atrapadas en su garganta. Su hermana no estaba muerta, ni herida, ni secuestrada. Estaba allí, sana y salva.

—Hemos estado buscándoos por toda la ciudad, a Paloma y a ti.

—Yo creí que algo te había pasado a ti —dijo Tella, con voz ahogada.

—¿Por qué pensabas eso? —Scarlett echó una mirada acusatoria a Legend.

Él siguió apoyado contra los barrotes, mirando a Tella con los ojos entornados.

—No he tenido la oportunidad de decirle que estabas aquí.

—Uh, estupendo. La has encontrado. —Julian apareció al final del pasillo y se acercó como si la tensión en el calabozo no fuera tan espesa como para atragantarse con ella. Estaba más elegante que nunca, pero su ropa estaba tan arrugada como si la llevara desde el día anterior—. ¿Dónde estaba?

—Acabamos de enterarnos. —Scarlett se giró hacia su hermana—. Legend nos dijo que creía que Jacks te había raptado.

El brillante frambuesa del vestido de Scarlett comenzó a desteñirse mientras se fijaba en el estado mugriento del vestido de plumas de Tella. Aunque seguramente había perdido algunas plumas mientras estaba con Jacks, dudaba de que se hubieran soltado como Scarlett estaba imaginando. Y después de todo lo que había visto el día anterior, Jacks no le parecía el inmortal más peligroso que conocía.

—¿Tu madre también está aquí? —le preguntó Julian.

Scarlett no dijo nada, pero Tella podía ver la pregunta también en sus ojos, unos ojos tan parecidos a los de su madre que el solo hecho de mirarla hizo que se estremeciera, como si sus huesos quisieran escapar de su piel y huir antes de verse obligados a revivir los horrores de la noche anterior.

—Tella, ¿qué pasa? —Scarlett buscó de nuevo la mano de su hermana.

La joven rodeó los dedos de Scarlett con los suyos, como lo había hecho de niña el día después de que su madre desapareciera de Trisda. Ella había

sido la primera en descubrir su falta. Había encontrado la habitación que su padre había destruido después de no conseguir encontrar a Paloma en ninguna parte. Luego, Scarlett le tomó la mano y le prometió en silencio que no la soltaría mientras lo necesitara.

—¿Se ha marchado de nuevo? —intentó adivinar Scarlett.

Tella se sintió tentada a contestar que sí. Hubiera sido mucho más fácil para ella y para su hermana que creyera que su madre había huido. Pero si ahora tomaba el camino más fácil, sería mucho más difícil emprender después el necesario.

La noche anterior había prometido que mataría a La Estrella Caída, y planeaba hacerlo. Encontraría un modo de destruir al Destino, pero no podría hacerlo sola.

Tomó aliento profundamente, pero el aire quedó atrapado en su garganta hasta que al final consiguió decir:

—Mamá murió ayer.

Scarlett retrocedió, tambaleándose y sujetándose el vientre como si le hubieran arrancado el aire de un puñetazo.

Tella quería tomarle la mano de nuevo, pero no podía dejar de consolarla. Si dejaba de hablar, sabía que empezaría a llorar. Tenía que continuar. Buscó en su bolsillo y le mostró la carta de despedida que su madre había escrito. Después, les contó que había ignorado sus advertencias y la había seguido hasta una de las ruinas, donde había sido testigo de todos los sucesos perturbadores que habían ocurrido entre La Estrella Caída y su madre hasta que este le quitó la vida. Lo único en lo que no fue totalmente honesta fue en la parte que involucraba a Jacks. Como ya sabían que había estado con él, les contó que la había encontrado y sacado de la cueva, pero no añadió que después la había ayudado al llevarse parte de su dolor.

Cuando terminó, los cuatro ya no parecían estar entre los muros de las mazmorras de Legend. Aunque no lo había visto moverse, sabía que Legend había creado la consoladora ilusión en la que ahora estaban. Los suelos fríos se habían convertido en mullidas alfombras crema, los muros de piedra eran de blanca esteatita y las ventanas con rejas se habían transformado en bonitas vidrieras con tranquilas imágenes de nubes en cielos serenos. Una pálida luz azul las atravesaba y bañaba los rostros serios de todos.

Julian fue el primero en ofrecerles el pésame. En algún momento durante su relato, se había acercado a Scarlett y le había pasado un brazo por los hombros.

Legend todavía estaba lejos de ella. Estaba apoyado en una de las brillantes paredes, pero cuando la miró, su enfado y su cautela anterior habían desaparecido, reemplazados por una expresión tan indeciblemente gentil que ella jamás la habría imaginado en su rostro.

—Ojalá pudiera traerla de vuelta. Sé lo mucho que significaba para ti y siento que la hayas perdido así.

Movió los dedos como si se sintiera tentado a tocarla, pero por una vez, Tella se alegró de que no lo intentara. Aunque Jacks la había consolado la noche anterior, tenía la sensación de que, si Legend la abrazaba en ese momento, se derrumbaría por completo. Podía soportar sus miradas fulminantes y sus palabras hirientes, pero su ternura la destrozaría.

Scarlett no dijo una palabra. Las lágrimas bajaban por sus mejillas, más lágrimas de las que Tella había esperado, teniendo en cuenta sus pedregosos sentimientos por su madre. Creía que debería ser ella quien intentara aplacarlas, en lugar de Julian, pero temía que eso también la haría llorar a ella.

Entonces Scarlett se apartó de Julian para rodearla con sus brazos y envolverla en su calidez. Le temblaba el pecho, pero sus brazos eran firmes y la sostenían con una fuerza imposible, como lo hizo el día después de que su madre desapareciera por primera vez.

Tella se estremeció, pero no se hizo pedazos como había temido. Su madre les había dicho una vez que no había nada como el amor de una hermana, y aquel fue uno de los momentos en los que Tella sintió esa verdad. Podía sentir que su hermana la quería dos veces más que antes mientras intentaba sanar la herida que le había causado la muerte de su madre. Era demasiado pronto para que sanara y Tella no sabía si el dolor desaparecería por completo alguna vez, pero el amor de Scarlett le recordó que, aunque algunas cosas nunca sanaban, otras se hacían más fuertes.

—Quizá deberíamos marcharnos y dejarlas un rato a solas —susurró Julian a Legend.

—No —dijo Tella, apartándose de Scarlett—. No quiero seguir llorando. Lloraré después de que La Estrella Caída haya muerto.

—Debemos detener también al resto de los Destinos —añadió Scarlett con un resuello—. No podemos dejar que nadie más sufra como nosotras, o como la gente a la que vimos ayer.

—¿Qué visteis ayer? —le preguntó Tella.

—Una familia que había sido petrificada por El Envenenador.

—Aunque hasta ahora no estábamos seguros de que fuera él, o de que los Destinos hubieran despertado de verdad —añadió Julian.

—Pero lo sospechabais. ¿Por eso me enviaste los guardias?

Tella se giró hacia Legend, sin saber si de verdad había estado preocupado por ella en lugar de celoso de Jacks. No obstante, se mantuvo inexpresivo; cualquier rastro de caballerosidad o ternura había desaparecido de su atractivo rostro.

—¿Viste algún otro Destino mientras estabas con Jacks? —le preguntó—. ¿Sabes con quién está trabajando?

—No —contestó Tella.

Podría haber dicho más. Podría haberles contado dónde estaba Jacks y qué estaba haciendo en su casa de apuestas. Estaba segura de que todos sentían curiosidad. Pero Jacks no era el verdadero enemigo ahora; lo era La Estrella Caída y, según la bruja, solo había una debilidad que les permitiría matarlo… Una que compartía con Legend.

—Creo que deberíamos preocuparnos menos por Jacks, que me *ayudó* anoche, y más por La Estrella Caída. ¿Cuál es su debilidad?

—No lo sé —dijo Legend.

—Sí, sí lo sabes.

Tella mantuvo sus ojos clavados en él. Antes, su mirada había estado llena de estrellas, pero ahora sus ojos eran de un frío negro azabache con vetas azul medianoche, los mismos colores de las alas que Dante había tenido tatuadas en su espalda. ¿Cómo había podido pensar que Legend era solo Dante? Debería haberlo sabido solo con mirarlo a los ojos. Los ojos no cambian de color. Las pupilas se dilatan y la esclerótica se vuelve amarilla o roja, pero los iris no cambian como lo hacían los suyos.

—No me mientas, Legend. Esmeralda te dijo que la debilidad de La Estrella Caída era la misma que la tuya.

Los ojos de Legend destellaron en un blanco dorado. Unas arrugas se formaron brevemente a su alrededor, como si estuviera sonriendo, pero aparecieron y desaparecieron tan rápido que Tella se preguntó si se lo había imaginado. Diversión no era la respuesta que había esperado.

—Lo que ella dijo es inútil —respondió Legend, con algo como la amargura nublando su tono—. Si queremos derrotar a La Estrella Caída y tener la oportunidad de matar a los Destinos, tendremos que encontrar otra debilidad.

—Espera… ¿Fuiste a ver a Esmeralda? —El asombro en el rostro de Julian dejó claro que Tella no era la única a la que Legend le escondía sus actividades extracurriculares.

—¿Quién es Esmeralda? —preguntó Scarlett, mirándolos.

—No he oído ese nombre en mucho tiempo —trinó una nueva voz mientras Jovan entraba en el resplandeciente salón. Era una de las artistas de Legend más cordiales, pero quizá también la más difícil de interpretar. Siempre estaba sonriendo; siempre se mostraba amistosa, siempre alegre. Como nadie podía estar contento todo el tiempo, Tella suponía que sus sonrisas eran otra parte más del disfraz que llevaba durante Caraval.

Pero aquel día, Jovan no estaba sonriendo. Su rostro oscuro parecía inusualmente serio mientras se acercaba a Legend. En uno de sus sueños, Legend le había contado a Tella que la mayor parte de sus intérpretes habían asumido puestos en el palacio cuando el último Caraval terminó y él fue declarado heredero. Jovan parecía ser una guardiana de alto rango e iba vestida con una levita militar azul marino con borlas doradas en los hombros, a juego con las líneas doradas de sus pantalones.

—Señor, ¿podríamos hablar un momento? Se ha producido otro incidente.

16
Donatella

En los bordes de las ilusorias ventanas de Legend se formaron pequeñas grietas.

—¿Qué Destino?

—De nuevo El Envenenador. Convirtió todo un banquete de bodas en piedra, cerca del Castillo Idyllwild. Ya están bien —añadió Jovan rápidamente—. Pero no la persona que los salvó. El Envenenador dejó una nota diciendo que el grupo solo recuperaría su humanidad si alguien ocupaba su lugar por voluntad propia. La hermana de la novia se sacrificó por los demás.

Scarlett unió las manos, como si quisiera elevar una oración a los santos.

—¿La hermana se ha convertido en piedra?

Jovan asintió con solemnidad.

—Lo siento, señor. Tomamos todas las precauciones que pidió.

Legend se frotó la mandíbula.

—Llevad a la chica al jardín de piedra y mirad si alguna de las pociones que Delilah vende durante Caraval puede revertir su estado. ¿Los invitados a la boda han conseguido dar una buena descripción de El Envenenador?

—No, pero uno de ellos tuvo la impresión de que El Envenenador podía ir acompañado de alguien —dijo Jovan. Legend maldijo entre dientes—. ¿Deberíamos cancelar el Laberinto de Medianoche de mañana y decirle a todo el mundo que se quede en casa?

—No —replicó Legend—. Aprobaremos un toque de queda en toda la ciudad para la gente que no haya sido invitada, y diremos que se debe a los preparativos para la coronación. Pero si cancelamos el laberinto, todo el mundo sabrá que algo va mal.

—Es que algo va mal. —Julian le echó a su hermano una dura mirada, pero aun parecía amistosa comparada con la frialdad de la que Legend era

capaz.

—Los Destinos se alimentan del miedo —dijo Legend—. No quiero convertir una ciudad entera en un festín para ellos. Y hasta donde sabemos, solo están despiertos La Estrella Caída, El Envenenador y El Príncipe de Corazones.

—Jacks no es una amenaza —protestó Tella—. El Destino por el que tenemos que preocuparnos es La Estrella Caída… Ni siquiera podremos dañar a los demás hasta que él haya muerto. Pero Legend no nos dirá cómo derrotarlo porque teme compartir su propia debilidad.

Le echó a Legend su mirada más afilada. Este hinchó las fosas nasales y Tella dudó de que fuera una coincidencia que las vidrieras se llenaran de nubes de tormenta y rayos.

—Dejadme un momento a solas con Tella.

Nadie necesitó que lo repitiera. Julian y Jovan dieron media vuelta y caminaron rápidamente por el vestíbulo. Scarlett la miró, pero ella asintió para que supiera que podía marcharse. Llevaba mucho tiempo esperando aquella conversación con Legend.

Tan pronto como los demás estuvieron fuera de su vista, Tella se giró hacia él, pero la pilló desprevenida que el pasillo cambiara de nuevo.

El techo se elevó cuatro plantas mientras las paredes se transformaban de la blanca estética a la suntuosa madera de caoba, con estantes cubiertos de tomos inmaculados y armarios llenos de tesoros iluminados por delicadas luces que flotaban como hadas perdidas. Su antigua celda era ahora una rugiente chimenea que le calentaba la espalda, mientras pieles extraordinariamente suaves amortiguaban sus pisadas. A continuación aparecieron sillas, de terciopelo rojo con amplios respaldos con forma de caparazón, como las que a menudo prefería en los sueños que compartía con Legend. Estaban delante de la chimenea, que los invitaba a sentarse, y una suave música de violín bajaba del techo abovedado.

No pudo evitar comparar la escena con el oscuro despacho de Jacks, con su desgastado sofá de piel de color *whisky* y sus alfombras salpicadas de quemaduras. Aquel era un lugar para cometer errores y hacer malos tratos. Aunque no había mencionado que había pasado la noche con él, de algún modo parecía que Legend intentaba decirle algo con aquella ampulosa ilusión: que lo que Jacks podía darle jamás podría compararse con las cosas de las que él era capaz.

—¿Estás intentando impresionarme? ¿O solo distraerme?

—Pensé que estarías más cómoda aquí. —Legend atravesó el elegante despacho para apoyar un codo sobre la repisa de la chimenea—. Si no te gusta, puedo cambiarlo. ¿Cuál era ese sueño que te gustó tanto? ¿El de las cebras?

Le dedicó una sonrisa burlona que lo hizo parecerse mucho más al Legend de sus sueños que al que había aparecido en la mazmorra. Su sonrisa se amplió mientras Tella sentía que su vestido cambiaba y se volvía más elegante. Las plumas se convirtieron en seda de rayas negras y blancas, como el vestido ceñido que había llevado en el sueño que él acababa de mencionar. Le habían encantado las cebras que él había creado después de que ella le contara que no estaba segura de que el curioso animal fuera real. Pero lo verdaderamente emocionante fue el modo en el que la miró en el sueño, como si no pudiera apartar los ojos de ella.

—Deja de distraerme —dijo Tella—. Y deja mi vestido como estaba. No quiero ser tu siguiente Esmeralda.

La sonrisa de Legend se desvaneció.

—Esmeralda y tú…

—No me digas que no nos parecemos —replicó—. Ya me di cuenta mientras te espiaba.

Los ojos de Legend se nublaron.

—Entonces, ¿por qué estás enfadada?

—La engañaste. Le quitaste toda su magia. ¡Y después la secuestraste!

La expresión del joven no cambió, pero a su espalda el fuego llameó más caliente y brillante, cambiando del naranja al abrasador rojo.

—Si la conocieras, no lo sentirías por ella, Tella. No es inocente. Me la llevé para que pudiera pagar por sus crímenes. Esmeralda es antigua. Ella era la consorte de La Estrella Caída y, antes de atraparlo a él y a sus Destinos en las cartas, lo ayudó a crearlos. Esmeralda es responsable de su existencia y el Templo de las Estrellas quiere someterla a juicio por ello.

—¿Qué tiene eso que ver contigo? —le preguntó.

—Deberías recordar que hice un trato con el templo. —Legend se quitó la chaqueta, extrajo un gemelo y dobló una de las mangas de su camisa negra.

Podría haber parecido que lo hacía debido al sofocante calor del fuego, pero Tella captó un atisbo de la marca en la cara interior de su muñeca.

La cicatriz no era tan brutal como la primera vez que la había visto en su piel. Estaba tan desvaída que apenas podía detectarla, como si hubiera sanado y estuviera desapareciendo. Pero todavía recordaba su aspecto anterior… Y lo que significaba. El Templo de las Estrellas había marcado a Legend a cambio

de permitirle la entrada en la cámara donde su madre había guardado la Baraja del Porvenir maldita en la que estaban atrapados los Destinos.

—Les prometí que les llevaría a la bruja que había ayudado a crear a los Destinos. Lo juré por mi inmortalidad. Si no les hubiera entregado a Esmeralda, habría muerto y nada me habría traído de vuelta a la vida. Sé que estás enfadada conmigo, pero espero que no me prefieras muerto.

Por supuesto que no lo quería muerto. Solo pensar en que estuviera en problemas la había llevado a seguirlo hasta otro mundo, pero decirlo le parecía revelar demasiado, cuando él no estaba expresando nada.

Que Legend aceptara por ella la marca del Templo de las Estrellas le había parecido un sacrificio enorme. Sin embargo, ahora que sabía hasta dónde estaba dispuesto a ir para conseguir lo que quería, Tella ya no estaba segura de si había hecho el trato para evitar que se convirtiera en una esclava del templo o para asegurarse de que consiguiera entrar en la cámara y recuperara las cartas para él.

Quería pensar que lo había hecho por ella, pero todavía no estaba segura y justo en ese momento no importaba. Puede que hubiera contestado a sus preguntas sobre la bruja, pero todavía no le había dado las respuestas que más deseaba.

—¿Por *eso* no me cuentas cuál es tu debilidad? —le preguntó—. ¿De verdad pensabas que te quería muerto? ¿Pensabas que usaría tu debilidad contra ti?

Él miró el fuego, evitando sus ojos.

—La debilidad que comparto con La Estrella Caída no nos servirá para derrotarlo ni nos hará ningún bien.

—¿Desde cuándo te importa el bien?

—No me… —Legend se detuvo. Miró sobre la espalda de Tella, como si hubiera oído un ruido fuera de su ilusión.

Tella no pudo ver de dónde venía hasta que una puerta apareció en la pared junto a la chimenea y Armando la atravesó.

Tella retrocedió, acercándose a la chimenea y a Legend.

Armando era el artista que había interpretado el papel de prometido de su hermana durante su primer Caraval. Tella no soportaba su sonrisa arrogante, sus calculadores ojos verdes y el modo irritante en el que golpeaba la espada que llevaba en la cadera con los dedos. Como Jovan, también iba vestido con el uniforme de la guardia de Legend, con una levita militar azul en la que brillaba una hilera de botones dorados.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Tella.

—Armando ha aceptado protegerte cuando yo no pueda hacerlo.

—No —dijo Tella—. No quiero que me siga y no necesito un guardia.

Legend la atravesó con una mirada más ardiente que las llamas de la chimenea a su espalda.

—No te liberé de una carta para ver cómo te matan los Destinos.

Tella abrió la boca, pero no consiguió encontrar la respuesta adecuada. Legend nunca hablaba de lo que había hecho para liberarla de los naipes. La única vez que lo reconoció fue aquella misma noche, cuando le dijo que no había estado dispuesto a sacrificarla. Pero más tarde, después de que ella dijera que era su héroe, se había marchado, haciendo que lo cuestionara todo.

—Puedes quedarte aquí, en el palacio. —Legend se apartó de la repisa de la chimenea y tomó su chaqueta de una silla con respaldo de caparazón—. Tu antigua habitación en la torre dorada sigue siendo tuya si la quieres, y tu hermana puede quedarse en la de ella.

Tella entornó los ojos.

—¿Qué quieres a cambio?

—Para empezar, nunca quise que te marcharas. —Legend se giró y atravesó los muros de la ilusión, como si ya hubiera dicho suficiente.

Aunque a Tella no le parecía bastante.

17
Scarlett

Mientras Tella y Legend hablaban de Destinos e ilusiones, Scarlett deseó estar experimentando solo una ilusión.

Los sentimientos de todo el mundo estaban por doquier. Aparecían en demasiados colores para que Scarlett pudiera llevar la cuenta o ignorarlos. Nunca había sentido algo así. Era mucho más intenso que los breves destellos que había visto con Nicolas y Julian. Un gris enlutado cubría el suelo como una niebla letal, enredaderas de ansioso violeta lamían el vestíbulo del palacio, y oscuros y temerosos verdes volvían todo lo demás enfermizo y tóxico.

Scarlett no podía respirar.

Apenas consiguió decirle a Jovan y a Julian que necesitaba aire antes de tambalearse hacia la pesada puerta que conducía a las escaleras. Aunque habían dejado a Tella y a Legend solos en el calabozo para que pudieran hablar, Scarlett todavía podía sentir el peso abrumador del intenso dolor gris de su hermana y el irascible y abrasador rojo de su furia contra los Destinos. No había podido ver las emociones de Legend, pero habría jurado que eran esas las que le dificultaban la respiración. O quizá fuera su propio e inesperado dolor ante la pérdida de su madre.

—Escarlata. —Julian corrió a su lado.

—No.

Scarlett agitó la mano. La preocupación de Julian era más de lo que podía soportar: un azul tempestuoso, tempestuoso, tempestuoso, que giraba, feroz y…

Se le nubló la visión.

—¡Escarlata!

18
Donatella

Legend no solo se había mudado al palacio: lo había tomado. Había criados en cada rincón de aquel lugar, zumbando como abejas obreras mientras preparaban la próxima coronación o trabajaban en la enorme reforma que se había ordenado.

Durante el reinado de Elantina, el palacio había sido algo hecho de polvo e historia. Había sido majestuoso como lo son las viejas historias, lleno de detalles curvados, de tapices tejidos y delicadas obras de arte. Pero Tella suponía que el Palacio de Legend no sería ninguna de esas cosas.

Legend poseía una belleza de ángel caído que exigía atención. Eran trajes a medida sobre tatuajes y mentiras que la gente quería creer. Su palacio sería impresionante, como solo podían serlo las cosas poderosas.

Tella llamó de nuevo a la puerta del dormitorio de su hermana en el ala zafiro. Había andamios a cada lado de la entrada, pero por el momento no había obreros a la vista, así que Scarlett debería oírla.

—O no está aquí, o no quiere abrir —dijo Armando.

—No te he pedido tu opinión.

Tella llamó de nuevo solo por molestar, ya que estaba segura de que esa había sido la intención de Legend cuando eligió a Armando, a quien sabía que ella odiaba, como su guardia personal.

Se preguntaba si Scarlett estaría con Julian. En la mazmorra habían parecido más íntimos de lo que había esperado. Una semana antes, en un sueño, Legend le había dicho que Julian había regresado a Valenda, pero hasta donde ella sabía no había ido a visitar a su hermana hasta después de que ella se hubiera marchado. O su encuentro había sido fabuloso, o Scarlett no había estado tan harta de él como afirmaba… Algo que ambas tenían en común.

Tella llamó a la puerta una última vez, pero Armando tenía razón: Scarlett no estaba allí o no quería abrir la puerta. Como fuera, Tella no podía quedarse ahí sin hacer nada, no mientras los Destinos estuvieran fuera.

Se había bañado y quitado la suciedad de la cueva y se había puesto un vestido ceñido azul hielo con una falda de capas que debió dejarse en el palacio. No obstante, sabía que nunca conseguiría despojarse de lo que había ocurrido en aquellas ruinas. Todavía podía oír el *clic, clic, clac* de la rueda y ver el cuerpo herido de su madre, inmóvil en el suelo.

Tenían que detener a La Estrella Caída y hacerle pagar por todo lo que le había hecho a su madre. Y si Legend no quería compartir con ella la debilidad de aquel Destino, entonces tendría que encontrar a otra persona que lo hiciera. Y conocía a esa persona. *Jacks*.

El frío lamió su columna. Por un momento, estuvo de nuevo en el suelo de su despacho, febril y acalorada excepto allí donde las frías extremidades de El Príncipe de Corazones se enredaban con las suyas.

Era una mala idea volver, pero si alguien conocía la debilidad de La Estrella Caída, sería otro Destino. ¿Y no había dicho Jacks que lo odiaba?

Tella miró a Armando. Apenas estaba a dos pasos a su espalda. Esquivarlo sería complicado, y no podía acompañarla a ver a Jacks. Si Legend descubría que volvía a visitarlo, quizá la encerraría en la torre.

Creía que el apresamiento de aquella mañana había sido un error, pero también sabía que no estaba lidiando con el Legend de sus sueños, de quien casi se había convencido de que no era distinto de Dante. Estaba tratando con Legend el Inmortal, el próximo emperador, el que hacía lo que fuera necesario para conseguir lo que quería. Y si quería mantener a Tella a salvo (y lejos de El Príncipe de Corazones), tomaría medidas que irían mucho más allá de asignarle un guardia.

La joven apresuró el paso mientras bordeaba el jardín de piedra. Aquellas esculturas habían sido humanos en el pasado. Hacía siglos, cuando los Destinos gobernaban, habían tratado a sus súbditos como objetos y juguetes. Uno de ellos había convertido en piedra a todos los que se encontraban en el jardín solo para disfrutar de decoraciones realistas. Tella no sabía si quedaba vida en su interior, si la gente que había sido paralizada todavía estaba en aquel mundo, viendo y oyendo. Habría jurado que los rostros de las esculturas se habían llenado de terror el día en el que los Destinos escaparon de la Baraja. Se preguntaba si la hermana de la novia, que había sido convertida en piedra aquel día, seguiría viva, o si encontrarían un modo de revertir su estado. Lo dudaba.

Cuando llegó a la cochera, las piernas habían vuelto a temblarle.

—Su alteza preferiría que no abandonaras el recinto del palacio —le dijo Armando.

—Y yo preferiría que no guardara tantos secretos. —Tella saltó al interior de un carruaje aéreo que la llevaría al Distrito del Templo.

Con un gruñido, Armando se lanzó al interior del coche y se acomodó frente a ella mientras la acogedora caja partía.

—Espero que al menos vayamos a algún sitio interesante.

—En realidad, no *vamos* a ir a ningún sitio.

Dicho eso, Tella abrió la puerta y saltó. Se rasgó el dobladillo del vestido azul glacial y casi se torció el tobillo en el torpe aterrizaje. Si el carruaje hubiera estado más alto, sin duda se habría hecho daño, pero merecía la pena arriesgarse para escapar.

Armando se lanzó hacia la puerta, pero el vagón estaba ya demasiado alto como para que pudiera saltar.

Tella le sopló un beso burlón.

—No le diré a *su alteza* que me has perdido de vista si tú no se lo dices.

Después tomó otra línea, una que la llevaría al Círculo Universitario y a El Príncipe de Corazones.

19
Scarlett

Las almohadas que tenía debajo eran mucho más mullidas que las cosas llenas de bultos de su apartamento alquilado. Las sábanas eran también mucho más suaves. Olían a brisa fría y a noches estrelladas, y al único joven del que se había enamorado.

No eran sus almohadas. No eran sus sábanas. No era su cama. *Era la cama de Julian*. Y justo entonces le parecía el lugar más seguro del mundo. Scarlett quería abrazar la almohada de plumas y acurrucarse entre las sábanas hasta volver a quedarse dormida.

—Escarlata. —Era la voz de Julian, amable pero lo bastante firme para decirle que sabía que estaba despierta.

La joven se sentó y abrió los ojos con lentitud. Durante un segundo su visión siguió borrosa, pero no había sentimientos abarrotando la habitación. Los únicos colores que veía eran los que se suponía que debían estar allí: el frío azul oscuro de las sábanas en las que estaba envuelta, el gris satinado de las cortinas en las esquinas de la cama, la cálida piel oscura de Julian y el ámbar embriagador de sus ojos.

Su habitación estaba llena de esos mismos colores y ligeramente desordenada, como su apariencia. Tenía bozo en la mandíbula y el cabello como si no hubiera dejado de pasarse los dedos por él, y su pañuelo estaba en el suelo, a sus pies. Se sentó a su lado en la cama, pero parecía listo para sujetarla si volvía a caerse.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida? —le preguntó.

—El suficiente para hacerme pensar que esto no era solo un elaborado plan para meterte en mi cama.

Scarlett consiguió sonreír.

—¿Y si te dijera que sí lo era?

—Te diría que no lo necesitabas. Eres bienvenida en mi cama en cualquier momento.

Julian le dedicó una sonrisa maliciosa. Habría sido convincente si Scarlett no acabara de ver finos hilos de plateada preocupación a su alrededor. Se preguntaba si sospechaba que no solo se había desmayado por la tristeza.

Scarlett quería cerrar los ojos de nuevo, bloquear las emociones que expelía, pero no quería alejarlo de ella.

—Gracias —le dijo.

—Estoy aquí para lo que necesites.

Julian se acercó al cabecero con una muda invitación. Podía apoyarse en él si quería, y lo hizo.

Scarlett presionó la cabeza contra su hombro sólido y cerró los ojos. Pero aunque consiguió silenciar la preocupación plateada que se cernía a su alrededor, no pudo bloquearlo todo. Antes había creído que el dolor que sentía solo pertenecía a Tella, pero puede que parte de este fuera suyo.

—No esperaba que me doliera —le confesó—. Creí que había perdido a mi madre hacía mucho tiempo. Estaba furiosa con ella. No confiaba en ella y no la quería de vuelta en nuestras vidas. No la quería… No la quería nada.

Julian la abrazó con fuerza y le plantó un beso en la frente.

No sabía cuánto tiempo estuvieron así. Y no sabía si estaba triste porque su madre había muerto o si lo estaba porque había querido que se fuera. Quería estar triste porque su madre había muerto; así era como una buena hija tendría que sentirse, y si había algo que Scarlett quería ser, era buena. Pero había dejado de intentarlo en lo que se refería a su madre.

—¿Sabes dónde está mi hermana? —le preguntó.

—Creo que sigue con Legend —contestó Julian.

Scarlett retiró las sábanas. Quería levantarse, pero debido al cariño que su vestido sentía por Julian, la ponía un poco nerviosa en qué se habría convertido mientras estaba en su cama. Curiosamente, seguía siendo el mismo vestido rosa intenso. Se preguntó si las emociones que la habían agotado habrían despojado también al vestido de parte de su magia.

Julian se levantó de la cama con brusquedad, malinterpretando su duda.

—¿Necesitas ayuda?

—Puedo sola —dijo Scarlett.

Pero Julian ya la había rodeado con los brazos. La levantó en un movimiento rápido y la llevó a la sala de estar.

—Julian, puedo caminar.

—Puede que solo quisiera una excusa para abrazarte —le dijo, sonriendo como un ladrón que acababa de librarse de un crimen.

Scarlett se apoyó en él. Era agradable estar en sus brazos. Parecía la distracción perfecta de todos los horrores que la mortificaban. Julian la dejó en un sofá de terciopelo, calentado por la luz del sol que entraba a través de los ventanales que iban desde el suelo al techo.

En la mesa de café que tenía delante había una bandeja con la merienda. Julian amontonó queso y unos sándwiches gruesos en un plato y se lo ofreció. Mientras comía, Scarlett se fijó en que él todavía llevaba en el brazo la venda del día anterior, y aunque no se había cambiado de ropa, la gasa parecía nueva, como si se hubiera tomado el tiempo necesario para cambiársela mientras ella estaba inconsciente.

Tocó con cautela la parte inferior de la tela.

—No me has contado qué te ha pasado aquí.

—Es un secreto. —Julian se echó hacia atrás en sus talones, justo fuera de su alcance.

Scarlett no sabía si estaba jugando o evitándola.

—¿Planeas usar la venda para siempre?

Él se llevó una mano a la nuca, sin duda evitándola.

—¿Por qué te interesa tanto?

—Porque parece que te has hecho daño y no quieres contarme qué te ha pasado.

—¿Y si en lugar de eso te cuento un secreto?

Antes de que pudiera contestar, él regresó al dormitorio y volvió con un libro encuadernado en tela, tan viejo que su cubierta ocre era prácticamente tan fina como el papel.

—Hice que alguien me trajera esto de la biblioteca de Legend mientras estabas dormida. Es uno de los libros más antiguos que tiene sobre los Destinos, e incluye todo sobre los objetos funestos.

Scarlett recogió las piernas para dejarle espacio en el sofá.

—¿Vas a leerme un cuento antes de ir a dormir?

—Quizá más tarde. —El joven sacó unas gafas del bolsillo que lo hacían parecer juvenil y encantador, y más dulce de lo que Scarlett creía posible—. ¿Todavía tienes la llave que esa niña te dio ayer?

La joven buscó en el bolsillo de su vestido y la sacó.

—¿Te refieres a esta?

—Deberías tener cuidado y no ofrecérsela a cualquiera. Creo que esa niña tenía razón, que es mágica. Creo que podría ser uno de los ocho objetos

funestos. —Julian se sentó a su lado en el sofá, rozándole las rodillas con la pierna, y comenzó a leer—: *En las Barajas del Porvenir, La Llave de Ensueño predice que los sueños se hacen realidad. Puede abrir cualquier cerradura y convertir a aquel que la posee en cualquier persona que pueda imaginar*.

»*No obstante, el poder de La Llave de Ensueño no puede ser arrebatado. Para su uso, la llave debe recibirse como un regalo.*

»*Como muchos de los otros objetos funestos, elige a quien se entrega y a menudo aparece de la nada antes de darse a alguien merecedor y en necesidad*. —Julian la miró a los ojos cuando terminó de leer—. ¿Qué te parece el secreto, Escarlata?

El objeto destelló, brillante y cálido en la palma de la joven. Sin duda parecía encantado. Puede que estuviera confundida, pero tenía la sensación de que aguardaba ser usado con más esperanza aún de la que había embargado a la pequeña y seria niña de las trenzas cuando le dijo que ella también era mágica.

En aquel momento no se sentía así. Sus emociones parecían frágiles y tan secas como la pintura descascarillada. Pero Julian se estaba esforzando mucho para animarla con su secreto, que en realidad era más parecido a un regalo. Puede que no fuera algo tangible, pero era muy considerado. Podría haberle dicho que se lo daba como parte de la competición, pero no lo hizo. Y Scarlett no quería mancillar aquel momento trayendo a colación el concurso o a Nicolas.

—Es perfecto. —Incluso consiguió sonreír—. Pero solo para asegurarnos de que tienes razón, creo que deberíamos probarla juntos.

El rostro de Julian se iluminó y en su boca se extendió una sonrisa.

Scarlett creyó que había oído llamar a la puerta, pero si Julian lo oyó, lo ignoró. Sus ojos estaban clavados en la joven mientras sostenía la llave de cristal, que brillaba incluso más que antes, como si ella hubiera dicho exactamente lo que quería oír.

20
Donatella

Tella sabía que había llegado al lugar correcto cuando vio el badajo de la puerta con forma de corazón roto. Le pareció una advertencia de que no iba a hallar nada bueno en el interior.

Puede que debiera haberse esforzado más para conseguir que Legend le contara su debilidad antes de recurrir a Jacks. Él podría negarse a ayudarla de nuevo, y si accedía a contarle la debilidad de La Estrella Caída, sin duda esto tendría un coste. Pero ¿cuál sería el precio si lo dejaba pasar? ¿Asesinaría La Estrella Caída a más gente? ¿Descubriría que Paloma tenía dos hijas e iría a por ellas?

Tella llamó a la puerta y esta se abrió de inmediato, invitándola a entrar a la casa de apuestas de Jacks.

Los dados volaban mientras los jóvenes clientes aplaudían, todos ellos ansiosos por perder una fortuna que todavía no habían ganado y por obtener favores que Jacks no dudaría en cobrarse más tarde. Todo el mundo parecía más fresco que la noche anterior. Las sonrisas de las damas no estaban emborronadas, los pañuelos de los caballeros estaban pulcros y no había bebidas derramadas. Las partidas de la noche acababan de comenzar.

—¡Pero qué cosita tan bonita! —Una mujer con diamantes rojos pintados en las mejillas se dirigió a Tella. Estaba vestida a juego con los naipes de las mesas, con una falda por la rodilla de rayas blancas y negras que se ampliaba sobre sus caderas anchas. Los brillantes botones de su chaqueta entallada tenían forma de pica, pero esta era de manga larga e inadecuada para la Estación Cálida, lo que hizo que Tella se preguntara si llevaría cartas, o armas, ocultas en su interior. Si aquella mujer trabajaba para Jacks, no sería una sorpresa.

No obstante, después de un segundo vistazo, le pareció imposible que aquella persona trabajara para El Príncipe de Corazones, o que fuera una

persona. Sus rizos cobrizos brillaban como monedas y encuadraban un rostro de piel oscura cubierta de pecas y ojos como diamantes líquidos, prácticamente transparentes, y muy poco humanos. No, aquella mujer no era una persona. Era uno de los Destinos.

Tella retrocedió, tambaleándose, y tropezó con su dobladillo rasgado.

—Esa no es la respuesta que suelo obtener.

La sonrisa de la mujer se amplió, haciendo que todos los que estaban en un radio de tres metros sonrieran al unísono. A continuación, se produjo una atronadora ronda de aplausos, acompañada de vítores y silbidos fuertes, como si más de la mitad de la sala estuviera en racha.

Aquella mujer era sin duda un Destino. La Dama de la Suerte, si no se equivocaba.

Su carta solía simbolizar buena fortuna, pero a Tella no le importaba. Siguió retrocediendo hacia la puerta mientras caía confeti negro y rojo del techo.

—¡No te acerques a mí!

La sonrisa de La Dama de la Suerte se desvaneció y una serie de jadeos y gemidos de decepción llenaron la casa de juegos.

—¿Sabes cuánto pagaría mucha gente por mi consejo? —le preguntó.

—Por eso prefiero pasar. Estoy segura de que el precio es demasiado alto.

La mujer negó con la cabeza y frunció los labios, pero una luz iridiscente destelló en sus ojos sobrenaturales.

—¡Uh! Eres tú, ¿verdad? *¿Eres tú* la que ha hecho latir el corazón de Jacks? —Sus ojos claros se clavaron en el pecho de Tella como si hubiera un tesoro inquietante escondido en su interior—. Tú eres su debilidad.

Tella se quedó paralizada al oír esa palabra. *Debilidad*.

La sonrisa de La Dama de la Suerte regresó y la sala se llenó de vítores una vez más.

—Parece que he conseguido captar tu atención.

Uh, sin duda lo había hecho. Aquello era exactamente lo que quería. Si aquella mujer se lo daba, ni siquiera tendría que hablar con Jacks.

—¿Qué significa ser la debilidad de un Destino?

—Significa que Jacks y tú estáis en peligro. Inmortales y humanos no deberían estar juntos.

Tella se atragantó con una carcajada.

—Jacks y yo no estamos juntos. Yo lo odio. —Pero las palabras no sonaron tan ciertas como deberían.

La Dama de la Suerte lo advirtió.

—¿No evitan los humanos las cosas que odian?

—A veces Jacks es un mal necesario.

—Entonces hazlo innecesario. —La Dama de la Suerte le agarró el brazo mientras su voz alegre se convertía en algo severo—. Tu relación con El Príncipe de Corazones terminará en catástrofe.

—Ya te lo he dicho, no tenemos una relación. —Tella intentó zafarse de ella, pero era increíblemente fuerte.

—Niegas lo evidente. Si no te sintieras atraída por él, no estarías aquí. —Tella intentó objetar, pero ella siguió hablando—: Tú eres la chica humana que hizo latir de nuevo el corazón de Jacks. Se rumorea que tú eres su verdadero amor, pero eso no significa lo que tú crees. Los inmortales no pueden amar. El amor no es una de nuestras emociones.

—Entonces no debería importar que fuera su verdadero amor —dijo Tella.

—No me has dejado terminar. —La Dama de la Suerte le apretó el brazo un poco más—. Cuando nos sentimos atraídos por un humano, solo sentimos obsesión, fijación, lujuria, posesión. Rara vez nos cruzamos con un humano que nos tienta a amar, pero eso siempre termina mal. El amor, para nosotros, es veneno. El amor y la inmortalidad no pueden coexistir. Si un inmortal siente verdadero amor, aunque solo sea un minuto, se volverá humano durante ese minuto. Si el sentimiento dura demasiado, su mortalidad será permanente. Y la mayoría de los inmortales prefiere matar al objeto de su afecto antes que convertirse en humano. No es seguro intentar que un inmortal ame. Y si Jacks no te mata porque se siente tentado a amarte, te prometo que su obsesión por ti te destruirá.

La sala quedó en silencio tras sus palabras, como si a todos les hubieran repartido una mala mano.

—Si eres inteligente, te darás la vuelta y te marcharás.

La Dama de la Suerte le soltó el brazo por fin y después volvió a adentrarse en el mar de jugadores. Aplausos y vítores la siguieron mientras se movía.

Tella intentó olvidar la sensación de su mano, pero no consiguió olvidar sus palabras.

El amor y la inmortalidad no pueden coexistir.

Solo sentimos obsesión, fijación, lujuria y posesión.

Si un inmortal siente amor, aunque solo sea un minuto, se volverá humano durante ese minuto. Si el sentimiento dura demasiado, su mortalidad será permanente. Y la mayoría de los inmortales prefiere matar al objeto de su afecto antes que convertirse en humano.

Ahora sabía que la debilidad de un inmortal era el amor. Para matar a La Estrella Caída, necesitaría lograr que se enamorara. Pero él era sin duda del tipo que asesinaría a un humano antes de amarlo.

Un abrupto dolor brotó bajo su esternón, justo alrededor de su corazón, pero la sensación era mucho más profunda. Aquella no era la debilidad que había esperado, pero ahora comprendía por qué Legend no se lo había contado: él no la quería y *nunca* lo haría, no mientras quisiera seguir siendo inmortal.

—Parece que vuelves a sufrir —dijo Jacks, arrastrando las palabras.

Tella se giró, con el corazón desbocado al oír su voz.

Aquella noche, El Príncipe de Corazones estaba vestido como un libertino maestro de ceremonias, con una levita borgoña de cuello alto y mangas rasgadas que revelaban la camisa blanca y negra que llevaba debajo, descuidadamente abierta. Su pañuelo blanco colgaba sin anudar de su cuello y sus pantalones negros solo estaban medio metidos en sus botas arañadas.

Era justo lo contrario a Legend. Este parecía capaz de sobrevivir al apocalipsis sin una arruga en el traje, mientras que Jacks parecía siempre recién salido de una pelea; su apariencia era siempre salvaje y casi temeraria. Y aun así, como era un Destino, Jacks conseguía ser casi dolorosamente atractivo.

—¿Has venido para que te hiciera sentir mejor? —Se clavó los dientes en la comisura de la boca, con lo cual extrajo una brillante perla de sangre de un rojo dorado—. Estaré encantado de ayudarte de nuevo.

A Tella se le hizo un nudo en el estómago y sus mejillas se sonrojaron, calientes.

—No es eso lo que quiero.

—¿Estás segura? Sin duda parece que quieres algo.

Se rio mientras se pasaba la lengua por la comisura para atrapar la sangre. Todavía sonriendo, se dirigió a una mesa de ruleta cercana.

—Espera. —Tella corrió tras él—. Necesito hablar contigo.

—Prefiero apostar. —Agarró el pomo del centro de la ruleta negra y roja, que ya estaba girando, y le dio otro impulso para hacerla ir más rápido mientras la gente de la mesa refunfuñaba—. Haz una apuesta y después hablaremos.

—De acuerdo. —Tella sacó un puñado de monedas.

—No ese tipo de apuesta, amor mío. —Sus ojos azul plata destellaron, con burla y desafío y algo más que no consiguió identificar—. Creo que podemos hacer esto un poco más interesante.

—¿Cómo?

Jacks tiró de su labio inferior con dos dedos pálidos.

—Si la bola cae en negro, hablaremos, como tú deseas. Responderé a todas tus preguntas. Pero si cae en rojo, me dejarás entrar en tus sueños.

—Ni loca.

—Entonces esta conversación ha terminado. —Se giró.

—Espera… —Tella le puso una mano en el hombro.

Jacks se dio la vuelta lentamente, sonriendo como si ya hubiera ganado algo más que el derecho a colarse en sus sueños.

—Todavía no he aceptado —dijo Tella—. Y si acepto el trato, tendrás que prometerme que no evitarás que nadie más entre en mis sueños.

—¿Por qué? —Se acercó, rodeándola con el aroma ácido de las manzanas —. ¿Se ha quejado alguien?

—¡Me estoy quejando yo! Son mis sueños y no tienes derecho a impedir la entrada de nadie.

—Lo hice por ti —dijo Jacks con dulzura—. Los sueños pueden parecer insignificantes, pero delatan más secretos de lo que la gente cree.

—¿Por eso quieres entrar en los míos?

Su sonrisa tenía los bordes afilados. De repente, lo único que Tella podía oír era cómo había pronunciado La Dama de la Suerte la palabra *obsesión*. No importaba por qué quería colarse Jacks en sus sueños… El hecho de que quisiera hacerlo y de que hubiera evitado la entrada de Legend debería haberla asustado.

La noche anterior, Jacks le había parecido de fiar porque había estado demasiado conmocionada para preocuparse por las cosas que había hecho, pero seguía siendo viperino.

—Será mejor que decidas rápido —se burló—. Las probabilidades podrían ser mucho peores, y podría pedirte mucho más.

Zum…

Zum…

Zum…

La ruleta siguió girando, pero la bolita blanca estaba perdiendo impulso. Y Tella no dudaba de que, cuando se detuviera, Jacks se marcharía o le ofrecería una apuesta con peores probabilidades.

—De acuerdo —dijo—. Trato hecho.

La bola se detuvo de inmediato y se deslizó a una casilla negra.

Tella no podía creerlo.

—He ga…

La bola saltó y se introdujo en la ranura roja contigua.

—¡No! —Tella miró fijamente la bolita, esperando que se moviera de nuevo, pero por supuesto no lo hizo—. Has hecho trampa.

—¿Me has visto tocar la bola? —Jacks parpadeó con inocencia.

Tella tuvo que contenerse para no golpearlo.

—Sé que has hecho que se moviera.

—Me halaga que tengas mis habilidades en tan alta estima, pero yo no soy Legend. No hago trucos de magia.

No. Definitivamente no era Legend. Legend era un mentiroso y no jugaba limpio, pero no hacía trampas con tanto descaro.

Jacks tomó su mano y le dio un beso frío y rápido antes de soltarla y alejarse de la mesa.

—Te veré más tarde esta noche, amor mío.

—¡No hemos terminado! —Tella marchó tras él, esquivando jugadores borrachos hasta alcanzarlo en las mismas escaleras por las que la había llevado la noche anterior. La alfombra le hizo recordar cuán impotente se había sentido. Se le tensó el pecho y sus pies titubearon en los peldaños.

Jacks se giró abruptamente.

—¿Por qué estás tan enfadada? ¿Qué te preocupa que pueda ver en tus sueños?

—No seas tan arrogante. —Tella tomó aire con dificultad—. Estoy aquí porque quiero saber cómo matar a La Estrella Caída.

—Si te acercas a La Estrella Caída, te matará más rápido de lo que mató a tu madre —dijo Jacks. Tella se estremeció—. Estupendo. Me alegro de haberte asustado.

—Por eso necesito matarlo.

—No puedes —replicó Jacks, sin más.

—¿Qué hay del amor?

La irritación heló los ojos de Jacks y Tella habría jurado que la escalera se había enfriado un poco más.

—¿Quién te ha contado eso?

—Entonces, ¿es cierto? —le preguntó—. ¿El amor puede volver humano a un inmortal el tiempo suficiente para matarlo?

—Es cierto, pero eso no va a ocurrir. —Jacks comenzó a subir los peldaños de nuevo.

—Entonces dime otra manera —le pidió mientras lo seguía. Podría haberle dicho que no se marcharía hasta que respondiera, pero tenía la sensación de que esa no sería una buena amenaza. Seguirlo tampoco era

buena idea, seguramente. Las palabras de La Dama de la Suerte acudieron de nuevo a su mente mientras subía la escalera: *Si Jacks no te mata porque se siente tentado a amarte, te prometo que su obsesión por ti te destruirá*.

Pero Jacks le estaba dando la espalda. No parecía obsesionado con ella, en absoluto. Y él seguía siendo su mejor opción para descubrir cómo derrotar a La Estrella Caída. Sabía que no era de fiar, pero después de conseguir lo que quería aquella noche, no volvería a verlo.

Su despacho olía ligeramente a manzana y a sangre. Sintió un hormigueo en la piel al recordar sus besos prohibidos mientras miraba la alfombra chamuscada delante del sofá de piel desgastada. Apartó los ojos rápidamente y se concentró en la mesa: sobre esta había un mapa de la ciudad, sujeto en una esquina por una Baraja del Porvenir falsa.

El mazo estaba un poco descolorido y desgastado en las puntas. No se parecía en nada a la baraja mágica de su madre, pero eso volvió a recordarle a Paloma y cuánto había sacrificado (*incluyendo su vida*) para evitar que los Destinos reinaran de nuevo.

Jacks se dejó caer en la silla tras su mesa. Parecía molesto porque lo hubiera seguido.

—La Estrella Caída mató a mi madre —dijo Tella—. Yo vi cómo la asesinaba. No espero que te importe, pero sé que anoche sentiste mi dolor. Te vi llorar lágrimas de sangre.

—Todo el que posee una Baraja del Porvenir me ha visto llorar lágrimas de sangre. No lo conviertas en una tragedia y creas que eso significa que me importa.

Jacks levantó su Baraja del Porvenir y comenzó a mezclar las cartas con dedos elegantes.

—Tampoco creas que esto significa que estoy de tu parte. —Su voz sonó tan cruel que Tella casi no se dio cuenta de que le estaba diciendo que la ayudaría—. Hay un libro en La Biblioteca Inmortal, el *Ruscica*, que puede contar la historia de cualquier humano o Destino. Si Gavriel tiene una debilidad letal de la que nadie es conocedor, ese libro podría revelarla. Pero usar el *Ruscica* no es una buena idea: necesitarás la sangre de Gavriel para acceder a su historia, y conseguirla podría matarte. Si estás decidida a terminar con él, tu mejor opción es El Mercado Desaparecido.

Jacks cortó las cartas y giró una mitad del mazo. Encima estaba la carta de El Mercado Desaparecido, un arcoíris de coloridos tenderetes donde se vendían animales exóticos, mercaderías y comida de otras épocas.

Puede que no tengamos lo que quieres, pero tenemos lo que necesitas.

El Mercado Desaparecido era uno de los ocho lugares aciagos. En la Baraja del Porvenir, El Mercado Desaparecido era una carta propicia, aunque tramposa. Prometía que recibirías aquello que necesitaras, pero la mayoría de la gente estaba de acuerdo en que lo que una persona necesita y lo que quiere suelen ser dos cosas diferentes. Y Tella suponía que hacer un trato en el mercado era parecido a llegar a un acuerdo con uno de los intérpretes de Legend durante Caraval. Dudaba de que pudiera comprar lo que necesitaba con monedas.

—Si hay otro modo de matarlo, podrías descubrirlo en el mercado —dijo Jacks—. Hay un puesto atendido por dos hermanas que compran y venden secretos. A cambio de los tuyos, te entregarán uno de La Estrella Caída.

Tella miró a Jacks, escéptica.

—Solo he visto a La Estrella Caída de lejos, pero no me pareció del tipo que vende sus secretos.

—Él no, pero si hay alguien que tiene uno de sus secretos, son las hermanas. El mercado existe fuera del tiempo. Si deseas visitarlo, descubrirás que tienen métodos únicos para reunir información.

—¿Dónde puedo encontrar el mercado?

—Algunas de las ruinas de la ciudad fueron en el pasado lugares aciagos, pero para acceder a su magia necesitan ser invocados. —Jacks señaló un grupo de ruinas al oeste del Distrito del Templo—. Busca un reloj de arena grabado en la piedra y aliméntalo con una gota de sangre para invocar al mercado. Pero ten cuidado: entrar en un lugar aciago que ha sido invocado siempre tiene un precio. El mercado cobra en tiempo a cualquiera que entra. Por cada hora que pases allí, transcurrirá un día en nuestro mundo.

—Gracias por la advertencia.

Tella no lo sabía y le sorprendía que Jacks se lo hubiera contado, ya que la fuente principal de entretenimiento de un Destino es jugar con los humanos. De hecho, la sorprendía todo lo que le había contado. Había acudido allí por rebeldía contra Legend y esperando respuestas, pero en realidad no esperaba conseguirlas. Y lo había hecho. Ahora conocía la debilidad de Legend y también dónde encontrar la debilidad de La Estrella Caída.

—Supongo que quieres algo a cambio —continuó ella.

Los ojos de Jacks bajaron con lentitud hasta su boca.

El frío acarició los labios de Tella como un beso.

—Ya te he dicho que no he venido por eso —sostuvo la joven.

—Entonces, ¿por qué no te has marchado ya?

Su risa la siguió mientras atravesaba la puerta.

21
Scarlett

Scarlett debería estar cayéndose de cansancio en lugar de bailando en su resplandeciente habitación del palacio.

Después de usar La Llave de Ensueño con Julian para visitar a un pastelero que él conocía en el norte, donde Scarlett probó los mejores pasteles de su vida, la había llevado a ver a un viejo amigo en el Imperio del Sur, donde el agua tenía el tono de turquesa más brillante que la joven jamás había visto y la gente usaba tortugas marinas para enviar mensajes. Podría haberse quedado allí más tiempo, pero Julian quería llevarla a conocer a un primo lejano que vivía en una casa con un tejado perfecto para observar los atardeceres más espectaculares del mundo. En una sola tarde, Julian y La Llave de Ensueño habían cambiado su diminuta visión del mundo, haciéndolo más extenso de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Intentó contener su sonrisa. No debería estar tan risueña mientras se tumbaba en la cama. Debería estar llorando la pérdida de su madre, preocupada por dónde estaba su hermana o temiendo que los Destinos estuvieran despertando.

Pero era difícil temerles a las pesadillas cuando sus pensamientos seguían enredados en el sueño que era Julian. Había mentido cuando había dicho que tenía sueño, porque se sentía tan atrapada en él que quería despertar y regresar a la realidad.

Ya se arrepentía de ello.

La Llave de Ensueño seguía cálida en su bolsillo. Pensó en usarla para encontrarlo y pedirle que la llevara a visitar otro lugar mágico, y quizá lo habría hecho si un criado no hubiera llamado a la puerta con una entrega de Nicolas.

Scarlett ni siquiera necesitó abrir la tarjeta que lo acompañaba para saber que el regalo era de él. Se trataba de una regadera de cristal, suficientemente

pequeña como para llevarla en la palma, como si estuviera pensada para plantas del tamaño de un hada.

Volvió bruscamente a la realidad. Había intentado no pensar en la competición entre Julian y Nicolas. Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido en los dos últimos días, eso ya no parecía tan importante como antes, pero no podía ignorarlo.

Abrió la nota de mala gana. En el pasado, cuando recibía cartas de Nicolas, siempre las releía hasta que el papel se volvía fino. Pero habría deseado que aquella no hubiera llegado nunca.



Estimada Scarlett:

No he dejado de pensar en ti desde tu visita. Ahora que te conozco, mi imaginación ya no es suficiente. Espero que te guste la primera parte de mi regalo. Hay una segunda parte que forma conjunto con ella, pero prefiero entregártela en persona. Si estás disponible, me gustaría volver a verte mañana.

Atentamente,

Nicolas



Si Julian hubiera escrito aquellas palabras, estaba segura de que su corazón se habría desbocado o que le dolerían las mejillas de tanto sonreír. Habría sentido algo. Pero, en este caso, ni siquiera el vestido consiguió responder.

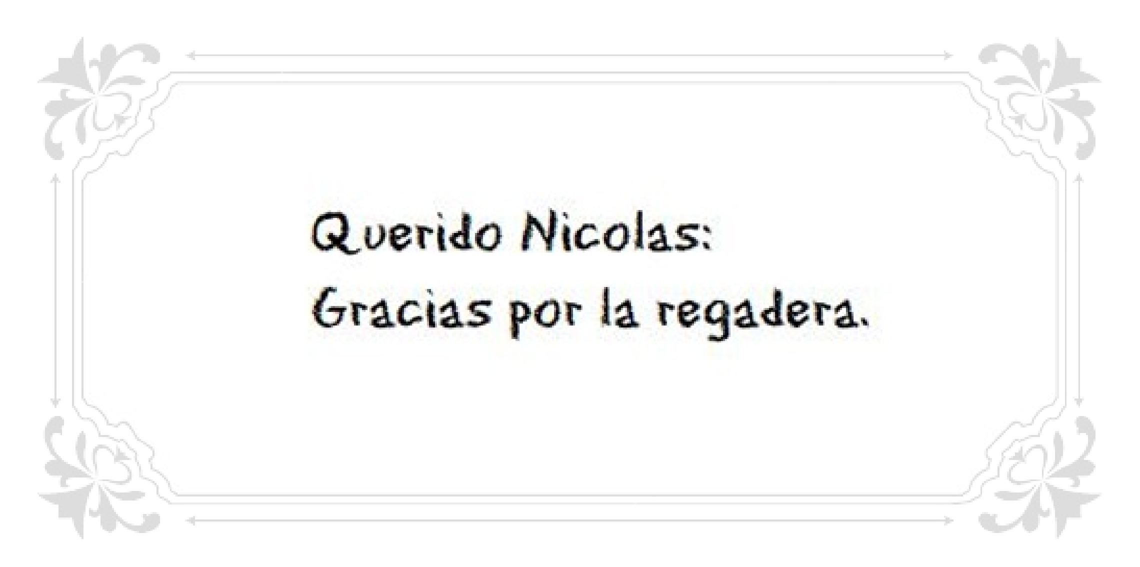
Cerró los ojos y apoyó la cabeza en los almohadones.

Solía creer que Nicolas era su mejor opción para casarse. Y quizá fuera más fiable que Julian. Nicolas era atractivo, atento… todo lo que le había

parecido en sus cartas, pero no sentía nada por él. No, eso no era cierto. Se sentía aliviada de no haberse casado con él.

Nicolas podría ser la opción más sensata, pero era a Julian a quien quería elegir. No había comparación entre ellos. Julian se había ganado su corazón hacía mucho tiempo.

Se dirigió a su escritorio para escribir a Nicolas una última carta.



Querido Nicolas:
Gracias por la regadera.

Por más que lo intentó, no consiguió escribir otra palabra. Después de todas las oportunidades perdidas, le parecía terriblemente insensible informar a Nicolas por carta de que ya había tomado una decisión. Ella no querría ser rechazada así.

Hizo una bola con su nota y la tiró a la papelera. Volvió a mirar la carta de Nicolas. No podía entregarle su mano en matrimonio, pero le concedería aquel último encuentro. Se lo debía.

22
Donatella

Valenda era una ciudad que había sido creada para la noche.

Tella estaba en un carruaje aéreo de vuelta al palacio y el mundo bajo sus pies resplandecía. Las iglesias y santuarios del Distrito del Templo brillaban como fragmentos perdidos de luna, mientras que las luces más tenues del Barrio de las Especias humeaban como cenizas de un fuego que se negaba a morir. Después estaban los edificios dormitorio entre los distritos, iluminados por las farolas de los guardias que le proporcionaban una ilusión de seguridad a la gente que dormía en sus camas.

Nadie sabía lo frágil que era esta seguridad y Tella se preguntó si más Destinos habrían despertado ya. Probablemente debería habérselo preguntado a Jacks antes de marcharse, pero El Príncipe de Corazones parecía desear una tarifa mayor a cambio de información adicional.

El carruaje de Tella se detuvo con suavidad al llegar a la cochera del palacio. Consciente de su dobladillo rasgado, salió con cuidado.

El aire sabía a caramelo, el mundo titilaba y las estrellas parecían estar bastante cerca como para robarlas y guardárselas en los bolsillos. Se sentía como si estuviera en uno de los sueños de Legend, o de nuevo en Caraval. Aunque el sol se había puesto, los criados seguían atareados en el palacio con los preparativos del Laberinto de Medianoche del día siguiente. Polvo nocturno, que hacía brillar todo lo que cubría bajo la luz de las estrellas cercanas, llenaba los cubos que portaban los sirvientes para aplicarlo por todas partes, desde los setos y las fuentes que bordeaban los senderos a los conejitos que brincaban por los jardines.

La mayor parte del servicio del palacio no le prestó atención, pero habría jurado que algunos la habían mirado con los ojos entornados antes de girarse a susurrar sobre ella.

Sabía que era una mala idea detenerse a escuchar; los rumores rara vez contenían halagos. Y aun así, se descubrió siguiendo a un par de criadas que charlaban en su camino al jardín de piedra. Se agachó detrás de una escultura femenina en el límite del jardín, cuya falda amplia creaba el escondite perfecto mientras las jóvenes aplicaban el brillante polvo nocturno al resto de las estatuas.

—¿La has *visto*?

La voz de la primera chica era ligera y gorjeante como la de un pájaro. Tella la había oído antes, la primera noche que pasó en el palacio, cuando acudió a Valenda para participar en Caraval y Dante le dijo a todo el mundo que era la prometida de Jacks. No se había enfadado demasiado hasta que oyó a la chica pájaro hablando del compromiso, o más bien sobre Jacks, y de los rumores de que era un asesino. Ellas no sabían que en realidad era El Príncipe de Corazones y, en su momento, tampoco lo había sabido Legend.

—Creí que era la prometida del anterior heredero —contestó la segunda criada. Tella no le reconocía la voz, pero decidió que no le caía bien cuando la oyó decir, casi sin aliento—: Creo que el Macizo Real, el príncipe Dante, no la quiere cerca.

—Uh, está *claro* que el Macizo Real no la quiere cerca —dijo la chica pájaro—. Creo que la pequeña fulana solo espera convertir al príncipe Dante en su prometido ahora que el antiguo ya no pertenece a la realeza. Pero todo el mundo, excepto *ella*, sabe que eso no va a ocurrir. El príncipe seguramente la mantiene aquí porque fue la prometida del antiguo heredero, y que sea suya ahora es otra muestra de su poder.

¡Eso no es cierto! Tella deseó salir de detrás de la escultura para protestar.

Pero quizá hubiera algo de cierto en eso. Legend estaba celoso de Jacks. Y, según La Dama de la Suerte, cuando los inmortales se sienten atraídos por los humanos solo sienten obsesión, fijación, lujuria y posesión.

—¡He oído decir que esta mañana la hizo encerrar en las mazmorras! —dijo la chica pájaro.

—¿Por qué? —jadeó la segunda criada.

—No fue porque no la quisiera cerca —dijo Legend, y el sonido grave de su voz llenó el jardín de piedra.

De repente, Tella no podría haber abandonado su escondite ni aunque hubiera querido. Unos momentos antes el mundo había estado lleno de polvo nocturno y estrellas, pero ahora Legend las había relevado.

El arrastrar seguro de sus botas resonó en el jardín y Tella lo imaginó acercándose, cubriendo a los criados petrificados en sombras, mientras decía:

—Quiero que esté aquí. Si fuera por mí, se quedaría aquí para siempre. Le pedí que se casara conmigo y me rechazó, por eso la encerré. Mi respuesta fue inapropiada, pero a veces las cosas se me van de las manos. —Hizo una pausa, y Tella pudo imaginar su sonrisa depravada—. Vosotras dos deberíais tenerlo en cuenta la próxima vez que decidáis comenzar un rumor, o podríais terminar también en una celda.

—No comenzaremos más rumores.

—Lo sentimos mucho, alteza.

Se oyeron pasos de zapatillas apresurados, como si las criadas hubieran hecho una reverencia rápida antes de huir del jardín de piedra, seguramente dejando un rastro de destellante polvo nocturno en su estela.

—Ya puedes salir, Tella.

La voz de Legend asumió un tinte burlón mientras apoyaba un codo en la estatua tras la que estaba escondida. Todavía llevaba el mismo traje negro y gris de antes, con una media capa negra a juego sobre sus hombros, lo que le daba un aspecto tan libertino como regio.

Si aquel hubiera sido uno de sus sueños, cuando todavía fingían que no sentían nada el uno por el otro, Tella habría puesto los ojos en blanco en una respuesta que era justo lo contrario a cómo se sentía. Tenía la intuición de que ese juego ya había terminado, y aun así no se decidía a mostrarse totalmente vulnerable y decirle cuánto la había afectado lo que acababa de decir. Había mentido por ella, haciéndose pasar por un principito caprichoso, para evitar que destrozaran su reputación.

—Creo que esas criadas se han marchado muertas de miedo —dijo Tella —, pero sabes que aun así contarán todo lo que acabas de decirles.

—No me importa lo que la gente hable, mientras hable de mí.

Su tono era el de un frívolo miembro de la realeza, pero la expresión de sus ojos era profunda y devoradora. Mantuvo la mirada de Tella como si no tuviera intención de apartar los ojos, como si hubiera dicho la verdad cuando dijo que quería que se quedara allí para siempre.

El calor que se extendía por la clavícula de Tella trepó por su cuello.

Una vez más, pensó en la advertencia de La Dama de la Suerte: *los inmortales solo sienten obsesión, fijación, lujuria y posesión*. Pero quizá Legend sintiera algo más…

Se correría la voz de que había sido rechazado por la mancillada exprometida de Jacks. Eso lo haría parecer débil, un modo terrible de comenzar un reinado, pero ni siquiera había dudado antes de defenderla.

Eso la hacía desear darle algo a cambio.

—Creo que sé cómo descubrir si La Estrella Caída tiene otra debilidad. —A Legend le brillaron los ojos, como si acabara de ganar puntos en el juego que ella creía que ya no estaban jugando. Pero, por una vez, se los daría de buena gana—. Podemos comprar uno de sus secretos en El Mercado Desaparecido, y estaba pensando que tú podrías visitarlo conmigo.

Legend unió sus cejas oscuras, cauto de repente.

—¿Cómo has descubierto la ubicación del mercado?

—Se lo conté yo. —La suave voz de Jacks trazó un rastro frío por su espalda.

Tella giró sobre sus talones.

Jacks estaba justo delante de ella, con el aspecto exacto de El Príncipe de Corazones que la había obsesionado de niña. Su piel pálida resplandecía y su brillante cabello dorado caía sobre unos ojos sobrenaturalmente azules. Su mirada estaba un poco enrojecida, pero su sonrisa era exquisita, afilada y pulida, como una hoja ansiosa por ser usada.

—¿Cómo has llegado tú aquí? —La voz de Legend era letal, pero cuando Tella lo miró, sus ojos estaban clavados en ella. Se llenaron de algo parecido al dolor antes de convertirse en una expresión más cercana a una acusación.

Jacks miró a Tella con los ojos entornados.

—La pregunta es: ¿cómo ha llegado él aquí?

—Yo… —comenzó Tella. Pero se detuvo para volver a mirar el cielo lleno de estrellas que estaban imposiblemente cerca. ¿Puede que en realidad no estuviera en aquella parte del palacio? Puede que no se hubiera detenido a escuchar a un par de criadas, y quizá Legend no la había defendido ante ellas.

Puede que Jacks estuviera preguntando por qué estaba Legend allí porque él todavía lo conocía como Dante… y se suponía que Dante no tenía habilidades mágicas, como el poder de entrar en los sueños.

Tella bajó la mirada hasta el dobladillo rasgado de su vestido azul hielo y deseó que se arreglara, algo que solo podría hacer si estaba en un sueño. Por un momento, no ocurrió nada.

Después, casi tan pronto como había comenzado a pensar que no estaba en un sueño, el vestido empezó a repararse. El desgarrón desapareció y uno nuevo se abrió en su corazón.

Aquello no era real. Legend no había arriesgado nada al defenderla delante de aquellas criadas, porque solo estaban en un sueño.

Hasta aquel momento, siempre le habían gustado sus sueños con Legend; le parecían algo especial que ambos compartían. Pero esto le pareció un engaño.

Su mirada pasó de los ojos borrascosos de Legend a la sonrisa afilada de Jacks, y se sintió como si estuviera en mitad de un juego de mesa inmortal. No le gustaba cómo la había engañado Jacks para colarse en sus sueños, pero era casi peor que Legend hubiera intentado hacerle creer una vez más que una ilusión era real.

—Los dos sois horribles.

Tella deseó despertar, y abrió los ojos justo cuando su carruaje aéreo se detenía.

Debió quedarse dormida mientras atravesaba la ciudad, y las vistas de Valenda por la noche se habían convertido en sueños sin que se diera cuenta de ello.

Cuando bajó del carruaje, el recinto del palacio estaba lleno de criados que lo pintaban todo de polvo nocturno, pero no brillaba tanto; las estrellas ya no parecían estar tan cerca como para tocarlas y ninguno de los sirvientes la miró ni susurró a su espalda.



No fue hasta la mañana siguiente, de vuelta en su habitación prestada en el palacio, cuando oyó la voz de una criada.

—Señorita Donatella. —Su nombre siguió a la sonora llamada que la había despertado.

Tella se puso la bata y se arrastró desde la elevada cama con dosel sobre las gruesas alfombras. La alegre luz del sol calentó su piel mientras abría las puertas. Dos doncellas reales estaban al otro lado, las mismas a quienes había visto en su sueño de la noche anterior.

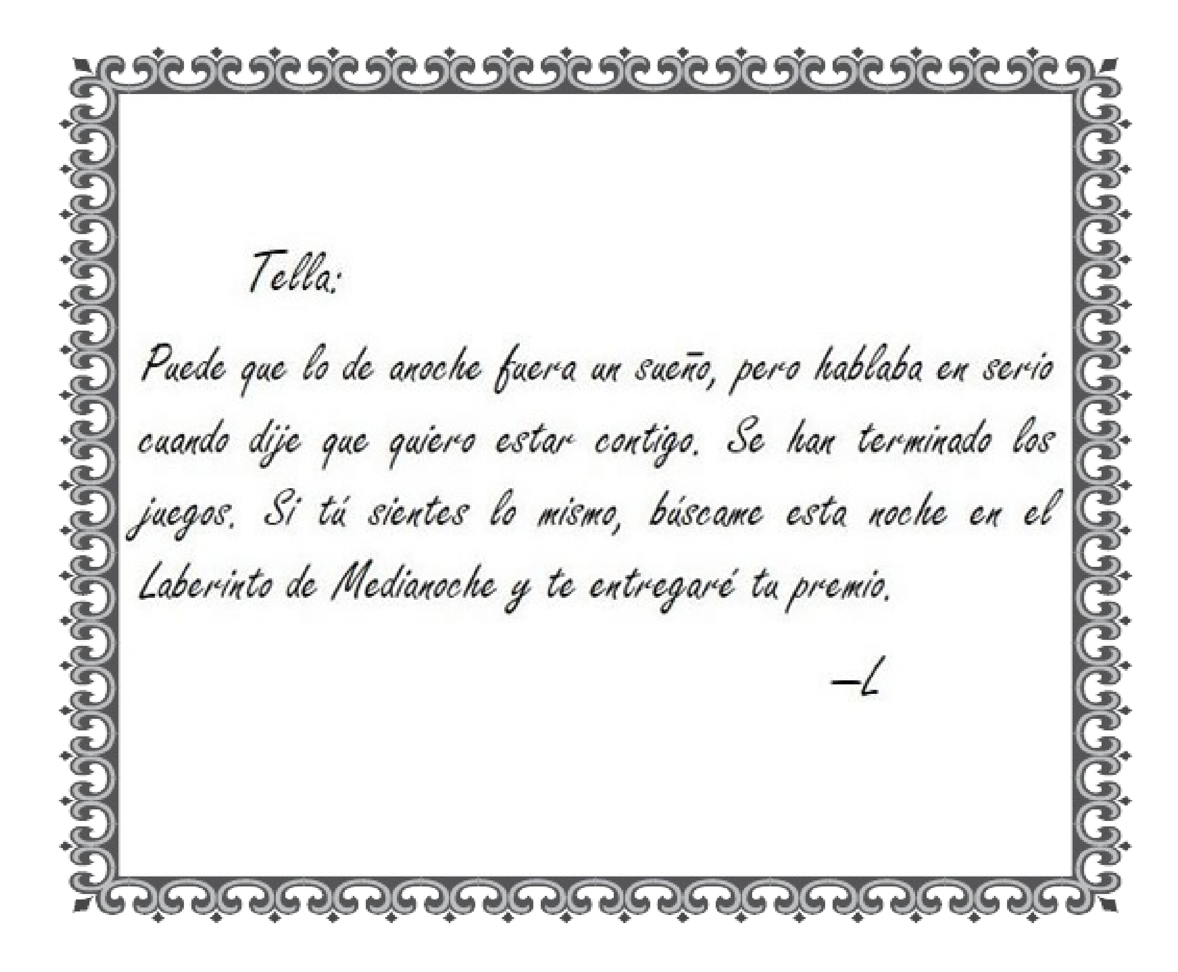
Cada una sostenía el extremo de una brillante caja negra, casi tan larga como la estatura de Tella.

—Tenemos un regalo de su alteza, el príncipe Dante —dijo la chica pájaro mientras dejaban la caja sobre el sofá más cercano.

—También queríamos asegurarnos de que recibieras esto. —La otra doncella, con una sonrisa curiosa, le entregó un sobre negro.

Pero Tella no iba a abrir la nota de Legend delante de nadie, sobre todo de alguien de quien sospechaba que compartiría su contenido.

—Podéis marcharos —dijo. Tan pronto como lo hicieron, rasgó el lacre del sobre. La nota que contenía era un cuadrado sencillo cubierto de una caligrafía precisa que, por una vez, era fácil de leer.


Tella:

Puede que lo de anoche fuera un sueño, pero hablaba en serio cuando dije que quiero estar contigo. Se han terminado los juegos. Si tú sientes lo mismo, búscame esta noche en el Laberinto de Medianoche y te entregaré tu premio.

—L

Volvió a leer la carta, con…

—Donatella. —La voz de Scarlett llegó acompañada de una llamada a la puerta, e interrumpió los pensamientos de Tella antes de que pudieran llegar a algún sitio interesante.

—Ahora mismo no estoy —replicó.

—Entonces no te importará que entre.

El pomo de la puerta giró, aunque Tella habría jurado que estaba cerrada, y Scarlett entró. Su vestido de encaje era de un tono asombroso de rojo que parecía discordar con su sonrisa sombría.

Una pequeña cola de rosas de encaje se deslizó tras ella mientras caminaba hacia donde Tella estaba acurrucada, en un sofá cerca de la caja de Legend. Pero Scarlett no miró la caja mientras tomaba asiento frente a su hermana.

Era la primera vez que estaban a solas desde la muerte de su madre y, por cómo la miraba, aquella era sin duda la razón por la que había ido a verla. Pero las emociones de Tella seguían siendo demasiado crudas; si hablaba de su madre, sería como quitar una costra antes de que la herida hubiera tenido la oportunidad de sanar.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Scarlett.

—Estoy vilmente cansada —se quejó Tella—. Pero creo que me animaría si me contaras por qué estabas tan acaramelada ayer con Julian.

Las mejillas de Scarlett se tiñeron de un rosa brillante y su vestido cambió a ese mismo color.

—¡Lo sabía! —graznó Tella—. Vuelves a estar enamorada de él.

Aunque Tella no creía que su hermana hubiera *dejado* de estarlo nunca.

Scarlett negó con la cabeza, intentando luchar contra el rubor. Seguramente creía que debían hablar de su madre en lugar de hacerlo sobre chicos.

Pero Tella necesitaba aquello más que hablar de sentimientos rotos, y creía que su hermana también.

—Cuéntamelo todo.

Scarlett suspiró.

—Creo que está robándome el corazón de nuevo.

A continuación, le contó el regreso de Julian y que había insistido en acompañarla a conocer a Nicolas, que parecía mucho más decente de lo que Tella había esperado. Volvió a sorprenderla confesándole que había desafiado a ambos caballeros.

—Pero creo que voy a anular la competición.

—Me siento tentada a decirte que no lo hagas. —Aquel juego era algo que Scarlett nunca habría hecho antes de Caraval, y a Tella la impresionaba que lo hubiera sugerido—. Me parece una idea brillante, pero sabes que nunca he sido partidaria de Nicolas.

—No hay nada malo en él. Es solo que…

—No es Julian.

La sonrisa con la que Scarlett respondió le dijo a Tella todo lo que necesitaba saber. Julian quizá no fuera perfecto, pero era perfecto para su hermana.

—Es tu turno. —Scarlett miró la brillante caja negra que Tella tenía al lado.

—Es un regalo de Legend. Quiere reunirse conmigo hoy, en el Laberinto de Medianoche. —Tella sacó la nota que Legend le había enviado y se la entregó a su hermana—. Creo que este podría ser su modo de disculparse conmigo, sin hacerlo de verdad, por engañarme en un sueño.

—*Mmm*… —Scarlett frunció el ceño y su vestido asumió un receloso tono malva mientras leía—. Creo que podría estar planeando ofrecerte algo más que una disculpa esta noche. —Miró a Tella con seriedad en sus ojos avellana —. ¿Sabes que el Laberinto de Medianoche no solo es el inicio de la semana

de cuenta atrás hasta la coronación de un nuevo gobernante? Es una antigua tradición valendana con raíces muy románticas. El primer Laberinto de Medianoche fue construido por un príncipe para la princesa con la que quería casarse. Las historias dicen que el príncipe le dijo a la princesa que habría un premio para ella en el centro del laberinto. Después se dirigió allí y la esperó, preparado para declararse cuando ella lo encontrara.

—Entonces, ¿tú crees que Legend piensa declararse? —Tella lo dijo en broma. Legend ni siquiera se había disculpado por haberla abandonado aquella noche delante del Templo de las Estrellas; de ninguna manera podía estar planeando declararse.

Pero Scarlett parecía muy seria.

—No me parece inverosímil. No obstante, en esa leyenda el príncipe no llegó a proponer matrimonio. Después de que entrara en el laberinto, nadie volvió a ver a la princesa. Se dice que siempre que se celebra un Laberinto de Medianoche, el fantasma del príncipe aparece para buscar a su princesa perdida.

—Suena más trágico que romántico —apuntó Tella.

—Pero también parece muy propio de Legend. Creo que le gustan las historias con un lado oscuro y trágico.

Scarlett inmovilizó a Tella con una mirada que parecía una advertencia antes de que sus ojos volvieran a posarse en la larga caja negra que tenía al lado, como si su contenido pudiera confirmar sus sospechas.

—Seguramente será solo un vestido. Él sabe que lo perdimos casi todo cuando asaltaron nuestro apartamento —dijo Tella, levantando la tapa. Decir que lo que encontró en el interior era solo un vestido habría sido como decir que Caraval era solo un juego. Aquello era mucho más.

Una fragancia dulce y cautivadora llenó la habitación y la hizo pensar en todos los sueños que había compartido con Legend, mientras sacaba de la caja un vestido que habría hecho que cualquier chica se enamorara.

El traje que le había enviado tenía tirantes de pétalos de flores, un corpiño con cintas bordeadas de piedras preciosas tan pequeñas como purpurina y una falda amplia formada por centenares de mariposas de seda, todas en distintos tonos azules que juntos creaban un color mágico que jamás había visto. Algunas tenían alas azules y transparentes casi tan pálidas como lágrimas, otras eran de un suave azul celeste; algunas tenían toques violetas mientras que otras mostraban vetas azul pastel. Las mariposas no estaban vivas, pero eran tan delicadas y etéreas que a primera vista parecían de verdad. Aquel era exactamente el vestido de sus sueños, el que había llevado cuatro noches

antes dentro de una versión onírica de la Iglesia de Legend. Había creído que él ni siquiera se había fijado, pero sin duda lo había hecho.

Era tentador tirar el vestido en la caja y no aparecer en la fiesta. Los Destinos seguían en libertad, y tenía que ir a El Mercado Desaparecido. Tenía que encontrar la debilidad de La Estrella Caída. Sería egoísta asistir a una fiesta en aquel momento.

Pero la verdad era que temía menos enfrentarse a los monstruos que volver a entregarle su corazón a Legend.

Antes de conocerlo, Tella no había querido saber nada del amor. Había creído que estaba destinada a un amor no correspondido. Después se enamoró de él y fue como beber magia: indescriptible, devorador e increíblemente adictivo. Tella ni siquiera quería casarse, pero si había una persona que podía tentarla, era Legend.

—¿Vas a ir? —le preguntó Scarlett.

—Por supuesto que voy a ir —contestó Tella. No sabía qué haría si Legend se le declaraba. Nadie sabía hacerla soñar o asombrarse o sentir tanto como él, pero tampoco nadie sabía destrozarla tanto como él. Todavía no se había repuesto por completo de la última decepción y, si volvía a romperle el corazón, temía que nunca lo superaría.

23
Scarlett

Cada paso que Scarlett daba mientras se alejaba del palacio, le parecía un movimiento en la dirección equivocada.

Para evitar el caos del Laberinto de Medianoche de Legend, que se celebraría en los jardines del palacio, Scarlett le había pedido a Nicolas que se encontraran en otra parte. Él había respondido enviándole un mapa dibujado a mano con pistas. Suponía que intentaba resultar romántico, y si el mapa fuera de Julian, habría funcionado. Pero en lugar de romántica, la idea le parecía un error.

Debería haberle dicho a Tella que iba a ver a Nicolas. Le había mencionado que iba a cancelar la competición, pero no le había confesado que iba a decírselo a Nicolas en persona. En su interior, Scarlett sabía que abandonar el palacio era una decisión cuestionable.

Después de los incidentes del día anterior con El Envenenador, no había oído de ningún otro Destino que estuviera sembrando el caos por diversión. Pero mientras caminaba por las empinadas calles de Valenda, vio los rostros de múltiples Destinos en forma de advertencia en carteles de SE BUSCA clavados por los guardias de Legend.

Los ondeantes letreros estaban por toda la ciudad. Algunos le advertían a la gente que no aceptara bebidas de desconocidos; otros tenían las palabras SE BUSCA sobre retratos que se parecían a la descripción de Tella de La Estrella Caída, pero ninguno especificaba que se tratara de Destinos *reales*. Los juerguistas que andaban por las calles pasaban de largo junto a ellos.

Scarlett quería zarandear a todos los que los ignoraban y obligarlos a leer las noticias. Sabía que los Destinos se alimentaban del miedo, pero todo el mundo parecía demasiado vulnerable.

Buscó en su bolsillo para asegurarse una vez más de que La Llave de Ensueño seguía allí. Al menos estaba protegida: si quería escapar, lo único que tenía que hacer era meter la llave en la cerradura más cercana. Y aun así no podía librarse de su inquietud.

Incluso su vestido parecía inseguro.

Mientras seguía el mapa hasta los muelles a las afueras de la ciudad, el vestido de Scarlett se volvió de un cauto tono marrón, perfecto para pasar desapercibido. Un par de pasos más sobre la madera desvencijada y el conocido aroma de la sal, el pescado y la madera siempre mojada asaltó su nariz.

Trisda, la diminuta isla en la que había pasado la mayor parte de su vida, siempre olía así. En lugar de hacerle sentir añoranza, le hacía desear huir, como Trisda le había hecho desear huir siempre. Pero después de Caraval, Scarlett había decidido que no dejaría que el miedo la dominara.

Contó las dársenas, siguiendo el mapa que Nicolas le había dibujado, hasta que llegó a un largo embarcadero cubierto por una alfombra negra y dorada que conducía a un barco que parecía un palacio flotante. Su casco tenía talladas imágenes ornamentadas de sirenas y tritones con tridentes y caracolas marinas. El mástil también estaba decorado: gigantes con coronas de estrellas en sus cabezas sostenían las suntuosas velas púrpuras.

Era casi ofensivo en su elegancia. Aquel barco pertenecía a alguien que era extremadamente arrogante. Aquella no era la impresión que Nicolas le había dado. Él le había parecido más sensato, pero todo el mundo llevaba un disfraz.

Scarlett se detuvo justo tras pisar el embarcadero. Antes había estado nerviosa por el encuentro, pero ahora sentía una punzada de miedo que le advertía que se diera la vuelta. No le debía nada a Nicolas.

La mayoría de la gente no se tomaba bien el rechazo. Y le parecía especialmente imprudente rechazarlo dentro de su barco, de donde podría tirarla con facilidad por la borda… O zarpar con ella todavía a bordo.

Se giró. Quería ser valiente, pero no quería ser idiota.

—¿Scarlett? ¿Eres Scarlett Dragna?

Su voz no sonaba como la de Nicolas.

Corre. Escóndete. Grita. Sus sentimientos se volvieron de un llamativo rojo de alarma. Comenzó a correr.

Pero era demasiado tarde.

Una bolsa negra le cubrió la cabeza.

—¡Suéltame! —Scarlett intentó quitarse la bolsa mientras gritaba. Pero le pusieron las manos a la espalda y se las ataron con brusquedad.

—Ten cuidado con ella —ordenó una nueva voz—. Quiere a su hija ilesa.

24
Donatella

Tella no sabía cómo olía la expectación hasta que llegó al Laberinto de Medianoche de Legend. El aroma del clavo rojo y de las hojas en crecimiento lo permeaba todo.

Había esperado setos sencillos de hojas verdes, pero debería haber sabido que no había que esperar nada *sencillo* de algo en lo que Legend estuviera involucrado. Cada seto viviente estaba formado por flores distintas e inusuales: llameantes lirios de un abrasador naranja, cardos crepusculares de un profundo púrpura, margaritas de un dorado brillante, hortensias champán, febriles campanillas de un rojo ardiente. Todo ello crecía y se extendía con cada persona que se adentraba en el laberinto.

Durante su primer Caraval, Tella había descubierto que las emociones eran una de las cosas que alimentaban la magia, lo que la hizo preguntarse si Legend se hacía más fuerte cuanto más disfrutaba la gente de su celebración y, como resultado, el encanto y la ilusión de la fiesta también crecían.

Todavía no había visto a Legend, pero había oído algunos rumores sobre lo majestuoso que estaba *el Macizo Real* aquella noche. Al parecer, el apodo no solo era parte de su sueño, y aún sentía la posesiva necesidad de golpear a cualquiera que lo pronunciara.

Los nervios por lo que Legend pudiera proponerle y cómo le respondería la atacaron, lo cual la abrumó mientras se adentraba en el laberinto. Las luciérnagas habían llegado, y esto hizo que todo aquel junto al que pasara pareciera un poco encantado mientras las risas y los coqueteos trastabillaban en su cabeza.

Contrariamente a lo que su nombre implicaba, el Laberinto de Medianoche no se celebraba a medianoche. Comenzaba alrededor de la caída del sol, cuando el horizonte libraba una batalla de colores como si las nubes

intentaran escapar del cielo. Probablemente estaban intentando llegar al laberinto, que contenía incluso más colores.

Tella no se habría sorprendido si parte de aquello fuera obra de Legend. Con tantas entusiastas emociones girando alrededor del laberinto, su magia debería haberse hecho más fuerte. Quizás esa fuera otra razón por la que había querido celebrar el laberinto: lo necesitaba para alimentar su poder antes de que los Destinos terminaran de despertar.

—¡Uh, mira! —exclamó un invitado que estaba cerca—. Acaba de aparecer una puerta en la mitad del seto. Veamos si nos conduce al centro del laberinto.

Tella oyó un susurro de faldas y alguien que murmuraba:

—Los caballeros primero.

Después el risueño grupo que tenía delante desapareció, desvaneciéndose a través de una puerta rodeada de bocas de dragón de un azul celestial que se esfumó junto con ellos. Solo un desfile de luciérnagas y el silencio permanecieron allí. Lo único que Tella podía oír era el aleteo de sus alas, suaves como soñadoras nanas y delicadas como mariposas.

Sintió un hormigueo en la piel y una agitación que normalmente solo sentía en su vientre, y bajó la mirada para ver que su vestido cobraba vida con el batir de un centenar de alas. Se rio y las mariposas escaparon de su falda, que momentos antes había estado inanimada.

Legend estaba allí.

Tenía que estar cerca; había dado vida a su vestido y hecho que el laberinto cambiara delante de sus ojos. Los setos se movían más rápido que antes, creciendo más altos, densos y *fuertes*. Se formaron almenas de hojas sobre ellos, que le dieron a todo la apariencia de un castillo encantado.

Tella persiguió las mariposas que huían de su vestido hasta que encontró una resplandeciente arcada de peonías que destellaban como diamantes blancos.

Tan pronto como atravesó el arco, las flores se movieron tras ella, alejándola del resto de la fiesta y dejándola a solas con Legend.

Tardó varios segundos en asimilar su imagen.

Un velo de luz bronceada lo rodeaba, lo que hizo resplandecer su piel y volvió sus ojos un poco más brillantes, apoyado como estaba contra un muro de hojas en el extremo opuesto del recinto. Iba vestido de negro carbón, excepto por los pantalones granate que llevaba metidos en el interior de unas botas altas y pulidas. Su levita era más larga de lo habitual, casi hasta el suelo, con un regio cuello alto bordeado de un intrincado bordado del mismo color

que la luz broncínea que lo rodeaba, como si briznas del sol del ocaso se hubieran quedado atrás solo para aferrarse a él.

—Eres un presumido —se burló Tella.

Él le dedicó una sonrisa devastadora.

—Solo cuando intento impresionar a una chica.

Se tomó su tiempo para inspeccionarla y sus ojos destellaron al detenerse en las delicadas cintas que cerraban su corpiño, antes de encontrarse por fin con su mirada.

—Estás preciosa.

Legend se apartó del seto y se acercó a ella. Pero, por una vez, en lugar de oír las pisadas seguras de sus botas, lo único que oyó fueron las palabras que había escrito en su nota: *Hablaba en serio cuando dije que quiero estar contigo*.

Más mariposas alzaron el vuelo en su falda mientras Legend se detenía justo delante de ella, bastante cerca como para tocarla. El mundo ya no olía a expectación; olía a él, a magia y a corazones rotos.

Por favor, no vuelvas a romperme el corazón, pensó Tella. Aunque no le pidiera que se casara con él, parecía que iba a preguntarle algo. Aquel rincón privado del laberinto parecía más iluminado, lleno de estrellas infantiles que refulgían y bailaban y brillaban, pero la mirada de Legend permaneció clavada en la suya, seria e intensa, y tan intimidatoria como una caricia.

Tella respiraba con dificultad.

La boca de Dante se curvó en las comisuras.

—¿Te he asustado ya?

—¿Intentas asustarme?

—Creí que ya te lo había dicho, que solo intento retenerte. —Sus labios posaron un beso en los suyos.

El laberinto, la fiesta y el mundo desaparecieron. Su boca era suave, y después se marchó.

Ocurrió tan rápido que Tella podría haber pensado que lo había imaginado de no haber sido por el destello burlón en los ojos de Legend.

—He venido a reclamar un premio, no a que jueguen conmigo. —Tella extendió una mano para exigirlo.

Legend se rio, una carcajada grave y resonante.

—Siempre me apetecerá jugar contigo, pero esta noche no estoy jugando. Te quiero a mi lado, Donatella Dragna. Nunca he sentido esto por nadie más, y tampoco le había pedido esto a nadie.

El tono grave de su voz le puso el vello de punta y la mitad de las mariposas volaron de su falda.

Scarlett tenía razón. Iba a pedirle matrimonio.

Los ojos de Legend se iluminaron y su sonrisa se volvió tentadora.

—Quiero que te quedes conmigo, Tella. Quiero hacerte inmortal.

En su interior, todo quedó en pausa. *Inmortal*. Estaba ofreciéndole la inmortalidad, no matrimonio.

—Supongo que puedes tomarte todo el tiempo que necesites para pensar en ello, pero ahora que los Destinos están despiertos, no quiero esperar más. No quiero arriesgarme a perderte.

Legend le rodeó la cintura con las manos. Parecía querer besarla de nuevo, pero esta vez no sería solo una caricia rápida de sus labios. Podía sentir sus manos calentándose mientras sus dedos se deslizaban por sus costillas.

Si se lo permitía, la besaría hasta que la consumiera, hasta que no pudiera respirar sin él y dijera que sí a cualquier cosa que le pidiera.

Tella dejó que la agarrara, pero no se dejó llevar. No había estado totalmente preparada para que le pidiera matrimonio y sin duda no estaba preparada para aquello.

—No estoy segura de saber qué me estás ofreciendo. ¿Vas a convertirme en uno de tus intérpretes?

—No. —Sus dedos subieron y bajaron por su cintura—. Tú serías diferente. Mis intérpretes no son inmortales, solo eternos. Mi magia evita que envejezcan, pero solo puedo traerlos de vuelta a la vida durante Caraval, cuando mi poder es mayor. Fuera de Caraval, no hay nada que pueda hacer por ellos. Pero si fueras inmortal, siempre regresarías tras la muerte. Nadie podría asesinarte. Nunca envejecerías ni te debilitarías, y tampoco te volverías frágil. Serías joven y fuerte, y estarías viva para siempre.

Las luces que los rodeaban destellaron como piedras preciosas y giraron y se arremolinaron, prometiendo que un «para siempre» con Legend estaría lleno también de magia. Sería como vivir en uno de sus sueños. Pero por alguna razón, Tella no se decidía a decir que sí.

La sonrisa de Legend se desvaneció y sus manos se tensaron alrededor de su cintura.

—Creí que estarías entusiasmada. De este modo, siempre podríamos estar juntos.

Todavía parecía que deseaba besarla, pero en lugar de acercarse, sus dedos jugaron con las cintas de su corpiño, aflojándolas con cuidado para

acariciarle la espalda desnuda.

Tella cerró los ojos. Aunque solo le rozaba la piel con las puntas de sus dedos, lo sentía en todas partes. Él le había dicho que aquella noche no estaba jugando con ella, pero sin duda lo hacía… Aunque no sabía si él era consciente de ello.

A Legend, en realidad, no le importaba la gente. Las personas solo eran peones en su mundo. Incluso había convertido a la bruja que lo había creado en un peón al que sacrificó para poder seguir. Pero, a pesar de todo, Tella quería creer que a ella no la veía así. En lugar de protegerse, quería perseverar. Quería creer que él no volvería a romperle el corazón. Quería creer que no estaba manipulándola, que ella era su única excepción. Pero quizá Legend no supiera hacer excepciones. Quizás engañara a todo el mundo.

Le había dicho que nunca había sentido algo así y que nunca le había ofrecido la inmortalidad a nadie, pero no se había molestado en mencionar la debilidad que ella había descubierto la noche anterior.

Los inmortales no pueden amar. El amor, para nosotros, es veneno. El amor y la inmortalidad no pueden coexistir.

Rara vez nos cruzamos con un humano que nos tienta a amar… Si un inmortal siente verdadero amor, aunque solo sea un minuto, se volverá humano durante ese minuto. Si el sentimiento dura demasiado, su mortalidad será permanente.

De repente, todo estaba muy claro. Tella entendía por qué Legend había aparecido en sus sueños, manteniendo la distancia y negándose a tocarla hasta aquella noche, justo antes de hacerle una oferta para cambiarla. La noche anterior había creído que él tenía sentimientos reales por ella, que podía amarla, pero era lo contrario. Legend no estaba cambiando: esperaba cambiarla a *ella*.

Y no creía que fuera para que no pudiera morir. Legend quería convertirla en inmortal para que él no pudiera morir.

No la quería. Temía enamorarse de ella porque el amor era su única debilidad. Si la amaba, perdería su inmortalidad y se volvería humano, pero no tendría de qué preocuparse si ella fuera inmortal, porque los inmortales no podían enamorarse unos de otros.

Los inmortales sentían obsesión, fijación, lujuria y posesión. Y estaba claro que Legend estaba experimentando todas aquellas cosas. Tella lo sentía en cada presión de sus dedos, mientras seguía jugando con las cintas de su corpiño y acariciando su piel.

Retrocedió, abriendo los ojos mientras se liberaba de sus brazos.

Legend resplandecía; la luz bronce que lo rodeaba hacía que todo brillara. Normalmente parecía humano, pero por un instante resultó dolorosamente inmortal mientras sus labios perfectos dibujaban una mueca.

—¿Qué pasa?

—Anoche descubrí cuál es tu debilidad.

Legend tensó los hombros.

—¿Qué te dijeron?

—Que puedes volverte mortal si te encuentras con un humano que te hace sentir amor. Y que, si el sentimiento dura demasiado, el cambio se hace permanente. Eso me hace pensar que no quieres cambiarme para mantenerme con vida; solo quieres cambiarme para mantenerte tú con vida.

—No. —Su respuesta fue implacable e inmediata—. Esa no es la razón por la que quiero hacer esto. Quiero que seas inmortal para que no puedas morir.

—Pero yo no quiero tu inmortalidad, Legend. Quiero tu amor.

Él retrocedió un paso. Tella ni siquiera creía que se hubiera dado cuenta de ello.

—No puedo darte eso.

—Sí, puedes. Pero te niegas a elegir el amor por sobre la inmortalidad.

La luz de los ojos de Legend se apagó y el mundo se volvió un poco más oscuro.

—Aunque eso fuera cierto, ¿podrías culparme?

—No —contestó Tella con sinceridad—. Pero no quiero ser como tú. Por eso no puedo dejar que me hagas inmortal.

Sus ojos se encontraron de nuevo. La luz seguía desaparecida, pero titilaban de un modo que le recordó a Tella todas las cosas mágicas que podía ofrecerle.

—Si me dejaras cambiarte, no seguirías pensando eso.

—Pero no quiero pensar otra cosa. Quiero sentir amor en todas sus formas. Antes me asustaba, pero ahora creo que el amor es otro tipo de magia. Lo vuelve todo más luminoso, hace más fuerte a aquellos que lo sienten, rompe reglas que se supone que no existen, es infinitamente valioso. No puedo imaginar mi vida sin él. Y si sintieras un poco de amor en tu corazón, lo entenderías.

Tella miró sus ojos sombríos.

Una punzada de dolor atravesó su rostro, pero ella no sabía si era real o una treta para convencerla de que hiciera lo que quería.

—Morirás, Donatella.

—Ya lo he hecho.

—Pero esta vez no regresarás.

—La mayoría de la gente no lo hace, pero esa no es la razón de tu oferta. Esto te facilitaría las cosas a ti. No quieres amarme y perder tu inmortalidad.

Legend separó los labios, los cerró y los separó de nuevo, y por un breve momento, antes de hablar, pareció completamente perdido.

—No es que no quiera amarte, Tella. Es que no puedo hacerlo.

Su voz sonó desprovista de emoción y totalmente sincera. No parecía que lo dijera solo porque era inmortal, sino porque realmente se creía incapaz de albergar aquel sentimiento. Si eso era cierto, si realmente se creía sin corazón, entonces quizá no se había sentido realmente tentado a amarla. Quizá solo había querido poseerla. *Quiero que te quedes conmigo*.

—No estás pensando con claridad. —Legend buscó su mano.

Una semana antes, se le habría salido el corazón del pecho porque quisiera tocarla. Se obligó a retroceder otro paso. La inmortalidad no la tentaba, pero él sí. No podía volver a tocarlo si iba a hacer aquello.

—No necesito pensarlo. A veces, se sabe. Y sé que no puedo imaginar una eternidad junto a alguien que nunca me amará.

Se giró para marcharse.

—Tella, espera…

Comenzó a caminar. Ni siquiera se permitió mirar atrás. La arcada que había atravesado para encontrarse con él había desaparecido y un muro florido ocupaba su lugar. Los aterciopelados pétalos parecían reales cuando los rozó, pero sabía que solo era una ilusión. Casi tan pronto como los tocó, Legend apartó las flores y las ramas del seto para permitir que pasara.

El pasillo de hojas que tenía delante era más sombrío de lo que recordaba. Las luciérnagas se habían marchado y una brisa fría había reptado en su lugar. Se le erizó el vello de la nuca. El frío debería haberle sentado bien después de su acalorada conversación, pero el aire era fétido y equivocado, como un sueño que se ha desviado.

Se detuvo a escuchar, pero no se oían las lejanas risas de la fiesta; los pasos que captaba eran bruscos, en huida.

Algo iba mal.

—Tella… —Legend apareció a su lado y le agarró la mano.

—Por favor, déjame en paz.

—Esto no es por nosotros.

Se detuvo. Le apretó la mano e hizo una mueca, palideciendo mientras el halo que lo rodeaba se desvanecía.

—¿Qué pasa? —le preguntó Tella.

Más pasos frenéticos resonaron a lo lejos, seguidos por una serie de gritos atenuados. Las hojas caían de las paredes del laberinto, pudriéndose mientras tocaban el suelo.

—Sal de aquí —dijo Legend—. Ve a la torre y enciérrate en tu dormitorio.

—¡No voy a encerrarme en una torre!

—Entonces huye. Hazlo por mí, es lo único que te pido. Creo que los Destinos están aquí.

Después cubrió los labios de Tella con los suyos en un beso profundo y caliente que terminó demasiado rápido.

Tella se tambaleó hacia delante cuando él la soltó. El laberinto que los rodeaba no era más que una serie de ramas esqueléticas y hojas podridas a través de las cuales podía ver.

—¿Están haciendo esto los Destinos?

—¡Tella, vete! —bramó Legend.

El olor fétido se hizo más fuerte y dulce, intenso y pútrido como el de un osario, como el de la muerte, mientras dos figuras sombrías aparecían al otro lado del seto.

A Tella se le congeló la sangre en las venas.

La mujer pálida llevaba un parche enjoyado en el ojo y el hombre tenía un enorme tajo en la garganta, como si le hubieran cortado la cabeza y después se la hubieran colocado en equilibrio sobre el cuello. El Rey Asesinado y La Reina de los No Muertos.

A Tella se le aflojaron las rodillas y la garganta se le quedó seca.

Agarró a Legend de la mano para que huyera con ella, pero un nuevo seto brotó entre ellos, alejándolos.

—¡No!

La joven golpeó con los puños las ramas alargadas, espinosas y totalmente desprovistas de hojas del seto. Era más débil que sus ilusiones anteriores, pero suficiente para formar una barrera entre ambos.

—Príncipe Dante —dijo con lentitud El Rey Asesinado—. Me pregunto si después de esta noche la historia te llamará Dante el Muerto, o si en cambio te olvidará por completo.

—Es una pena —murmuró La Reina de los No Muertos—. Tu rostro habría quedado maravilloso en una moneda.

Antes de que Tella oyera otra palabra, el seto espinoso que tenía delante se movió. Presionó su pecho, lo que la obligó a retroceder. La empujó cada vez más rápido, y la alejó de Legend y los Destinos.

¡Canalla! Legend estaba usando su magia para alejarla y ella no podía hacer nada para detenerlo… o a los Destinos que habían ido a por él.

Quería girarse, luchar contra el muro a su espalda y regresar con Legend. Pero el seto mágico era implacable y odiaba admitir que no había nada que pudiera hacer contra los Destinos excepto esperar que él fuera más fuerte. Ella había sobrevivido cuando La Reina de los No Muertos y sus Fámulas habían intentado matarla. Legend también sobreviviría.

Tenía que hacerlo.

Ante ella resplandecía el palacio, iluminado por la luna contra el cielo, el único punto de la Tierra que no parecía sumido en el caos. El resto del recinto seguía oscuro; todas las luces de la fiesta se habían extinguido. Podía oír a la gente intentando abandonar el laberinto mientras sus ramas comenzaban a quebrarse y desmoronarse. Todavía se oían algunas risas y carcajadas ocasionales; algunos debían creer que todo era parte del juego.

Si hubiera sido Caraval, Tella habría creído lo mismo; habría imaginado que todo había sido planeado por Legend. Pero había notado su miedo cuando la besó y después la obligó a alejarse.

Le ardían los pies mientras sus zapatillas golpeaban el suelo y el seto seguía empujándole la espalda, arrastrándose sobre la tierra. Podía notar cómo se movía y oír el crujido de sus ramas y…

El suelo tembló bajo sus pies. Se dijo que debía seguir corriendo, pero ya no podía oír al seto. Cuando aminoró la velocidad, no lo sintió a su espalda. Y cuando se giró, vio que no estaba allí.

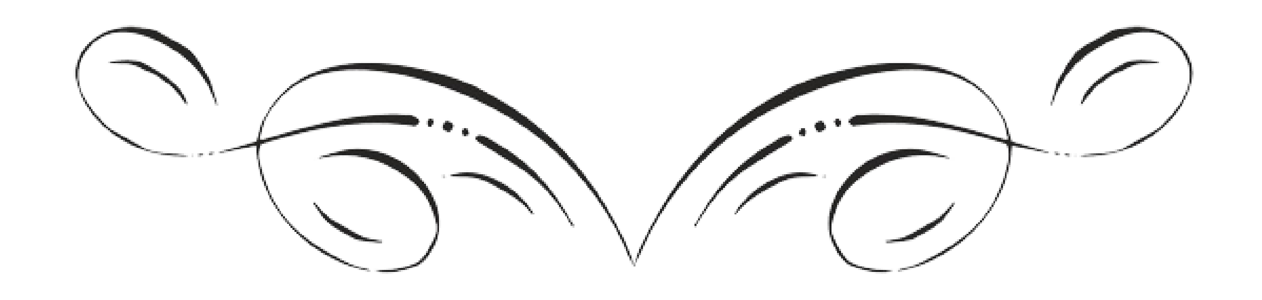
El seto, el laberinto, las mariposas revoloteando sobre su falda… Todos los elementos de la celebración habían desaparecido. Lo único que quedaba eran densas espirales de humo enroscándose hacia el cielo.

¡No! ¡No! ¡No! Tella no sabía si había gritado las palabras, si las había murmurado o si solo las había pensado. Sabía que solo había una razón por la que la magia de Legend se detendría de repente.

Estaba muerto.

—¡No!

Esta vez gritó la palabra. Después, le fallaron las piernas y cayó de rodillas.



EL
NUDO



25
Donatella

Tella podía sentir la tierra negra bajo sus manos y rodillas, pero no sabía si estaba seca o húmeda o cubierta de hierba y ramitas. Y no sabía cuánto tiempo llevaba allí, incapaz de moverse. Lo único que sabía era que tenía que levantarse. Tenía que seguir moviéndose, tenía que seguir corriendo, como Legend le había rogado en sus últimas palabras.

Un sollozo amargo le sacudió el pecho mientras intentaba levantarse.

Legend no estaría muerto para siempre. Aquello no era como lo que le había ocurrido a su madre, a la que jamás volvería a ver. Él regresaría a la vida. Pero, por ahora, se había ido.

Volvió a mirar las ruinas que minutos antes habían sido el laberinto, pero él no emergió del humo.

El caos reinaba donde horas antes había habido magia y mariposas. Podía oír a la gente escapando, pasos torpes y respiraciones jadeantes de los que no estaban acostumbrados a correr.

Tella se puso en pie con torpeza. Sabía que tenía que marcharse. En sus últimas palabras, Legend le había pedido que huyera. Pero ¿qué ocurriría con su cuerpo si ella se marchaba? ¿Y si los Destinos habían descubierto que era Legend? ¿Y si se llevaban su cuerpo, para volver a matarlo una y otra vez cuando volviera a la vida?

Tella regresó corriendo a la aglomeración.

—¡Marchaos de la ciudad! —advertía a todo aquel que se cruzaba—. ¡Salid de aquí!

No sabía si había más de dos Destinos cerca, pero si habían acudido con la intención de asesinar al heredero de Elantina, no temerían ser descubiertos. Y probablemente tomaran el palacio a continuación. A diferencia del recinto exterior, este seguía iluminado y resplandeciente, alejado de la violencia. *Por*

ahora. Cuando los Destinos se apoderaran del palacio y después del Imperio, las fuentes se llenarían de sangre.

Una mano rígida se posó en el hombro de Tella.

—¿Qué estás haciendo?

La joven se tensó y se preparó para luchar antes de reconocer la voz, grave y resonante y con un acento melodioso que apenas temblaba un poco: Julian.

Le era difícil verle la cara en la oscuridad, pero la alarma con la que sus dedos se clavaron en su hombro ya delataba lo suficiente. *Ya sabía qué había ocurrido.*

—Tenemos que regresar al laberinto para recuperar su cuerpo —le dijo Tella.

—Tella. —Julian le apretó el hombro—. Mi hermano está muerto.

—Pero regresará a la vida… ¿verdad? —Intentó zafarse de la mano del joven, o quizá solo estaba temblando.

—Es inmortal. Regresará.

—¿Por qué no pareces seguro de ello?

—Porque ahora mismo estoy intentando salvarte la vida. Me hizo jurarle que, si le ocurría algo así, te pondría a salvo.

Julian le soltó el hombro, le agarró el brazo y tiró de ella en la dirección opuesta al palacio.

—Espera… Espera… —jadeó la joven—. ¿Qué pasa con Scarlett?

—No está aquí. —Julian tiró más fuerte de la mano de Tella, obligándola a atravesar vaharadas de humo—. Habíamos quedado en encontrarnos en el laberinto y no apareció, así que fui a buscarla… Pero no está en el palacio.

—¿Dónde está?

—Con el conde.

—Pero… Pero… —tartamudeó—. Scarlett me dijo que iba a anular la competición.

—Ojalá lo hubiera hecho —gruñó Julian con brusquedad mientras la urgía a correr más rápido—. Cuando fui a su dormitorio, encontré una nota del conde pidiéndole que se encontrara con él hoy.

—¿Dónde vive? —le preguntó.

—A las afueras de la ciudad… Más allá de las ruinas al sur del Distrito del Templo.

—Entonces es allí adonde iremos —dijo ella.

Se produjo una pausa en la que solo se oyeron sus respiraciones jadeantes, en la que Julian debería haber argumentado que debía ponerla a salvo y

después ir a buscar a Scarlett él solo. Pero parecía que su amor por su hermana era más importante que la promesa que le había hecho a Legend; eso, o que sabía que no tenía sentido discutir con ella. Por esa razón le había caído bien siempre. Nunca se rendía con Scarlett.

Corrieron juntos a través de la ciudad oscurecida, pero no se movieron más rápido que los rumores.

El príncipe Dante ha muerto… aplastado por su propio laberinto.

El antiguo heredero ha regresado para asesinar al príncipe Dante.

El príncipe Dante ha sido asesinado en el laberinto.

Los invasores han tomado la ciudad y decapitado al príncipe Dante.

Algunas de las afirmaciones se acercaban a la verdad más que otras, pero todas tenían una cosa en común: Legend estaba muerto.

A Tella le fallaron los pies, pero no se detuvo. Si acaso, corrió más rápido. Los Destinos habían ganado otra batalla. Pero cuando encontrara a su hermana y Legend regresara a la vida, visitarían El Mercado Desaparecido, donde encontrarían un modo de destruir a La Estrella Caída y después podrían detener al resto de los Destinos.

Al alba, cuando Julian y ella llegaron al límite de la ciudad, sus zapatillas estaban agujereadas. Era un amanecer sangriento y luminoso, como si alguien hubiera desgarrado las nubes y estas hubieran vertido nebulosos arroyos rojos en lugar de lluvia. Cualquier otra mañana le habría resultado raro, pero aquel día parecía apropiado que incluso el cielo se hubiera tornado agresivo.

Una polvorienta extensión de pradera amarillenta y seca descansaba entre la ciudad y las tierras del conde. El triste ladrido de un perro era el único sonido que se oía, además del paso cansado de Tella y de las pisadas de Julian.

Tella intentó recuperar el aliento, ahora que habían aminorado el paso. Inhaló profundamente, pero el aire sabía contaminado, como las partes más sucias de la ciudad; no olía como el aire fresco de la campiña. El hedor se hizo más fuerte y el triste aullido del perro creció mientras se acercaban a la propiedad del conde.

Tella se cruzó de brazos y Julian se acercó a ella.

La residencia del conde parecía el inicio de un cuento de hadas, antes de que la magia llegara. Los jardines estaban llenos de flores inusuales y bien atendidas que parecían haber sido plantadas con cuidado, pero la casa estaba cubierta de pintura descascarillada, las ventanas limpias pero llenas de grietas, y las desmoronadas chimeneas parecían necesitar una reparación con

urgencia. Incluso el largo sendero que siguieron hasta la casa estaba lleno de baches.

—Creí que la residencia del conde sería más elegante —dijo Tella—. Scarlett la describió mucho más bonita.

—No creo que el otro día la viera como es en realidad. Creo que estaba demasiado preocupada por conocer al conde. Y no olía tan mal.

Julian se llevó una mano a la nariz y a la boca.

Tella hizo lo mismo, con un embrollo de nervios en el estómago. El hedor era tan pútrido que sufrió una arcada cuando se acercó a la puerta delantera.

El perro ladró de nuevo, un aullido largo y entusiasta.

Tella se detuvo mientras la puerta se abría con un chirrido y un horrible e incesante zumbido se unía a los lamentos angustiados del perro.

No recordaba su entrada, pero se arrepentiría de haberlo hecho el resto de su vida. No los recibió ningún criado y nadie les advirtió que se marcharan. Solo se oía el incesante aullido del perro, el zumbido de las moscas y las oraciones mudas de Tella.

No permitas que mi hermana esté muerta.

No permitas que mi hermana esté muerta.

Porque alguien lo estaba, sin duda. El olor mórbido se intensificó cuando Julian y ella atravesaron el vestíbulo y llegaron a la biblioteca.

Tella se tambaleó cuando vio el cadáver del conde, o el que pensaba que era su cadáver. Estaba en la segunda planta de la biblioteca, sentado en una gran butaca tras su escritorio, y parecía que le habían quemado toda la piel del cuerpo.

El perro que estaba a su lado aulló de nuevo y sacudió su rostro triste, intentando evitar que los gusanos y las moscas se dieran un festín con los restos de su amo.

Tella intentó apartar la mirada del cuerpo carbonizado; ya había visto suficiente muerte aquella semana y no necesitaba mirarla a los ojos de nuevo. Nunca antes había visto un cuerpo devorado por el fuego, y ahora deseaba no haberlo hecho, pero no podía darle la espalda a la macabra escena que tenía delante. No debería ser posible. Si lo habían quemado vivo, otras partes de la biblioteca deberían haberse incendiado, pero era como si alguien les hubiera ordenado a las llamas que solo le quemaran la piel.

Tella retrocedió un paso tambaleante mientras recordaba algo que Jacks le había dicho.

Al menos, la apuñaló en lugar de quemarla viva con sus poderes… El fuego es el modo más doloroso de morir.

—Creo que sé quién ha hecho esto —dijo Tella—. Creo que La Estrella Caída estuvo aquí buscando a Scarlett.

Julian se puso completamente gris.

—¿Por qué querría él a Escarlata?

—Por nuestra madre. Antes de matarla, La Estrella Caída dijo que había sido ella quien lo había encerrado en la Baraja del Porvenir. Puede que matarla no fuera suficiente para él, y que ahora vaya a por sus hijas.

Lo que además explicaría por qué habían registrado su apartamento.

Tella esperaba estar equivocada. No podía perder a su hermana del mismo modo en el que había perdido a su madre, pero no podía imaginar quién más podría haber hecho aquello, o por qué. Nunca le había caído bien Nicolas, pero el hecho de que claramente hubiera sido torturado hasta la muerte le hacía pensar que no había delatado a su hermana; al menos, no con facilidad.

Puede que Scarlett hubiera conseguido huir. Todos los criados parecían haber escapado, así que quizá se la habían llevado con ellos. O puede que hubiera conseguido esconderse y solo tuvieran que encontrarla.

Julian intentó sacar al perro de la habitación mientras buscaban a Scarlett, pero el animal no quería marcharse; siguió aullando y protegiendo a su amo muerto mientras Tella y Julian registraban cada mancillado centímetro de la propiedad en busca de Scarlett.

—¡Escarlata! —gritó Julian, y Tella habría jurado que tenía los ojos vidriosos. No estaba llorando, pero casi—. ¡Escarlata!

—¡Scarlett! —gritó Tella al mismo tiempo, y repitió su nombre hasta que empezó a dolerle la garganta. Se le nubló la visión mientras examinaba armarios y sótanos y habitaciones polvorientas llenas de muebles cubiertos de tela. Cuando finalizaron su búsqueda, a la joven le temblaban las piernas, estaba cubierta de sudor y no había encontrado ningún indicio de que su hermana hubiera estado allí.

Julian también estaba desaliñado y sudoroso. El cabello se le pegaba a la frente y la camisa se le ceñía al pecho mientras se alejaban de la casa camino a los establos vacíos. Era el único lugar de la propiedad que no apestaba a muerte.

Pero Tella no quería descansar allí. No quería acurrucarse en el heno y comer lo que Julian había robado de la cocina. No quería volver a pensar en ningún horror ni sentarse en silencio mientras sus peores miedos se hacían realidad. Ya había perdido a su madre y a Legend. No podía perder a su hermana.

Notó una presión en el pecho y, por un momento desesperado, deseó que Jacks estuviera allí para llevarse su dolor.

26
Scarlett

Scarlett esperaba que el mundo se moviera, que el barco se balanceara y que se le revolviera el estómago, pero solo este cumplió sus expectativas y borboteó con una indispuesta inquietud. Se incorporó en su suave cama de plumas y abrió los ojos para descubrir que estaba rodeada de columnas, alfombras y ropa de cama en crema y oro con delicadas motas rosadas.

No había nada púrpura, el color que representaba a su padre. No olía su maldito perfume, ni veía su odioso rostro. Aun así, no se sentía a salvo y se bajó de la cama, con forma de luna creciente y cubierta de sábanas rosas finas como la gasa.

Sobre unas piernas torpes, todavía inseguras por las drogas que le habían suministrado, Scarlett se abrió camino entre las columnas, coronadas por cabezas decapitadas de querubines con ojos de animales. Resultaban adorables e inquietantes, pero no eran tan perturbadoras como los frescos de humanos con partes de animales pintados en el techo.

Alguien tenía un sentido de la decoración muy retorcido.

Se le revolvió el estómago cuando llegó a los ventanales, que iban desde el suelo al techo, y abrió rápidamente las cortinas.

Más arcos sin fin y arcadas blancas y doradas. Scarlett no estaba segura de dónde estaba, pero no estaba a bordo de un barco, ni en el muelle ni en el océano. Parecía que había viajado atrás en el tiempo, antes de que las ruinas de Valenda fueran ruinas.

Se giró y corrió, buscando una puerta. Sus pies resonaron sobre las mullidas alfombras crema. La Llave de Ensueño aún estaba en su bolsillo; solo tenía que encontrar una cerradura, pero lo único que encontró fue un velo de cortinas rosas apenas más gruesas que las sábanas de gasa de su cama.

Las apartó y entró en una sala de estar llena de frescos, pero fue la jaula dorada lo que hizo que se detuviera. Ocupaba casi la mitad de la habitación.

Al otro lado de la jaula había una puerta, pero en el interior había una joven con un vestido lavanda, sentada en un columpio como un pajarillo doméstico.

Scarlett podría haber pasado de largo. La mujer cautiva tenía la cabeza suavemente inclinada y los ojos cerrados, como si acabara de mecerse hasta quedarse dormida. Si no hacía ruido ni siquiera la despertaría, pero no podía escapar y dejar a la otra chica encerrada.

Se acercó un paso, con cautela.

No había malos colores girando alrededor de la joven cautiva, pero Scarlett sintió una oleada de incertidumbre al acercarse. Había algo muy familiar en todo aquello, pero seguía demasiado confundida por las drogas para identificar qué podía ser.

La brillante cerradura de la puerta de la jaula era más grande que su puño. Scarlett buscó en su bolsillo, y se preguntó si podría abrirla con La Llave de Ensueño, pero su vestido cerró el bolsillo antes de que pudiera introducir los dedos. En ese momento exacto, la mujer levantó la cabeza, revelando unos ojos alertas del mismo tono lavanda de su vestido.

—Eres preciosa. —Su voz sonó ronca, como si no hubiera hablado en mucho tiempo—. Lamentablemente, no puedes liberarme, pequeña humana. Solo su muerte definitiva me permitirá abandonar esta jaula.

—Pero yo no puedo morir de verdad —dijo una nueva voz.

Scarlett se giró hacia un lado.

Por un momento, creyó que estaba viendo a un ángel. El hombre que tenía delante estaba vestido del blanco más puro y rodeado de chispas que la hicieron pensar que el aire que lo rodeaba estaba a punto de incendiarse.

Scarlett habría jurado que la jaula dorada parecía más mate ahora que él se había acercado. Su piel oliva resplandecía y su grueso cabello castaño tenía mechones dorados a juego con sus ojos brillantes. Estaba claro que no era humano.

—Hola, Scarlett. —Su boca se curvó con lentitud en una sonrisa. Habría sido convincente si no fuera por sus ojos dorados, que titilaron y se arrugaron en los rabillos un segundo demasiado tarde, como si tuviera que recordarse a sí mismo que la sonrisa tenía que reflejarse en todo su rostro—. Eres exactamente igual que tu madre, pero ella nunca se habría detenido para liberar a Anissa de haber creído que podía escapar. Paradise era implacable.

Dijo la palabra *implacable* como otra persona habría dicho *hermosa*. Su sonrisa incluso llegó a sus ojos esta vez, y los hizo brillar como estrellas perdidas; se iluminaron más que las chispas que lo rodeaban y que calentaban la habitación como llamas de verdad. De inmediato, Scarlett supo quién era el

inmortal que tenía delante: La Estrella Caída. El Destino que había asesinado a su madre delante de Tella.

La joven retrocedió, tambaleándose, y sus hombros golpearon la jaula. No sabía qué quería de ella La Estrella Caída, pero tampoco quería descubrirlo. Intentó correr hacia la puerta.

—Eso sería un error. —El hombre posó la mano en su hombro, pesada y tan fuerte como para aplastarle todo el brazo de un solo apretón.

—Gavriel, sé un poco más amable o la romperás —dijo la mujer de la jaula.

La Estrella Caída relajó la mano, pero no la soltó.

—No deseo hacerte daño. Te he traído a La Casa de Fieras para protegerte.

Scarlett necesitaba que lo protegieran de él, pero decirlo probablemente sería una idea terrible. Intentó concentrarse en lo que acababa de decirle. Cuando escapara de allí (porque iba a escapar), quería poder contarles a los demás con exactitud dónde había estado.

—¿No es La Casa de Fieras uno de los lugares aciagos?

No había estudiado los lugares aciagos tanto como a los Destinos inmortales, pero recordaba que La Casa de Fieras era una especie de zoológico lleno de quimeras mágicas y humanos con partes de animales, lo que explicaba los perturbadores frescos y la mujer enjaulada.

Se preguntó si también habría planeado encerrarla a ella. Aunque intentó ordenar su mente confusa, no consiguió recordar demasiado sobre La Estrella Caída, además de que había sido el creador del resto de los Destinos y de que había asesinado a su madre. Quizá también coleccionara mujeres como mascotas y Scarlett fuera su nueva adquisición.

—Creo que todavía la asustas —trinó la joven de la jaula.

—No tienes que temerme, *auhtara*.

Relajó la mano que tenía sobre su hombro cuando pronunció aquella palabra desconocida. Scarlett conocía varios idiomas, pero no se parecía a nada que hubiera oído antes.

—¿Por qué me llamas así?

Gavriel le mostró los dientes en otro intento de sonrisa que era todo lo que no se suponía que debía ser.

—Significa «hija» en mi lengua materna.

La ornamentada habitación giró alrededor de Scarlett. No sabía si intentaba asustarla o sorprenderla. Esperaba que fuera una broma retorcida, pero dudaba de que aquel inmortal fuera capaz de bromear. Era el monstruo

con el que se comparaban el resto de los monstruos. Si lo que había dicho era cierto, no estaba totalmente segura de en qué la convertía a ella, pero ni siquiera quería saberlo.

No quería creerlo.

Tenía que estar engañándose.

Tenía que estar equivocado.

Aquello tenía que ser un error. Ya había tenido un padre homicida y hambriento de poder. No se merecía otro.

Aquello no podía ser verdad, aunque en su interior, una parte de ella le recordó que la gente había comentado a menudo que Tella se parecía mucho a su padre, mientras que ella no se parecía en nada a él. Su madre se había casado con su padre después de un breve romance del que había oído rumores entre los criados algunos años antes. Decían que había sido un matrimonio rápido porque Paloma estaba embarazada, y algunas de las doncellas juraban que el responsable no era Marcello Dragna.

—Esto habría salido mejor si no la hubieras secuestrado antes —lo amonestó la joven de la jaula—. La pobre chica está conmocionada.

—Calla, Anissa, o mañana te despertarás en una jaula más pequeña. —La Estrella Caída concentró su atención de nuevo en Scarlett—. Veo que te resulta difícil de creer, pero debes tener algunos indicios de que no eres completamente humana. ¿Hay algo que puedas hacer de lo que el resto de los humanos sea incapaz?

—Yo soy humana —protestó Scarlett, a pesar de que veía temerosos tonos de llamativo púrpura girando a su alrededor. Era un don que sabía que no era normal, como su más reciente habilidad de ver los sentimientos de los demás—. No soy un Destino.

—No, no eres un Destino, pero podrías convertirte en uno, ya que eres mi hija.

La sonrisa inhumana de Gavriel se amplió. Scarlett sospechaba que intentaba resultar consolador, pero no había nada ni remotamente tranquilizador en un hombre que acababa de decirle a una prisionera que la pondría en una jaula más pequeña, y que también podía convertirla a ella en un monstruo.

—Dime, *auhtara*, ¿qué puedes hacer?

Scarlett tragó saliva con dificultad. No quería responder, pero sabía que aquello era una prueba y no quería descubrir qué ocurriría si fracasaba.

—Siempre he visto mis emociones en colores —admitió—, pero últimamente he comenzado a ver también los sentimientos de los demás.

—¿Puedes ver mis sentimientos? —le preguntó, con voz aún suave. Otra prueba, y esta vez Scarlett no sabía cuál era la respuesta correcta. Suponía que la mayoría de la gente no quería que nadie curioseara sus emociones. Si el padre que la había criado le hubiera hecho aquella pregunta, la respuesta correcta habría sido sin duda «no». Pero La Estrella Caída era el Destino que había creado al resto de los Destinos. No querría a una hija sin talento.

Scarlett tomó aire para tranquilizarse. Nunca había intentado ver intencionadamente las emociones de otra persona y La Estrella Caída era un Destino, no un humano. Pero al parecer, ella tampoco era del todo humana.

La joven se irguió y dejó a un lado su miedo, su preocupación y su terror hasta que vio atisbos de unos colores que no eran suyos. Había esperado ver rojos furiosos y crueles púrpuras, pero Gavriel estaba compuesto por dorados magníficos.

Estaba satisfecho, y parecía más contento a cada momento. Podía ver atisbos de entusiasta verde en él mientras la veía usar sus poderes para leerlo.

—¿Qué ves? —le preguntó.

—Te alegra que esté aquí, más de lo que esperabas… Y te sientes orgulloso. Veo chispas cobrizas de orgullo a tu alrededor mientras hablo.

—Excelente. —Asintió una vez, y los entusiastas verdes que lo rodeaban tomaron un tono más profundo y ávido—. Sabía que tendrías talento. Existe otro Destino con una habilidad similar. Puede controlar las emociones, pero su don nunca funcionó con inmortales.

—Yo solo puedo ver las emociones, no puedo controlarlas —lo corrigió Scarlett.

—Eso es porque no has contado con mi ayuda. —La Estrella Caída extendió la mano para acariciarle la cabeza.

Scarlett no pudo evitarlo; se apartó. Si quería secuestrarla o meterla en una jaula, no sería bastante fuerte para detenerlo, pero jamás aceptaría su afecto. Quizá no fuera lo más inteligente para sobrevivir, pero la supervivencia no lo era todo.

La Estrella Caída apartó la mano pero, para su sorpresa, le dedicó otra sonrisa inhumana.

—Si me hubieras aceptado con tanta facilidad, me habrías decepcionado. No seguirás luchando conmigo. Eres mi única hija. Si te conviertes en lo que yo quiero que seas, cuando ascienda al trono compartiré el Imperio Meridional contigo.

Agitó una mano enorme y Scarlett se sintió horrorizada al ver que las chispas explotaban en llamas que llenaban el espacio sobre sus cabezas y se

retorcían en siluetas brillantes. Vio una imagen de sí misma, sentada en un trono con un vestido de fiesta y una diadema de joyas en la cabeza, ante una larga fila de pretendientes, algunos de rodillas y otros con las manos extendidas para ofrecerle elaborados regalos.

—Cuando controles tus poderes, haré realidad todos tus sueños. Podría convertirte en un Destino, como yo.

Scarlett se contuvo para no decirle que gobernar el Imperio a su lado o convertirse en un Destino no formaban parte de sus sueños, pero él agitó la mano de nuevo y la feroz imagen cambió.

Ella seguía sentada en la sala del trono, pero ahora estaba a los pies de La Estrella Caída y, en lugar de con una diadema sobre la cabeza, estaba metida en una jaula.

—Dejaré que elijas qué futuro deseas. Piensa en ello mientras estoy fuera. La encantadora Dama Prisionera te hará compañía y te recordará qué ocurrirá si intentas abandonar La Casa de Fieras.

Acarició los barrotes de la jaula dorada y Scarlett se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar aquella mujer. La Dama Prisionera era otro Destino. En las Barajas del Porvenir, su carta tenía un doble significado: a veces, su imagen prometía amor, pero normalmente simbolizaba sacrificio.

Scarlett no podía recordar cuáles eran los poderes de La Dama Prisionera, pero esperaba que no fuera una forma de augurio que sus ojos cambiaran de púrpura a blanco.

—Estoy ansiosa por ver cómo te transformas en lo que él desea.

27
Donatella

Cuando por fin sucumbió al sueño, Tella esperaba encontrar a Legend. No le importaba que se mostrara distante por su rechazo o todavía un poco muerto, solo esperaba que estuviera allí. Arrastró su destrozada falda azul por el suelo del Castillo Idyllwild, reuniendo fragmentos de purpurina abandonada y estrellas de papel descartadas mientras buscaba una sala de baile donde no se celebraba ninguno.

Sabía que estaba soñando, pero aquello se parecía más a un recuerdo abandonado. A diferencia de la primera noche del anterior Caraval, en la que Dante la había acompañado allí, la sala de baile estaba en silencio excepto por el débil borboteo de un par de patéticas fuentes. En Caraval, el vino tinto había fluido en ellas, pero ahora apenas lloviznaba un oxidado líquido rojo del color de los corazones rotos.

Jacks salió de la jaula que estaba en el centro de la sala en un elegante borrón de ropa arrugada y a medio abotonar. Su cabello dorado colgaba sobre sus ojos, más brillante que ninguna otra cosa de la estancia. Parecía indómito y más hermoso de lo que ella quería admitir.

Con movimientos indolentes y elegantes, cortó un trozo de manzana azul, del color exacto de su vestido.

Tella se sonrojó de repente cuando Jacks se metió el fragmento de fruta en la boca y lo masticó con ganas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—No me estoy divirtiendo tanto como esperaba.

Se acercó a ella. Olía especialmente bien aquella noche: el aroma de las manzanas se unía a una suntuosa especia que no conseguía identificar. Intentó decirse que solo le gustaba porque, estando despierta, todo olía a muerte, pero cuanto más se acercaba a ella, más tenía que contener el deseo de inhalar su perfume. Había algo muy raro en aquel sueño.

—No me refiero a eso —dijo, resoplando—. Solo te di permiso para entrar en mis sueños una noche.

—Y aun así no intentaste evitar que entrara esta noche. —Sus labios perfectos jugaron con la punta afilada de su daga—. ¿En qué estabas pensando antes de dormir?

—En ti, no.

—¿De verdad? —se burló—. ¿No deseaste que estuviera allí para hacerte sentir mejor? —Siguió jugando con el cuchillo, pero la expresión de sus ojos sobrenaturales se suavizó mientras su mirada recorría sus rizos despeinados y sus manos sin guantes hasta detenerse en el dobladillo rasgado de su maltrecho vestido de fiesta. Casi parecía estar preocupado, hasta que dijo—: Estás horrible.

—No es educado decirle eso a una chica —le espetó.

—No he venido aquí para ser educado, amor mío. —Dejó su daga en el suelo con un repiqueteo y se acercó más a ella—. Estoy aquí porque tú lo has querido.

—No, no es cierto.

—Entonces, ¿no quieres que me lleve tu dolor? —Sus ojos eran del azul impoluto del pulido cristal marino—. Puedo hacer que sientas lo que quieras cuando despiertes. Lo único que tienes que hacer es pedirlo.

Le tomó la mejilla con una mano fría y se acercó.

Tella debería haberse apartado. La palabra *obsesión* regresó a su mente. Pero cuando Jacks la tocó, no consiguió convencerse de que ni siquiera odiar que la rozara fuera una mala idea, como se suponía. Su piel fría resultaba consoladora sobre su mejilla acalorada y la impulsaba a cerrar los ojos, a apoyarse en él, a tomar lo que le ofrecía.

—¿No te hace sentir mejor? —Sus labios fríos se detuvieron en su oreja, acariciando su piel sensible—. Solo di que sí y me llevaré todo lo que duele. Te haré olvidarlo todo. Y puedo darte cosas que tu principito muerto no podría.

Un escalofrío bajó por la columna de Tella. Abrió los ojos. Aquello no era lo que quería. Todo lo que dolía era todo lo que le importaba: Legend, su madre, Scarlett, que los Destinos se apoderaran del Imperio.

Negó con la cabeza y se apartó. No necesitaba que Jacks la hiciera sentir mejor. Necesitaba despertar, necesitaba encontrar a su hermana y después ir a El Mercado Desaparecido para comprar un secreto que le dijera cómo destruir a La Estrella Caída. No necesitaba eliminar su dolor; necesitaba que este la

pusiera en marcha. Que fuera una emoción negativa no implicaba que no fuera valiosa.

—No vamos a hacer esto.

Jacks se echó hacia atrás en sus talones y se pasó la lengua sobre los dientes.

—¿No quieres sentirte mejor?

—¡No, y tampoco te quiero a ti!

Él se rio, echando hacia atrás su cabeza dorada y haciendo que el sonido resonara en la sala de baile abandonada.

—Dices eso, amor mío, pero una parte de ti me quiere, o ni siquiera estaría aquí.

28
Scarlett

Scarlett fingió que no estaba aterrada. Fingió que no estaba atrapada en el interior de la aciaga Casa de Fieras. Fingió que, en lugar de petrificados tonos púrpura, sus sentimientos tenían serenos tonos rosados a juego con la cama de gasa con forma de luna creciente en la que se obligó a tumbarse.

Había querido usar La Llave de Ensueño en cuanto La Estrella Caída se marchó, pero La Dama Prisionera no le había quitado sus ojos lavanda de encima. Como estaba dentro de una jaula, no podría evitar que se marchara, pero no quería que gritara para alertar al guardia antes de que pudiera escapar. Sería más seguro escabullirse después de que se quedara dormida.

—Puedes contarme lo que estás planeando.

La Dama Prisionera saltó de su columpio con delicadeza y caminó hasta el borde de su jaula, observando a Scarlett a través de sus rejas doradas. Su sonrisa era mucho más convincente que la de La Estrella Caída, pero era un Destino y, aunque estuviera encarcelada, había parecido muy leal a La Estrella Caída antes de que se marchara.

El *otro* padre de Scarlett, Marcello, tenía guardias así, jóvenes a los que les había ordenado que fueran amables con sus hijas para mantenerlas aún más vigiladas.

—No estoy planeando nada —dijo Scarlett.

—Claro que sí —replicó La Dama.

—¿Lo sabes por tus poderes? —Scarlett todavía no confiaba en ella, pero tenía curiosidad. Recordaba qué representaba su carta, pero no cuál era su habilidad—. Antes, cuando tus ojos se volvieron blancos, ¿estabas viendo el futuro?

—Yo solía ver el futuro, encanto. Antes de estar en esta jaula, era muy apreciada por mis dones. Los humanos temían al resto de los Destinos, pero a mí me adoraban y sabían que podían confiar en mí porque no puedo mentir.

Esta jaula ha atenuado mis poderes. Ahora solo veo pequeños atisbos de cosas que pasarán. A veces recibo pálpitos de qué opciones sería mejor tomar o descartar, pero él único *don* que conservo sin restricciones es mi incapacidad para mentir.

Scarlett observó al Destino con escepticismo mientras comenzaba a rasguear las rejas de su jaula. Lo de ser incapaz de mentir le sonaba familiar, pero eso no hacía que confiara en ella.

—Sigues mirándome como si fuera tu enemigo, pero soy mucho más prisionera que tú. ¿Sabes lo horrible que es estar encerrada como una mascota?

No. Pero tenía la sensación de que, si no se marchaba pronto, lo descubriría.

—¿Por qué te metió en la jaula?

—No fue solo él; lo hizo otro Destino, El Apótico, que puede mover metales y piedras con la mente. El Apótico creó la jaula y Gavriel la selló con su fuego para hacerla impenetrable a cualquiera excepto a él. Le hizo lo mismo a La Doncella de la Muerte, cuando pidió a El Apótico que le pusiera una jaula de perlas alrededor de la cabeza. Como ella, yo no seré libre hasta que esté definitivamente muerto.

Sus ojos violetas se llenaron de tristeza, pero Scarlett podía ver vetas de un violento púrpura girando a su alrededor. No era leal a La Estrella Caída, pero eso no significaba que lo fuera con ella. Lo único que La Dama Prisionera quería era salir de su jaula.

—Gavriel disfruta repartiendo castigos. Si eres lista, me harás caso. Cuando consiga la corona del Imperio Meridional, la suya será una dinastía de terror. La única razón por la que no está ya sentado en el trono es que le encanta jugar con los humanos y quiere que sus súbditos lo adoren antes de que lleguen a odiarlo.

—No se saldrá con la suya —dijo Scarlett. Legend no era su favorito, pero sabía que haría todo lo que estuviera en su poder para conservar su trono.

—Uh, cariño —suspiró el Destino—. Ya ha empezado a hacerlo. Mientras dormías como una damisela en apuros, Gavriel envió a algunos de sus Destinos más leales a asesinar al próximo emperador.

—¿Qué?

Scarlett sintió que toda la sangre abandonaba su rostro. Legend no podía estar muerto. Él era inmortal, y se suponía que los inmortales no podían morir. Pero ella sabía mejor que la mayoría que Legend podía ser asesinado;

había visto su cadáver durante el primer Caraval. Al final volvería a la vida pero, si él había muerto, ¿qué habría sido de Julian y de Tella?

Cuando se marchó para reunirse con Nicolas, tanto Tella como Julian estaban en el palacio. Tella sabía cuándo huir, pero a Julian le gustaba luchar. Era hermano de Legend, había sido parte de sus juegos y ahora de su corte. Y, a diferencia de aquel, Julian era mortal. Si moría fuera de Caraval, no regresaría a la vida.

La boca se le secó de repente. Tenía que salir de allí, y buscar a Julian y a su hermana.

—Me alegra que por fin creas algo de lo que digo. El Rey Asesinado y La Reina de los No Muertos están al mando. Tus libros de historia dicen que fueron nuestros gobernantes, pero responden ante Gavriel. Les ha ordenado que hagan a todo el mundo tan desdichado como sea posible hasta que toda la ciudad esté aterrada. Entonces será cuando Gavriel aparecerá como un salvador y reclamará el trono. Para entonces, la gente estará ansiosa por creer las mentiras que les cuente. A menos que tú decidas detenerlo.

La Dama Prisionera agarró los barrotes de su jaula mientras miraba a Scarlett, al otro lado de la estancia.

—Debes convertirte en lo que más desea. Solo tú tienes el poder de derrotarlo.

Los ojos del Destino cambiaron del lavanda a un blanco lechoso, y después bajó los hombros. Soltó los barrotes, regresó a su columpio, cerró los ojos y volvió a dormirse, como si no acabara de decirle a Scarlett que el mundo estaba llegando a su fin y que su misión era salvarlo.

Pero las únicas personas a las que podía pensar en salvar justo entonces eran Tella y Julian. Tenía que escapar y asegurarse de que estuvieran a salvo.

Se sentó en la cama, moviendo las piernas sin parar, incapaz de seguir fingiendo que no estaba aterrada. Anissa parecía dormida, pero esperó hasta que su respiración se relajó en una serie de ronquidos suaves.

Entonces se levantó con cautela y dio un paso.

El Destino continuó roncando.

Dio otro paso.

Y otro.

Y otro. Y entonces, sin pretenderlo, echó a correr hacia la puerta e introdujo La Llave de Ensueño en la cerradura.

Julian. Julian. Julian.

Pensar el nombre de Julian mientras giraba la llave fue la decisión más rápida que había tomado nunca. Si estaba vivo, necesitaba…

Su pensamiento quedó cortado en seco cuando atravesó la puerta y se encontró bajo un desvencijado altillo de madera, mirando un mar de paja y heno en cuyo centro había un joven atractivo y cansado.

No llevaba chaqueta, se había subido las mangas de la camisa y tenía los pantalones rasgados. El corazón de Scarlett saltó hasta su garganta en el instante en el que lo vio.

Los ojos ambarinos de Julian destellaron al verla, y probablemente al ver su vestido, que se había convertido en un refulgente vestido de fiesta con la amplia falda cubierta de rubíes. Era difícil correr con él, pero eso no evitó que Scarlett se lanzara hacia delante y rodeara a Julian con sus brazos.

Olía a tierra, a lágrimas y a perfección. Y entonces decidió que jamás lo dejaría marchar. Deseó que hubiera un modo de atar sus corazones, de modo que siguieran unidos incluso estando separados. Había muchas cosas que temer en aquel mundo, pero amar a Julian no era una de ellas.

—¡Me alegro tanto de que estés vivo…! Cuando me enteré de lo que le pasó a Legend, me aterró la idea de que a ti también te hubieran herido.

—Estoy bien. Estoy bien. —Julian la abrazó con fuerza, como si él tampoco quisiera dejarla ir—. Solo estaba preocupado por ti. ¿Cómo has llegado aquí?

—Usé la llave. —Scarlett se apartó lo suficiente para ver sus ojos—. Tenía que encontrarte.

Antes de que Julian pudiera responder, volvió a acercarse y lo besó con todas sus fuerzas.

Tan pronto como los labios de Scarlett encontraron los suyos, el joven anudó los dedos en su cabello y su lengua se deslizó en su boca, reclamándola.

Normalmente la besaba con dulzura, con adoración en sus labios y suavidad en sus manos exploradoras, pero no hubo nada dulce en aquel beso. Fue desesperado y devorador, un beso con dientes y garras, como si necesitaran aferrarse el uno al otro con algo más que solo sus manos. La espalda de su vestido desapareció y las manos de Julian aparecieron allí, marcando su piel desnuda.

Scarlett sabía que había cosas importantes de las que hablar, pero nada le parecía más crítico que aquello. Si los últimos días les habían demostrado algo, era lo dolorosamente rápido que el mundo podía inclinarse y cambiar. La gente moría. La gente era secuestrada. La gente resultaba ser distinta de como se había imaginado que era.

Pero Scarlett sabía quién era Julian. Era imperfecto y tenía defectos, era temerario e impulsivo, pero también era apasionado, leal y cariñoso… Y era a quien ella quería. Su mano era la mano que siempre quería tomar. Su voz era el sonido que quería oír y su sonrisa no solo era algo que quería ver; quería ser la razón de su aparición.

Él nunca sería perfecto, ya se lo había dicho, pero ella no quería la perfección: solo lo quería a él. Sus manos buscaron los botones de su camisa.

—Espera, Escarlata… —Julian le sujetó las muñecas con suavidad—. Por mucho que disfrute de esto, tenemos que parar.

Le apartó las manos de su camisa con cuidado. Vio un destello rojo en su brazo mientras se movía, allí donde había estado la venda. Ya no la tenía y, en su lugar, en la parte inferior del brazo, había una estrella tatuada coloreada con una intensa tinta roja.

Las lágrimas aparecieron de inmediato en los rabillos de los ojos de Scarlett.

—Es escarlata —jadeó.

Julian le dedicó una sonrisa tímida.

—Así es.

—Pero… Pero… —tartamudeó, sin saber qué decir. Se había tatuado aquello aunque ni siquiera estaban hablando y no podía estar seguro de que terminarían juntos.

—No quería esperar —dijo Julian, leyendo con facilidad sus pensamientos en su rostro—. Sabía que si regresaba y las cosas no funcionaban, me arrepentiría de haberte perdido, pero jamás me arrepentiría de tener un recuerdo tuyo.

—Te quiero, Julian.

Su sonrisa podría haber salvado al mundo.

—Gracias a los santos difuntos… Esperaba oírte decir eso.

Su boca rompió contra la de ella, consumiéndola de nuevo.

—Debería habértelo dicho antes —dijo Scarlett, pronunciando las palabras entre besos, incapaz de contenerse—. Debería habértelo dicho en cuanto nos marchamos de la casa de Nicolas y me di cuenta de que la competición era un error. Te elijo a ti, Julian, y te prometo que siempre te elegiré a ti, y que siempre te amaré. Te amaré con todos los huesos de mi cuerpo, tanto que incluso cuando mi corazón deje de latir, una parte de mí seguirá amándote para siempre.

Julian la besó de nuevo, más dulce esta vez, con labios atentos y suaves mientras susurraba palabras contra los labios de ella.

—Te he querido desde la noche en la que apareciste en la playa de Trisda, pensando que me sobornarías para que huyera contigo. Vi cuánto te asustaste cuando aparecí, pero no diste un paso atrás.

—Y después me secuestraste.

Su sonrisa se volvió lobuna.

—Esa fue tu hermana. Pero yo he estado intentando hacerlo desde entonces.

Le presionó la parte baja de la espalda con las manos mientras la acercaba para besarla de nuevo.

Pero Scarlett se sobresaltó al oír un ruido arriba.

Levantó la mirada abruptamente y vio a Tella observándolos desde el pajar. Parecía haber despertado de un sueño muy insatisfactorio. Tenía el cabello lleno de heno, los ojos enrojecidos y una mueca triste en los labios.

29
Scarlett

Tella parecía sentirse como Scarlett se había sentido justo después de ser secuestrada por La Estrella Caída: agotada y rota y no totalmente segura de qué hacer a continuación.

—Scar —dijo Tella, con la voz ronca del despertar. La siguió el sonido dispar de sus pasos al bajar corriendo la escalera del pajar. Antes de llegar al peldaño inferior, saltó y lanzó los brazos alrededor de Scarlett—. Me alegro mucho de que estés bien.

—No va a pasarme nada. —Scarlett apretó la espalda de su hermana—. Siento no haberte dicho adónde iba. Reunirme con Nicolas fue un error.

El establo se quedó en silencio. Lo único que ella podía oír era el crujir del heno bajo los pies de Tella y de Julian mientras intercambiaban una mirada preocupada.

—¿Qué ha pasado?

Tella soltó a su hermana mientras Julian se llevaba una mano a la nuca.

—¿Qué ha pasado? —repitió.

—Nicolas está muerto —le contó Tella—. Creemos que lo asesinó La Estrella Caída.

Si Scarlett hubiera sido capaz de sentir alguna emoción más, se le habrían aflojado las piernas o habría notado las lágrimas acumulándose en sus ojos por el hombre con el que en el pasado había tenido intención de casarse. Pero, por un instante, los únicos colores que podía ver eran negro y blanco, como si sus sentimientos estuvieran apagándose para no consumirla.

Nunca había imaginado que su competición terminaría así.

—¿Cómo sabéis que fue La Estrella Caída? —les preguntó.

—Por cómo lo asesinaron —respondió Julian, bajando la mirada—. Lo quemaron.

—Pobre Nicolas.

Scarlett cruzó los brazos sobre su pecho, deseando poder volver atrás en el tiempo, deseando haber perdonado a Julian antes y no haber reavivado las cosas con Nicolas. La Estrella Caída sin duda había acudido allí para encontrarla, y el conde había pagado el precio.

—¿Cómo escapaste? —le preguntó Tella—. ¿Dónde has estado?

Era tentador inventar una mentira. Después de confesarle por fin sus sentimientos a Julian, no quería que la viera de otro modo, y Tella parecía tan frágil como si una pluma pudiera derribarla. La destrozaría descubrir que el Destino que había matado a su madre era el padre biológico de Scarlett, pero era un secreto demasiado peligroso para guardarlo.

Scarlett comenzó con la información menos impactante, hablándole a Tella de La Llave de Ensueño que le habían regalado y contándole que podía usarla para ir a cualquier parte. Tella reaccionó con un poco de asombro y una pizca de celos, lo que era mejor que sentir fragilidad y miedo. Pero Scarlett dudaba de que su hermana respondiera igual a su siguiente revelación. Todavía no estaba segura de qué sentía ella misma al respecto, pero sabía que no podía ocultárselo a los demás.

Tomó aire con profundidad.

—Menos mal que tenía la llave, porque en realidad no escapé. Me secuestró La Estrella Caída. Tella, tenías razón sobre por qué vino aquí, pero no nos estaba buscando a ambas, solo a mí. Es mi padre.

Scarlett casi esperaba que el suelo temblara o que el tejado desvencijado se derrumbara tras sus palabras.

Tella se quedó pálida como el hueso, pero su expresión se volvió feroz. Tomó la mano de su hermana en la suya, cálida y sólida, y la apretó con fuerza.

—Eres la misma de siempre. Ahora sabemos algo más sobre ti, pero eso no te cambiará, no a menos que tú lo permitas. Y esta noticia tampoco nos cambiará a *nosotras*. Aunque no compartiéramos la misma sangre, todavía te consideraría mi hermana y lucharía contra cualquiera que dijera que eso no es cierto. Tú eres mi familia, Scarlett. Eso no va a cambiar por quién sea tu padre biológico.

—Yo tampoco te veo de un modo distinto. —Julian la rodeó con el brazo. Pero cuando habló de nuevo, su voz sonó insegura—. ¿Esto te convierte en un Destino?

—No —dijo Tella de inmediato—. La bruja que ayudó a La Estrella Caída a crear los Destinos dijo que estos se crean, no nacen. Y Scarlett nunca

podría ser un Destino; ellos no pueden amar. Si un inmortal ama, esto lo convierte en humano, y ambos sabemos cuánto ama Scarlett.

—Tella tiene razón, no soy un Destino —dijo Scarlett. Pero cuando intentó añadir una sonrisa a sus palabras, le tembló la voz al pensar en la amenaza de La Estrella Caída de convertirla en uno. No estaba con él, pero sus poderes habían estado creciendo… ¿Y si ya había comenzado a convertirse en un Destino?

Julian le apretó el brazo.

—No pasa nada, Escarlata, ahora estás a salvo. No dejaremos que te encuentre.

—No es eso lo que me preocupa —les confesó—. La Estrella Caída dijo que quería cultivar mis poderes y convertirme en un Destino.

Julian se tensó.

—No tienes que preocuparte, ya no te tiene prisionera —dijo Tella.

—¿Y si ocurre sin él? Siempre he visto mis emociones en colores, pero últimamente he comenzado a ver también los sentimientos de los demás.

—¿Los nuestros? —le preguntó Julian.

Scarlett asintió.

—Al principio eran solo atisbos, pero noto que la habilidad se está haciendo más poderosa…

Se detuvo al oír un ladrido, cerca y bastante fuerte para atraer la atención de todos hacia la entrada del establo, donde el perro de Nicolas, Timber, ladró de nuevo, esta vez con mayor urgencia.

30
Donatella

A Tella le encantaban los perros. Una vez, en Trisda, había robado un cachorrito al que ingeniosamente había llamado Tuckleberry, el Príncipe Perro. Pero después de que su padre lo descubriera, jamás había vuelto a verlo. Pasó tan poco tiempo con el animal que su conocimiento de cómo se comunicaban los perros era limitado, pero no había duda de que la mascota de Nicolas intentaba decirles algo.

El enorme perro ladró. Después giró su gran cabeza hacia el exterior, como si quisiera que lo siguieran.

—¿Creéis que nos está diciendo que Nicolas sigue vivo, de algún modo?

—No —contestó Tella. Pero quizá lo estaba otra persona… *Como Legend*.

El trío se dirigió a las puertas agrietadas del establo y salió a la tarde. Julian agarró la mano de Scarlett como si no planeara perderla de vista. Tella esperaba que no lo hiciera. Ahora que su hermana había regresado, tenía que ir a El Mercado Desaparecido y hacer lo que fuera necesario para comprar un secreto que le mostrara cómo destruir a La Estrella Caída… Antes de que pudiera poner sus horribles manos en Scarlett y convertirla en un Destino.

Tella quería creer que eso no era posible, pero debería haber sido imposible que un Destino fuera el padre de su hermana, o que esta tuviera la habilidad de ver los sentimientos de los demás. Eso no cambiaba nada, Tella lo había dicho en serio: aunque no compartieran una gota de sangre, Scarlett seguiría siendo su hermana.

La brisa de la primera hora de la noche los acarició mientras seguían los pesados pasos de Timber hasta la parte de atrás del edificio. Tella no se sentía para nada descansada. Se sentía tan desgastada como las zapatillas que tenía en los pies, pero su corazón latió con fuerza mientras Timber los conducía a

un sendero de adoquines bordeado de zarzamora púrpura tan crecida que ni Julian ni ella lo habían visto en su exploración inicial del terreno.

El perro se detuvo y ladró hasta que el trío consiguió apartar las espinosas plantas.

Tan pronto como hubo espacio suficiente para pasar, el animal echó a correr hacia delante.

El aire se agrió mientras Tella lo seguía. Arrugó la nariz al oler la sangre, el sudor y la vergüenza. De repente, esperó que Legend no estuviera al otro lado. El hedor no era tan fétido como en el interior de la casa, pero un horror creciente la abrumó cuando un viejo anfiteatro apareció ante su vista. Primero vio los peldaños: las piedras parecían casi azules bajo la decrépita luz, del color de las manos frías y de las venas bajo la piel. No había muchas personas. El teatro era pequeño, de los que se construyen para obras familiares o piezas de entretenimiento ligero. Pero no había nada entretenido en la mascarada forzosa que estaba teniendo lugar en el centro del escenario.

La gente llevaba uniforme de servicio y horribles medias máscaras en amargos tonos de púrpura, cereza, arándano, limón y naranja. Los colores le recordaron a Tella a un confeti podrido que se negaba a caer mientras los criados se movían por el escenario, con los brazos y piernas atados con cuerdas que los convertían en marionetas humanas.

Tella soltó una maldición.

Scarlett contuvo la respiración.

La comida que Julian había tomado en el establo le quemaba ahora la garganta.

Nadie parecía tirar de las cuerdas de los criados. Se movían con magia, haciéndolos saltar por el escenario en una danza forzada llena de perturbadoras reverencias y cortesías.

Tella clavó la mirada en el participante obligado más joven, un niño con rizos tan bonitos como los de una muñeca y la cara manchada de lágrimas secas.

—No es de extrañar que no encontráramos a ningún criado —dijo Julian.

—¿Cuánto tiempo creéis que llevan así? —le preguntó Scarlett.

Nadie supo qué contestar. Si los criados habían sido retenidos cuando el conde fue asesinado, debían llevar allí al menos un día entero. La mayoría ni siquiera parecía consciente; tenían las cabezas bajadas mientras la magia tiraba de sus cuerpos por el escenario.

Tella echó a correr, esperando que no fuera demasiado tarde para salvarlos.

—Esto parece propio de El Bufón Loco. Tiene la habilidad de animar objetos. Debió atarlos y después usó su magia en las cuerdas para mantenerlos en movimiento.

—¿Cómo lo deshacemos? —preguntó Scarlett—. Cuando El Envenenador petrificó a esa familia, dejó una nota.

—Creo que solo tendremos que cortar las cuerdas, o deshacer los nudos —dijo Julian. Lo que era más fácil de decir que de hacer.

Los brazos y piernas de los pobres criados se movían más rápido con cada intento de liberarlos. Julian era el único que tenía una daga, y se la entregó a Scarlett, pero no fue fácil para ninguno de ellos. Tuvieron que retroceder de un salto más de una vez para evitar una patada en el estómago o un puñetazo en la cara mientras intentaban deshacer los nudos de los criados. Por fortuna, Nicolas no tenía demasiados sirvientes.

Solo eran media docena. Sus corazones seguían latiendo, pero con debilidad. Ninguno de ellos consiguió mantenerse en pie mucho tiempo después de ser liberado.

—El señor tiene remedios contra la infección de las heridas en su invernadero —murmuró un hombre anciano mientras se arrancaba una pútrida máscara de color arándano de la cara. Tella suponía que era el mayordomo. Sus ojos eran los más tristes del grupo, mientras miraba al resto de sus compañeros derrumbados por el escenario.

Julian fue a buscar los remedios, mientras Tella traía agua y Scarlett buscaba en un pequeño armario vendas para las muñecas y los tobillos en carne viva de las víctimas. El momento fue lúgubre. Ni Scarlett, ni Julian ni Tella les contaron a los criados lo que le había sucedido a Nicolas y ninguno de ellos preguntó, lo que hizo que Tella sospechara que ya lo sabían. O que habían experimentado tanto terror que no querían saberlo.

Les dieron las gracias en murmullos pero ninguno los miró a los ojos, como si los avergonzara lo que les habían hecho. Solo el chico de los rizos miró a Tella directamente. Incluso consiguió dedicarle una sonrisa torcida, como si ella fuera una especie de heroína, cosa que no era en absoluto. Ella era parte de la razón por la que aquello había sucedido. Pero en aquel momento, prometió que compensaría el papel que había jugado al liberar a los Destinos.

—Descubriré quién os ha hecho esto y me aseguraré de que no vuelva a hacerle daño a nadie.

—Llevaba una máscara —le contó el niño—. Pero no era como esta. —Le dio una patada al trozo de tela cereza que había tenido anudado en la cara—.

Era brillante, como de porcelana, y un lado mostraba los dientes mientras que el otro guiñaba el ojo y sacaba la lengua.

—El Bufón Loco —dijo Tella—. Es un Destino.

Varios adultos la miraron de repente; al menos uno de ellos parecía pensar que no debería decirle esas cosas a un niño pequeño. Pero después de lo que acababan de vivir, ninguno la contradijo.

Tella no se adentró en la historia de los Destinos, ni en cómo habían escapado de una Baraja del Porvenir, pero dijo lo suficiente para que, cuando los criados y el niño se recuperaran, pudieran advertir a los demás sobre el peligro en el que se encontraba Valenda.

Parecía un esfuerzo insignificante, pero con suerte evitaría que otras personas fueran convertidas en juguetes humanos o asesinadas… como su madre y Legend.

Tella examinó el horizonte crepuscular, como si Legend fuera a aparecer por fin en él, brillando más que las estrellas que comenzaban a salir. Siguió buscando señales de su regreso después de que todos los criados comieran algo, después de vendarlos y ayudarlos a regresar a sus alojamientos en la parte de atrás de la propiedad, que no estaba emponzoñada como la biblioteca del conde.

Tella se disponía a seguir a los sirvientes al interior para lavarse. Scarlett se quedó fuera, junto a un camino descuidado cubierto de curiosas margaritas.

—¿Quieres venir dentro conmigo para lavarte? —le preguntó.

No había viento, pero las faldas de Scarlett se agitaban alrededor de sus tobillos. Tella no se había dado cuenta de que el vestido había cambiado de color. Antes había sido un resplandeciente vestido de fiesta rojo. Ahora era negro, de luto.

—Siento lo de Nicolas —le dijo—. No merecía morir así.

—No, no lo merecía. Jamás debí intentar encontrarlo. Entonces, todavía estaría vivo. —Las lágrimas brillaron en los ojos de Scarlett cuando miró a Tella—. No podemos dejar que La Estrella Caída le haga esto a nadie más.

—No lo permitiremos.

Tella extendió la mano para tomar la de su hermana, pero Scarlett retrocedió, con arrugas de preocupación entre sus cejas.

—Lo siento, Tella… Creí que podría quedarme aquí contigo y con Julian, pero tengo que regresar con La Estrella Caída.

—¿Qué? ¡No!

La voz de Julian se unió a la de Tella mientras salía de los alojamientos del servicio.

—No puedes hacer eso.

El joven acababa de lavarse. Su cabello oscuro goteó sobre el sendero descuidado mientras Scarlett se acercaba a la casa, alejándose de las ventanas abiertas de los criados.

—Lo siento —dijo Scarlett—, pero tengo que hacerlo. Creo que yo podría ser la clave para derrotar a los Destinos.

—¡Por supuesto que no! —gritó Julian.

—¿Es que te has vuelto loca? —chilló Tella a la vez—. La Estrella Caída mató a mamá y te amenazó con convertirte en un Destino. ¡No puedes volver con él!

—No quiero volver —aseguró Scarlett—, pero supe que tendría que hacerlo tan pronto como vi a esos criados. Si hubieran estado así mucho más tiempo, no habrían sobrevivido.

—Pero ¿en qué ayudará a otros como ellos que regreses? —replicó Tella. Quería lo mismo que su hermana. Quería encontrar un modo de matar a La Estrella Caída y proteger a todo el mundo de sus horrores y los de sus Destinos, pero aquel *no* era el modo de hacerlo—. El Mercado Desaparecido es uno de los lugares aciagos. Allí hay unas hermanas que venden secretos, y creo que podrían tener uno que nos dirá como matar a La Estrella Caída.

—¿Y si no lo tienen? —preguntó Scarlett.

—Entonces encontraremos otro modo —interrumpió Julian.

—Creo que este es el otro modo —dijo Scarlett—. La Estrella Caída quiere que domine mis poderes y yo creo que esa podría ser la clave para detenerlo. Había otro Destino allí, La Dama Prisionera. Ella me dijo que para derrotarlo tenía que convertirme en lo que él quería.

—Pues claro que te dijo eso —replicó Tella—. La Dama Prisionera es un Destino.

—Gavriel la tiene encerrada en una jaula y no podrá salir hasta que él muera. Y aunque hubiera intentado manipularme, eso no significa que esté equivocada. Lo que me dijo tiene sentido. Tella, tú dijiste que si un inmortal ama, se vuelve humano. Si domino mis poderes, podría forzarlo a amar. Podría convertirlo en humano y entonces podríamos derrotarlo.

—O podrías dominar tus poderes y convertirte en un Destino —apuntó Tella.

—Además, el amor no funciona así —añadió Julian—. La magia puede hacer un montón de cosas, pero no creo que pueda hacer que quieras a alguien. Esto es demasiado peligroso.

—No os estoy pidiendo *permiso* para hacerlo. Es mi decisión, no la vuestra. Solo os pido que no me detengáis. Hasta que encontremos otro modo de destruirlo, yo soy la única que puede hacer esto, y *quiero* hacerlo. Tella, una vez me dijiste que la vida no puede limitarse a quedarse a salvo…

—¡Estaba hablando de diversión, no de vivir con asesinos!

—Bueno, no creo que ninguno de nosotros vaya a divertirse si La Estrella Caída se apodera del Imperio. Y ambas sabemos que tú harías lo mismo.

Scarlett le dio otro abrazo a su hermana. Daba unos abrazos increíbles. Sabía exactamente cuánta fuerza poner, cuándo mantenerse en silencio y cuándo soltar. Pero no importaba cuándo la soltara aquella vez. Sería demasiado pronto.

Tella la apretó con fuerza. Quería seguir discutiendo. Si seguía haciéndolo, si le contaba lo aterrada que estaba, si le narraba los detalles de la espantosa muerte de Nicolas y le recordaba que La Estrella Caída había matado a su madre, sabía que la convencería para que se quedara. Quería hacerlo. Pero acababa de prometer que haría lo que fuera necesario para derrotar a aquel Destino y lo había dicho en serio, aunque no había esperado que eso le arrebatara a su hermana.

Se derrumbó contra Scarlett mientras el cielo se oscurecía por fin en una agitada noche negra.

—¿Estás segura de que no quieres ser egoísta y pensar en salvarte a ti misma?

—Por supuesto que quiero. Pero necesito hacer esto… Por mí, por ti, por Julian y por todos los criados a los que acabamos de ayudar, que no tienen la posibilidad de hacer lo que yo puedo hacer. No puedo quedarme de brazos cruzados si tengo la capacidad de hacer algo. Y tengo La Llave de Ensueño; si la cosa se pone peligrosa, escaparé.

—Las llaves pueden robarse —murmuró Tella.

—Tendré cuidado.

Las dos hermanas se abrazaron con fuerza hasta que Tella por fin se apartó. No quería hacerlo, pero si Scarlett iba a volver con La Estrella Caída, tendría que hacerlo pronto, antes de que alguien notara su ausencia. Además, querría despedirse adecuadamente de Julian.

Y con «adecuadamente» se refería al tipo de despedida de la que los ojos entrometidos de una hermana no debían ser testigos.

31
Scarlett

Mientras Tella entraba en las habitaciones de invitados e intentaba lavarse toda la suciedad, el dolor y los rastros de remordimiento, Scarlett se quedó bajo un haz de luz de luna, preparándose para otra despedida que no quería tener.

Julian parecía sentirse igual. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados con fuerza, y cuando rodeó a Scarlett con los brazos, no hubo nada suave ni tierno en su abrazo.

—Sé que has dicho que no es decisión mía, pero no puedes decirme que me has elegido y después no dejar que tenga voz en tu vida.

—¿Este es tu modo de volver a pedirme que no me vaya?

—No. —La abrazó con fuerza, apretándole la cabeza contra su pecho—. En el futuro, porque *habrá* un futuro para nosotros, solo espero que hables conmigo este tipo de cosas en lugar de decirme que ya has tomado una decisión.

—De acuerdo —accedió Scarlett—. Pero espero que tú hagas lo mismo.

—No te lo pediría si no tuviera pensado hacerlo.

Los dedos de Julian le ciñeron la cintura, como si todavía intentara encontrar un modo para evitar que se fuera.

Scarlett deseó que lo hiciera. En realidad, no quería regresar con Gavriel. Pero en aquel momento, estaba más preocupada por Julian. Como Tella, era impulsivo y se dejaba guiar por sus emociones, que Scarlett veía llenas de preocupación y tan grises como nubes de tormenta.

—¿Y si intento enviarte una carta cada pocos días? No creo que sea seguro volver a visitaros. —Y tampoco creía que fuera seguro enviarle mensajes, pero le preocupaba que fuera a buscarla y se pusiera en peligro si no conseguía encontrar un modo de asegurarle que estaba bien—. Podría abrir

una puerta con La Llave de Ensueño para enviarte notas y que sepas que estoy bien.

—Aun así, no me gusta —dijo Julian.

—Si te gustara, seguramente me sentiría ofendida.

Él le dio un beso en la frente y sus labios se quedaron allí un momento.

—Sé prudente, Escarlata.

—Siempre lo soy.

—No lo sé… —Se apartó justo lo suficiente para que ella viera su sonrisa —. Una chica prudente no diría que me quiere.

—Te equivocas. No creo que mi corazón pudiera estar más seguro que en tus manos.

Pero incluso mientras lo decía, sentía pesadumbre en su corazón.

La boca de Julian seguía formando una media sonrisa, pero sus ojos expresaban algo más. A Scarlett siempre le habían encantado sus ojos: eran castaños y cálidos y estaban llenos de todas las emociones que lo impulsaban. Aunque Julian no siempre era sincero, sus ojos lo eran, y justo entonces la miraba como si temiera que la próxima vez que la viera no fuera a ser la misma.

—Volveré contigo —le prometió.

—Eso no es lo único que me preocupa —le confesó con voz ronca—. He pasado la mayor parte de mi vida rodeado de magia… La magia de mi hermano me ha traído de vuelta a la vida más veces de las que puedo contar. He intentado alejarme de ella, pero una magia así es difícil de abandonar. Sé que ahora mismo crees que si pudieras dominar tus poderes podrías controlar a La Estrella Caída, pero la magia terminaría controlándote a ti.

Sus ojos abandonaron los de Scarlett para mirar su vestido encantado antes de posarse en la llave mágica que tenía en la mano. Brillaba, plateada, bajo la luz crepuscular.

Ella no se había dado cuenta de que ya la había sacado de su bolsillo. Confiar en la llave se estaba convirtiendo en una costumbre, como llevar su vestido encantado. Pero no quería depender de la magia; solo quería dominarla lo suficiente para conseguir que La Estrella Caída la quisiera y convertirlo en mortal. Entonces, le parecería bien no volver a usarla.

—No tienes que preocuparte por mí.

Scarlett levantó la cabeza y le dio otro beso rápido, deseando poder decir más pero sabiendo que ya era tarde y debía regresar.

Cuando usó la llave por primera vez no planeaba volver, así que no había pensado demasiado en el paso del tiempo. Esperaba que La Estrella Caída no

le hubiera hecho otra visita demasiado pronto. También le preocupaba que La Dama Prisionera hubiera despertado.

Después de girar La Llave de Ensueño, Scarlett caminó de puntillas. No obstante, en cuanto entró en su habitación de La Casa de Fieras supo que las cosas no estaban como las había dejado.

La Dama Prisionera estaba despierta, balanceándose en silencio en su columpio mientras su falda lavanda barría el suelo pulido de su jaula dorada.

—Si vas a escabullirte, no deberías pasar tanto tiempo fuera. Y no te hagas la sorprendida, ¿de verdad esperabas que no me diera cuenta? —Fingió un suave ronquido.

—¿Por qué has fingido? —le preguntó Scarlett.

—Porque sabía que no te marcharías si creías que estaba despierta. Pero tienes que ser más avispada. —Bajó la voz hasta un susurro y sus ojos inhumanos cambiaron del púrpura al blanco, como habían hecho antes aquella misma tarde—. Marcharte de aquí durante horas hará que te atrapen con esa llave mucho antes de lo que debería.

32
Donatella

Un día entero había llegado y se había marchado, y Legend seguía muerto. Tenía que volver a la vida. Las leyendas no morían, y Tella todavía tenía asuntos pendientes con él.

—¿Cuánto tiempo suele tardar en regresar a la vida? —le había preguntado a Julian durante el trayecto hasta la casa del conde.

—Normalmente poco después del amanecer, siempre menos de un día —le contestó.

Había sido difícil conseguir que dijera más. Tella sentía que había magia en juego que evitaba que revelara demasiados secretos. Le confesó que Legend tenía una conexión con todos sus intérpretes (Julian notaba cuando Legend estaba vivo de nuevo) y que si Legend quería encontrarlo, podía hacerlo con facilidad. Pero él no había aparecido y Julian todavía no lo sentía.

Tella no sabía qué hora era cuando abandonaron las tierras del conde para dirigirse a El Mercado Desaparecido, pero parecía el momento más oscuro de la noche.

Jacks le había contado que El Mercado Desaparecido podía ser invocado en un conjunto de ruinas al oeste del Distrito del Templo. Como Nicolas había vivido fuera de la ciudad, la caminata era de varios kilómetros. Julian se mantuvo en silencio durante gran parte del camino, un mutismo que la hizo pensar que planeaba contener el aliento todo el tiempo que pasara lejos de Scarlett.

Ella habría hecho lo mismo. Estaba a favor de cometer errores y hacerlo mejor la próxima vez, pero temía que si Scarlett daba un paso en falso, no habría una próxima vez.

Rezó a los santos, incluso a los que no le gustaban demasiado. Añadió una oración por el regreso de Legend, pero sabía que eso no estaba en manos de los santos.

Legend solo tenía una debilidad que permitiría que lo mataran de verdad: el amor.

Había intentado no pensar en ello. No quería recordar que prácticamente le había suplicado que la amara justo antes de que lo mataran.

Aquella noche no le había creído del todo cuando le dijo que no era capaz de amarla. Había creído que solo tenía miedo porque no quería sacrificar su inmortalidad y convertirse en humano. Y ahora entendía por qué.

Se dijo a sí misma que debía dejar de preocuparse. Se trataba de Legend, inflexible en lo que se refería a la magia y la inmortalidad. Él nunca se permitiría morir por amor. Pero aun así se descubrió intentando recordar cómo la había besado la noche del laberinto. ¿Aquella noche solo había sentido lujuria, deseo y obsesión, o su beso había estado alimentado por el amor? Hubo un momento, en el laberinto, en el que creyó que las palabras «Quiero que te quedes conmigo» habían sonado posesivas en lugar de románticas. Ahora solo podía esperar que sintiera únicamente lo que aquella noche le había resultado tan doloroso.

—Casi hemos llegado —dijo Julian.

Tella podía ver una silueta difusa a lo lejos. En la oscuridad era difícil notar la diferencia entre las piedras y las sombras, pero parecía que había una carretera bordeada de árboles fosilizados, con arcadas desmoronadas en cada extremo y un par de esculturas inquietantemente realistas que Tella esperaba con desesperación que no fueran humanos petrificados.

Al menos no había ningún Destino por allí.

Tella se detuvo justo antes de llegar a la entrada de las ruinas, en un claro de perfecta luz blanca de la luna.

—¿Soy tonta? —preguntó.

Julian se detuvo y la miró.

—Depende de a qué te refieras. Si hablas del hecho de estar planeando hacer un sacrificio de sangre para visitar uno de los lugares aciagos basándote en la palabra de otro Destino, entonces no, porque yo estoy aquí contigo y no soy tonto. Pero si te refieres a mi hermano, podrías serlo.

—Gracias por decirlo tan amablemente —dijo Tella.

Julian levantó un hombro.

—Solo intento ser sincero. Cuando miento, termino teniendo problemas con tu hermana.

—No quiero que mientas. Solo desearía que tuvieras algo cierto que decir y que yo quisiera oír.

Él se frotó la mandíbula. La combinación de luz de luna y sombras lo hacía parecerse a su hermano, un poco más mordaz, un poco más severo. Pero incluso en la penumbra, la mirada de Julian era más suave y amable de lo que jamás sería la de Legend.

—Si quieres que te diga que mi hermano te amará algún día, no puedo. He pasado toda mi vida con él. Soy una de las pocas personas que lo conoció antes de que se convirtiera en Legend, y nunca ha querido a nadie. Pero tiene otras buenas cualidades. No se rinde, no se da por vencido y, si le importas, te hace sentir más importante que nadie en el mundo. Además… —Hizo una pausa como si quisiera detenerse, pero después añadió de mala gana—: Creo que tú le importas.

Pero ¿eso era suficiente?

—Venga, vamos —continuó Julian con dureza—. Si Legend volviera en este momento, me mataría por tenerte tan expuesta en la carretera.

—Espera. —Tella saltó ante Julian antes de que él pudiera adentrarse en las ruinas—. Tengo una pregunta más. Él me pidió que me convirtiera en inmortal.

—Esa no es una pregunta, Tella.

—No sé qué hacer.

Creía que lo sabía. Había deseado el amor de Legend, pero su muerte le permitió darse cuenta de que jamás podría volver a pedirle amor.

—Sigue sin ser una pregunta —replicó Julian—. Y aunque lo fuera, es una decisión que no puedo tomar por ti. —Empezó a caminar, pero se detuvo y se giró para mirarla—. Si aceptas, debes estar totalmente segura de que eso es lo que quieres. Cuando se trata de inmortalidad, no hay vuelta atrás.

—A menos que me enamore.

Julian negó con la cabeza.

—No cuentes con ello. Los inmortales no pueden enamorarse unos de otros, y muy pocos humanos los tientan a amar. Haga lo que haga, yo nunca dejaré de querer a mi hermano, pero él jamás me querrá a mí.

La voz de Julian era serena, como si no le doliera, pero Tella sabía que debía destrozarlo. Legend era su hermano. No podía imaginar lo devastador que sería sentir que su hermana no la quería.

Pero Tella sabía que Julian no quería su compasión. El joven se giró casi tan pronto como terminó de hablar y caminó hacia las ruinas con una rapidez que dejaba claro que no quería que ella lo alcanzara de inmediato.

Cuando aminoró la velocidad examinaron las ruinas juntos, en silencio. Julian había dicho todo lo que tenía que decir, e incluso sin Destinos

acechándolos, sabían que debían ser discretos. No usaron antorchas para buscar el símbolo del reloj de arena, que Tella temía no llegar a encontrar. Julian afirmaba que tenía una visión nocturna perfecta, pero a pesar de lo que había dicho antes, que ya no mentía, Tella dudaba de su afirmación.

—¡Lo encontré! —dijo, con arrogancia y demasiado alto.

El reloj de arena no era más grande que la palma de su mano y estaba oculto en el interior de un arco de piedra ruinoso; brillaba como iluminado por la magia. Había luz suficiente para que Tella viera las púas que sobresalían de su parte superior, como si suplicara la sangre que necesitaba para invocar el mercado.

—¿Estás segura de que quieres ir sola? —le preguntó Julian.

—Cada hora dentro es un día aquí fuera —le recordó—. Si por alguna razón Scar intenta usar la llave para encontrarte, no estará a salvo en el mercado. La Estrella Caída podría atraparla si tarda demasiado en regresar a La Casa de Fieras.

—¿Y si te busca a ti?

—Eso es muy amable por tu parte —dijo Tella—, pero creo que ambos sabemos que no vendrá a buscarme a mí con la llave.

Tella solo había observado desde el pajar cuando Scarlett regresó, así que no había oído todo lo que Julian y ella se dijeron, pero había visto cómo lo miraba. Era la mirada que algunas personas pasaban todas sus vidas esperando, y que otras vivían sus vidas enteras sin recibir. Era la mirada que Tella había esperado ver en Legend.

—Yo siempre seré su hermana, no puedes robarme ese papel. Pero creo que tú eres su primer amor ahora, y debes serlo. Si sigues eligiendo a tu hermano sobre mi hermana, pensaré que no la mereces. Lo único que te pido es que no metas la pata. No solo debes corresponderle, Julian: debes luchar por ella cada día.

—Esa es mi intención.

Dicho eso, Tella presionó los dedos contra una de las púas en la parte superior del reloj de arena y dejó que la sangre cayera sobre la piedra tallada.

Una luz etérea se alzó sobre la arcada. De repente, Tella vio una vieja y retorcida carretera bordeada de árboles desconocidos a punto de perder todas sus hojas, rojas y brillantes. Las tiendas se extendían entre los árboles como coloridas alas de pájaro, salpicadas de naturaleza y erosión. Aquellos no eran los tenderetes mágicos que Tella había visto durante el primer Caraval. Las tiendas de Legend habían tenido toldos perfectos de seda suave, mientras que aquellas estaban cubiertas de andrajosos brocados y bordeadas de borlas

desvaídas. Aun así, todavía había algo sobrenatural en ellas. Justo cuando giró la cabeza para asentir y despedir a Julian, habría jurado que las tiendas cambiaban. Por un momento, el desgaste desapareció y su aspecto fue incluso más espectacular que el de los puestos de Caraval.

Tella atravesó el arco con audacia y se adentró en El Mercado Desaparecido.

Fue como entrar en un libro de historia ilustrado. Las mujeres llevaban vestidos de cintura baja con mangas abullonadas y cinturones a la cadera con gruesos bordados, mientras que los hombres vestían camisas de algodón cerradas con un cordón en la parte delantera y pantalones amplios metidos en el interior de sus botas de caña ancha.

Entre las tiendas, niños ataviados con ropas similares fingían luchar con espadas de madera o trenzaban coronas de flores.

—¡Bienvenida! ¡Bienvenida! ¡Bienvenida! El Mercado Desaparecido está a tu servicio. ¡Puede que no te marches con lo que quieres, pero te daremos lo que necesitas! —aulló un hombre vestido de pregonero mientras Tella se adentraba en el mercado.

Estaba claro que estaban acostumbrados a recibir visitantes de otras épocas. A ninguno de ellos parecía importarle su aspecto, con un vestido hasta la pantorrilla que no le quedaba bien y unas botas de piel desgastada que había pedido prestadas a una criada. Si acaso, parecía entusiasmar a todos.

Una mujer con una fina diadema de oro alrededor de la frente le ofreció un amuleto lleno de un líquido rosa rubor.

—Hola, dulzura. ¿Te gustaría algo para iluminar tu rostro ceniciento y recuperar a tu enamorado?

—¿Y algunas algas recién asadas? —gritó otro vendedor—. Sanan los corazones y las narices rotas.

—La chica no quiere tus algas podridas. ¡No curan nada! Lo que necesita es esto. —El mercader que tenía delante, un hombre muy arrugado al que le faltaban varios dientes, sacó un complicado tocado de perlas tan amplio como un parasol y con un velo tan fino como telarañas—. Si no tienes cuidado, señorita, tu piel estará muy pronto tan arrugada como la mía.

—No le digas eso. ¡Es preciosa! —exclamó una mujer de piel oscura con una toca de marfil. Su tienda era la más abarrotada del grupo. Ni siquiera había mesas dentro, solo brillantes montones de objetos peculiares—. Toma, mira mi espejo, niña. —La mujer agitó el brazo delante de Tella.

—Yo no…

Tella se detuvo para ver bien el espejo. Sus bordes estaban cubiertos de gruesas espirales de oro fundido, justo igual que El Aráculo, un objeto funesto en el que Tella había confiado demasiado cuando estaba atrapado en el interior de un naipe.

No sabía si se trataba de El Aráculo real, ahora que había sido liberado de la carta, pero apartó los ojos rápidamente y dio un paso atrás antes de que pudiera mostrarle alguna imagen funesta del futuro.

—En las manos correctas, revela algo más que el reflejo —susurró la mujer.

—¡No me interesa! Me gusta mi reflejo tal como es.

Tella se alejó a trompicones e hizo todo lo posible por no distraerse con los vendedores que intentaban colarle cepillos para no perder el pelo, gotas para cambiar sus ojos al color que deseara y un postre perturbador llamado *pastel de colibrí*.

Todos los mercaderes eran amables y quizá demasiado entusiastas, como si ella fuera la primera visitante que veían en siglos. Y tal vez fuera cierto, ya que El Mercado Desaparecido también había estado atrapado en la Baraja del Porvenir mágica.

—Tengo unos zapatos que evitarán que te pierdas. Serán tuyos a cambio de tu bonito cabello. —El entusiasmado comerciante ya tenía un pesado par de tijeras en las manos.

Tella estaba segura de que le habría cortado el pelo sin permiso si no hubiera corrido a la siguiente tienda. Estaba más vacía que las demás, con solo un par de cortinas de rayas turquesa y melocotón que caían desde el techo de tela hasta el suelo de tierra.

Una chica de belleza impresionante, más o menos de su misma edad, con una piel perfecta y unos adorables ojos cobalto del mismo color que su cabello, estaba sentada delante de las cortinas sobre un taburete alto. Saludó a Tella con una sonrisa incandescente, pero había pinturas con más profundidad en su mirada que ella. A diferencia del resto de los tenderos, la joven no le ofreció nada. Siguió moviendo las piernas hacia adelante y hacia atrás como una niña pequeña.

Tella estaba a punto de girar para marcharse cuando otra mujer apareció lentamente entre las cortinas. Esta era mucho mayor, con la piel arrugada y un cabello azul mate que parecía una versión deslavada del de la más joven. Tenían los mismos ojos cobalto, pero mientras que los de la joven estaban vacíos, los de la mayor eran agudos y astutos.

Era como si estuviera mirando dos versiones distintas de la misma persona. Una había perdido la juventud, y la otra había perdido el juicio.

—¿Sois hermanas? —aventuró Tella.

—Somos gemelas —contestó la mayor.

—¿Cómo es posible? —replicó Tella. No era que importara. Lo único que debía interesarle era que aquel era el lugar que estaba buscando, pero algo en aquellas *gemelas* le llenaba el estómago de plomo.

La hermana más joven siguió moviendo las piernas mientras el rostro arrugado de la mayor se ensombrecía.

—Hace mucho tiempo hicimos un trato que nos costó más de lo que esperábamos. Así que estás advertida: no hagas tratos con nosotras a menos que estés dispuesta a pagar costes inesperados. No hacemos cambios ni devoluciones. No habrá segundas oportunidades. Cuando nos compres un secreto, será tuyo; nosotras ya no lo recordaremos, igual que tú olvidarás lo que nos hayas entregado.

—¿Intentas atraer a los clientes o asustarlos? —le preguntó Tella.

—Intento ser justa. No engañamos a nuestros clientes, pero la naturaleza de nuestros tratos implica que nadie sepa nunca qué está ganando o perdiendo.

Tella no necesitaba que se lo dijeran. Sabía que un trato hecho en un lugar aciago seguramente le costaría más de lo que esperaba. Pero si poseían un secreto que revelara una debilidad con la que pudiera matar a La Estrella Caída, no lo lamentaría. Los Destinos eran peligrosos pero mantenían sus promesas, y El Mercado Desaparecido le prometía a la gente que encontraría lo que necesitaba. Y Tella necesitaba un secreto. Lo necesitaba para que su hermana dejara de estar en peligro, para que dejaran de jugar con los humanos como si fueran marionetas, y para que nadie más fuera asesinado como su madre, Legend o Nicolas.

—De acuerdo —dijo Tella—. ¿Cuánto me costaría descubrir un secreto sobre un Destino?

—Depende del Destino y del tipo de secreto.

—Quiero saber cómo matar a La Estrella Caída.

—Eso no es un secreto, preciosa. Los inmortales solo tienen una debilidad: el amor.

—Pero él debe tener otra debilidad… Una que no quiere que nadie descubra.

Necesitaba encontrar un modo de evitar que su hermana siguiera en peligro, porque si el amor era la única debilidad de La Estrella Caída,

entonces Scarlett sería la más adecuada para derrotarlo, o para morir intentándolo.

No podía dejar que su hermana muriera. Y aun así creía oír el tictac de la vida de Scarlett mientras la joven de cabello azul seguía pata-pata-pataleando y la otra cerraba los ojos para pensar.

—Tengo uno de sus secretos —dijo después de un momento. A continuación, se dirigió a su hermana menor—. Millicent, querida, abre la cámara.

La joven tiró de una borla cobre que Tella no había visto y las pesadas cortinas tras la mujer mayor se apartaron de inmediato, revelando hilera tras hilera tras hilera de estantes llenos de antiguos cofres del tesoro. Los había de todos los tamaños y colores. Algunos parecían estar desmoronándose de viejos; otros brillaban con el barniz todavía húmedo. Algunos no parecían mayores que la palma de la mano de Tella mientras que varios eran suficientemente grandes para albergar cadáveres en ellos.

Después de un minuto o dos, la hermana mayor regresó de entre los estantes con un cofre cuadrado de jaspe rojo; contenía un corazón con llamas a su alrededor pintado en su parte superior. A primera vista, la pintura naranja y amarilla estaba un poco descascarillada y mate, pero cuando Tella levantó la mirada y la dirigió a la hermana mayor, la imagen titiló y, por un momento, vio unas llamas reales lamiendo el corazón.

—Si usas el secreto del interior correctamente, te ayudará a derrotar a La Estrella Caída. No obstante… —La mujer se acercó la caja a su pecho—. Antes de entregártelo necesito un secreto tuyo.

—¿Puedo elegir yo el secreto? —le preguntó Tella.

La mujer le dedicó una sonrisa peculiar, una que iluminó sus ojos sin mover sus labios.

—Me temo que tus secretos no son bastante valiosos para intercambiarlos por este, señorita Dragna. El secreto que queremos pertenece a tu hija.

—Yo no tengo ninguna hija.

—La tendrás. Te hemos conocido en nuestro pasado y en tu futuro, y sabemos que algún día tendrás una hija.

—¿Sabes quién será el padre de esa hija? —La nueva voz era grave y profunda y su sonido hizo que el corazón de Tella latiera dos veces más rápido.

Se giró para mirar.

Los colores de El Mercado Desaparecido se mezclaron como si el mundo girara demasiado rápido a su alrededor, emborronándolo todo excepto al

joven atractivo que tenía delante, y que ocupaba toda la entrada de la tienda.

Legend estaba allí.

33
Donatella

Legend estaba allí y estaba vivo, tan vivo que solo verlo la hizo sonreír hasta que le dolieron las mejillas.

—Has vuelto. —Ni siquiera le importó pronunciar las palabras sin aliento.

Había dejado de fingir que verlo no le robaba la respiración. Parecía un deseo recién concedido. Sus ojos estaban llenos de estrellas, su piel broncínea brillaba tenuemente y su cabello oscuro estaba un poco despeinado. No llevaba pañuelo al cuello y los botones superiores de su camisa negra estaban desabrochados, como si hubiera tenido prisa por marcharse… por llegar hasta *ella*.

Si su sonrisa no fuera tan amplia como podía ser, hubiera sonreído incluso más.

—¿Creías que no iba a volver?

Sus ojos se encontraron y Legend elevó las comisuras de su boca en la sonrisa arrogante que tanto le gustaba a Tella.

—Estaba… —Se detuvo. La palabra *preocupada* quedó atascada en su garganta. Había solo una razón para estar preocupada por él.

Se tragó las palabras mientras luchaba por contener su sonrisa. Estaba vivo. Estaba vivo y allí, y eso era lo único que importaba. Estaba vivo. Nunca se habría perdonado que hubiera muerto por amarla. Y aun así, le dolió mucho darse cuenta de que si estaba allí en aquel momento, como un sueño hecho realidad, era porque no la quería, aunque ella lo hiciera desesperadamente.

—*Ejem* —dijo la hermana mayor—. Por si ambos lo habéis olvidado, el tiempo se mueve de un modo distinto aquí y yo estaba en mitad de una conversación.

Legend apretó los labios en una línea mientras se giraba hacia la mujer para mirarla con los ojos ligeramente entornados, como si le hubiera gustado

usar una ilusión para hacerla desaparecer. Quizá lo estuviera intentando, pero su magia no funcionaba igual en el interior de aquel lugar aciago.

Lo que era bueno, porque Tella necesitaba aquel lugar y a aquella mujer.

—Has dicho que tendré una hija —dijo Tella.

—Sí. El padre de tu hija poseerá magia —contestó la mujer—. Tu hija nacerá con un don muy poderoso, pero tendrá una debilidad fatal. A cambio del secreto mejor guardado de La Estrella Caída, queremos que descubras la debilidad secreta de tu hija y que después regreses al mercado y nos entregues ese conocimiento.

—¿Estáis seguras de que no queréis ninguno de mis secretos? —preguntó Tella de nuevo.

Todavía no había asimilado la idea de tener una hija, o de que visitaría de nuevo aquel mercado en el futuro, lo que la hacía pensar que sobreviviría a todo aquello. Pero odiaba pensar que aquel era el único modo.

—Todavía no nos has dicho quién es el padre —dijo Legend, apoyando el hombro despreocupadamente en un poste de la tienda, aunque Tella habría jurado ver un músculo latiendo en su mandíbula.

—No tenemos permiso para compartir esa información —replicó la hermana mayor—, y no es bueno saber demasiado del futuro.

Tella asintió. La carta de El Aráculo le había mostrado atisbos del futuro y eso casi la había matado. Aun así, no pudo contenerse y preguntó:

—¿Puedes decirme solo si *él* es el padre?

—¿Quién más podría serlo? —gruñó Legend.

—¡No te enfades conmigo! —le espetó Tella—. Tú fuiste el primero en hacer la pregunta.

Y además no me quieres, le dijo con la mirada.

Los ojos de Legend destellaron con oro. De repente, entró en la tienda y se detuvo ante ella, mirándola con el rostro atractivo que había temido no volver a ver jamás.

—Te pedí que te convirtieras en inmortal.

Le rodeó la cintura con una mano cálida, fuerte y sólida mientras buscaba su nuca con la otra. Su sonrisa se volvió diabólica mientras la acercaba.

Tella se quedó sin respiración.

—¿Qué estás haciendo?

—Pidiéndotelo de nuevo.

La besó con brusquedad, rápido y un poco salvaje. Tella separó los labios, pero eso fue todo lo que pudo hacer. La mano en su cintura la mantenía presionada contra él mientras extendía los dedos por su cuello, cubriendo su

garganta para echarle la cabeza hacia atrás, profundizar el beso y tomar el control por completo. Estaba poseyéndola, dominándola con cada caricia de su lengua y la presión de sus labios, diciéndole sin palabras una vez más que quería retenerla para siempre. No la besó como si acabara de volver a la vida; la besó como si hubiera muerto, como si lo hubieran enterrado y hubiera tenido que abrirse camino con las uñas a través de la tierra para salir de la tumba y llegar hasta ella.

Tella no había experimentado una sensación tan embriagadora en toda su vida. Puede que no la quisiera, pero Julian tenía razón: Legend sabía cómo hacerla sentir única.

—Solo di que sí —dijo contra sus labios—. Deja que te haga inmortal.

—No estás jugando limpio —murmuró Tella.

—Nunca he dicho que lo hiciera, y no lo haré esta vez. —Acarició con el pulgar la sensible columna de su cuello—. Eres demasiado importante para mí, Tella.

Pero no me quieres. Por doloroso que fuera saber que no la quería, también sabía que, de hacerlo, no estaría vivo en ese momento.

—*Ejem*. —La hermana mayor se aclaró la garganta—. Si deseáis comenzar a hacer esa niña ahora, me temo que este no es el lugar.

Tella se apartó de Legend de un salto, regresando bruscamente a la terrible realidad y sonrojándose más que en toda su vida.

—Bueno, sugiero que continuemos —prosiguió la hermana mayor—. Si seguís con lo que estáis haciendo, habrán pasado semanas en vuestro mundo para cuando abandonéis el nuestro.

Por todos los santos. Tella se había olvidado del tiempo. No había oído ninguna campanada, pero suponía que ya había pasado una hora, quizá más, lo que significaba que al menos un día había llegado y se había marchado en su mundo. Otro día que su hermana había pasado secuestrada por el Destino que había asesinado a su madre y en el que la gente de Valenda había sufrido horrores incognoscibles mientras el resto de los Destinos jugaban con ellos como juguetes a los que quisieran romper.

Y ella había estado besuqueándose con Legend.

Volvió a clavar los ojos en la caja de jaspe rojo que la mujer mayor tenía en las manos. Había acudido allí para buscar aquello, un secreto que los salvara a todos, y lo necesitaba costara lo que costare.

—Lo haré —dijo Tella—. Haré el trato.

—Tella, no tienes que hacerlo. —Legend se dirigió a la mujer mayor, ladeando la cabeza y mostrando una sonrisa que haría desmayarse a la

mayoría de las damas—. Puedes quedarte con uno de mis secretos.

La hermana mayor frunció los labios.

—No estamos interesadas.

Una arruga ofendida se formó entre las cejas oscuras de Legend.

—Entonces tiene que haber otra cosa que quieras.

Afuera, el sol todavía cubría el mundo con su luz alimonada, pero nada de ello llegaba al interior de la tienda. El aire se estaba enfriando, llenándose de pesadas oleadas de reptante niebla azul plateada.

—Legend… —Tella le puso una mano en el brazo antes de que la niebla se volviera demasiado densa para ver a través de ella—. No pasa nada, no tienes que salvarme. Sé lo que estoy haciendo.

—Pero no deberías tener que hacerlo. —Se giró de nuevo hacia ella y, aunque no dijo nada más, su mirada estaba cargada de amabilidad y pesar. No se trataba de él ni de sus secretos.

Legend estaba pensando en la única cosa en la que Tella no había querido pensar. O quizás en la única persona: *su madre*.

Cuando su madre había estado en posesión de la Baraja del Porvenir en la que los Destinos estaban encerrados, el Templo de las Estrellas le había pedido que les entregara a Scarlett a cambio de ocultar el objeto maldito. Paloma se había negado, pero no dudó en ofrecerles a Tella. Y ese le había parecido el peor tipo de traición, uno similar al que ella estaba a punto de ejecutar ahora.

—No tienes que hacerlo —insistió Legend.

Pero Tella no veía una mejor opción y temía no poder arriesgarse a tomarse el tiempo para encontrar una.

—Mi hermana… Está con La Estrella Caída. No estará a salvo hasta que él haya muerto.

—Lo sé, Julian me lo contó antes de venir aquí.

—Entonces sabes lo que tengo que hacer. —Tella se giró hacia las hermanas antes de que su conciencia intentara convencerla para cambiar de idea—. Trato hecho.

—Excelente —dijo la mayor—. Solo necesitamos sellar tu promesa. Si no consigues descubrir la debilidad secreta de tu hija antes del día que cumpla diecisiete años, o si decides no entregárnosla, te costará la vida.

Y antes de que nadie pudiera protestar, la hermana menor presionó un grueso bastón de hierro contra la cara interna de la muñeca de Tella.

La joven gritó.

Legend se lanzó hacia delante y le agarró la mano libre.

—Mírame, Tella. —Su mano era fuerte y consoladora, pero no lo suficiente para distraerla del dolor o de la tristeza. Demasiada tristeza.

Tella estaba familiarizada con el mal de amores, pero aquel era el tipo de dolor que aparecía cuando rompías el corazón de otra persona. Un corazón frágil. El corazón de un niño. El corazón de una hija.

Tella cerró los ojos para detener las lágrimas.

La hermana más joven retiró el fierro de su muñeca. Allí donde la carne había estado intacta había ahora una fina cicatriz blanca con la forma de una cerradura hecha de espinas. No le dolía. El dolor desapareció de inmediato junto con el fierro. Pero aunque ya no sentía dolor ni tristeza, tampoco se sentía como antes.

Pensó en su madre y en la visión en la que la había entregado al templo. Tella nunca sabría por qué había tomado las decisiones que había tomado, pero en aquel momento creía que no había sido porque no le importara, sino por lo contrario: le importaba tanto como para hacer lo que fuera necesario. Quizá por eso había decidido entregar a Tella en lugar de a Scarlett. Scarlett se sacrificaría sin dudarlo, se destruiría, si pensara que eso era lo correcto. Tella era más parecida a Paloma, dispuesta a hacer lo que fuera necesario aunque no fuera lo correcto, si con eso conseguía lo que necesitaba. Puede que Paloma la hubiera sacrificado porque sabía que eso no la destruiría.

Se prometió en silencio que se aseguraría de que su hija no tuviera que verse en una situación así. Cuando aquello hubiera terminado, encontraría el modo de arreglarlo, costara lo que costare.



Tella tenía la caja de jaspe rojo en una mano y la mano de Legend en la otra. No la había soltado desde que la agarró en la tienda. Sus dedos sólidos seguían entrelazados, manteniéndola cerca mientras regresaban a través del bullicioso mercado. No había intentado besarla de nuevo, pero de vez en cuando lo miraba y veía en él una sonrisa satisfecha.

Quería echar un vistazo al interior de la caja, quería saber a cambio de qué secreto había prometido tanto, pero no quería quedarse allí más tiempo del necesario. Suponía que había pasado una hora o dos, pero quizás hubiera sido más tiempo. Puede que Legend y ella hubieran perdido tres o cuatro días en lugar de solo uno o dos.

Cuando cruzaron el arco que los llevaría de vuelta a Valenda, el cielo era de un azul medianoche que hacía imposible saber la hora o cuánto tiempo había pasado.

Legend tenía residencias privadas por toda la ciudad. Se suponía que Julian estaría esperándolos en la Casa Estrecha del Barrio de las Especias. De todos sus intérpretes, solo Aiko, Nigel, Caspar y Jovan la conocían.

Dirigirse allí debería haber sido más seguro que quedarse en las inhóspitas calles de Valenda; la basura no había tardado en acumularse ahora que la monarquía estaba en riesgo. Tella no vio a ningún Destino, pero detectó su impureza instalándose allí donde los juerguistas nocturnos habían estado.

La caja de jaspe que Tella tenía en la mano parecía más pesada. Sentía la necesidad de abrirla, pero ya habían llegado a la Casa Estrecha, que efectivamente era una estructura alargada. A primera vista parecía poco más amplia que una entrada e igual de torcida que el resto de las viviendas de aquella parte de la ciudad. Pero cuanto más se acercaban, más ancha se hacía.

Tella la observó mientras unas decorativas ventanas arqueadas aparecían a cada lado de la puerta. Bajo ellas había parterres con flores, a rebosar de dedaleras blancas que habría jurado que no estaban allí unos momentos antes.

La casa habría resultado inusualmente encantadora si no hubiera levantado la mirada y visto a La Doncella de la Muerte en la ventana de la segunda planta, dedicándole una sonrisa macabra desde el interior de su jaula de perlas.

Legend le apretó la mano.

En las Barajas del Porvenir, La Doncella de la Muerte predecía la pérdida de un ser querido. Y era la carta que había augurado que Tella perdería a su madre.

El aire crepitó a su alrededor y una fracción de segundo más tarde una figura embozada se materializó entre Tella y Legend.

La joven se detuvo. No podía verle el rostro, ya que lo tenía oculto por la capa, pero no lo necesitaba. Solo había un Destino con la habilidad de viajar a través del tiempo y del espacio y de materializarse a voluntad: El Asesino. Que según decía Jacks, también estaba loco.

—La Doncella de la Muerte está aquí para veros a ambos —dijo.

34
Donatella

La Casa Estrecha estaba bajo otro de los hechizos de Legend.

Tella la había visto desde afuera y le había parecido encantadora, pero por dentro le recordó a la ilusión que Legend había creado en el calabozo, cuando convirtió su celda en un despacho de cuatro plantas. El techo de la Casa Estrecha se alzaba aún más alto, y los libros de las estanterías que los rodeaban no parecían tan impolutos como en su ilusión. Algunos de los tomos eran viejos y frágiles y estaban agrietados, como si hubieran experimentado varias vidas antes de encontrar un hogar en aquellos estantes.

Legend mantuvo un brazo protector alrededor de los hombros de Tella mientras entraban en la sala abovedada. Él ni siquiera había querido que entrara en la casa, pero El Asesino había sido insistente y también Tella; aquella era su lucha tanto como la de Legend.

La escena en la que se adentraron podría haber sido una pintura llamada *Rehenes tomando el té*. Los intérpretes más leales de Legend estaban rígidamente sentados en sillas capitoneadas rojas, alrededor de una brillante mesa de ébano sobre la que había un servicio de té de peltre que nadie excepto Nigel, el adivino cubierto de tatuajes de Legend, había tocado. Julian y Jovan estaban también allí, así como Aiko, la historiógrafa de Legend que atrapaba en sus dibujos los sucesos de Caraval, y Caspar, que en el pasado había fingido ser el prometido de Tella.

Tras ellos estaban El Asesino y La Doncella de la Muerte, como fúnebres anfitriones. Algunos de los Destinos que Tella había visto antes resplandecían, pero El Asesino, que mantenía el rostro oculto por su gruesa caperuza, parecía recolectar sombras.

La Doncella de la Muerte era exactamente igual que su naipe en la Baraja del Porvenir. Tenía la cabeza en el interior de los curvados barrotes de perlas de una jaula y su vestido parecía hecho de largos jirones de gasa. Ella

tampoco resplandecía, pero su vestido deshilachado se hinchaba a su alrededor como si controlara su propio viento.

—No nos tengáis miedo —les pidió La Doncella de la Muerte—. Estamos aquí para ayudaros a derrotar a La Estrella Caída.

—Y si quisiéramos haceros daño, os habría atravesado el corazón con una daga en cuanto os vi afuera. —La voz de El Asesino sonó como un clavo traspasando un cristal, brusco y discordante.

—¿Así es como os ganáis a la gente? —murmuró Julian.

—Daeshim, ¿recuerdas lo que hablamos? —trinó La Doncella de la Muerte en una voz mucho más amable que la de su compañero embozado.

—Me pediste que me mostrara amistoso. Eso ha sido una broma.

Nadie se rio excepto Jovan.

—Creo que necesitas trabajar ese sentido del humor, colega.

—Si no nos matas a todos, yo podría ayudarte con eso —añadió Caspar.

—Gracias —respondió El Asesino, aunque su educación no pareció relajar a nadie. Si acaso, el ambiente de la habitación se tensó más. Ver a Caspar y a Jovan sonriéndole a El Asesino encapuchado era como observar a unos gatitos saltando hacia un cocodrilo.

—Sé que no tenéis muchas razones para confiar en nosotros, pero he venido a advertiros de un mal, no a traéroslo. —Los ojos tristes de La Doncella de la Muerte se encontraron con los de Legend y la brisa que agitaba su vestido se hizo más fuerte—. Si os negáis a aceptar nuestra ayuda, el mundo entero estará en peligro.

—El peligro al que se enfrenta nuestro mundo sois vosotros —dijo Legend.

—Tú no eres tan diferente de nosotros —le contestó La Doncella de la Muerte—. Eres inmortal y tienes habilidades como las nuestras. Pero no sabes lo que es estar sometido a La Estrella Caída. Somos sus abominaciones inmortales y, cuando nos portamos mal, nos castiga para toda la eternidad. Vuestras leyendas afirman que la Muerte me aprisionó la cabeza en perlas, pero en realidad fue Gavriel. Hace mucho tiempo, me deseó y yo lo rechacé, así que me encerró la cabeza en este orbe maldito para evitar que nadie más me tocara. He intentado quitármela, incluso he muerto y he regresado a la vida, pero la jaula permanecerá conmigo hasta que Gavriel muera.

—¿Y cuál es tu historia de infortunio? —preguntó Tella a El Asesino.

—No es asunto tuyo. Deberías confiar en mí solo porque todavía no he matado a ninguno de los tuyos.

—A mí me vale —dijo Caspar, riéndose. Parecía pensar que El Asesino había hecho otra broma, aunque Tella no estaba tan segura.

Julian también parecía desconfiar. Se sentó frente a los Destinos, apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante con una mirada que parecía a punto de pedir pelea.

—Todos estamos de acuerdo: odiamos a La Estrella Caída. Pero aun así me resulta difícil creer que deseéis su muerte, ya que matarlo os volvería a ambos más vulnerables.

—Ser vulnerable no es tan malo como algunos creen —dijo La Doncella de la Muerte—. La muerte de La Estrella Caída nos hará eternos. Si morimos, no regresaremos a la vida, eso es cierto, pero siendo eternos todavía podríamos vivir casi tanto tiempo como si fuéramos inmortales, si tenemos cuidado. No obstante, ninguno de nosotros quiere vivir tanto. Entre nosotros hay algunos a los que les gustaría tener la opción de morir, pero no están dispuestos a oponerse a él abiertamente. Nadie quiere pasar una eternidad en una jaula.

—Eso me lo creo. —El tono de Legend era más diplomático que el de su hermano, pero estaba claro por el peso de sus palabras que un paso en falso de los Destinos lo haría cambiar de opinión—. ¿Podemos hablar un minuto a solas? Si de verdad estáis aquí para ayudarnos, supongo que eso no será un problema.

La Doncella de la Muerte se deslizó en silencio hacia el lugar junto a la puerta en donde estaban Legend y Tella. Cuando se marchó El Asesino desapareció, sencilla y desconcertantemente, de un modo que les recordó a todos que en cualquier momento podía reaparecer con los cuchillos de los que había hablado.

Tella habría jurado que los muros temblaron, como si el despacho hubiera dejado por fin de contener el aliento.

Legend la soltó, pero no la dejó alejarse mientras se acercaba a la mesa. Era la primera vez que ella lo veía interactuar con sus intérpretes de aquel modo. Algunos de ellos ni siquiera sabían quién era en realidad, pero aquellos eran sus colaboradores más cercanos.

Se produjo un silencio respetuoso mientras Legend y Tella se acercaban juntos a la mesa. Todos parecían ansiosos por dar su opinión, pero nadie dijo una palabra hasta que Legend se dirigió a Nigel.

El tatuado adivino levantó una taza de té y tomó un sorbo antes de hablar con sus labios rodeados de alambre de espino, dibujado con tinta.

—No he conseguido leerlos. Los ojos de El Asesino estaban ocultos bajo su caperuza y, cuando La Doncella de la Muerte me miraba, solo me miraba los ojos. Los suyos nunca se posaron en ninguno de mis tatuajes.

—¿Cuál es tu impresión personal? —le preguntó Legend.

—Que nunca hay que confiar en un Destino —dijo Nigel.

—Si El Asesino quisiera hacernos daño, lo habría hecho —lo interrumpió Caspar.

—Puede que sus planes vayan más allá de asesinarnos en un salón —dijo Jovan.

—No todos los Destinos son asesinos —apuntó Aiko.

—Entonces, ¿creéis que deberíamos confiar en ellos? —les preguntó Legend.

—Sí —respondieron Caspar y Aiko al mismo tiempo que Jovan pronunciaba con firmeza:

—No. Nadie que use un artículo delante de su nombre puede ser de fiar. Pero ya que tus órdenes fueron que el resto de nuestra compañía se pusiera a salvo en tu isla, quizá no sería mala idea reclutar nuevos aliados.

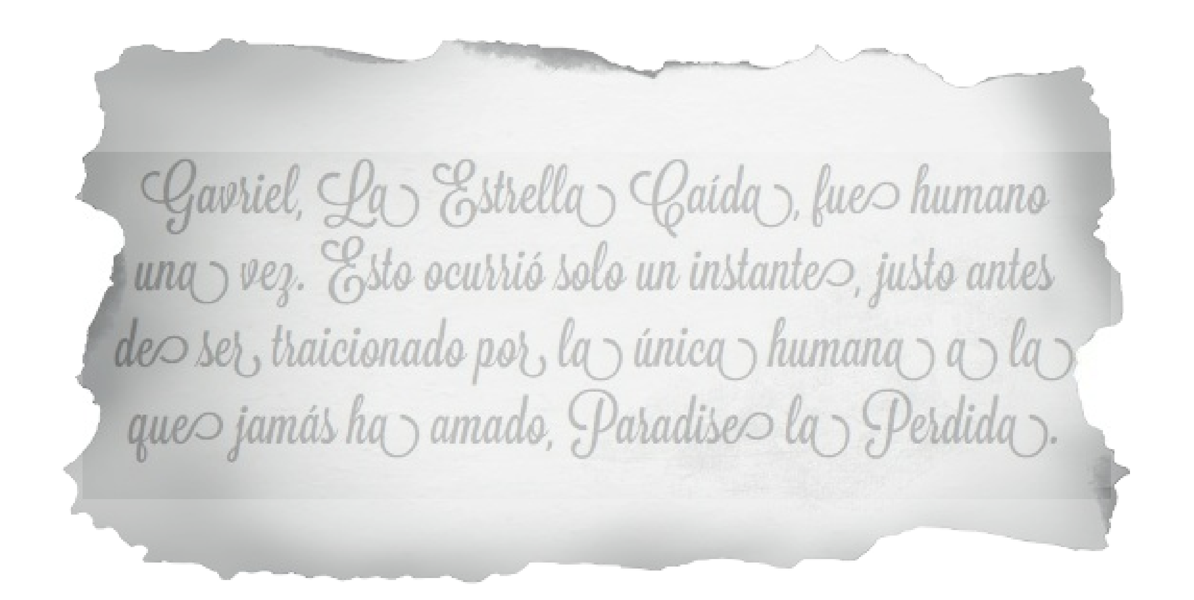
Legend se giró hacia Julian.

—No puedo creer que vaya a decir esto, pero… —Julian se frotó la cicatriz que le marcaba la cara—. Me gustan los poderes de El Asesino. Él podría llegar hasta Escarlata, si alguna vez lo necesitamos.

—No lo sé —interrumpió Tella—. He oído que El Asesino no está cuerdo porque ha viajado demasiado a través del tiempo. Además, puede que ya no lo necesitemos, ni a él ni a La Doncella de la Muerte. Podríamos tener ya la respuesta para derrotar a La Estrella Caída.

Se soltó del brazo de Legend y les mostró su caja de jaspe rojo mientras les explicaba rápidamente por qué podría ser la respuesta a todos sus problemas.

Pero casi tan pronto como la abrió, se dio cuenta de que no sería una respuesta a nada. La nota del interior era tan fina que podría deshacerse al tocarla.



Tella ignoró la punzada que sintió al ver el nombre de su madre y releyó la nota, esperando que apareciera alguna palabra más. Pero no fue así.

Aquello no era lo que había querido.

Había esperado una lista de debilidades, una tara mortal o un plan sencillo que describiera exactamente cómo asesinar a un Destino, o a La Estrella Caída. Pero aquel secreto solo le decía que la única persona que podía matar a La Estrella Caída ya estaba muerta.

—Da igual.

Tella dejó la caja sobre la mesa. Habría hecho una bola con las palabras inútiles de su interior, pero la nota desapareció tan pronto como terminó de releerla. *Plaf*. Desaparecida.

Sentía flaquear su esperanza, pero se negaba a dejar de buscar la debilidad de Gavriel. La noche en la que su madre murió, Tella no había comprendido por qué lo había apuñalado. Ahora lo sabía. Paloma debía creer que Gavriel todavía la amaba y que su reunión lo volvería mortal y conseguiría matarlo, pero en cambio fue él quien la mató.

—¿Habéis tomado una decisión? —La Doncella de la Muerte habló en voz baja desde la puerta, pero Tella podía sentir el poder latiendo a su alrededor mientras su espectral vestido flotaba y El Asesino se mantenía a su lado reuniendo sombras.

El atractivo rostro de Legend parecía impasible, pero Tella habría jurado que la entrada arqueada bajo la que estaban se elevaba, haciendo que ambos parecieran más pequeños.

—Gracias por la oferta —les dijo—, pero preferimos luchar esta batalla solos.

—No creo que podáis ganar sin nosotros —suspiró La Doncella de la Muerte—. Al menos tomad esto.

Se escuchó un siseo y un chasquido, como una cerilla al encenderse, y El Asesino apareció junto a Tella para dejar dos gruesos discos en su palma. *Monedas del infortunio*.

Tella recordó el momento en el que Jacks le entregó una de ellas. Al principio había pensado que la moneda mágica era un regalo especial, pero había una razón por la que se llamaban «del infortunio»: no solo servían para invocar a los Destinos, sino para localizar a los humanos que las poseían.

—Por si cambiáis de idea —dijo con voz ronca El Asesino.

—Sostenedlas con fuerza, decid nuestros nombres e iremos en vuestra ayuda —les prometió La Doncella de la Muerte.

Tella tenía que admitir que eran más amables que el resto de los Destinos que había conocido, y aun así lanzó las monedas a una papelera en cuanto desaparecieron.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Jovan.

—Tengo una nueva idea —ofreció Tella.

Otra chica se habría quedado en silencio después de que su último plan fracasara estrepitosamente, pero esa era la razón por la que sentía la necesidad de encontrar un plan que funcionara. La idea era algo que Jacks había sugerido, pero no lo había considerado en serio hasta entonces. Sería arriesgado para su hermana, porque tendría que conseguir sangre de La Estrella Caída, pero si funcionaba, salvaría a Scarlett… y a todo el Imperio.

—En La Biblioteca Inmortal hay un libro que puede revelar la historia de cualquier persona o Destino. Si lo encontramos y leemos la historia de La Estrella Caída, descubriremos cualquier debilidad que tenga.

Aiko levantó la mirada de su cuaderno, en el que ya había comenzado a esbozar su encuentro con El Asesino y La Doncella de la Muerte.

—Estás hablando del *Ruscica*. Ese libro podría sernos muy útil, pero para acceder a la historia de La Estrella Caída necesitaríamos un vial con su sangre.

—Lo sé. —Tella tomó aliento profundamente, esperando que aquella apuesta mereciera la pena—. Mi hermana está con La Estrella Caída. Cuando tengamos el libro, podríamos enviarle un mensaje pidiéndole que consiguiera la sangre.

—No —objetó Julian—. Eso la pondría en peligro.

—Todos lo estamos —dijo Aiko.

—Y Scarlett no estará sola. —Legend miró a Nigel, Aiko, Caspar y Jovan alternativamente—. Mientras Tella y yo buscamos el *Ruscica*, Nigel volverá al palacio y descubrirá qué han planeado los Destinos a continuación. Aiko, descubre qué Destinos están en Valenda; no quiero que me sorprendan más visitas. Caspar, encuentra un modo de entrar en el palacio tú también e intenta averiguar si la gente es leal a los Destinos que hay al mando. Jovan, quiero que vigiles a Scarlett. Ve a las ruinas de La Casa de Fieras, asegúrate de que esté a salvo y, cuando puedas, entrégale una nota para que sepa que necesitamos la sangre de La Estrella Caída.

Tella quería protestar; conseguir la sangre de La Estrella Caída sería peligroso para Scarlett. No quería que lo intentara hasta que tuvieran el libro, pero cuanto más esperaran antes de pedirle la sangre, más tiempo estaría en La Casa de Fieras con él.

—Sigue sin gustarme este plan —dijo Julian—. Si alguien va a vigilar a Escarlata, debería ser yo.

—Ni loco —contestó Legend—. Te pillarán y, si te ocurre algo, no podré traerte de vuelta.

Julian fulminó a su hermano con la mirada.

—No tendrás que traerme de vuelta. No me pillarán.

—No voy a discutir esto. —Legend negó con la cabeza, desdeñoso.

Julian se levantó con brusquedad de su silla y, de repente, todos los de la mesa tuvieron algún otro sitio al que mirar. Sin embargo, Tella no podía apartar los ojos de ellos. Legend era más alto y más ancho, pero en el rostro de Julian había una emoción cruda que Legend jamás mostraba.

—No quieres discutir porque sabes que tengo razón.

—No la tienes —dijo Legend—. Estás enamorado y eso te hace torpe.

Julian hizo una mueca. También Tella.

Legend ni siquiera pareció notar su reacción.

—Tienes razón, Legend —dijo Tella, atrayendo su atención de nuevo. Él sonrió, satisfecho porque estuvieran de acuerdo, hasta que Tella continuó—: El amor es caótico. No es posible controlarlo fácilmente, pero eso es lo que lo hace tan poderoso. Es pasión desatada, es preocuparte por la vida de otra persona más que por la tuya. Estoy de acuerdo en que Julian tiene más probabilidades de ser atrapado, o algo peor, si va a La Casa de Fieras a vigilar a Scarlett, pero me parece admirable que esté dispuesto a asumir ese riesgo.

Julian se irguió un poco más.

—Gracias, Donatella.

—Pero sigo estando de acuerdo con Legend. Si tú estás en peligro, Julian, eso hará la situación de mi hermana aún más arriesgada; si descubre que estás allí y que necesitas ayuda, hará cualquier cosa por salvarte. Creo que lo mejor para ella sería que te mantuvieras alejado.

Julian negó con la cabeza. Tenía el ceño fruncido.

Pero no hubo más réplicas después de eso. Fue casi espeluznante que nadie más discutiera sus órdenes. Al final, todos aceptaron seguir las directrices de Legend, incluso Julian, cuya tarea no tenía nada que ver con infiltrarse en las ruinas de La Casa de Fieras donde Scarlett estaba retenida.

Mientras Tella observaba la silenciosa marcha de los demás, se preguntó si Legend los manipulaba. ¿Poseía otro tipo de magia que ella todavía no conocía? O quizá tuviera algo que ver con la relación que tenían con él…

—Sé lo que estás pensando —dijo Julian. Todos los demás se habían marchado y él estaba casi en la puerta, pero se giró y la miró—. Te preguntas si accedemos solo porque la magia nos une a Legend. Te preguntas si te ocurriría lo mismo a ti después de aceptar la oferta que te ha hecho para convertirte en inmortal…

—Julian —le advirtió Legend.

—Relájate, hermano. —Una sonrisa lobuna reemplazó el gesto de preocupación de Julian—. Solo iba a contarle la verdad. Todos tenemos libre albedrío, Tella. Si te haces inmortal, no perderás tu voluntad. No sentirás a mi hermano controlándote, pero tampoco lo sentirás amándote como yo amo a Escarlata.

Dicho eso, se marchó de la habitación dejando a Tella y a Legend a solas.

Las luces cálidas del despacho se atenuaron mientras Tella oía a Legend acercándose. El aire se calentó y su corazón latió más rápido, pero no se atrevió a mirarlo. Era demasiado fácil quedar hipnotizada por él.

Cuando la besó en el mercado, sintió cuánto la deseaba y creyó que quizás eso sería suficiente; ser deseada por Legend era una sensación embriagadora y poderosa. Después había observado a Julian. Tella nunca se había sentido atraída por Julian, pero por un momento odió lo celosa que se sintió de lo que su hermana tenía con él. *Suficiente*, nunca sería suficiente para ella. Quería un amor por el que mereciera la pena luchar, pero los inmortales no podían amar.

—Mi hermano solo dice eso porque está enfadado.

La voz grave de Legend sonó justo a su lado y, al oírla, su mundo se transformó. Las paredes se convirtieron en humo, la mesa abandonada se desvaneció y la puerta desapareció hasta que solo quedaron ellos dos de pie bajo un cielo de terciopelo lleno de surrealistas estrellas blancas.

Parpadeaban, resplandecían y brillaban, pero ninguna de ellas lo hacía como los ojos oscuros como el carbón de Legend cuando por fin lo miró.

—Hay otras ventajas en ser inmortal. —Su mano se deslizó alrededor de su cuello antes de que sus dedos se adentraran en su cabello—. Dame una oportunidad. Por favor.

Tella echó la cabeza hacia atrás, apoyándose en su palma ante las palabras *por favor*. El modo en el que las pronunció la hizo sentirse deseada e importante de nuevo.

La boca de Legend se curvó en una media sonrisa y el mundo se hizo un poquito más luminoso mientras varias estrellas caían del cielo, bajando hacia la Tierra en deslumbrantes arcos de fuego.

A Tella le encantaban sus fanfarronerías. La fascinaba su magia. Le gustaban muchas cosas de él. Lo deseaba más de lo que jamás había deseado a nadie y no quería que la soltara ni que la dejara en paz, ni siquiera un momento. Quería que la persiguiera hasta el fin del mundo, que apareciera en sus sueños cada noche y que estuviera allí también cuando despertara. Quería que la amara.

Pero sabiendo lo que el amor le costaría, no podía pedírselo de nuevo. Tenía que terminar con aquello, por ambos.

Sabía que Legend no la quería. Aunque él había dicho que jamás lo haría, lo último que deseaba era ser la razón por la que no volviera a la vida cuando muriera.

Entonces le dedicó la sonrisa con la que siempre acompañaba sus disculpas menos entusiastas.

—No puedo hacerlo.

Varias estrellas desaparecieron del cielo.

Tella dudó, pero no se detuvo.

—Creí que podría considerarlo, pero en realidad creo que me enamoré más de la idea de ti que de tu realidad.

Legend apretó la mandíbula.

—No lo dices en serio, Tella.

—Sí, es la verdad.

Se obligó a decir las palabras, aunque cada una de ellas tenía peor sabor que la anterior. Pero sabía que si no pasaba por aquello en ese momento, no conseguiría hacerlo después.

Era posible que Legend no pudiera sentir amor, pero por cómo la miraba, por cómo se cerró su boca en una línea tensa y sus ojos se volvieron distantes y cautos, estaba claro que podía sentir dolor.

Tella se obligó a continuar, aunque su sonrisa forzada desapareció.

—Es como cuando tú quisiste averiguar si podías convencer al mundo de que eras el heredero de Elantina. Solo que yo… —Tomó aire profundamente —. Yo quería saber si podía hacer que el Gran Maestro Legend se enamorara de mí.

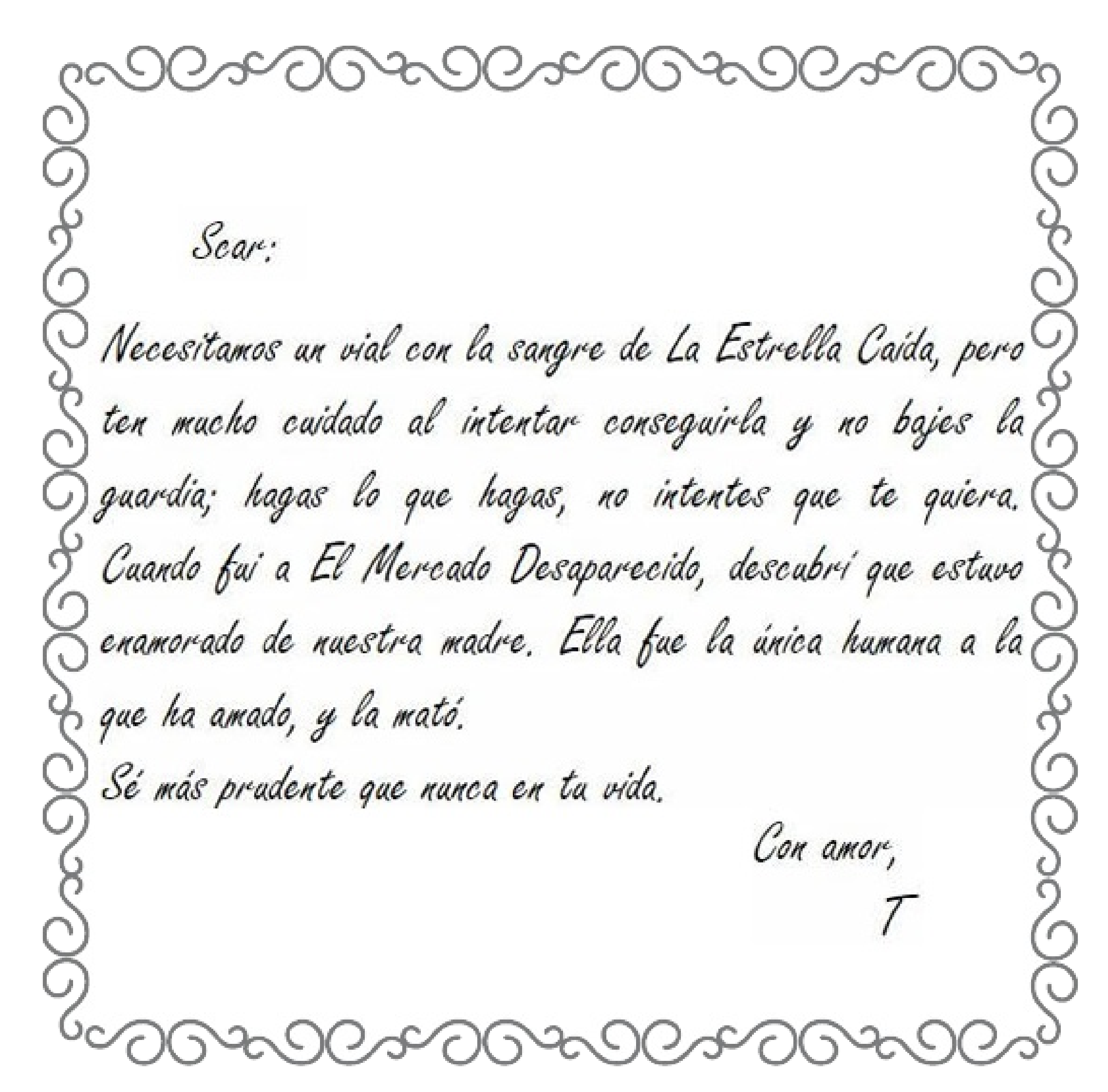
El rostro de Legend se convirtió en una máscara de perfecta calma, pero las pocas estrellas que quedaban en el cielo se apagaron de inmediato, envolviéndolos a ambos en una repentina oscuridad.

—Si eso es cierto, Donatella, ninguno de los dos hemos conseguido lo que queríamos.

Antes de que ella pudiera contestar, él se había ido.

35
Donatella

Aquella noche, Tella intentó no pensar en Legend. Necesitaba concentrarse. Mientras le escribía a su hermana la nota que podría condenarlos o salvarlos a todos, no podía pensar en las cosas dolorosas que le había dicho, o en cómo se había marchado él, dejándola en una completa oscuridad.



Scar:

Necesitamos un vial con la sangre de La Estrella Caída, pero ten mucho cuidado al intentar conseguirla y no bajes la guardia; hagas lo que hagas, no intentes que te quiera. Cuando fui a El Mercado Desaparecido, descubrí que estuvo enamorado de nuestra madre. Ella fue la única humana a la que ha amado, y la mató.

Sé más prudente que nunca en tu vida.

Con amor,

T

Tella había perdido la cuenta de todas las veces que releyó la nota antes de dársela por fin a Jovan, que se la entregaría a Scarlett cuando se hiciera de día porque ya era después de medianoche. Estaba agotada, pero incluso luego de meterse en la cama luchó contra el sueño, ya que no quería enfrentarse a lo que la esperaba (o, mejor dicho, a lo que *no* la esperaba) en él.

36
Donatella

El onírico carruaje aéreo se enfocó lentamente, envolviéndola como un recuerdo escondido entrelazado de atisbos de manzanas y magia. Los cojines de cuero sobre los que estaban sentados eran de color mantequilla y estaban bordeados de un grueso azul real a juego con las pesadas cortinas que bordeaban las ventanas ovaladas. Era exactamente igual que el primer carruaje aéreo en el que había estado, a excepción de su tamaño. Tenía la mitad del tamaño de un vagón normal, por lo que prácticamente no quedaba espacio entre ella y el hombre sentado enfrente, Jacks.

Sonrió como un bribón mientras lanzaba una brillante manzana blanca entre sus dedos pálidos. Y, por primera vez, Tella se alegró de haberle dado permiso para entrar en sus sueños.

La piel de la manzana parecía haber sido sumergida en purpurina, y aun así su brillo era una chispa frente a una llama si se comparaba con el de El Príncipe de Corazones. Estaba un poco desaliñado, como siempre: sus pantalones marrones claros solo estaban medio metidos en sus botas, su levita de terciopelo teja estaba arrugada y su pañuelo crema solo estaba a medio atar. Pero su piel brillaba como una estrella, su cabello dorado resplandecía más que ninguna corona y sus ojos sobrenaturales titilaban en un tono de azul que la hacía pensar en los errores más maravillosos.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le preguntó. Sabía que estaban en un sueño y que, como Legend, Jacks parecía tener la habilidad de controlarlo.

—Se me ocurrió intentar algo nuevo. Quiero que comencemos otra vez. —Le mostró sus hoyuelos de un modo que Tella interpretó como un esbozo de una sonrisa inocente.

Se preguntó brevemente qué habría pasado si la hubiera mirado con esa sonrisa la primera vez que se vieron, en lugar de amenazarla con lanzarla al

vacío. No habría pensado que era inocente o inofensivo, pero se habría sentido intrigada.

—Imagina que pudieras revivir ese día. ¿Qué habrías hecho de un modo distinto? —le preguntó Tella.

—Puede que te hubiera ofrecido un mordisco de mi manzana —replicó Jacks. Se inclinó hacia delante, acercándose a ella casi con reverencia, y dejó la brillante pieza de fruta en sus manos. Estaba más fría que su piel, casi ardiente en su gelidez—. Adelante, dale un bocado, amor mío. Es solo una manzana.

—Por alguna razón no te creo.

Su sonrisa se crispó.

—Puede que tenga un poco de magia.

—¿De qué tipo?

—Pruébala y descúbrelo. —La mirada desafiante de Jacks parecía un reto, de esos que perdería tan pronto como aceptara.

Si eso hubiera ocurrido la primera vez que se vieron, seguramente le habría dado un mordisco, curiosa por la mágica fruta blanca y esperando impresionar al incluso más mágico chico que tenía delante. Y seguramente eso la habría hecho presa de un hechizo mucho más peligroso que su beso.

—Creo que paso. —Le devolvió la manzana.

En lugar de aceptarla, la tomó a ella. En un instante, Tella estaba al otro lado del carruaje, sentada sobre su regazo. Los brazos fríos de Jacks la rodeaban y sus labios estaban bastante cerca para besarlo.

—Jacks. —Tella colocó una mano contra su pecho antes de que pudiera acercarse más—. La manzana me habría tentado, pero habría sido *yo* quien te empujara fuera del carruaje si hubieras intentado esto aquel día.

—Entonces empújame, Donatella. No te detendré, si eso es lo que quieres.

Pero en lugar de soltarla, la abrazó con más fuerza. Después ladeó la cabeza y sus labios encontraron el lugar sensible donde su cuello se encontraba con su mandíbula.

—Jacks…

Tella apenas tenía aliento. Su voz sonó como una invitación en lugar de como una advertencia mientras la boca de Jacks bajaba por su cuello, moviéndose lenta y suavemente sobre su piel. Sus labios descendieron hasta el hueco de su garganta y su corazón latió más rápido. Cuando Jacks la besaba, siempre se sentía un poco como si él la adorara. Y después de todo lo que acababa de pasar con Legend, era muy tentador permitir que siguiera haciéndolo.

—Dime qué quieres, Donatella. Dilo y te lo daré. —Su boca se detuvo sobre su clavícula.

—Jacks.

Tella le empujó el pecho con fuerza. En realidad, no había suficiente espacio en el carruaje para que se fuera a otra parte, pero pudo separar los labios del joven de su piel. Tres meses antes, no lo habría detenido. La Tella que no creía en el amor habría jugado con Jacks del mismo modo en el que él disfrutaba jugando con ella. Pero aquella noche se sentía demasiado vulnerable para jugar.

—Lo siento, Jacks. No creo que tú puedas darme lo que quiero.

El color de sus ojos perdió su brillo hasta convertirse en un pálido cristal marino. Algo parecido al dolor llenaba su mirada.

—Si hubiera recuperado mis poderes, podría hacerte cambiar de idea. Podría hacerte sentir más de lo que jamás has imaginado. Incluso podría hacer que el sentimiento durara para siempre, si me dijeras quién es Legend.

Le acarició la mejilla; sus manos eran cariñosas, pero no había nada adorable o cálido en lo que había sugerido.

A diferencia del resto de los Destinos, Jacks no había estado encerrado cuando Legend los liberó de la Baraja del Porvenir, así que seguía debilitado. Pero con sus poderes completos, él podría controlar las emociones de cualquiera. Y aunque dejar que se llevara sus sentimientos durante una noche había sido un alivio, Tella nunca le daría a nadie tanto poder sobre ella indefinidamente.

—Yo tampoco querría eso —dijo en voz baja.

—Al menos lo he intentado —contestó Jacks. Sus hoyuelos regresaron—. Supongo que voy a tener que esforzarme más.

Pasó los dedos por su mejilla una última vez mientras el sueño se disolvía.

37
Scarlett

Mientras Tella dormía, Scarlett recibió una nota escondida en el interior de la servilleta de lino que acompañaba su desayuno. Se resistió a abrir el mensaje de inmediato. En lugar de eso, tomó otro sorbo de su licor matinal y lentamente se guardó el papel en el bolsillo.

Habría jurado que veía penachos de exigente púrpura elevándose del lugar donde escondía el mensaje, como si contuviera parte de la impaciencia de su hermana.

La Dama Prisionera era amable. Le había contado lo que sabía de los planes de La Estrella Caída y no la había delatado por haber usado La Llave de Ensueño. Aun así, todavía no confiaba del todo en ella. Dejó la nota en su bolsillo hasta aquella tarde, cuando La Dama Prisionera cerró los ojos por fin para su siesta y Scarlett vio que sus colores cambiaban al pacífico azul de las aguas tranquilas.

La dama inmortal nunca dormía demasiado, y Scarlett suponía que tenía algo que ver con el hecho de que estuviera obligada a dormitar en un columpio. Leyó la nota rápidamente y después escribió una respuesta apresurada.

Donatella:

Conseguiré la sangre y tendré cuidado, pero lo que sea que estés haciendo tendrá que ser rápido. La Estrella Caída planea reclamar el trono dentro de tres días. Mientras, alardea de que sus Destinos seguirán atormentando la ciudad. Cuando haga su primera aparición pública, quiere que la gente de Valenda le suplique que tome el trono y reemplace a los Destinos que mataron a Legend. Nadie se quejará de que se haya coronado emperador hasta que sea demasiado tarde.

Con todo mi amor,

S

38
Donatella

Ingenuamente, Tella había imaginado que La Biblioteca Inmortal sería tan fácil de encontrar como El Mercado Desaparecido. Era casi tan risible como el hecho de que la palabra *fácil* todavía siguiera en su vocabulario.

Resopló con delicadeza.

Si Legend la oyó, no reaccionó. Sus hombros amplios no se movieron y su cabeza oscura no se apartó de las aguas de la fuente agrietada que había estado mirando, la misma fuente ante la que se besaron la noche en la que Tella se dio cuenta de que se estaba enamorando de él.

Ojalá desenamorarse de él fuera tan fácil.

Nunca antes había deseado dejar de amar a Legend. Pero aquel día, mientras buscaban entre las columnas decrépitas que rodeaban las ruinas de la esposa maldita, no dejaba de pensar en lo que Jacks le había ofrecido. No tenía todos sus poderes, así que en realidad no podía llevarse sus emociones durante más de un día ni cambiar de verdad sus sentimientos, pero se sentía un poco tentada por la idea de poder ser indiferente en lugar de sentirlo todo.

Sabía que Legend recordaba la noche que la había llevado allí para besarla hasta que olvidara su dolor. Si cerraba los ojos, ella también podía recordarlo todo. Rememoraba cómo la llevó hasta los peldaños llenos de musgo que había antes de las ruinas, cómo hablaron del pasado y se besaron después. Recordaba la suave e inquisitiva sensación de los labios de Legend en su boca y en su cuello y la brusquedad con la que sus manos se hundieron en la cuerda que rodeaba su cintura para acercarla a él mientras susurraba lo mucho que la deseaba.

Él tenía que recordarlo, pero se negaba a mirarla. Prácticamente la trataba como a una desconocida. Fue igual aquella mañana, en el resto de las ruinas que visitaron. Cuando hablaba, utilizaba respuestas breves a sus preguntas u órdenes sucintas.

Era injusto que de todos los planes que Tella había ideado últimamente, solo hubiera funcionado el que había trazado para alejarlo. Creía que podía soportar que Legend no la quisiera, pero no le estaba yendo muy bien con la idea de que la despreciara.

Rodeó la fuente de nuevo, aunque ya habían registrado aquella zona buscando imágenes que pudieran representar La Biblioteca Inmortal y conducirla al *Ruscica*. Habían hecho turnos para verter sangre sobre cualquier cosa que pareciera un símbolo. Pero o la entrada a La Biblioteca Inmortal no estaba allí, o se necesitaba algo más que sangre para abrirla.

Legend se pasó una mano por el cabello oscuro antes de dejar de mirar la fuente y comenzar a andar en silencio hacia los peldaños desmoronados que conducían de vuelta a las calles. Ambos estaban vestidos con la ropa ordinaria que hacía que la gente pasara desapercibida. Tella llevaba un vestido de manga corta del color de las aguas lodosas de un lago, mientras que Legend vestía pantalones marrones sencillos y una camisa de algodón con las mangas deshilachadas… aunque el canalla aún se movía con la arrogancia de alguien que sabía que los ojos se girarían en su dirección llevara lo que llevare. Sus pasos transmitían el tipo de confianza que algunas personas pasaban toda su vida buscando.

—¿Vienes? —le preguntó con aspereza cuando llegó a la parte superior de las escaleras.

—Depende de adónde vayas. —La voz que subió desde el pie de la escalera era de una belleza cristalizada, clara, delicada e inquebrantablemente fuerte.

Tella se acercó solo para oírla mejor. Legend intentó pasar por delante, pero Tella tenía que ver a quién pertenecía la voz.

La mujer que apareció sobre los peldaños era casi tan bonita como el sonido de sus palabras. Un vestido de gasa melocotón se agitaba sobre el suelo agrietado mientras se movía, igual que el vestido hecho jirones de La Doncella de la Muerte, como si una brisa mágica la siguiera allá adonde iba. Era más alta que Legend. Tenía la piel pálida y tan dura como el mármol, y el cabello casi rapado al cero. En la cabeza llevaba una fina diadema dorada que la hacía parecer una antigua princesa.

—Eres muy apuesto —le dijo a Legend con aquella misma e hipnótica voz.

Él contestó con una sonrisa irresistible.

—Eso cree la mayoría.

—¿*Tú* lo crees? —La fascinante mujer se dirigió a Tella.

Tan pronto como le hizo aquella pregunta, lo único que Tella pudo ver fueron imágenes de Legend. Lo recordó durante Caraval, cuando la esperó delante del Templo de las Estrellas con solo una tela amplia alrededor de su mitad inferior y revelando su pecho glorioso en todo su esculpido esplendor.

—Deberías verlo sin camisa. Es un espectáculo. —Tella se quedó boquiabierta tan pronto como pronunció las palabras. Ni siquiera conocía a aquella mujer, y se suponía que ya no estaba enamorada de Legend.

Él no sonrió con arrogancia, como habría hecho normalmente. De hecho, tenía una mirada homicida.

La mujer se rio, un sonido tan cautivador como su voz que parecía suplicarle que se riera con ella. Pero esta vez, Tella luchó contra la necesidad de ceder mientras se fijaba en su apariencia una vez más. Sus ojos volvieron a la diadema que rodeaba su cabeza. Estaba cubierta de símbolos antiguos que ella no podía leer, aunque suponía que, de poderlos descifrar, le dirían que aquella mujer no era una antigua princesa sino La Sacerdotisa de la Baraja del Porvenir.

Su magia estaba en su voz: por eso había respondido a su pregunta con sinceridad. Siempre que La Sacerdotisa hacía una pregunta, la persona a la que se dirigía tenía la opción de responder con honestidad o de oponerse a la pregunta y morir. Su voz no solo era persuasiva, era letal.

—Ya veo que jugar con vosotros dos va a ser divertido —dijo la dama—. ¿Os gustaría quedaros aquí y jugar conmigo?

A Tella se le erizó el vello de los brazos. La palabra *no* rompió contra su cráneo, seguida de *nunca* y de *preferiría matarte*. Pero sabía que sería un error gritar cualquiera de esas palabras, tal como deseaba.

Tenían que marcharse.

Pero las palabras *no* y *nunca* seguían golpeando su cráneo. Golpeando y golpeando y…

—Me temo que tenemos que ir a otro sitio —respondió Legend con suavidad.

Tella recuperó la habilidad de pensar, pero solo duró un momento.

—Qué decepción. —La Sacerdotisa hizo un mohín—. ¿Adónde vais, que es más interesante que pasar el tiempo conmigo?

Imágenes de La Biblioteca Inmortal arrancadas de las Barajas ocuparon la mente de Tella. Vio estanterías mágicas llenas de tomos prohibidos y después el *Ruscica* abierto en una página que contenía instrucciones detalladas sobre cómo matar a La Estrella Caída.

—Estamos buscando La Biblioteca Inmortal en las ruinas que rodean Valenda —dijo Legend. Su voz seguía siendo totalmente serena. Tella no sabía si ni siquiera intentaba luchar contra las preguntas o si la magia lo afectaba a él más que a ella, lo que le imposibilitaba contenerse y no responder.

En algún momento entre la pregunta actual y la anterior, La Sacerdotisa se había acercado a él. Sus largos dedos blancos estaban sobre su brazo y subían hacia su cuello.

—Ese sitio no es para humanos. ¿Qué podría hacer para convenceros de que os quedaras aquí conmigo?

Esta vez, la pregunta no estaba dirigida a Tella; no la notó presionándole el cráneo. Y aun así sintió que había más magia tras ella. Podía sentir la pregunta llenando las ruinas de un hedor nauseabundo y dulce mientras las manos de La Sacerdotisa subían hasta el cabello de Legend como lo habían hecho las manos de Esmeralda, y Tella temió que la dama no solo estuviera usando sus poderes para obligar a Legend a responder una pregunta. Quería poseerlo.

—¡Nada le hará cambiar de idea! —gritó Tella, atrayendo la atención de la desdichada inmortal hacia ella.

La Sacerdotisa apretó los labios.

—Tú no tienes demasiado desarrollado el sentido de la supervivencia, ¿verdad?

—Soy más fuerte de lo que cree la mayoría de la gente —dijo Tella.

Creyó ver regresar una fracción de la sonrisa perdida de Legend.

Antes de que La Sacerdotisa pudiera hacer otra pregunta, la tierra comenzó a temblar. Las ruinas traquetearon. Los peldaños se dividieron, la fuente maldita se rompió en dos y el vino se derramó por todo el suelo mientras los restos de la mansión en ruinas se derrumbaban en una estruendosa nube de polvo y escombros.

El polvo era tan denso que Tella no podía ver a Legend ni a La Sacerdotisa, pero creyó oír los pasos de la dama alejándose rápidamente mientras ella buscaba un lugar donde esconderse hasta que el terremoto cesara.

Lo único que podía ver era polvo, pero no se ahogó con él y, aunque el mundo se estaba derrumbando a su alrededor, se dio cuenta de que en realidad nada la tocaba.

—¿Legend? —preguntó, vacilante, aunque estaba casi segura de que La Sacerdotisa se había ido—. Dime que esto lo estás haciendo tú.

El polvo se desvaneció, el temblor cesó y las ruinas siguieron donde estaban. Las únicas grietas que permanecían allí eran las que habían estado antes. Había sido una ilusión.

Legend apareció a continuación. Pero a diferencia de las ruinas, él estaba muy diferente: se tambaleó hacia Tella con el cabello húmedo pegado a la frente y la piel cenicienta.

Legend nunca se tambaleaba.

Tella lo rodeó con los brazos por instinto; él estaba realmente debilitado o habían alcanzado una tregua temporal, porque no la apartó. Se apoyó con pesadez en ella, incapaz de moverse. Estaba agotado. Había usado demasiada magia.

Legend era reservado con muchas cosas, incluyendo todo lo que tuviera algo que ver con sus poderes, pero ella sabía que su magia alcanzaba su máximo durante Caraval porque estaba alimentada por las emociones de los asistentes. Probablemente había sido más fuerte en el palacio por razones similares.

—No tenías que hacer todo eso para asustarla —dijo Tella.

Los dedos de Legend encontraron su cabello y peinaron sus rizos, un gesto sin pensar del que seguramente ni siquiera era consciente.

—No quería que te hiciera alguna pregunta que pudieras negarte a responder.

—No soy tan testaruda —resopló.

—Sí, lo eres —murmuró—, pero me gusta eso de ti.

La mano de Legend abandonó sus rizos y rodeó la parte vulnerable de su cuello, sin duda un gesto intencionado. Le acarició la piel con unos dedos que la hicieron pensar que no estaba tan débil como había parecido y después echó la cabeza hacia atrás hasta que lo miró.

El color ya estaba regresando a su atractivo rostro, haciéndolo parecer un poco más intocable. Y seguía sin tocarla.

Tella se mordió el labio inferior. Durante un momento de debilidad, esperó que aquello no fuera una tregua temporal y que por fin hubiera visto la verdad tras sus palabras de la noche anterior.

Legend le soltó el cuello y se apartó.

—Deberíamos irnos.

—Pero si acabo de llegar.

El Príncipe de Corazones apareció sobre las escaleras. Se apoyó en una barandilla desmoronada en un elegante caos de ropa arrugada, movimientos

perezosos y cabello dorado que caía sobre unos ojos que parecían haber estado observándolos durante un rato.

La piel de Tella se cubrió de hielo, pero era distinto del frío que sentía cuando Jacks la miraba. Los ojos de El Príncipe de Corazones se posaron en Legend, al que él y el resto del Imperio conocían como Dante. Se suponía que estaba muerto, y no solo eso: acababa de usar una escalofriante cantidad de poder para protegerla de La Sacerdotisa, pero no se inmutó al ver a Jacks.

Tella se giró al instante para mirar a Legend. Sus hombros anchos estaban tensos; su expresión, inalterable. Estaba inmóvil como una estatua a su lado, como lo había estado la noche del Baile Predestinado en la que Jacks usó sus poderes para detener brevemente el latido del corazón de los asistentes.

—¡Jacks! ¡Para! —le exigió Tella.

Pero El Príncipe de Corazones ni siquiera la miró. Sus ojos azules habían asumido una expresión voraz. Tella sabía qué estaba pensando. A diferencia de los otros Destinos, Jacks solo tenía la mitad de su poder; quería recuperar el resto de su magia y Legend era el único capaz de devolvérsela.

—¡Aléjate de él! —le suplicó. Legend ya estaba debilitado tras usar tanta magia; no quería pensar en lo que podría hacerle ahora un intercambio de poder con Jacks.

El Príncipe siguió ignorándola. Su mirada rabiosa permanecía clavada en el cuerpo inmóvil de Legend.

—¿Sabes? Me pregunté si eras Legend durante Caraval, y de nuevo cuando te encontré en su sueño. Pero después te vi morir.

—Él no es Legend —mintió Tella.

Jacks ladeó la cabeza por fin en su dirección, pero en sus ojos no quedaba nada de la travesura que había estado allí la noche anterior. Se parecía más al chico cruel que había conocido en el carruaje y que había amenazado con lanzarla al vacío para ver si sobrevivía.

—Si no es Legend, ¿quién ha creado la ilusión que acabo de ver? ¿Y por qué está vivo? Las noticias decían que el nuevo heredero había desaparecido.

—Solo eran rumores —dijo Tella—. Los inicié yo, para mantener alejados a los Destinos.

Jacks se rio, pero sus ojos siguieron siendo fríos.

—Por una vez espero que estés mintiendo, amor mío. De lo contrario, lo siento mucho.

Tella se agarró el esternón y se encorvó, de repente mareada y con náuseas e incapaz de respirar. Las ruinas, Jacks, Legend… Todo se convirtió

en un borrón, y las estrellas estallaron ante sus ojos mientras el dolor la cegaba.

—Qué demonios… —maldijo Legend, libre por fin del control de Jacks.

—No te acerques a ella —le advirtió Jacks—, a menos que desees que muera.

—Jacks… —jadeó Tella mientras caía de rodillas, incapaz de seguir en pie—. ¿Por qué…?

—¿Qué has hecho? —bramó Legend.

—Está sufriendo un ataque al corazón —dijo Jacks con tranquilidad—. Morirá muy pronto, a menos que tú me devuelvas de inmediato todo mi poder. *Tic, tac*. No le queda mucho.

—Jacks… —jadeó Tella. No podía creer que de verdad estuviera haciendo aquello—. No… lo hagas…

—Lo haré —dijo Legend—. Deja de hacerle daño y te devolveré tus poderes con parte de los míos. Pero tendrás que jurarme con sangre que jamás usarás tus habilidades contra Tella o contra mí.

El Príncipe apretó los labios y miró a Tella un instante.

—De acuerdo. Trato hecho. No lo haré, a menos que uno de vosotros me pida que lo haga. —Jacks sacó una daga de su bota y se cortó la mano, haciendo manar la sangre para sellar su promesa.

Tella comenzó a jadear, buscando aire.

—¡Eres un demonio!

Habría extendido más el insulto, pero lo único que quería era respirar. Ella *confiaba* en él. Había creído que se preocupaba por ella de verdad, pero había intentado matarla.

Legend la rodeó con los brazos, sosteniéndola mientras ella seguía buscando oxígeno.

—Me has asustado —murmuró.

—¿Cuánto te costará esto? —preguntó contra su pecho.

En lugar de responder, Legend la condujo con cuidado al borde de la fuente y la ayudó a sentarse. Parecía haberse recuperado después de haber usado su magia.

—Quédate aquí. Volveré —le dijo. Se giró hacia El Príncipe de Corazones—. No vamos a hacerlo aquí.

Legend se encaminó a las decrépitas ruinas de la mansión sin esperar a que Jacks lo siguiera.

Tan pronto como Jacks y Legend estuvieron fuera de la vista, Tella se levantó de la fuente con los brazos temblorosos y caminó arrastrando los pies

en la dirección por la que se habían marchado. Se suponía que Jacks solo iba a tomar una fracción del poder de Legend, pero no confiaba en él y ya había visto el intercambio de poder entre Legend y la bruja, cuando él se llevó toda la magia de Esmeralda. No dejaría que eso le ocurriera a él.

Jacks la había dejado demasiado débil para hacer demasiado, e incluso en su estado normal no conseguiría separar a dos poderosos inmortales. Pero eso no evitaría que lo intentara si fuera necesario.

Se acercó a la mansión en ruinas en la que Jacks y Legend habían entrado. Su estructura era un esqueleto, un cadáver hecho de ladrillos y piedras en lugar de huesos. Tella se apoyó en las paredes sucias para evitar caerse, mientras miraba por un agujero irregular.

Sabía, por su propia experiencia con Jacks, que los intercambios de sangre podían ser intensamente emocionales. La boca de El Príncipe estaba unida a la muñeca de Legend. Tenía sangre en las comisuras de sus labios y su rostro se retorcía en algo sádico y hambriento mientras bebía.

A diferencia de Jacks, Legend no parecía sentir nada. Parecía un estudio sobre la apatía, hasta que de repente apartó la muñeca de la boca del Destino con la fuerza suficiente como para lanzarlo varios pasos hacia atrás.

—Tella no es tuya. —Sus palabras estaban tan afiladas como una cuchilla.

Jacks respondió con una sonrisa ensangrentada.

—Lo será.

Tella se agarró a la pared para mantenerse en pie mientras recordaba cómo le había mostrado sus hoyuelos al decirle: «Supongo que voy a tener que esforzarme más».

¿Así era como se esforzaba?

Siguió mirando mientras Jacks se limpiaba la sangre de la boca con el dorso de la mano.

—Ya me perdonó una vez. Me perdonará de nuevo. Y ahora que esta transacción te ha quitado la capacidad de visitarla en sus sueños, no debería ser difícil conseguirlo.

Tella se apartó del muro, lista para entrar y decirle a Jacks lo difícil e implacable que podía ser, pero sus piernas tenían otras ideas. Se derrumbaron bajo su cuerpo y cayó sobre el suelo duro.

—¡Canalla!

—Espero que no estés hablando de mí.

Levantó la mirada.

Legend se cernía sobre ella. Había vuelto a perder el color (estaba pálido en lugar de resplandeciente y bronceado) y su cabello oscuro estaba

despeinado.

—Te pedí que te quedaras junto a la fuente.

No. Le había *ordenado* que se quedara allí, pero no quería discutir con él, no después de lo que le había visto hacer.

—Siento lo de los sueños.

—Los sueños no me importan. —Su voz se volvió ronca de repente—. Me importa que hayas estado a punto de morir.

—No creo que me hubiera matado de verdad.

—Sí, lo habría hecho, Tella. Es un Destino; tú eres humana, y el objeto de su obsesión. Tu historia con él solo puede terminar de un modo, a menos que me permitas hacerte inmortal.

Ni siquiera lo vio moverse, pero Legend estaba de repente de rodillas frente a ella. Sus ojos se encontraron de un modo que era feroz y tierno a la vez, mientras le tomaba las mejillas con sus manos cálidas.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo? —tartamudeó.

—Me rendí con demasiada facilidad. —Le acarició la mandíbula con el pulgar—. Me pediste que te dejara, pero no puedo hacerlo.

—Ya te lo he dicho. Fue solo la idea…

—Mentiste. —Otro movimiento rápido y sus manos abandonaron su rostro; uno de sus brazos se deslizó bajo sus piernas y el otro acudió a su espalda.

—Legend… —protestó Tella—. No necesito que me lleves.

Él siguió levantándola y la acunó contra su pecho, tan cerca que podía sentir el latido constante de su corazón.

—Ha intentado matarte. Tengo que llevarte.

El aire abandonó los pulmones de Tella mientras él atravesaba las ruinas y comenzaba a bajar los peldaños.

—Sigo sin querer que me hagas inmortal.

—Ya veremos.

La voz de Legend se había suavizado. Quizá la habría definido como dulce, pero no había nada dulce en el modo en el que sonreía. Era una sonrisa que prometía que disfrutaría de aquel nuevo juego, incluso si perdía.

39
Donatella

Tella nunca había pasado tanto frío dentro de uno de sus sueños. Su respiración salía en densas vaharadas blancas que permanecían en el aire como la niebla, mientras merodeaba por el interior de una casa de naipes que era en realidad más propia de una pesadilla que de un sueño. Todas las cartas eran reinas con su sonriente retrato o reyes con el rostro cruel de Jacks, que le guiñaba el ojo cada vez que se atrevía a mirarlo.

—¡Sé que estás aquí, en alguna parte! —gritó. No sabía cómo había conseguido entrar en su sueño. Había tomado precauciones para evitarlo después de que intentara matarla, pero estaba claro que aquellas medidas habían fallado.

Jacks apareció entre un par de reinas rojas con la cara de Tella que tuvieron el descaro de soplarle un beso.

La joven se abalanzó sobre él y le abofeteó la mandíbula, con fuerza suficiente para dejar una marca roja sobre su piel pálida.

—Nunca te perdonaré lo que has hecho hoy.

Todos los reyes y reinas de las cartas fruncieron el ceño o se cubrieron las bocas, asombrados. Algunos parecían incluso a punto de escapar de sus naipes para atacarla, pero Jacks les hizo un perezoso ademán con algo que parecía tristeza titilando en sus ojos azul plata.

—Nunca estuviste en peligro, Donatella. —Su voz era mucho más seria de lo habitual—. Sabía que él no me permitiría matarte.

—¡Eso no justifica lo que hiciste!

Intentó no gritar, intentó no demostrar cuánto daño le había hecho, cuánto le había importado. Ella nunca había querido confiar en él, pero Jacks había estado allí cuando su madre murió, se había preocupado por ella cuando Legend no lo hizo. Sabía que era un Destino, sabía que tenía poca o ninguna

conciencia, pero había comenzado a creer que intentaba luchar contra su naturaleza por ella.

—¿Qué habrías hecho si se hubiera negado a entregarte su poder? ¿Me hubieras dejado morir?

—Sabía que no se negaría.

—Esa no es una respuesta.

Tella cerró los puños. Quería abofetearlo de nuevo; quería lanzarlo al suelo y echar abajo el castillo de naipes, y hacerle tanto daño como el que él le había hecho. Pero Legend tenía razón: Jacks era inmortal y ella era sin duda su obsesión. No habría un final feliz para su historia. Él ni siquiera era capaz de sentir las mismas emociones que ella. Si sintiera remordimientos o albergara algún sentimiento real por Tella, jamás habría intentado matarla.

—¿Qué más te da? —le preguntó Jacks—. Acabas de decir que nunca me perdonarás.

—Sigues eludiendo mi pregunta.

Jacks se frotó la mejilla, donde ella lo había abofeteado, mientras se apoyaba en uno de sus reyes de papel.

—¿Me creerías si te dijera que no, que no te hubiera dejado morir, que jamás te dejaría morir?

—No —dijo Tella—. No volveré a creerte. Y quiero que te mantengas fuera de mis sueños. —Sabía que había hecho una promesa de sangre para no usar sus poderes con ella, pero también sabía que Jacks encontraría el modo de esquivarla, como hacía con todo lo demás—. ¿Cómo has conseguido entrar *aquí* esta noche?

El rey de papel en el que Jacks estaba apoyado le dedicó a Tella una sonrisa torcida.

—Tú y yo tenemos una conexión. Jamás he necesitado permiso para entrar en tus sueños.

La sangre de Tella se heló en sus venas.

—No, no tenemos ninguna conexión. Y después de esto, no quiero volver a verte.

La sonrisa del rey de papel se desvaneció, pero Jacks parecía impasible.

—Ahora dices eso, pero volverás a buscarme.

40
Donatella

El tiempo corría más rápido que la sangre de una arteria cortada. En dos días, Gavriel reclamaría el trono, a menos que ellos consiguieran detenerlo.

El día anterior, los Destinos habían seguido atormentando a los ciudadanos. Incendiaron todas las iglesias del Distrito del Templo que no los veneraban. El aire todavía estaba teñido de marrón por el humo. Un grupo de valientes extinguió las llamas antes de que el fuego pudiera extenderse a otras partes de Valenda, pero el daño marcó un nuevo punto de inflexión. Era exactamente lo que Scarlett había augurado que ocurriría en su última nota: la gente estaba preparada para la llegada de un salvador. Cuando La Estrella Caída apareciera, toda Valenda lo consideraría un héroe.

Tella les rezó a todos los santos para que la ayudaran a encontrar un modo de matarlo en La Biblioteca Inmortal antes de que se quedaran sin tiempo. Por desgracia, parecía que esta todavía no deseaba ser encontrada. O quizá, para empezar, nunca había estado en Valenda.

Tella miró una escultura intacta de El Príncipe de Corazones mientras buscaban en el abrasado Distrito del Templo algún símbolo de la biblioteca. La estatua tenía poco parecido con Jacks. Su rostro era mucho más amable: sus mejillas eran redondeadas en lugar de hundidas, su sonrisa no era malvada sino traviesa y sus labios no parecían tan afilados.

Legend le puso una mano cálida en la parte baja de la espalda. No había dejado de tocarla desde el día anterior. Hubiera sido más inteligente separarse, al menos algunos metros, mientras buscaban símbolos que los condujeran a la biblioteca, pero parecía que él había adoptado una nueva estrategia para ganársela.

—¿Lista para continuar, cielo?

Tella entornó los ojos.

Legend le dedicó una sonrisa sorprendida.

—¿Qué te parece «corazoncito» o «ángel»?

—Creo que ambos estaremos de acuerdo en que estoy lejos de ser un ángel. Y no vas a convencerme para que me convierta en inmortal diciéndome cariñitos.

Se apartó, pero él agarró rápidamente el fajín que rodeaba su cintura y se envolvió el puño en él para acercarla. Era de color azul nublado, el mismo de su vestido de rayas. La ropa marrón del día anterior no los había hecho pasar desapercibidos, así que aquel día optó por un atuendo más bonito.

—Tienes razón, creo que «diablillo» es mucho más adecuado.

Legend siguió tirando de ella, con sus ojos oscuros llenos de diversión. No parecía preocuparlo que el mundo se estuviera derrumbando literalmente a su alrededor, y la miraba como si eso fuera lo único que importaba.

—Por favor, dime que estoy interrumpiendo algo —dijo Jacks arrastrando las palabras mientras aparecía detrás de la fuente del Trono Sangrante que tenían delante. La cuenca estaba seca (sus aguas escarlatas seguramente se habían usado para apagar los incendios) y apenas quedaban fragmentos en ella de un descascarillado tono rojo que normalmente habría ido a juego con el atuendo descuidado de Jacks. Pero, por una vez, El Príncipe de Corazones estaba impecable. Llevaba el cabello dorado pulcramente recogido, su ropa estaba planchada, sus botas pulidas y su traje blanco a medida era del color que la gente suele asociar con los ángeles.

Legend se colocó de inmediato delante de Tella, como un escudo.

Jacks hizo una mueca con sus labios pálidos.

—No estoy aquí para causaros daño; os hice una promesa. Solo traigo un regalo para Donatella.

—No quiero ningún regalo tuyo —le espetó ella.

Jacks tiró de su pañuelo, disolviendo su apariencia impecable con un gesto frustrado.

—Sé que vuelves a odiarme, pero con suerte esto te demostrará que no soy tu enemigo. —Le ofreció un pergamino atado—. Esta es la razón por la que no has conseguido encontrar La Biblioteca Inmortal.

Tella ignoró el pergamino intencionadamente.

—Hemos dejado de hacer tratos contigo.

—No es ningún trato. Considéralo un regalo de disculpa. —Jacks la miró a los ojos lentamente. Aquel día eran de un azul brillante con hilos rojos de sangre, como si estuviera tan destrozado que no hubiera dormido. Pero Tella sabía que era mentira, ya que había aparecido en sus sueños—. Aunque no quieras aceptarlo, es lo que necesitas si quieres encontrar La Biblioteca

Inmortal. Solo conseguirás localizarla si has estado allí antes, o si usas El Mapa de Todo.

El pergamino empezó a brillar en las manos de Jacks, justo como a menudo hacían los Destinos.

Tella intentó no mirarlo. El Mapa de Todo era un objeto funesto similar a La Llave de Ensueño, pero en lugar de encontrar a la gente, permitía hallar lugares. Se decía que si una persona tocaba el mapa, podía conducirla al lugar que más deseara encontrar, aunque esa ubicación estuviera en otro reino. Revelaba portales ocultos y puertas a otros mundos. Era valioso y mítico, y hacía que el resto de los tesoros parecieran tan pobres como hojas de papel.

Era difícil resistir el deseo de arrancárselo a Jacks de las manos.

—No necesitamos tu mapa.

—Pero nos lo llevaremos —dijo Legend. Con un movimiento rápido como el rayo, el mapa enrollado terminó en su mano.

Tella esperó una protesta de Jacks, pero él solo se guardó las manos en los bolsillos.

—Espero que ahora podáis encontrar lo que estáis buscando.

Le echó a Tella una última mirada de ojos tristes y entornados, y tan sinceros que podría haber sido el retrato de un santo en la pared de un confesionario.

Pero aunque podía creer que estuviera molesto porque lo odiaba de nuevo, dudaba de que realmente se arrepintiera de lo que había hecho. Tella no dudaba de que Jacks la deseaba, pero desear a alguien no es lo mismo que amarlo, y el día anterior había demostrado que quería sus poderes más de lo que la quería a ella.

Jacks se alejó sin otra palabra.

Legend abrió el mapa. Su expresión era distante, pero la rapidez con la que desenrolló el pergamino traicionaba un poco su avidez por poseer el objeto funesto, a pesar de su desagradable procedencia.

Aunque el papel era del tono claro de las gachas de avena, Tella lo vio cambiar en los dedos de Legend. Estaba en blanco y de repente apareció en él un punto de tinta azul oscuro que creció en los chamuscados restos del Distrito del Templo y esbozó montones de ceniza formándose junto a las esculturas de los Destinos. Tella vio la estatua de El Príncipe de Corazones y la fuente del Trono Sangrante. Después apareció ella. Primero tomaron forma sus rizos indomables, seguidos por su rostro ovalado y su vestido de rayas con escote corazón y pequeñas mangas como faroles.

Esperaba que un retrato de Legend apareciera a continuación, pero lo único que mostró fue una diminuta estrella a sus pies.

Ella era donde Legend quería estar.

—No pongas esa cara de sorpresa. —Le dedicó una sonrisa torcida y sus ojos se llenaron de la misma expresión burlona de antes, cuando la había llamado «corazoncito». Pero Tella se fijó en que ni siquiera le rozó el dedo mientras le entregaba el mapa mágico.

¿Era posible que Legend estuviera de verdad enamorándose de ella?

No era lo que deseaba, ya no. Por mucho que la posibilidad del amor hiciera latir su corazón, no quería que se convirtiera en humano por ella y, por tanto, en mortal. Y él le había dejado claro, una y otra vez, que tampoco lo quería.

Tella miró el mapa mientras empezaba a cambiar de nuevo. No quería confiar en aquel objeto, pues sería muy parecido a confiar en Jacks, y suponía que Legend se sentía igual, pero le agradecía que lo hubiera aceptado.

Volvió a abrumarla la incontrolable sensación de que el tiempo se estaba moviendo demasiado rápido y ellos demasiado lento. Siempre que pensaba en Scarlett, su corazón se llenaba de temor. Se recordó que su hermana mayor era cauta, y en la carta que le envió el día anterior le prometía que les haría llegar la sangre de La Estrella Caída aquella noche. Pero Tella no podía evitar temer que algo saliera mal, y aunque Scarlett consiguiera la sangre, esta no les serviría de nada si no encontraban el *Ruscica*. No podían permitirse el lujo de perder el tiempo… y el mapa era demasiado increíble para ignorarlo.

Mientras Tella y Legend lo seguían, El Mapa de Todo no solo les trazó una ruta sino que reveló un extraño sentido del humor al colocar extrañas etiquetas a varios lugares, plantas y animales junto a los que pasaban… y algunos junto a los que no pasaban.

PERRO TREMENDAMENTE INTELIGENTE
CUIDADO CON LOS PIOJOS
ESQUELETOS DE VERDAD ESCONDIDOS EN LOS ARMARIOS
LOS MEJORES PECES DE CARAMELO DE VALENDA
TÚNELES SUBTERRÁNEOS QUE CONDUCEN A LAS AFUERAS DE LA CIUDAD
TÚNELES SUBTERRÁNEOS QUE CONDUCEN A LA MUERTE Y EL DESMEMBRAMIENTO

Tella casi había dejado de pensar en el lugar al que se dirigían cuando el camino del mapa terminó por fin justo al sur del Distrito Satine. Las palabras *Entrada a La Biblioteca Inmortal* aparecieron, pero lo único que Tella podía

ver era un carruaje aéreo no operativo con un par de tablas podridas clavadas transversalmente en la puerta.

Las palabras *Peligro* y *No entrar* estaban toscamente pintadas sobre las tablas, con símbolos de calaveras y arañas besadoras.

Tella nunca se había topado con los letales arácnidos, pero había oído historias. Las arañas besadoras atacaban durante la noche, mientras la gente dormía; ponían sus huevos en el interior de la boca y sellaban los labios de su víctima con sus telarañas. No había modo de destruirlas, y permanecían intactas hasta que las arañitas nacían. Para entonces, la víctima estaba siempre muerta.

—Es un hechizo —dijo Legend.

Tella miró el mapa. Las palabras *Tiene razón* planearon sobre la imagen de la cochera infestada, y aun así se sentía reacia a entrar.

—Si es una ilusión, ¿por qué estás arrancando los tablones de la puerta?

—Se trata de una magia mental, como las ilusiones que yo uso. Para pasar, tenemos que actuar como si fuera real.

La joven cerró la boca mientras entraba. Se dijo a sí misma que nada de aquello era real. El hedor a podrido que serpenteó por su nariz estaba en su mente. Lo que chapoteaba bajo sus zapatillas no era moho. Las arañas amarillas que reptaban por sus brazos no estaban allí en realidad.

—Esta es la magia más antigua que he sentido nunca… —Legend se detuvo, y Tella creyó ver, por un momento, algo parecido a la admiración en sus ojos. Entonces, las paredes que los rodeaban empezaron a desmoronarse y una cascada de arañas cayó del techo.

Tella intentó no gritar, no fuera que una, o más, se le metieran en la boca.

Legend la tomó de la mano y la empujó hacia delante a través de una avalancha de arañas. Notaba sus patitas diminutas por todas partes mientras las letales arañas se multiplicaban, y cubrían cada centímetro de su piel.

No sabía si era posible que una ilusión la matara. Entonces recordó lo que Jacks había dicho, que los lugares aciagos debían ser invocados con sangre. La herida que se había hecho en la palma para intercambiar su sangre con Jacks casi estaba curada, pero suponía que podría volver a abrirla con las uñas.

Se soltó de Legend y arañó la herida, con lo cual pudo extraer sangre de nuevo.

Déjala caer aquí, le indicó el mapa, señalando una erupción de arañas en una esquina de la habitación. Había demasiadas para que pudiera ver un

símbolo debajo, pero obedeció al mapa y de inmediato las arañas, el suelo fétido y las paredes desmoronadas se desvanecieron.

El mundo se derrumbó tras un parpadeo, y después Legend y ella aparecieron en un patio de muros de arenisca cubiertos de jazmín que olía tan dulce como parecía. Tella tomó aire tímidamente. No estaba segura de si era otra ilusión o la aciaga biblioteca, pero sin duda lo prefería a la cascada de arañas asesinas.

El sol brillaba con intensidad en la mitad del cielo sobre sus cabezas y las estrellas titilaban en la otra mitad. En un extremo había un decorativo arco de arenisca con dos enormes estatuas a cada lado, formadas de resplandeciente arena melocotón. Las mitades inferiores de las esculturas eran felinas mientras que sus rostros eran humanos, uno masculino y otro femenino. Sus cabezas habrían parecido humanas de no ser por los cuernos curvados que sobresalían de ellas.

La estatua masculina abrió la boca.

—Bienvenidos, compañero inmortal y joven mortal.

—Esperamos que encontréis lo que buscáis —añadió la mujer—. Pero estáis advertidos: hay un pequeño diezmo por entrar y leer nuestros libros.

Ambas estatuas cerraron las bocas con un chasquido audible.

La mandíbula de Tella también se cerró. Intentó separar los labios, abrir la boca para hablar, pero no pudo.

Se giró hacia Legend. Este negó con la cabeza, con la boca tan cerrada como la suya.

El silencio debía ser el precio por entrar en la biblioteca.

41
Donatella

En el interior de La Biblioteca Inmortal, el silencio era absoluto y estaba vivo. Tella podía sentirlo tragándose sus pasos y succionando el sonido que hacían las páginas de los libros al pasar y el de las titilantes mechas en el interior de las palmatorias, pero lo peor era la dolorosa presión que mantenía sus labios cerrados.

Legend se acercó y le agarró la mano de nuevo. Sus ojos le prometieron en silencio que estaban en aquello juntos y después le dio el beso más suave del mundo en los nudillos. Tella lo sintió desde la punta de los dedos de las manos hasta los dedos de los pies, y eso le recordó que todavía podían hacerse buenas cosas con unos labios cerrados. Se aventuraron bajo una arcada hecha de libros hacia el interior del lugar aciago.

Todo olía a polvo atrapado en la luz, a cuero agrietado y a sueños caprichosos. Inhalando a través de la nariz, Tella miró El Mapa de Todo. Se había transformado cuando entraron en la biblioteca. Ahora revelaba todo un reino hecho de libros que podría ser la pesadilla de un ratón de biblioteca o su sueño hecho realidad. Había un *Castillo del Lomo Partido*, un *Río Inédito*, un *Barranco de Páginas Arrancadas*, un *Valle de la Poesía*, una cadena de *Montañas Novelescas* y, por último, el *Ruscica y Libros para Imaginaciones Avanzadas*.

La ruta más directa a aquella sala era a través de un área a la que el mapa se refería como el Zoo. Tella se preguntó si habría libros en jaulas, pero el Zoo ni siquiera tenía estantes. Los tomos merodeaban allí en libertad, uniéndose para asumir las formas de los distintos animales. Había rinocerontes literarios, elefantes de papel maché y jirafas muy altas que paseaban por allí en un inquietante y sereno silencio. Un elefante olisqueó a Tella con su trompa de libros de piel gris, mientras que un conejito de papel hecho de páginas sueltas brincaba tras Legend sin emitir ningún sonido. El

conejito los siguió mientras abandonaban el Zoo y llegaban a la Cámara de Lectura, donde los libros formaban sofás y sillas y un enorme trono.

Una advertencia parpadeó en el mapa: *No te sientes en el trono*.

Tella sintió curiosidad de inmediato, pero no la suficiente para poner a prueba el mapa, sobre todo cuando estaban tan cerca de lo que querían. Según este, lo único que tenían que hacer era subir la escalera hecha de libros que estaba detrás del trono y encontrarían la sala del *Ruscica*.

Los peldaños eran demasiado estrechos para que caminaran el uno junto al otro.

Tella soltó de mala gana la mano de Legend y comenzó a subir. La escalera de libros tenía la inclinación justa para que girarse le pareciera peligroso. Era inestable y se movía bajo sus zapatillas. Pero Legend le tocaba la espalda o el hombro cada pocos pasos, para que supiera que seguía allí. Estaba con ella y no se marcharía aunque no pudiera verlo u oírlo.

Eso hizo que Tella se preguntara por el resto de las cosas que le había dicho en el pasado sin palabras. Cuando terminaron de subir las escaleras y llegaron a la sala del *Ruscica*, Tella se sentía agradecida por que la biblioteca se hubiera tragado el sonido. No potenciaba el resto de sus sentidos, pero la hacía más consciente de ellos y de Legend, que le rozaba los dedos en silencio mientras subía tras ella. El movimiento era rápido y sutil y quizá no se habría dado cuenta si hubiera estado esperando a que él hablara en lugar de prestando atención a su silencio.

El mapa no daba ninguna indicación sobre en qué parte de la sala estaba el libro y eso los obligó a separarse para buscar. Muchos de los tomos tenían el lomo cubierto de números y símbolos, o de palabras en idiomas que ella no podía leer. Encontró algunos volúmenes que le habría gustado detenerse a leer si no se hubiera sentido tan presionada por el tiempo.

Sirenas y tritones y cómo convertirse en uno de ellos
Diez reglas básicas del viaje en el tiempo
Cambiaformas para principiantes
Pasteles, pasteles y más pasteles
Cómo convertir tu sombra en una mascota
Amor, muerte e inmortalidad

Habría tomado el libro sobre pasteles o el de la inmortalidad si este último no hubiera estado junto a un tomo de color carne con una palabra toscamente bordada en el lomo: *Ruscica*.

El libro se deslizó del estante junto a una nube de polvo teñido de rojo que hizo que le hormiguearan las puntas de los dedos.

Encontró a Legend en el extremo opuesto de la silenciosa habitación. Cuando le mostró su botín, él sonrió. Ninguno de los dos sabía si contendría la información que necesitaban, pero Tella se sintió victoriosa cuando Legend le agarró la mano de nuevo.



Después de que La Doncella de la Muerte y El Asesino visitaran su hogar en el Barrio de las Especias, Legend había decidido que tenían que mudarse cada noche. Su cabaña de cuatro plantas en la costa parecía haber sido construida en la misma época que la mansión del conde Nicolas, pero mientras que la propiedad de Nicolas parecía necesitada de magia, la casa de Legend era lo contrario. Llena de ventanas resplandecientes y balcones caros con vistas al espumoso océano, la casa estaba en la rocosa costa de Valenda, demandando atención solo por estar allí.

Habían partido a un kilómetro y medio de distancia, y los dedos de Legend se mantuvieron entrelazados con los de Tella durante toda la caminata. Debería haberse soltado. Antes, su mano la había atado a la tierra, tirando de ella a través de la cascada de arañas y tranquilizándola en la biblioteca, pero ahora no la ayudaba: la reclamaba. Mientras miraba sus manos unidas, Tella se recordó que nada bueno podía salir de aquello, pero no lo soltó. Tenía los dedos largos, las palmas fuertes, las uñas pulcramente cortadas… y ni rastros de tinta.

Ella le levantó la mano para mirarla de cerca.

—¿Tu rosa negra ha desaparecido?

—¿De verdad creías que iba a conservarla? —Se llevó la mano de Tella a la boca y posó un beso en sus nudillos—. Ya no tendrás que sentir celos de un tatuaje.

—No estaba celosa.

—Entonces quizá debería habérmelo dejado un poco más.

La rosa reapareció en el dorso de su mano y Tella levantó la suya libre para golpearlo juguetonamente con el libro.

—Eres un miserable.

Él le agarró la muñeca antes de que pudiera hacerlo y después le tomó la otra y las inmovilizó en su espalda. Por fin habían llegado al porche de su cabaña. Con un movimiento rápido, la hizo girarse y le presionó la espalda contra la puerta.

—Creo que te gusto porque soy terrible.

—No. —Tella se movió contra él, pero no cedió—. He decidido que me gustan los chicos buenos, como Caspar.

—Es una suerte que a él no le gusten las mujeres en ese sentido. Y yo también puedo ser amable, pero creo que te gusto cuando no lo soy.

Le soltó la muñeca y le rodeó las caderas con las manos. El corazón de Tella se precipitó mientras sus dedos se extendían, reclamándola y acercándola más a él.

Puede que un beso más no hiciera daño.

Las olas rompieron contra la costa cercana, y llenaron el aire de sal y humedad mientras Legend seguía acercándose…

La puerta se abrió a su espalda.

Tella se tambaleó hacia atrás, y se hubiera caído si Legend no la hubiera sujetado.

—Lo siento.

Julian se pasó una mano por el cabello. Parecía un poco avergonzado, aunque Tella creía que en realidad no lo estaba. Había algo duro en sus ojos que normalmente no estaba allí. ¿Y era su imaginación, o evitaba mirarla?

Le había prometido a Legend que se mantendría alejado de La Casa de Fieras, donde Scarlett estaba retenida, pero conociéndolo, era de esperar que estuviera buscando un modo de reunirse con Jovan, que era el encargado de vigilarla.

—¿Está bien mi hermana? —le preguntó Tella.

Julian la miró por fin e incluso consiguió sonreír. No obstante, Tella no logró despojarse de la sensación de que algo iba mal.

—Solo necesito hablar con mi hermano.

Los brazos de Legend abandonaron su cintura con lentitud.

—Te buscaré cuando hayamos terminado —susurró.

Tella entró en la casa y cerró la puerta a su espalda, pero no se decidió a subir la curvada escalera hasta su dormitorio. Si Julian estaba mintiendo y Scarlett no estaba bien (si la habían herido mientras intentaba conseguir la sangre de Gavriel o si no la había conseguido), no quería que le ocultaran esa información para protegerla.

Se quedó junto a la puerta, con las manos presionadas contra la madera cálida. Solo había silencio, y las olas del océano. Se preguntó si los hermanos estarían esperando a que se alejara lo suficiente; dio un par de pasos ruidosos desde la puerta y rápidamente volvió de puntillas para oír decir a Julian:

—¿Qué estás haciendo con Tella?

Se detuvo al oír su nombre y su alarma tomó una nueva dirección. Se acercó a la puerta y miró a través de la mirilla.

Legend respondió demasiado bajo para que lo oyera, pero pudo ver su expresión. Bajó las cejas oscuras y sus ojos perdieron su expresión.

—Sé que no la quieres —dijo Julian.

Tella retrocedió un paso tambaleante. Ya sabía que Legend no la quería, pero el modo en el que Julian dijo las palabras las hizo sonar mucho peor. No importaba que hablara en voz baja; sus palabras fueron como un punto al final de una frase, pequeño pero de poder absoluto.

—Si te importa, debes dejarla ir en lugar de intentar cambiarla.

Silencio.

Tella se atrevió a espiar una vez más por la mirilla. El sol casi se había puesto. La noche estaba tomando el cielo, mientras Legend contemplaba a su hermano con algo en sus ojos parecido a una acusación.

—Es su decisión, no la mía. Sin embargo, tú no te opusiste cuando te dije que una promesa de sangre podría hacerte eterno.

—Y a veces me odio por ello. —La voz de Julian se volvió brusca—. Odio no solo ver cómo te pierdes trozo a trozo, sino también cómo te beneficias de ello. Después de salvar a Tella de la baraja, pensé que habías cambiado.

La joven contuvo el aliento, pero en Legend no había cambiado nada. Era el mismo que la había abandonado en los peldaños del Templo de las Estrellas, reservado y frío y totalmente inalcanzable.

—Si hubiera cambiado, estaría muerto.

—Eso no lo sabes —argumentó Julian—. Quizá habrías hecho las cosas de otro modo. Eres descuidado con tu vida, asumes riesgos porque sabes que no puedes morir. Eso está bien, si es así como *tú* quieres vivir, pero no seas descuidado con la vida de Tella. —Miró a su hermano y el cabello castaño le cubrió unos ojos que parecían estar librando una batalla entre el abandono y la esperanza—. ¿Recuerdas cómo era el juego cuando comenzó?

—Intento no hacerlo.

—Deberías. Era divertido.

—No era más que una feria ambulante —murmuró Legend.

Julian sonrió, como si la esperanza hubiera ganado en él.

—Lo era, pero aun así inspiraba a la gente a soñar y a creer en la magia. Me hacía creer en la magia *a mí*.

Legend miró a su hermano como si hubiera perdido la cabeza.

—Tú sabes que la magia es real.

—Que algo sea real no te obliga a creer en ello. Los Destinos son reales, pero yo no pongo mi fe en ellos. Solía creer en ti, y quiero hacerlo de nuevo. Sé que puedes ser mejor que esto.

Legend se rio, pero sonó tan lejos de la alegría que entristeció a Tella, no solo por Legend sino por todos ellos.

—¿Cuándo te volviste un idealista?

—Cuando conocí a una chica que quería tanto a su hermana que consiguió traerla de vuelta a la vida. Puede que tú tengas magia, pero un amor así es un poder real.

—Y aun así, todo el amor del mundo no habría traído a Tella de vuelta a la vida sin mi magia.

—Tampoco habría muerto sin ella. —La sonrisa de Julian desapareció—. Tella habría encontrado otro modo. No necesitaba que la salvaras, y todavía no lo necesita. Necesita salvarte *a ti*.

42
Scarlett

Scarlett se miró en el espejo que había sobre su tocador de mármol rosa e intentó no llorar ante lo que vio. Tella no habría llorado. Tella habría convertido su dolor en poder y lo habría usado para encontrar un modo de arreglarlo todo… costara lo que costare.

Ella también lo haría. Lo haría por su hermana, por Julian, por todos los del Imperio y por sí misma. Aunque en el momento le pareciera imposible.

Al menos, su hermana y Julian no podían verla en ese instante.

La joven siguió mirando su nuevo reflejo en el espejo mientras su mente regresaba a la noche anterior, después de escribir su última nota para Tella y Julian, cuando todo se había torcido tanto.

Una vez al día, desde que Scarlett llegó a La Casa de Fieras, los ojos púrpura de La Dama Prisionera se volvían de un blanco lechoso, dejándole saber que estaba visionando un atisbo del fragmento del futuro: *el único modo de derrotar a La Estrella Caída es que te conviertas en lo que más desea*. Pero lo único que Gavriel quería de ella era que dominara sus poderes y controlara las emociones de los demás. Y su plan original había sido hacer justo eso: cultivar sus poderes para cambiar sus sentimientos y conseguir que la quisiera y que, de ese modo, se volviera mortal.

Pero en los últimos días, La Estrella Caída le había dejado claro que si dominaba sus habilidades, ese sería el catalizador que la convertiría en un Destino inmortal.

Le había dicho aquello para animarla a conquistar sus poderes, pero Scarlett sabía que cuando fuera inmortal, ya no podría amar. El amor era una parte fundamental de su vida, tanto que ni siquiera sabía quién sería sin amor. ¿Y si se volvía como su padre, que solo ansiaba poder?

Así que, a pesar de la advertencia de Anissa, Scarlett había planeado conseguir la sangre que Tella y Julian necesitaban para su libro funesto.



—¿Estás segura de que quieres seguir con esto? —le preguntó La Dama Prisionera—. No puedo mentir, así que, si hago una amenaza, tengo que estar dispuesta a cumplirla. Y si él te atrapa, tu llave mágica no te sacará de una de sus jaulas.

—Lo sé —dijo Scarlett—, pero si esto funciona ninguna de nosotras tendrá que preocuparse por estar enjaulada.

Aquella era una de las razones por las que había decidido confiar en la dama. No creía que la preocupación de Anissa por ella fuera genuina, pero sabía que quería escapar de su jaula.

—Creo que funcionará, pero si te lo has pensado mejor…

—Gavriel y yo hemos tenido peleas así durante décadas. —La Dama Prisionera saltó de su columpio para acercarse a Scarlett—. Puedo esquivar lo que me lance.

—Yo también —dijo Scarlett, fingiendo una confianza que no sentía mientras dejaba caer la copa que tenía en la mano. Se estrelló contra el suelo de mármol y los trozos de cristal le rodearon los pies mientras el vino tinto se extendía y manchaba el dobladillo de su vestido rosa. Entonces, La Dama Prisionera sacó el brazo a través de los barrotes para recoger el fragmento de cristal más grande.

Un momento después, Scarlett gritó bastante alto para alertar al guardia apostado al otro lado de la puerta. Entró un instante después. Vio a Scarlett contra la jaula de Anissa mientras esta presionaba un trozo de cristal contra su cuello a través de los barrotes y una nube de miedo verde mohoso se formó a su alrededor. Echó mano a su espalda.

—Yo no haría eso, a menos que quieras que la mate. —La Dama Prisionera movió la punta del cristal roto hacia la parte más indefensa de la garganta de Scarlett—. Ahora, ve a buscar a Gavriel. Dile lo que has visto y que, si no acude aquí de inmediato, le cortaré el cuello a su hija.

El guardia hizo lo que le dijo. Como Scarlett, sabía que La Dama Prisionera no podía mentir.

—Espero que esto funcione —susurró la dama cuando él se marchó—. No me gustaría matarte.

—Yo tampoco deseo morir —dijo Scarlett, esperando no haber sobrestimado su valor para La Estrella Caída. Sabía que no se preocupaba por ella y que no la quería, pero teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasaba cada día trabajando a su lado para que dominara sus poderes, lo

que ella podría hacer con ellos sí que le importaba mucho. Y aun así, empezaron a sudarle las palmas cuando él apareció.

Scarlett no sabía qué había estado haciendo y no lo quería saber, pero Gavriel tenía salpicaduras de sangre en su camisa blanco hueso y furia en la mirada. La habitación se calentó, llena de las violentas chispas rojas que lo rodeaban.

—¡Usa tu fuego conmigo y la mataré! —gritó La Dama Prisionera desde detrás de sus barrotes—. Si la quieres, ven a por ella tú mismo.

Scarlett no tuvo que fingir que aquellas palabras la hacían temblar. Debido a la incapacidad para mentir de La Dama Prisionera, si Gavriel la atacaba con sus llamas se vería obligada a cumplir su amenaza. Ambas habían aceptado el riesgo. Si La Estrella Caída usaba su fuego, derrotaría a Anissa antes de que pudiera apuñalarlo con el cristal roto y recoger la sangre que necesitaban.

Las chispas de Gavriel desaparecieron. Cruzó la habitación más rápido de lo que Scarlett tardó en parpadear.

La Dama Prisionera empujó a Scarlett hacia un lado y cortó la garganta de La Estrella Caída con el cristal.

El corte era sangriento y perfecto.

Demasiado perfecto, pero Scarlett no se dio cuenta de ello hasta más tarde.

Corrió hacia el Destino, cayó de rodillas y presionó el pañuelo contra su garganta abierta para recoger su sangre derramada. Él cerró los ojos y murió.

Aquello era lo más horrible que Scarlett había hecho nunca. ¿Así se comportaban los Destinos? Gavriel tardó menos de un minuto en cerrar sus ojos dorados y quedarse inmóvil, pero a ella le pareció una eternidad. No conseguía controlar el temblor de sus piernas y manos. Sabía que no lo había matado para siempre, aunque se lo merecía después de haber asesinado a su madre y a un sinfín más. No obstante, le parecía que estaba mal.

No quería ni imaginar qué haría Gavriel cuando regresara a la vida, lleno de furia. Tenía que moverse con rapidez.

Dejó un rastro de gotas de sangre por el suelo de mármol mientras corría hasta el baño para estrujar el pañuelo ensangrentado en un vial. ¿Por qué? ¿Por qué no se le había ocurrido esconder el vial en alguna parte de su persona para acercarlo a su garganta?

Clinc. Clinc.

Estaba tardando demasiado en llenar el vial.

Clinc. Clinc. Clinc.

—*¿Qué estás haciendo con eso,* auhtara?

Scarlett levantó la mirada hasta el espejo del baño y sus extremidades temblorosas se volvieron líquidas. La Estrella Caída estaba a su espalda, como una estatua de bronce en movimiento. Su piel estaba tan pálida como la muerte y su cuello aún ensangrentado, pero estaba muy vivo. ¿Había fingido? ¿O se había recuperado muy rápido?

Le tiró el vial de la mano, rompiendo el cristal, y le rodeó la garganta, arrancándole el aire.

—¿Decepcionada porque no estoy muerto?

—Por favor —jadeó Scarlett—. Yo… Solo tomé la sangre porque pensé que, si la bebía, eso me ayudaría a dominar por fin mi magia.

—Entonces deberías habérmelo pedido. Yo te la habría dado, auhtara, *pero ahora tendré que darte otra cosa.*

Volvió a apretarle la garganta y el mundo de Scarlett se oscureció.



Cuando Scarlett despertó más tarde, sentía la cabeza demasiado pesada para moverla y había algo ceñido alrededor de su cuello que le arañaba la piel.

—Probablemente tardarás un tiempo en acostumbrarte a la jaula. —La voz de La Estrella Caída contenía una pizca de diversión.

Scarlett abrió los ojos a un mundo enrojecido. Había hileras verticales de perlas de un rojo rubí alrededor de su cabeza: su padre la había encerrado en una jaula. Un sollozo agitó su pecho. Intentó quitársela; tiró de las piedras preciosas, intentó doblar los barrotes y arrancarlos, pero fue inútil y pronto estuvo llorando demasiado fuerte como para hacer cualquier otra cosa.

Gavriel metió la mano entre los barrotes rubíes para acariciar la mejilla húmeda de su hija.

—No vuelvas a traicionarme. Mi castigo no será tan leve la próxima vez.



El recuerdo se desvaneció mientras Scarlett se miraba en el espejo de su tocador. La jaula rubí que rodeaba su cabeza parecía la gemela sangrienta de la que llevaba La Doncella de la Muerte. Pero en lugar de poderosa, como el Destino parecía siempre en las Barajas del Porvenir, Scarlett se veía totalmente desvalida. No había podido dormir con ella puesta, así que había

ojeras profundas bajo sus ojos, y como había tenido el cabello suelto cuando La Estrella Caída se la puso, mechones oscuros se habían pegado a su garganta, sujetos por el inflexible cuello de la jaula.

Anissa le dijo que era bonita y que iba a juego con sus pendientes escarlatas. Habían sido un valioso regalo de su madre. «Me los regaló tu padre», le dijo en su momento, «porque el escarlata es mi color favorito». Esos pendientes la habían hecho pensar que Marcello Dragna, el hombre que la había criado, había sido mejor en el pasado. Pero ahora se daba cuenta de que su madre debía referirse a La Estrella Caída.

Scarlett intentaba no pensar en su madre pero, por una vez, deseó poder volver atrás en el tiempo para preguntarle qué hacer.

No se había puesto en contacto con Julian y su hermana. Había estado demasiado avergonzada y humillada para pasarles una nota contándoles que no había conseguido la sangre y no quería que la vieran así, ni siquiera un instante. La joven sabía que ahora debería tener más cuidado. No podía arriesgarse a usar La Llave de Ensueño a menos que no hubiera más remedio.

No podía cometer otro error y no podía huir. Si quería salvarse y salvar a los demás antes de que Gavriel subiera al trono dos días después, solo le quedaba una opción: dominar su poder y usarlo para conseguir que la quisiera.

Tomó aire profundamente y abandonó su dormitorio para buscarlo.

Aquella noche, La Estrella Caída llevaba unos pantalones de cuero marrón, una amplia camisa blanca y una pálida capa de oro a juego con el brillo victorioso de sus ojos. Había estado de muy buen humor desde que le colocó la jaula alrededor de la cabeza a su hija; le gustaba demostrar cuánto poder tenía sobre ella. Aquella noche, su entusiasmo era casi infantil.

Scarlett se sentó a su lado en el banco de mármol, junto a la jaula de Anissa. Él sonrió y acarició los curvados barrotes rubíes que le rodeaban la cara.

—Mis Destinos han encontrado ya a todos los miembros del Consejo Real. Ahora, sus cabezas cortadas están sobre picas en el muelle. No hay ninguna barrera más que evite que reclame el trono mañana por la noche.

—Mañana. —Scarlett intentó mantener el pánico alejado de su voz—. Pensé que ibas a esperar un día más.

—Nunca se me ha dado bien ser paciente. —Gavriel saltó de su asiento—. Pero no te preocupes. Para ayudarte con los preparativos de la coronación de mañana, te he traído un regalo que espero que te ayude a dominar tus habilidades por fin.

La Estrella Caída le pidió a su guardia personal que abriera la puerta y una joven entró trastabillando en la habitación. Parecía que alguien había usado un paño mágico para borrar parte del color de sus rasgos: su cabello era de un descolorido tono de rojo y su piel de un blanco desteñido con tatuajes de un negro desvaído bajo sus largos guantes negros. Aun así, los colores de sus sentimientos eran cualquier cosa excepto tenues. Tonos vitriólicos de pútrida ciruela giraban a su alrededor en círculos de rencor y furia.

La Estrella Caída se acercó a su prisionera como un cazador se acercaría a una presa atrapada.

—La rescaté ayer del incendio en el Distrito del Templo. Por desgracia, no es muy agradecida; ya he tenido que castigarla. Puede que te sea difícil trabajar con ella, a menos que encuentres un modo de controlarla.

Pasó un dedo por la mejilla de la joven.

La mujer cerró los dientes sobre sus dedos, mordiéndole las puntas.

Gavriel le apartó la mano de la boca antes de que le hiciera sangre.

—Compórtate.

Su voz seguía siendo amable, pero tras sus palabras se produjo un estallido de llamas que chamuscó las puntas del pelo de la joven. A continuación, se giró hacia Scarlett y sus ojos recorrieron las hileras de rubíes que aprisionaban su cabeza.

—Si consigues controlar sus emociones, te quitaré esa jaula de la cabeza. De lo contrario, me temo que las consecuencias no serán agradables. Me pregunto si es posible que no hubieras dominado tus poderes porque te faltaba la motivación adecuada. Espero que ahora la tengas. Volveré por la mañana para comprobar tus progresos y, por tu bien, *auhtara*, de verdad espero que los haya.

43
Donatella

Tella no podía dormir. Dio vueltas hasta que arrancó las frías sábanas de seda de su cama, pero tan pronto como lo hizo volvieron a organizarse, engulléndola de nuevo. No sabía qué tipo de hechizo era, pero de algún modo sabía que era cosa de Legend.

No pensar en él era frustrante, desconcertante e imposible.

No había ido a verla después de su conversación con Julian. Y ahora que Jacks le había arrebatado la habilidad de visitarla en sueños, sabía que tampoco lo vería allí. De todos modos, no sabía qué quedaba por decir.

Ella necesita salvarte a ti.

Pero Legend no quería ser salvado, no como Julian quería que lo salvaran. Y Tella no sabía si de verdad *podía* salvarlo, o si solo se convertiría en la razón por la que moriría y no regresaría a la vida.

Se sentó, abandonando la idea de dormir, y abrió las delicadas cortinas azules que rodeaban su cama con dosel. Todo en la habitación tenía una cualidad onírica, desde las brillantes lámparas de araña a las gruesas alfombras de pelo y los cojines extraordinariamente esponjosos de las sillas. Imaginaba que al igual que las sábanas que habían vuelto a alisarse, casi todo allí sería una ilusión; pero lo disfrutaba igual.

Caminando sobre los suelos suaves, se acercó al *Ruscica* que había dejado sobre su escritorio. Brillaba ligeramente, lleno de magia antigua. A menos que Scarlett apareciera con la sangre de La Estrella Caída, su poder seguiría bloqueado y no tendrían ningún modo de derrotarlo. No vengarían la muerte de su madre, Valenda ardería y Scarlett…

Tella detuvo sus pensamientos errantes antes de que fueran demasiado lejos.

Puede que todavía no hubiera aparecido con la sangre, pero la noche acababa de comenzar. Era demasiado pronto para preocuparse. Seguramente

acudiría más tarde, con o sin la sangre. Scarlett poseía una llave mágica y, si algo hubiera salido mal, la habría usado para escapar.

Tella pasó los dedos sobre la antigua cubierta del libro. Ni siquiera lo había abierto y ya había depositado su fe en él. Le habría gustado no necesitar sangre para leerlo, pero cuando lo abrió, su deseo no se hizo realidad. Las páginas estaban en blanco e intactas.

Tella miró el set de escritura que había sobre su mesa. La punta de su pluma de cristal estaba suficientemente afilada para extraer sangre. Jacks le había dicho que necesitaba la sangre de La Estrella Caída para leer su historia, pero él rara vez era totalmente sincero.

Curiosa, Tella se pinchó el dedo con la plumilla y dejó caer la sangre en un tintero, lo llenó de rojo hasta que hubo suficiente para escribir en el interior del libro mágico.

Cuéntame una historia.

Observó cómo su sangre empapaba el papel y formaba un nuevo grupo de palabras curvilíneas: Bienvenida a la vida de Donatella Dragna.

No era lo que esperaba pero, aunque ya conocía esa historia, sentía curiosidad por saber qué decía el libro sobre ella.

Un índice se formó bajo la bienvenida. Había esperado que dividiera su vida en años, pero la tabla reflejaba los sucesos importantes. Parecían estar listados en orden cronológico. Algunos eran evidentes, como *El nacimiento de Donatella Dragna*, *La madre de Donatella y Scarlett desaparece* y *El primer beso de Donatella*, pero la sorprendieron algunos de los otros títulos:

Donatella pasa una semana fingiendo que es una sirena
Donatella roba una cabra y la llama Abracitos
Donatella roba toda la ropa interior de su hermana
Donatella escribe su primera carta a Legend
Donatella se casa con El Príncipe de Corazones

La sangre se le heló en las venas. Miró de nuevo el índice, para ver si había algo más que no fuera cierto, pero ninguna de las otras afirmaciones era falsa.

¿Era posible que el libro tuviera sentido del humor, como El Mapa de Todo? O quizá Jacks le había entregado un mapa falso que conducía a una biblioteca falsa donde encontró aquel libro falso.

No se había casado con Jacks. Ella no estaba casada. Ni siquiera estaba segura de querer casarse alguna vez.

Según el índice, el suceso había ocurrido justo después de la muerte de su madre. Pasó las páginas violentamente hasta que encontró el temido capítulo. Leyó cada palabra con atención, pero había partes que destacaban más que otras.

Si su corazón no hubiera estado tan abrumado por la tristeza y el dolor, Donatella habría sabido que no era prudente confiar en El Príncipe de Corazones.

Si no hubiera ardido de desesperación, se habría dado cuenta del riesgo de repetir palabras mágicas mientras sus sangres se mezclaban.

Si no acabara de ver morir a su madre, habría sabido que El Príncipe de Corazones no estaba tomando su dolor, porque se preocupara por ella. El Príncipe de Corazones no sabía sentir eso. Él solo sabía cómo conseguir lo que quería, y quería a Donatella Dragna.

Pero la pobre Donatella estaba demasiado atribulada para darse cuenta. Cuando él le dijo que hablara, ella repitió sus palabras, creando un vínculo inmortal que ataría sus almas para siempre en un matrimonio eterno.

Ni hablar, ni en sus sueños más demenciales. Tella no quería creerlo, pero una parte de ella lo sentía. Si era realmente sincera, lo había sentido la misma noche que ocurrió, cuando decidió quedarse allí con él y dormir a su lado en lugar de marcharse. Lo sintió de nuevo cuando regresó al día siguiente a pedirle ayuda. Y una vez más cuando se sintió tan traicionada y dolida después de que casi la matara, a pesar de que solo debería haber estado enfadada.

Si hubiera sido una boda humana, habría cerrado el libro y fingido que nunca había ocurrido, pero aquello no era algo que pudiera ignorar o fingir que no había pasado.

Aquello era un lazo inmortal que ataría su alma a la de Jacks para siempre.

44
Donatella

A Tella no le importaba que fuera mitad de la noche, haber olvidado su capa o que las calles de Valenda fueran mucho más peligrosas que nunca ahora que los Destinos las habían tomado. Se dirigió a la casa de Jacks como si ella fuera más peligrosa que el resto de las cosas con las que podía encontrarse.

Cuando llegó a la puerta, llamó con el puño y entró hecha una furia en cuanto se abrió. Un motín de repiqueteos, chasquidos y aplausos la asaltaron de inmediato.

Parecía que, en lugar de esconderse de los Destinos, media ciudad había acudido allí. Tella se preguntó si Jacks habría alterado sus sentimientos para atraerlos hasta ese lugar o si todos eran tan idiotas como ella.

Se movió a través de los cuerpos intensamente perfumados de la multitud. La última vez que estuvo en casa de Jacks eran casi todos hombres, pero aquella noche las damas sobrepasaban en número a los caballeros. Todas ellas estaban peinadas y limpias. Ninguna estaba cubierta de sudor como ella.

Una horrible punzada de celos la atravesó al pensar que podría encontrar a Jacks abrazando a otra chica. Pero ¿estaba celosa de verdad o se sentía así solo porque estaban inmortalmente casados?

¡Casados!

Tella todavía no podía creerlo. Había pensado en confiar en él de nuevo después de que le entregara el mapa; pero, para empezar, jamás debería haber confiado en él lo suficiente para dejar que la engañara así.

—¿No estás llena de pasión esta noche? —La animada multitud se apartó mientras La Dama de la Suerte se acercaba a Tella, con sus curvas envueltas en terciopelo verde y sus ojos crípticos—. Parece que realmente no puedes mantenerte alejada de él.

—¿Dónde está? —le espetó Tella.

La dama señaló una pared cubierta de corazones negros y blancos.

—Hay una puerta oculta ahí. Te llevará a la sala de juegos preferida de Jacks, pero…

Tella se alejó sin oír la advertencia de la mujer. No le importaba lo que tuviera que decir.

Atravesó la puerta y bajó un tramo de escaleras que la llevaron al interior de una sala que parecía haber sido atacada por una baraja de naipes. Todo era negro y blanco con violentos acentos en rojo. Las paredes blancas tenían rayas torcidas de destellantes picas rojas, y parecía que alguien había lanzado puñados de bastos, diamantes y corazones por todas partes. En el centro de la habitación, la pesada mesa redonda era igualmente extravagante, con montones de fichas, cartas, joyas, un par de camisas elegantes y botellas de licor medio vacías. Las sillas que la rodeaban estaban llenas de jugadores en varios estados de desnudez, lo que explicaba la ropa mezclada con las fichas.

El único que seguía casi vestido era Jacks. Había perdido su chaqueta, se había quitado el pañuelo dorado y tenía la camisa abierta, que había perdido todos sus botones con forma de diamante.

—¡Todo el mundo fuera! —gritó Tella.

Una docena de cabezas se giró en su dirección, había rostros ebrios con distintos estados de sorpresa. Excepto Jacks. Sus ojos azules plata la miraron con expectación y después sonrió como el diablo que era. Había sabido que aquel momento llegaría.

—Hola, esposa mía. —Todavía mirándola, Jacks agitó la mano perezosamente hacia la mesa—. Damas y caballeros, os presentaría a mi mujer pero creo que prefiero echaros para que podamos charlar en privado.

Tella esperó oír murmullos de protesta, pero Jacks debía estar usando sus recién restaurados poderes para controlar las emociones del resto. No hubo objeciones en el grupo y, en menos de un minuto, su corte de jugadores medio desnudos estaba en las escaleras.

—Menuda aparición. —Jacks se inclinó en su butaca y apoyó una arañada bota marrón en la mesa—. ¿Has venido a consumar el…?

Tella se abalanzó sobre él antes de que pudiera terminar. Su butaca cayó hacia atrás, tirándolos a ambos con ella.

—¡Asqueroso demonio desalmado, despreciable, mentiroso, manipulador comemanzanas!

Sus insultos no fueron elegantes y ni de lejos tan fuertes como deberían haber sido, y sus golpes eran inútiles. Jacks le agarró las muñecas con facilidad con sus manos frías así que ni siquiera lo golpeó, pero le sentaba bien luchar contra él. Le sentaba bien oponerse a sus manos.

—¡Me engañaste para que me casara contigo!

—Tú me suplicaste que te ayudara.

—Quería que te llevaras mis emociones, no casarme contigo.

—Pero he sido un buen marido. Te dije cómo encontrar El Mercado Desaparecido, y te entregué el mapa funesto.

—¡También amenazaste con matarme! ¡Y casi lo hiciste!

Tella jadeó cuando por fin se zafó de sus manos gélidas. Habría intentado golpearlo de nuevo, pero necesitaba dejar de tocarlo.

Se apartó de él y después se levantó del suelo para cernirse sobre él. Jacks ni siquiera respiraba con dificultad. La miraba como si fuera un ángel travieso, con el cabello dorado que caía sobre su frente pálida.

—Quiero que lo deshagas —le exigió—. Quiero que anules el matrimonio y después no quiero volver a verte.

—¿Por qué haría eso? —murmuró—. Yo no gano nada con esa solución.

—¿Quieres estar casado con alguien que te odia?

—Puede que me guste la intensidad. —Jacks sonrió mientras se levantaba del suelo, dejando la butaca tirada entre ellos.

Tella estaba tan furiosa que apenas podía respirar. Se habría marchado si hubiera podido, pero aquel matrimonio no era algo que pudiera ignorar. Lo sentía incluso entonces, en el modo en el que lo odiaba, feroz y devorador, mucho más fuerte ahora que estaba ante ella como su villano personal.

—Si no lo deshaces, te juro que te mataré. —Pasó sobre la silla hasta que estuvieron tan cerca que tuvo que estirar el cuello para mirar su rostro afilado —. Si sigo siendo tu esposa, te prometo que haré que te enamores de mí. Me convertiré en todo lo que siempre has querido y, en el momento en el que seas mortal, te atravesaré el pecho con el objeto afilado más cercano y terminaré con tus latidos de una vez por todas.

—No seas tan dramática. —Jacks suspiró—. Si quieres anular el matrimonio, hay un modo más sencillo de hacerlo.

Echó mano a su bota y sacó una daga.

Tella retrocedió, casi tropezando con la silla caída.

—No te preocupes, amor mío, es para que la uses tú. —Giró la daga en su mano y se la ofreció por la empuñadura—. El matrimonio inmortal no puede deshacerse con firmas y trozos de papel. Para cortar nuestro lazo, tienes que herirme.

—¿Y eso deshará el matrimonio?

—Deshacer algo implica que nunca ocurrió. —La voz de Jacks cambió de brusca a apagada en un instante—. Lo que se hace no puede deshacerse, pero

puede cortarse. Solo tienes que usar el cuchillo y decir las palabras: *Tersyd atai es detarum*.

Jacks pasó sobre la silla hasta que el espacio entre ellos desapareció de nuevo.

Tella aceptó el arma con cautela. Era la misma daga enjoyada que usaron la noche en la que él se llevó sus emociones, cuando también se casó con ella. La acercó lentamente a la garganta de Jacks.

Él no se movió. Ni siquiera parecía respirar, aunque sus labios seguían separados mientras la miraba fijamente a los ojos, con el tono de azul más triste que Tella había visto nunca. No creía que fuera real, pero su expresión era tan convincente que la hizo dudar.

—¿Quieres que te lo ponga más fácil?

Se apartó la camisa, descubriendo su pecho suave y su esculpida piel, como un mármol latiente. Podía oír su pulso rápido mientras se movía en tándem con el suyo, latiendo más fuerte con cada inhalación. Cuando se conocieron, su corazón no latía. Después empezó a hacerlo… por ella.

Tella agarró la daga con fuerza, pero no se movió más.

—¿Por qué dudas, amor mío?

—¿Por qué me lo estás poniendo tan fácil?

—¿Crees que esto es fácil para mí? —Jacks se inclinó hacia delante hasta que su piel presionó la hoja. Por una vez, no olía a manzanas. Olía a licor y a mal de amores y, cuando habló, sus palabras sonaron casi demasiado suaves para ser oídas—. ¿Crees que está en mi naturaleza ser amable?

—No hubo nada amable en lo que me hiciste.

—Tienes razón —susurró—. Lo que hice fue totalmente egoísta, así que apuñálame antes de que decida ser egoísta de nuevo. Cuanto más tiempo pasemos unidos, más difícil será para ti combatirlo. Puede que me odies, pero te descubrirás deseando y necesitando estar a mi lado. Así que, si deseas terminar con esto, hazlo ahora. Hiéreme y corta todo lo que nos une.

El sudor lamió la empuñadura enjoyada que Tella tenía en las manos. Quería hacerlo, quería herirlo y terminar, pero algo en la frase «corta todo lo que nos une» hizo que se detuviera.

Puede que hubiera sabido desde el principio que tan pronto como ella descubriera que estaban casados, acudiría allí exigiendo que le pusiera fin. Puede que esa fuera la razón por la que estaba cediendo tan fácilmente, porque eso era lo que quería en realidad: cortar todo lo que los unía. Se suponía que ella era su verdadero amor. Ella había hecho latir su corazón de nuevo, lo que significaba que también era su mayor debilidad.

—Si hago esto, si corto nuestro lazo, ¿todavía seré tu verdadero amor?

—¿Qué más te da? —Jacks apretó los labios como si se muriera de ganas de librarse de ella, pero la expresión de sus ojos decía que quería devorarla—. Supongo que después de lo de hoy no volverás a besarme.

—Responde la pregunta, Jacks.

En un destello, le rodeó los dedos temblorosos con su mano fría y bajó la daga, creando una línea de piel rosada mientras la movía hasta el centro de su pecho.

—Yo no sé si eres mi verdadero amor, Donatella. Lo único que sé es que quiero que lo seas.

Soltó la daga y le rodeó la cintura. Por un instante, Tella no pudo moverse. Jacks tenía los dedos más fríos que nunca; le daban escalofríos que se profundizaban bajo su piel.

—Sé que lo que hice estuvo mal, pero si estás buscando una historia triste con la que justifique lo que he hecho, no vas a encontrarla. Yo soy el villano incluso en mi propia historia, pero se suponía que tú debías interpretar un papel diferente. —La tristeza llenó sus ojos—. Se suponía que tú eras mi verdadero amor. Se suponía que debías quererme a mí, no a él. Se suponía que tú tenías que estar tan obsesionada conmigo como yo lo estoy contigo.

La abrazó con más fuerza y la daga amenazó con atravesar su piel mientras apoyaba su frente fría en la de ella.

—Si terminar con esto te hace dudar porque crees que te mataré o te haré daño cuando nuestro lazo se haya cortado, esa idea no podría estar más lejos de la verdad. Cuando le dije a Legend que te mataría si no me entregaba el poder que necesitaba, no lo decía en serio. No lo habría hecho. Una parte de mí, incluso, esperaba que dijera que no, para que tú te alejaras de él y me eligieras a mí. Soy egoísta y te deseo, pero nunca te haría daño.

—Ya lo has hecho —dijo Tella. Y después le acuchilló el pecho con la daga.

45
Donatella

Se suponía que solo le dolería a él, pero la agonía la hizo encorvarse cuando el cuchillo atravesó la piel de Jacks y dijo las palabras para liberarse. Sus costillas y su corazón se incendiaron de repente. No podía respirar. Se sentía como si alguien le hubiera perforado el pecho y arrebatado algo vital.

Se le emborronó la visión y, cuando por fin la recuperó, toda la sala de juegos estaba desenfocada. Excepto Jacks. Durante el resto de su vida, siempre que pensara en desamor, vería el modo en el que la miraba. La había soltado y tenía el rostro retorcido por el dolor. Lágrimas de sangre caían de sus ojos, pero no se agarraba la herida abierta ni hacía nada para evitar que la sangre viajara por su pecho y encharcara el suelo.

Tella sabía que había tomado la decisión correcta, pero aquello no era lo que había esperado.

—¿Por qué sigues aquí? —le preguntó Jacks. Se derrumbó en una silla, aún dejando que la sangre de su pecho goteara por todas partes. No era una herida mortal, pero era más profunda de lo que había pretendido. A Tella no le gustaba la idea de matarlo, aunque fuera temporal.

—Deberías hacer algo al respecto. —Se acercó a él, dispuesta a cortar la hemorragia.

—No. —Jacks agitó una mano temblorosa. La expresión de sus ojos era tan fría como la escarcha y las maldiciones—. Deberías marcharte. Ya tienes lo que querías.

Pero Tella ya no estaba segura de qué tenía.

Debería haberse sentido victoriosa. Nunca había querido unirse a Jacks, y aun así le temblaban las piernas con cada paso que daba, alejándose de El Príncipe de Corazones y de su casa.

Por un instante, se sintió tentada a regresar y deshacer lo que había hecho. Sin darse cuenta de ello, se había sentido un poquito menos sola mientras

estaban conectados. Pero él no era la persona a la que quería unirse.

Un escalofrío atravesó su cuerpo y algo parecido a un calambre golpeó su estómago. Había un vacío en su interior que nunca había sentido antes.

Imaginaba a la gente durmiendo en cada casa junto a la que pasaba. Imaginaba a maridos y esposas acurrucados. Veía a hermanas compartiendo habitaciones, y a niños con perros a los pies de sus camas.

Pero Tella no tenía perro.

Tenía una hermana, pero ahora su hermana tenía a otra persona.

Y Legend nunca sería su marido. A decir verdad, ni siquiera estaba segura de *querer* un marido… Solo lo quería a él. Lo quería todo de él. Siempre lo había querido todo de él. Incluso antes de conocerlo, se había enamorado del chico que tuvo la pasión de hacer realidad su único deseo y la audacia de llamarse Legend.

Después volvió a enamorarse de él cuando lo conoció. Lo había amado como Dante, pero aún más como Legend. Dante la había ayudado a olvidar, pero Legend le había enseñado a soñar de nuevo. Le encantaban los deslumbrantes sueños que habían compartido y las mentiras exquisitas que contaba con sus ilusiones, pero también le gustaba su verdad imperfecta. Adoraba lo protector que era y lo juguetón que podía ser. Adoraba al chico que la había llamado «ángel» y «demonio» en la misma conversación.

Le encantaba cómo se burlaba de ella, y no quería que parara nunca. Quería oír el resto de sus historias… y convertirse en parte de ellas. Pero más que ninguna otra cosa, quería estar siempre a su lado, ya fuera luchando contra una pesadilla, persiguiendo un sueño o, por el contrario, y ayudarlo a conseguir todos los suyos. *Aunque eso significara sacrificar uno de sus propios sueños*.

Quizá fuera *eso* el amor. Todo este tiempo había querido que él la quisiera y le había dolido saber que no lo hacía, pero quizás ella tampoco lo había querido de verdad. Lo había elegido, había luchado por él, había sentido por él, pero no había estado dispuesta a sacrificar lo que quería por él.

Comenzó a correr hacia la costa, en dirección a la casa de Legend. Cuando por fin estuvo bastante cerca para oír las olas del océano rompiendo, su corazón latía con fuerza. Era más de medianoche, de camino a un alba que todavía no había llegado. Estaban en ese peculiar periodo de tiempo que no era noche ni día, sino algo entre medio.

Si Scarlett hubiera estado allí, la habría instado a pensar en ello un poco más. Pero ¿y si no tenía tiempo que perder? Aquella misma semana había visto morir a su madre, había visto morir a Legend, a su hermana secuestrada

y al Imperio tomado por los Destinos. Ni siquiera podía imaginar lo que sucedería los días venideros si La Estrella Caída ascendía al trono, pero preferiría vivirlos sabiendo que, pasara lo que pasare, tenía un presente y un futuro, un *siempre*, con Legend.

Entró en la casa y corrió a buscar un cuarto de baño para lavarse la sangre de las manos. Pensó en ponerse también un vestido limpio. El espejo le mostró a una chica con rizos despeinados y un vestido azul zafiro puesto apresuradamente, pero estaba demasiado impaciente para cambiarse.

Subió con premura escalera tras escalera. Cuando llegó a la cuarta planta, estaba sin aliento. El pasillo que conducía a la habitación de Legend estaba oscurecido por la noche, pero podía ver delicadas hebras de luz filtrándose por la rendija bajo su puerta.

Llamó con suavidad. Después un poco más fuerte.

En algún lugar en la distancia las olas seguían rompiendo, pero ningún sonido salía del dormitorio de Legend.

Probó el pomo sin esperar de verdad que alguien tan reservado y callado como él mantuviera su puerta abierta, pero el pomo de cristal giró con facilidad.

Tella sintió una oleada de excitación corriendo por sus hombros. Nunca había estado en su habitación, ni durante Caraval, ni en el palacio, ni cuando la había llevado a alguna de sus casas. Estaba casi segura de que había creado una ilusión en su dormitorio para que estuviera a su gusto, pero cuando entró en la habitación de Legend, el único hechizo que vio fue la luz.

No había ni una vela encendida a la vista, pero orbes de suave luz amarilla y blanca danzaban por allí, lo que hacía brillar todo.

Desde donde estaba, Tella podía ver su dormitorio y su sala de estar. La estancia estaba bien amueblada, pero era más sencilla de lo que había esperado. Antes de conocerlo, había imaginado la sala de estar de Legend decorada con suntuosas cortinas de terciopelo rojo y llena de cojines bajos para sus seductores encuentros, pero allí no había ni una mota de terciopelo. Tampoco había cojines ni cortinas. Unos impecables ventanales que iban desde el suelo hasta el techo proporcionaban una vista fascinante del océano y dejaban que la cerosa luz de la luna se deslizara sobre los suelos de ébano, sobre el pulcro escritorio, sobre las estanterías llenas y los amplios sofás de color antracita.

Todo parecía tan perfecto que Tella estaba segura de que lo mancharía si se adentraba en la habitación. Caminó de puntillas hasta lo que sin duda era el dormitorio.

La cama ocupaba casi la mitad del espacio y su pesada estructura de hierro y sus sábanas de seda negra eran exactamente lo que había esperado. Legend estaba en el centro; no llevaba camisa y estaba tumbado sobre su estómago, con las sábanas suficientemente bajas para revelar las exquisitas alas tatuadas en su preciosa espalda.

Tella no pudo contener una sonrisa. Sabía que muchos de sus otros tatuajes habían desaparecido, pero había deseado que aquel fuera real.

Las alas eran tan cautivadoras como las recordaba: negro azabache con vetas azul medianoche, el color de los deseos perdidos y del polvo de estrellas. Y eran una de sus cosas favoritas de él. Se moría por tocarlas y recorrerlas, por pasar los dedos por su columna y despertarlo. Pero aunque había compartido incontables sueños con él, nunca lo había visto dormido y sentía curiosidad.

Sus ojos abandonaron las alas y corrieron hasta su rostro. Parecía haberse quedado dormido mientras leía. Una mano bronceada sostenía un libro cerca de su cabeza somnolienta, mientras el cabello negro como plumas de cuervo caía sobre su frente. Era una pose muy humana, y aun así su piel brillaba ligeramente con una luz sobrenatural. Estaba perfecto y tentador y, en aquel momento, Tella se sintió como una chica de un cuento de hadas que se ha topado con un dios dormido que le dará un premio si lo despierta con un beso.

Y se sintió tentada a hacer justo eso, a echarle el cabello hacia atrás y posar los labios en su frente, cuando algo captó su atención. Se había sentido tan atraída al ver a Legend dormido en su cama que no había visto el enorme mural pintado en la pared de atrás.

Tella retrocedió un par de pasos para verlo mejor. La obra de arte que cubría casi toda la pared era evocadora, alegre y triste, todo a la vez.

Desde lejos, parecía una abrumadora imagen de un cielo nocturno en llamas. Al acercarse de nuevo, descubrió que no era una representación del cielo o del fuego sino una serie de imágenes más pequeñas: un caleidoscopio de estrellas, noche y relojes de arena, de globos aerostáticos y chisteras, de calaveras y rosas, de muerte y canales, de cascadas de lágrimas y sangre y ruinas y riquezas. Era belleza y horror, dolor y anhelo.

El alma de Legend estaba pintada en aquella pared.

Suponía que no querría que nadie lo viera, y aun así no podía apartar los ojos. Habría jurado que el mural se movía al acercarse, y lo miró hasta que dejó de ser una pintura y se convirtió en una historia.

Tella vio algunas imágenes de ediciones anteriores de Caraval y otras que parecían pertenecer a la vida de Legend fuera del juego.

Durante el pasado Caraval, le había contado que sus tatuajes estaban allí para ayudarlo a recordar qué era real. Después de que el juego terminara y algunos de sus tatuajes desaparecieran, Tella había supuesto que eso era mentira, pero en ese momento se preguntó si habría algo de verdad detrás de lo que le había contado, porque sin duda había pintado su pasado en su pared.

Sus ojos viajaron hasta la parte inferior derecha del mural, donde terminaba abruptamente. Suponía que las imágenes justo antes de aquel vacío serían parte del pasado Caraval, o de los últimos dos meses de la vida de Legend.

Su pulso se aceleró cuando encontró la última imagen. Eran Legend y ella durante Caraval. Estaban delante del Templo de las Estrellas y él la abrazaba. Debió ser el momento justo después de liberarla de las cartas. La abrazaba como si no tuviera intención de liberarla nunca, aunque lo había hecho.

Si aquellas imágenes eran recuerdos, no había duda de que él no veía las cosas como ella.

Tella sabía que era guapa y que cuando sonreía podía convencer a la gente de que era más que guapa: era preciosa. Pero en aquella imagen podría haber sido una diosa, por cómo la había pintado sobre los trágicos peldaños, mientras que él parecía poco más que una sombra lúgubre.

¿Era así como él se veía?

—¿Qué te parece? —La voz de Legend sonó grave y ronca por el sueño.

Tella se giró hacia la cama para descubrirlo sentado en el borde, con los pies descalzos sobre el suelo, pantalones negros cubriéndole las piernas y nada en su pecho perfecto. Su piel bronceada resplandecía un poco más, y sus pantalones tenían un corte tan bajo que podía ver la definición de…

—Donatella. —Su voz sonó como un rugido grave. Tella levantó la mirada hasta su cara. Tenía la mandíbula cubierta de bozo, el cabello oscuro caía sobre su frente y, aunque tenía los ojos entornados, su mirada estaba lejos de parecer cansada. Podría haber incendiado la habitación entera con la intensidad de sus ojos—. Tienes que dejar de mirarme así.

—¿Cómo te estoy mirando exactamente? —le preguntó, desafiante.

La boca de Legend se curvó con lentitud, como si estuviera a punto de devolverle el desafío.

—Estoy medio desnudo, estoy en mi cama y me estás mirando como si quisieras unirte a mí.

—Puede que quiera.

Los ojos de Legend destellaron en oro blanco y de repente se puso en pie, cerniéndose sobre ella.

—Tella, no estoy de humor para juegos ahora mismo.

Ella tomó aire trémulamente. No había cambiado de idea, pero por un momento temió que lo hubiera hecho él.

—No estoy jugando a nada.

Se acercó a la cama y tomó aliento de nuevo con dificultad. Nunca se había sentido más vulnerable en toda su vida, pero si se ponía a la defensiva, él nunca bajaría la guardia.

—Quiero que me hagas inmortal.

Legend frunció el ceño con cautela. No era la respuesta que había esperado.

—¿Por qué has cambiado de idea? ¿Es porque no he ido a tu dormitorio esta noche?

—No. —Le habría dicho que no fuera tan creído, pero estaba a punto de abrirle su corazón—. La mayor parte de mi vida he tenido una visión romántica de la muerte. Solía gustarme la idea de que algo fuera tan importante que mereciera la pena morir por ello, pero me equivocaba. Creo que las cosas más maravillosas merecen que *vivamos* por ellas.

Tella dio otro paso hasta detenerse justo delante de Legend y levantó la mano para colocarla sobre su pecho desnudo, justo en su corazón.

Él inhaló profundamente pero no se movió ni la rechazó. Tella deslizó la mano por su cuello y extendió los dedos, sintiendo cómo subía y bajaba su manzana de Adán al tragar.

—Tella… —La palabra sonó como una súplica y no supo si significaba que quería que parara o que siguiera, pero sentía que aún no le creía.

A Tella se le aceleró el corazón mientras movía los dedos con lentitud hacia su mandíbula. Solía tener la piel suave, pero aquella noche estaba áspera y rugosa contra su palma mientras le agarraba la cara para que solo la mirara a ella.

—Creo que eres increíble, Legend, y quiero pasar la eternidad contigo. —Se puso de puntillas y acercó la boca despacio a la suya.

Legend se mantuvo inmóvil, pero dejó que sus labios se rozaran una vez.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca he hablado tan en serio.

Él cerró los ojos y después la rodeó con los brazos. La levantó de repente, la dejó sobre la enorme cama y tomó de nuevo sus labios. El colchón que tenían debajo era suave, pero en Legend todo era sólido. Cuando su lengua se deslizó entre sus labios abiertos, le supo al aire del océano escurriéndose a través de una ventana agrietada: salado, tentador e indomable.

Tella exploró con sus manos la suave extensión de su espalda mientras la boca de Legend abandonaba la suya para buscar su cuello. Presionó el beso más delicado en su base, haciendo que se estremeciera antes de que sus labios siguieran bajando. Le lamió suavemente la piel, probándola mientras dejaba un rastro de besos por la columna de su garganta.

Nunca la había besado con tanta delicadeza y aun así había algo muy intenso en sus besos. Como si aún no creyera en sus palabras, como si todavía pensara que no tenían futuro pero estuviera decidido a disfrutar tanto como pudiera.

—No te merezco. —Bajó las manos hasta los gemelos de Tella para subir la tela de su vestido sobre sus muslos.

—Sí, me mereces —susurró ella. Apenas recordaba cómo respirar. Legend se movía con seguridad e intención, sabía dónde tocar y qué hacer.

Pero cuando se atrevió a mirarla a los ojos, descubrió que parecía aterrado.

—Tella, no quiero que lo hagas porque te sientes presionada.

—No estoy segura de saber de qué parte de lo que estamos haciendo estás hablando, pero he sido yo quien ha acudido a ti. No siento nada excepto lo mucho que deseo estar contigo. Te entregué mi corazón cuando me besaste en la fuente y nunca lo he recuperado. Te quiero, Legend.

El joven se quedó paralizado.

¡Malditos fueran todos los santos! Tella se maldijo por dejar que se le escaparan las palabras.

Antes de que pudiera responder, él abandonó la cama y cruzó la habitación.

—Tenemos que parar —dijo, de manera entrecortada—. No podemos hacer esto. Yo no puedo cambiarte.

—¿Por qué no? ¿Por lo que he dicho? Quería que supieras cuánto deseo esto.

—No es solo eso. —Su pecho subió y bajó en una profunda inspiración—. Te mereces algo mejor, Tella.

No. No podía abandonarla de nuevo. No podía marcharse otra vez, pero sabía que ya estaba preparándose para hacerlo. Las luces blancas de la habitación estaban atenuándose, listas para desaparecer igual que lo hicieron las estrellas la última vez que él terminó una conversación marchándose.

—No te atrevas a hacer esto. Yo sé lo que quiero, y te quiero a ti.

—No lo harías si me dejaras cambiarte. —Su voz grave apenas era un susurro. Legend cerró los ojos y, cuando los abrió, se parecía más a la sombra

pintada en su pared que al Legend del que estaba enamorada—. Deberías irte. No soy abnegado ni altruista, Tella. Siempre encuentro un modo de conseguir las cosas que quiero. Si ahora estoy haciendo esto es porque nadie me había mirado nunca como lo has hecho tú al decir esas palabras y… te mereces que alguien te miré a ti así. Te mereces a alguien que pueda amarte, a alguien por quien de verdad merezca la pena vivir en lugar de a un inmortal que solo quiere poseerte.

46
Scarlett

La luna se había disuelto y las estrellas habían huido para vigilar otra parte del mundo, dejando el cielo nocturno de Valenda sumido en un negro mate y tintado. Los únicos puntos de luz venían de un par de ventanas iluminadas por lámparas encendidas y velas como las que titilaban en el interior de los aposentos de Scarlett en La Casa de Fieras, donde resollaba delante de la jaula dorada de La Dama Prisionera.

Tenía la frente empapada en un sudor que no podía limpiar del todo debido a los barrotes rubíes que atrapaban su cabeza. El orbe de piedras preciosas se había vuelto incluso más pesado en el trascurso de las últimas horas mientras se ponía a prueba y fracasaba, una y otra y otra vez, al intentar alterar las furiosas emociones de la joven que Gavriel le había llevado.

Necesitaba lograrlo. Si conseguía controlar los sentimientos de aquella mujer, podría dominar las emociones de Gavriel y detenerlo antes de que tomara el trono en menos de un día.

Pero a pesar de sus esfuerzos, Scarlett no conseguía hacer nada más que leer las emociones de la joven. Podía ver su furia y su rabia cayendo en cascada desde su espalda recta, como una capa feroz. Parecía que podían quemar, si se atrevía a acercarse demasiado. La mujer estaba sentada en el banco de mármol que había junto a la jaula de La Dama Prisionera y no se había movido de allí desde que La Estrella Caída se había marchado.

Al principio, Scarlett se había sentido aliviada. Había esperado que la mujer la atacara, después de cómo había mordido los dedos de Gavriel. En lugar de eso, se sentó tan recta y perfecta como una modelo para un retrato hasta que decidió quitarse sus largos guantes negros con los dientes.

Tenía los brazos cubiertos de tatuajes de descoloridas rosas negras y enredaderas que terminaban en dos manos heridas y cubiertas de puntos

recientes. A la mujer le habían cortado los dedos y, por el aspecto de las suturas, hacía poco de ello.

Scarlett se estremeció. Aquel debió ser el castigo de Gavriel por haberse comportado mal. ¿Era así como planeaba disciplinarla a ella si fracasaba?

Intentó hablar con la joven, pero esta no pronunció ninguna palabra. Después de un par de horas, la mujer apoyó la mejilla en su palma sin dedos, fingiendo aburrimiento. Habría sido creíble de no ser por las feroces emociones que vestía como un manto de destrucción.

Scarlett intentó calmarla enviándole pensamientos reconfortantes. Como eso no funcionó, trató de proyectar imágenes y emociones que pudieran hacerla sentir soñolienta, excitada, triste o contenta.

Nada.

Nada.

Nada.

—No puedo hacerlo —dijo al final. Había intentado cambiar los sentimientos de aquella mujer y en lugar de eso solo había conseguido agotarse. Apenas lograba mantener la cabeza levantada dentro de su jaula, y ni siquiera se atrevía a pensar en qué ocurriría cuando La Estrella Caída regresara; no quería descubrir cómo la castigaría por aquel fracaso.

Había llegado el momento de marcharse. Sentía el agotamiento en sus huesos, como si estos le dijeran que el amanecer se estaba acercando. La Estrella Caída volvería en cualquier momento y descubriría que no había tenido éxito. Scarlett tenía que usar La Llave de Ensueño para escapar de allí. Se había sobreestimado al pensar que, si se quedaba el tiempo suficiente, conseguiría derrotarlo. Odiaba que Tella y Julian la vieran enjaulada, pero tenía que regresar con ellos para idear otro plan.

—Si te marchas ahora, nunca lo derrotarás —dijo La Dama Prisionera, deteniéndola mientras se acercaba a la puerta. Hasta aquel momento, Anissa se había mantenido especialmente callada, balanceándose en su columpio y observando los repetidos fracasos de Scarlett con la joven. Pero ahora se había puesto en pie y agarraba los barrotes dorados de su jaula con los ojos de un blanco espeluznante—. No te rindas. Este no es tu verdadero final, pero será su principio si te marchas ahora.

—Me quedaría si supiera qué hacer, pero… —Scarlett se detuvo mientras el pomo giraba. *¡Maldita sea!*

Había dudado demasiado. Él había regresado.

Pero cuando la puerta se abrió no era La Estrella Caída. La luz de la mañana atravesó la entrada y un criado entró con un carrito lleno de comida

que colocó rápidamente en la mesa del comedor.

Scarlett no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba ni de lo rancio que se había vuelto el aire hasta que de repente se llenó de los aromas de los pasteles, de los buñuelos de fresa, de las espirales de caramelo y mantequilla, de las salchichas con azúcar moreno, de los huevos especiados y del té muy caliente.

La joven por fin se levantó de su silla. Caminó hasta la bandeja que habían dejado sobre la mesa del comedor, levantó la tetera torpemente con sus palmas y la volcó sobre la comida antes de que Scarlett pudiera detenerla.

Su manto de ira parpadeó brevemente con unos hilos bruñidos que resonaban a victoria. No obstante, como suele ocurrir con los sentimientos de éxito, no duró mucho. Después de un momento, los hilos asumieron un tono rojo casi negro cargado de odio, furia y amargura.

Scarlett ideó un nuevo plan mientras observaba las retorcidas e incontrolables emociones de la mujer. Estaba destrozada, pero tenía razones para estarlo. La Estrella Caída le había cortado los dedos y después se la había entregado a su hija como herramienta de entrenamiento. Ella también habría estado furiosa.

La idea le dio un salvaje parpadeo de esperanza. Después de todo, quizá hubiera un modo de cambiar sus emociones.

—Me decepcionas —dijo Scarlett—. Esperaba que no fueras tan tonta como para desafiar a mi padre. Puede que yo no sea capaz de controlar sus sentimientos, pero puedo verlos. ¿Fue él quien te cortó los dedos?

La mujer se quedó tan quieta como una muñeca plácida, pero Scarlett podía ver los colores vívidos de sus emociones crepitando como el fuego después de recibir un tronco nuevo.

—Odias a La Estrella Caída y crees que portarte como una niña malcriada conmigo le hará daño, pero te equivocas. Si de verdad quieres herirlo, ayúdame.

Scarlett tomó un buñuelo de fresa empapado y le dio un gran mordisco, como si no estuviera a punto de hacer una proposición arriesgada. Puede que aquella mujer odiara a Gavriel, pero eso no le garantizaba que fuera a ayudarla. Su desprecio era tan horrible, ardiente y poderoso que Scarlett no sabía si la mujer sería capaz de sentir algo más.

Pero tenía que intentarlo. Anissa tenía razón: si se marchaba en ese momento, sería el principio del final equivocado. Podía usar La Llave de Ensueño para escapar, pero solo se mantendría a salvo durante un tiempo, al

igual que su hermana y Julian, pues el Imperio Meridional no volvería a ser seguro.

—Yo tampoco siento ningún aprecio por La Estrella Caída —le confesó—. Puede que sea su hija, pero asesinó a mi madre y me puso esta jaula en la cabeza. Si quieres hacerle daño, ayúdame a engañarlo; encuentra un uso más efectivo para tu odio. Puedo ver cómo te consume, pero podrías usarlo para consumirlo a él. O puedes seguir volcando teteras.

Scarlett se terminó el buñuelo de fresa empapado mientras intentaba leer la respuesta de la mujer. Su furia y su odio eran tan poderosos que, si sentía algo más, no podía verlo.

Miró de nuevo a La Dama Prisionera, que había vuelto a sentarse en su columpio dorado.

—Esto va a ponerse muy interesante.

Y entonces el pomo de la puerta giró.

Esta vez entró Gavriel. Una pesada capa dorada con elegantes bordados rojos y un denso pelaje blanco cubría sus hombros. Era demasiado para la Estación Cálida, pero dudaba de que a él le importara. Parecía poderoso, algo que era de vital importancia para él.

La sonrisa complaciente que le había mostrado durante su última visita había desaparecido. Esa victoria ya se había convertido en historia y estaba ansioso de algo más.

—Te he traído otro regalo. —Chasqueó los dedos. Unas chispas aparecieron y un par de criados entraron en la sala portando una caja casi tan grande como la propia Scarlett—. Creo que este presente te gustará. Pero, primero, veamos tu progreso para saber si es el regalo adecuado.

Sus ojos dorados se posaron en el desayuno empapado en té de Scarlett.

—Creo que estarás satisfecho. —Scarlett se obligó a sonreír—. Puedes ver, por el aspecto de la mesa del desayuno, que la frustración es una de las emociones que he conseguido proyectar. Además…

—No necesito un resumen. Quiero una demostración, y preferiría ver una emoción que se desviara de su estado natural de ira y descontento. Quiero que sienta adoración por mí. —Gavriel se sentó en el banco de mármol—. Haz que me adore. Quiero que sienta que soy su dios.

A Scarlett se le revolvió el estómago. Aunque la mujer hubiera estado dispuesta a seguir su plan, no la imaginaba haciendo aquello. Fingiendo confianza, miró a la mujer a través de los barrotes rubíes de su jaula, pero dudaba de que eso ayudara.

Iba a tener que intentarlo de nuevo.

Por favor. Por favor. Por favor, funciona, rezó en silencio. Su corazón latía con fuerza y apretó los dedos mientras se imaginaba a la mujer levantándose de su banco y cayendo de rodillas en reverencia.

Nada parecía haber cambiado: las emociones de la mujer eran una tormenta de colores abrasadores y chillones. La intensidad era tan extrema que Scarlett tardó un instante en darse cuenta de que su mirada se había suavizado. Después, sus labios comenzaron a moverse. Hasta entonces, su boca pálida había formado una línea fina, pero en ese momento la abrió como si se le hubiera escapado un gemido mudo al ver a La Estrella Caída.

Era una visión extraordinaria.

La mujer cayó de rodillas con las lágrimas inundando sus ojos, como si realmente adorara a Gavriel.

Aquello era mucho más de lo que Scarlett había imaginado. Habría creído que lo había conseguido de no ser por los colores llenos de odio que seguían cayendo en cascada de los hombros de la mujer y bajando por sus brazos tatuados. Afortunadamente, La Estrella Caída no podía verlos. Si lo hubiera hecho, sus ojos no habrían destellado mientras observaba a la mujer arrodillada.

—Esto es extraordinario. Nunca creí que me miraría así de nuevo. Levanta la cabeza —le ordenó.

La joven obedeció.

La Estrella Caída extendió la mano y le acarició el cuello, haciendo que ella se estremeciera con algo que debía creer que era placer. Sus labios formaron una mueca perfecta.

—Lo cierto es que es una pena que tu magia haya desaparecido y ahora seas completamente inútil. Incluso tocarte me asquea —dijo Gavriel, apartando la mano—. Deberías quitarte de mi vista antes de que decida despojarte de algo más que los dedos.

La mujer rompió a llorar.

La Estrella Caída se rio, cruel y alegre. Scarlett no estaba segura de saber qué estaba pasando, pero suponía que su alegría no se debía solo a la actuación de su hija. Gavriel parecía compartir un pasado con aquella mujer, algo que iba más allá de unos dedos cortados.

—Es maravilloso. Responde como si realmente me adorara, a pesar de que la he destrozado. Esto es muy bueno, *auhtara*. No solo la has hecho sentir, le has dado sentimientos reales. Pero… —Una arruga enturbió su frente perfecta—. No siento que hayas alcanzado todo el potencial de tu magia. Veamos qué ocurre cuando retiras tu influencia. Quiero que

desaparezca todo el amor y la adoración. Quiero que no sienta nada. Conviértela en un cascarón sin emociones.

Su voz goteaba crueldad.

Scarlett tuvo que contenerse para no traicionar su disgusto y volvió a concentrar toda su atención en la mujer, como si fuera ella quien la controlara.

Pero no ocurrió nada.

Si acaso, la joven sollozó con más fuerza. Lloró lágrimas gruesas, desordenadas, como si sus emociones estuvieran fuera de su control.

Scarlett no sabía qué estaba haciendo. Sus verdaderas emociones no habían cambiado en ningún momento. Sus lágrimas no eran reales, pero estaban consiguiendo enfurecer a La Estrella Caída.

El aire de la habitación se calentó. Las paredes comenzaron a sudar.

Gavriel fulminó a Scarlett con la mirada.

—Haz que pare.

—No puedo —admitió—. Yo…

—Detenlo o lo haré yo —la amenazó.

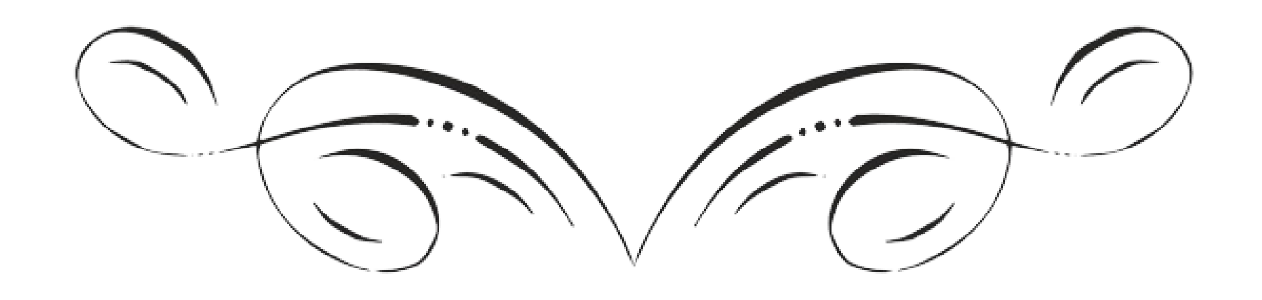
La mujer cayó de cabeza contra el suelo, histérica como una niña. El golpe resonó en todas las superficies.

La Dama Prisionera se cubrió las orejas.

Scarlett intentó proyectar con todas sus fuerzas pensamientos e imágenes tranquilizadoras. No tenía que leer las emociones de Gavriel para saber que estaba furioso. Se levantó de la silla y las llamas lamieron sus botas.

—Dame solo un minuto —le suplicó Scarlett—. Puedo arreglarlo. Todavía estoy aprendiendo.

—Eso no será necesario. —La Estrella Caída levantó a la mujer del suelo por el cuello. Y entonces se lo rompió.



EL CASI FINAL



47
Donatella

Los sueños de Tella sabían a tinta, a sangre y a amor no correspondido.

Estaba en el interior del mural de Legend. La noche olía a pintura y las estrellas espías parecían borrones de oro blanco en lugar de orbes resplandecientes. Cuando bajó la mirada, la pintura de los peldaños de piedra lunar se le quedó pegada a los dedos de los pies, coloreándolos de un blanco fulgurante.

Estaba en la última escena del mural, de pie en los peldaños del Templo de las Estrellas. Pero a diferencia de lo que había visto en la pintura, Legend no estaba con ella.

Solo estaba ella y los peldaños y las esculturas divinas que la miraban mientras La Doncella de la Muerte se acercaba.

—¡Vete!

En aquel momento no necesitaba que le predijeran otro amor perdido.

—¿Eso funciona alguna vez? —le preguntó la doncella.

—Normalmente no, pero es agradable decirlo.

—Necesitas más cosas agradables en tu vida.

—Por eso te estoy diciendo, portadora de la fatalidad, que te largues.

La Doncella de la Muerte suspiró.

—Te niegas a entenderme. Intento evitar la fatalidad, no anunciarla. Pero después de esta noche, no volveré a acercarme a ti si no me lo pides. Porque si no nos invocas a mí y a El Asesino cuando despiertes, será demasiado tarde para salvar a tu hermana o al Imperio.

La Doncella de la Muerte se abalanzó hacia delante, le agarró las manos y…



Tella despertó en la cama, empapada en sudor desde la cabeza hasta la parte de atrás de sus rodillas. Tenía las manos secas, pero tan pronto como las abrió se humedecieron.

Dos monedas del infortunio descansaban en sus palmas, una para El Asesino y la otra para La Doncella de la Muerte.

Saltó de la cama y se puso una bata. No quería creerle a la doncella y desde luego no quería pedirle ayuda, pero aunque la dama no hubiera acudido a ella en sueños, Tella habría sabido que algo iba mal: debería haberse despertado mucho antes.

La noche anterior se había metido en la cama con las ventanas abiertas, esperando que el sonido de las olas del océano ahogara los ecos del rechazo de Legend.

Te mereces a alguien que pueda amarte… en lugar de a un inmortal que solo quiere poseerte.

No sabía si lo había dicho solo para alejarla, si estaba siguiendo el consejo de su hermano de dejarla en paz o si era lo que sentía de verdad, pero durante la noche se dio cuenta de que eso no importaba. Legend tenía razón. Ella se merecía algo más que a alguien que solo quería poseerla. El problema era que quería ese *algo más* de Legend.

Podía mentirse a sí misma y decir que no quería que Legend perdiera su inmortalidad por ella, pero sabía que si él le ofreciera su amor, lo tomaría y lo conservaría para siempre.

Atormentada por esos pensamientos, no había esperado quedarse dormida. Y aun así se suponía que Julian debía despertarla tan pronto como Scarlett les llevara la sangre de La Estrella Caída. Pero o Julian no la había despertado, o Scarlett no había aparecido.

Llamó a la puerta de Julian y la abrió casi al mismo tiempo.

—Jul… —Se detuvo al ver su cama vacía.

Se marchó y bajó las escaleras, pero él no estaba en las plantas inferiores. No estaba en ninguna parte.

Lo único que encontró fue una nota clavada en la puerta delantera.

No puedo seguir esperando aquí. Escarlata no apareció anoche... Tampoco trajo la sangre. Me preocupa que le haya pasado algo. Voy a buscarla y a traerla de vuelta.

—J

48
Scarlett

La Estrella Caída dejó caer el cuerpo roto de la mujer, que se desplomó en el suelo con un ruido horrible.

—Siento que hayas tenido que ver esto. —Pasó sobre el cadáver para acercarse a Scarlett y solo entonces su boca se curvó en una mueca impecable —. Parece que todavía no lo has conseguido, pero me alegro de que estés haciendo progresos.

Sus dedos se prendieron y acercó uno de ellos a los barrotes de rubíes que aprisionaban su cabeza. De inmediato, la jaula destelló y desapareció, liberando la cabeza y el cuello de Scarlett.

La joven bajó los hombros, libre por fin del peso de la jaula. Nunca había sentido la cabeza tan ligera, pero no se atrevía a darle las gracias. Después del alivio inicial, lo único que podía hacer era mirar a la mujer muerta en el suelo.

—¿Era realmente necesario?

—No te sientas mal por su muerte. Me traicionó hace mucho tiempo y estaba decidido a matarla. Casi lo hice cuando la encontré encarcelada en el Templo de las Estrellas, pero creí que antes podría serme útil.

Apartó un mechón húmedo de la mejilla de Scarlett con una mano sorprendentemente suave.

Ella todavía quería alejarse de él; quería usar La Llave de Ensueño y huir de una vez por todas. No había conseguido la sangre, no había dominado su poder. Pero mientras Gavriel seguía apartándole el cabello de la cara con algo parecido al afecto, recordó el momento en el que se conocieron, cuando él le mencionó el sorprendente parecido que tenía con su madre, la mujer con la que había engendrado un hijo, la mujer a la que había matado y, según la nota que Tella le envió, también la única mujer a la que había amado.

Puede que hubiera abordado aquello mal. Puede que no tuviera que dominar sus poderes para lograr que la quisiera. Quizá conseguiría recuperar

el amor que Gavriel había sentido por su madre y hacerlo humano el tiempo suficiente para matarlo.

Tomó aire y se estremeció ante la idea. No quería usar el amor como un arma, ni asesinar o matar, pero aquello era lo único que tenía. Y no se trataba solo de ella. Se trataba de la mujer que yacía muerta en el suelo y de toda la gente de Valenda y del Imperio Meridional, que sufriría si no detenía a Gavriel.

—¿Cómo conociste a mi madre? —le preguntó en voz baja. La Estrella Caída detuvo la mano en su cabello. La pregunta le pareció de inmediato un error, pero insistió—. Mi otro padre…

Gavriel apartó la mano de su cabello y los tranquilos tonos melocotón que lo habían rodeado se oscurecieron hasta un naranja a punto de incendiarse.

Al menos estaba consiguiendo que sintiera algo. La apatía era lo contrario al amor, así que aunque estuviera llevando sus emociones en la dirección equivocada, al menos las estaba llevando a alguna parte. Solo tenía que aprender a guiar sus sentimientos para que sintiera lo que ella quería.

—Me refiero al hombre que me crio —se corrigió—. Aunque él no quiso tener nada que ver conmigo hasta que alcancé la edad suficiente para casarme. Lo odio.

Los ojos de La Estrella Caída destellaron con un poco más de interés. El odio era una emoción que entendía, pero Scarlett debía tener cuidado o se aferraría a ello en lugar de al amor.

—No quiero odiarte a ti también, pero me das miedo —continuó—. Y no creo que eso me haga débil; creo que me hace inteligente. Te agradezco que me hayas quitado la jaula, pero si quieres que siga entrenando para desbloquear mis poderes, tendrás que darme una razón para confiar en ti. Es evidente que mi madre tuvo una relación contigo. O que se acostó contigo, al menos una vez.

Gavriel abrió las fosas nasales. Scarlett estaba bailando en el borde de un cuchillo.

—Nuestra relación fue más que eso.

—Entonces háblame de ella —le pidió.

—Creo que a mí también me gustaría oír esa historia —trinó Anissa.

Gavriel la fulminó con la mirada y las llamas lamieron los barrotes de su jaula.

—Vuelves a darme miedo —dijo Scarlett.

—Doy miedo, pero no deseo asustarte.

El cadáver en el suelo parecía indicar lo contrario, pero Scarlett no quería discutir con él, no mientras le indicaba que lo siguiera fuera de la habitación, en dirección a los salones.

Él rara vez la dejaba abandonar su habitación.

Todo era monstruosamente grande y estaba teñido de magia, haciendo que Scarlett fuera incluso más consciente de su frágil humanidad. Pasaron junto a columnas antiguas que eran tan gruesas como cabañas pequeñas y frescos cubiertos de quimeras e híbridos entre humanos y animales. Como era uno de los lugares aciagos, la apariencia de La Casa de Fieras se había restaurado cuando los Destinos atrapados en las cartas despertaron. Por fortuna, los lugares aciagos exigían sangre y sacrificios para cobrar vida, así que las criaturas de las pinturas no eran reales. No obstante, la joven habría jurado que aquellos ojos veían y los oídos escuchaban.

—Paradise era la ladrona más valiente que jamás he conocido —comenzó Gavriel—. No había nada que temiera robar. Le encantaban la emoción, el peligro y el riesgo. Creo que por eso se sintió atraída por mí.

—¿Por qué te atraía ella a ti? —le preguntó Scarlett.

—Todo empezó cuando amenazó con matarme. —Scarlett quería pensar que estaba bromeando, pero parecía hablar totalmente en serio—. Antes de conocernos, Paradise fue contratada por la Iglesia de la Estrella Caída.

Su voz suntuosa se tiñó de orgullo y Scarlett se llenó de temor.

Había oído hablar del Templo de las Estrellas, pero no tenía idea de que hubiera una iglesia dedicada solo a La Estrella Caída. Aunque no debería haberle sorprendido: en el Distrito del Templo había de todo, incluida una Iglesia de Legend.

—La Iglesia de la Estrella Caída quería robar la Baraja del Porvenir de la emperatriz Elantina. Otros lo habían intentado antes, pero todos habían sido atrapados y condenados a muerte por su fracaso; mi iglesia no quería que nadie descubriera que quería aquella Baraja del Porvenir porque era allí donde estaba encarcelado yo junto con el resto de Destinos. Al final, contrataron a Paradise. Para entonces, ya se había extendido el rumor de la letalidad del encargo, pero ella no temía aceptarlo. Y a diferencia de todos los que lo intentaron antes que ella, consiguió robar las cartas.

Su boca se curvó en una sonrisa tan leve que Scarlett dudaba de que fuera consciente de ella. Había admirado a su madre de verdad.

—Paradise no confiaba en que mi iglesia no la traicionara, así que solo les entregó una carta, aquella en la que yo estaba encarcelado, y les dijo que el resto de la baraja estaba oculto en un sitio seguro y que les entregaría su

ubicación después del pago. Había planeado huir de la ciudad, pero las cosas no salieron como ella esperaba.

»La Iglesia de la Estrella Caída se formó para buscar esta Baraja del Porvenir y liberarme a mí y al resto de los Destinos. Antes de pagarle a Paradise tenían que asegurarse de que las cartas eran auténticas, así que un miembro de su congregación se entregó en sacrificio para liberarme.

La palabra *sacrificio* hizo que Scarlett se estremeciera, pero la sonrisa de La Estrella Caída se amplió como si aquel fuera un buen recuerdo. Si de verdad intentaba no asustarla con su historia, estaba haciendo un trabajo horrible.

—Tan pronto como fui liberado, busqué a Paradise para recuperar la Baraja del Porvenir y rescatar a todos mis Destinos, pero ella ya no tenía la baraja. Mientras mi iglesia me liberaba, Paradise y su amante usaron la baraja para leer el futuro y descubrieron que las cartas eran mágicas. Todavía no sabían con exactitud de qué se trataba, pero sí que valía mucho más de lo que mi iglesia le había ofrecido. Paradise había planeado pedir una suma mayor, pero cuando despertó a la mañana siguiente vio que su amante se había llevado las cartas. Yo la encontré atada a la cama. Cuando llegué, ella no tenía ni idea de quién era yo. Me amenazó con matarme si no la desataba y me sentí intrigado de inmediato.

Su voz se volvió melancólica, como si estuviera llegando a la parte romántica de la historia, y aun así los feroces colores que lo rodeaban se estaban tornando rabiosos, lamiendo los peldaños, aferrándose a su capa y poniendo a Scarlett nerviosa porque su plan no iba a funcionar como había deseado.

—Nos convertimos en aliados a regañadientes. El mundo había cambiado tanto desde que me encerraron que necesitaba su ayuda para localizar la Baraja del Porvenir, y ella quería a alguien que la protegiera de mi iglesia. Ninguno de nosotros quería que el otro supiera la atracción que sentíamos. Yo no admití lo que sentía por ella hasta el día en el que me dijo que estaba embarazada.

Aquella era la parte en la que Scarlett habría esperado que la mirara. Y lo hizo, pero habría sido mejor que no lo hubiera hecho. Había algo casi salvaje en sus ojos dorados: contenían toda la violencia del odio mezclada con la pasión del amor, como si todo aquello hubiera ocurrido el día anterior en lugar de dieciocho años antes.

—Iba a convertir a Paradise en inmortal después de que diera a luz, pero antes de que pudiera contarle quién era, lo descubrió sola y decidió

traicionarme. Localizó la Baraja del Porvenir y, en lugar de compartirlo conmigo, volvió a encerrarme en una de las cartas. Yo quería pasar la eternidad con ella, y ella me traicionó.

La Estrella Caída hizo una pausa abrupta y se detuvo en un descansillo con vistas a un resplandeciente desfiladero blanco. Nunca la había llevado allí antes, pero Scarlett reconoció las resquebrajadas ruedas de la muerte esparcidas por el borde y el río rojo que lo atravesaba. Aquel era el lugar que Tella le había descrito cuando le contó cómo había asesinado a su madre.

La joven retrocedió un paso.

Él le agarró el brazo de inmediato.

—No voy a hacerte daño. Te necesito, y esta es la razón. —Le apretó el brazo hasta que le dolió—. Paradise tomó los sentimientos más fuertes que jamás he sentido y los usó en mi contra. Si la hubiera querido, me habría matado. El amor es la única debilidad que jamás podré superar. Los humanos intentan hacerlo pasar por un don, pero el amor nunca dura: solo destruye, y para nosotros conlleva la muerte eterna. Cuando domines tus poderes, podrás quitarme este defecto que me permite sentir amor por un humano.

49
Donatella

—La próxima vez que vea a mi hermano voy a ponerle una correa.

Legend habló en voz baja, pero Tella habría jurado que hacía vibrar las obras de arte que colgaban del pasillo.

Después de encontrar la nota de Julian, Tella fue a despertar a Legend. Parecía no haber dormido mucho después de que ella se marchara la noche anterior. Estaba en la entrada, con una arrugada camisa negra que debió ponerse apresuradamente. Tenía el cabello oscuro enredado, sombrías lunas vivían bajo sus ojos y sus movimientos no eran tan precisos como solían.

—Sabía que esa chica conseguiría que lo mataran —murmuró Legend.

—¡Ella no es cualquier chica! Es mi hermana, y ha estado arriesgando su vida para reparar el error que ambos cometimos.

Legend se frotó la cara.

—Lo siento, Tella. —La miró de nuevo y las ojeras bajo sus ojos desaparecieron, aunque ella sabía que seguían allí, ocultas bajo una de sus ilusiones. Estaba preocupado por su hermano. Aunque Julian no lo supiera, ella había visto su preocupación y también la oyó en su voz cuando dijo—: Voy a encontrarlos.

—*Vamos* a encontrarlos —lo corrigió. Se trataba de su hermana. Había permitido que Scarlett volviera con La Estrella Caída y le había pedido que le robara la sangre que necesitaban para el *Ruscica*… Lo que sin duda había sido inútil—. Antes de que me digas que es demasiado peligroso, debes saber que iré a por mi hermana y por Julian sin importar lo que digas. Si no quieres llevarme contigo, conozco a alguien que lo hará.

Le mostró las monedas del infortunio que había encontrado al despertar.

Legend le echó una mirada fulminante a los discos y estos desaparecieron.

—¡Devuélvemelos! —exclamó—. Sé que siguen ahí, aunque no pueda sentirlos.

—¿Qué vas a hacer con esas cosas? —gruñó Legend.

—Contactaré a El Asesino y le pediré que me ayude a rescatar a mi hermana. Él podría sacarla de esas ruinas en un parpadeo.

—Fuiste tú quien dijo que El Asesino estaba loco.

—La Estrella Caída es mucho peor, y no voy a quedarme aquí de brazos cruzados mientras mi hermana está en problemas. No me encanta esta idea, pero creo que La Doncella de la Muerte y El Asesino podrían ser nuestra mejor opción para llegar hasta Julian y Scarlett.

Legend apretó la mandíbula y Tella se preparó para otra discusión.

—Si lo hacemos, tú entrarás con El Asesino, encontrarás a tu hermana y saldrás de allí de inmediato.

—¿En serio estás de acuerdo conmigo?

Las monedas reaparecieron en su mano, pero Legend ya parecía arrepentido de su decisión. Tenía tensos los músculos del cuello.

—Todo esto sigue sin gustarme, pero Aiko y Nigel no han visto ni a La Doncella de la Muerte ni a El Asesino en el palacio. Jovan tampoco los ha visto en las ruinas, y Casper no ha oído ningún rumor sobre que trabajen para La Estrella Caída. No quiero confiar en ellos, pero son los únicos que pueden llevarnos a las ruinas donde tu hermana está retenida. Con hechizos e ilusiones, sería un desafío que los cuatro consiguiéramos escapar de allí sin ser detectados. Solo prométeme, Tella, que si hacemos esto no correrás riesgos innecesarios.

Legend la miró a los ojos; las lunas oscuras bajo sus ojos habían vuelto. Solo duró un segundo pero, durante ese instante, pareció más humano.

50
Scarlett

Antes de llegar a la puerta que conducía de nuevo a su habitación, La Estrella Caída le dedicó a Scarlett una sonrisa luminosa, como si acabaran de tener su primera charla seria entre padre e hija. Debía ser mejor actriz de lo que creía. Si él hubiera sabido que ella nunca se convertiría en la razón por la que él se transformaría en invencible, que nunca dominaría sus poderes y lo haría inmune al amor, la habría metido en otra jaula.

Scarlett estaba lista para usar La Llave de Ensueño tan pronto como La Estrella Caída la llevara a su dormitorio y se marchara. Pero cuando entraron en sus aposentos, Gavriel hizo llamar a Las Fámulas, los Destinos menores a los que reconoció por el hilo rojo que cerraba sus labios blancos.

—Uh, ¡qué bien! —murmuró Anissa desde el interior de su jaula en el centro de la sala de estar, aunque parecía lejos de alegrarse de aquella llegada.

—¿Para qué las necesitamos aquí? —preguntó Scarlett.

La Estrella Caída agitó una mano hacia la caja que había llevado antes.

—Han venido para ayudar a prepararte. Hoy será tu presentación ante el Imperio.

—También se asegurarán de que su señora lo sepa todo sobre ti —murmuró Anissa tan pronto como La Estrella Caída se marchó—. La Reina de los No Muertos usa a sus Fámulas para espiar. Queenie y Gavriel tuvieron una aventura hace mucho tiempo. Los Destinos no podemos amar, pero somos muy apasionados y celosos. No se alegró cuando se enteró de que había tenido una hija con una mortal, y supongo que siente curiosidad por ti.

Scarlett no sabía si La Dama Prisionera le estaba advirtiendo que no escapara en aquel momento, pero no importaba. Las Fámulas ya se habían puesto manos a la obra. Le quitaron el vestido con velocidad sobrenatural y lo lanzaron sobre la alfombra junto con la valiosa Llave de Ensueño que llevaba en el bolsillo.

Durante todo el proceso, Scarlett fantaseó con correr a por su vestido y la llave. Pero si se marchaba en ese momento, La Estrella Caída sabría de inmediato que se había ido y tardaría menos en encontrarla.

Su mejor opción sería aguantar hasta que Las Fámulas se marcharan. Se tragó su vergüenza mientras insistían en lavarla o en ayudarla con su ropa interior. Le rizaron el cabello con tenacillas calientes y después se lo amontonaron sobre la cabeza antes de delinearle los ojos con kohl, pintarle los labios con carmín rubí y aplicar polvo dorado por toda su piel hasta que brilló como un Destino más. Sin embargo, cuando se miró en el espejo, se descubrió sorprendentemente parecida a su madre.

Cuando Las Fámulas abrieron la caja que Gavriel le había llevado, Scarlett se estremeció.

Si hubiera sido un regalo de otra persona, el vestido del interior le habría parecido maravilloso. El corpiño era dorado y sus finos tirantes caídos con diminutos diamantes amarillos cortados como estrellas resplandecían bajo la luz, lo que proyectaba motitas iridiscentes en los colores del arcoíris por la habitación. La falda era amplia y tan roja como un corazón roto, excepto cuando se movía. Cada vez que giraba o inclinaba sus caderas, un estallido de oro bajaba desde su cintura hasta el dobladillo, brillando, destellando y titilando como un diminuto cometa.

Jamás había tenido un vestido tan exquisito. No se opuso mientras Las Fámulas la ayudaban a ponérselo, esperando que se marcharan cuando su trabajo finalizara, pero tan pronto como estuvo vestida apareció un nuevo visitante.

Su rostro era demasiado atractivo para ser humano. Tenía la piel marrón oscura, unos ojos encuadrados por gruesas y largas pestañas y una curva natural en los labios que hacía que pareciera que siempre sonreía. Su capa verde era del color de las hojas de la hiedra venenosa durante la Estación Cálida. Cayó alrededor de sus tobillos mientras hacía una reverencia ante Scarlett, tan perfecta que ni siquiera una gota escapó de la copa que llevaba en la mano.

Sin duda, otro Destino.

Dulces hilos de magia se mezclaban con los estallidos entusiastas de oro que giraban a su alrededor.

La Dama Prisionera dejó de columpiarse. Observó a aquel nuevo joven con una enfrentada combinación de bullente fascinación roja y desprecio amarillo mientras él extendía su mano libre y tomaba la de Scarlett.

—Es un placer conocerte, alteza. —Los anillos que llevaba refulgieron mientras se acercaba los nudillos de la joven a sus labios para darles un caballeroso beso—. Pasaremos mucho tiempo juntos. Soy Veneno.

Scarlett apartó la mano de inmediato, recordando a la familia petrificada que había encontrado durante el Festival del Sol.

—Parece que ya ha oído tu nombre y no le gusta mucho —dijo La Dama Prisionera desde su jaula.

—La haré cambiar de idea. —Veneno sonrió de oreja a oreja mostrando unos dientes perfectos y rectos—. Voy a convertirme en su mejor amigo.

—Lo dudo —replicó Scarlett con los dientes apretados.

Veneno se agarró el corazón y las joyas destellaron en sus dedos.

—Pensé que serías más amable que tu padre. No sé qué he hecho para ofenderte pero, por favor, perdóname. De lo contrario, esta será una velada muy tediosa. —Le ofreció un brazo—. Estoy aquí para escoltarte a la coronación.

—Ten cuidado —le advirtió La Dama Prisionera.

—Tranquila —dijo Veneno—. ¿De verdad crees que yo le haría daño a la hija de Gavriel?

—No es una advertencia solo para ella. —La voz de Anissa se suavizó una fracción y sus ojos asumieron ese desquiciante tono blanco—. Se avecina tortura y muerte.

Scarlett se estremeció.

Veneno se acercó un poco más.

—No te asustes, pequeña estrella. Creo que quiere decir que esta será una fiesta impresionante.

Sin más ceremonia, Veneno se llevó a Scarlett de la habitación hasta los fastuosos pasillos antes de descender a una serie de pasadizos subterráneos que conducían desde La Casa de Fieras hasta la torre dorada del palacio real.

El Destino no dejó de hablar mientras subían y subían hasta la parte superior de la torre. Scarlett estaba acalorada, con el pesado vestido y el maquillaje brillante, pero Veneno parecía más animado con cada tramo de escaleras, como si la advertencia de La Dama Prisionera lo hubiera excitado de verdad.

No se detuvo hasta que llegaron a la puerta de la habitación donde debían encontrarse con Gavriel.

—Lo que dije antes, sobre ser amigos, era en serio. Puede que no te caiga bien, pequeña estrella, pero si me necesitas, ahí estaré.

Su sonrisa encantadora se convirtió en algo más tóxico cuando las puertas se abrieron para recibirlos en la estancia donde los esperaba La Estrella Caída.

Tapices de guerras violentas se aferraban a las paredes mientras una avaricia de un maduro amarillo rodeaba al Destino. Estaba en el centro de un grupo de cuatro guardias, jóvenes mujeres y hombres musculosos que debían ser los mejores de Valenda pero que, comparados con Gavriel, parecían niños jugando a los disfraces. El aire que lo rodeaba estaba cargado de electricidad, sus ojos estaban en llamas y una capa fluía desde sus hombros como oro líquido.

Sus ojos destellaron cuando Scarlett entró. Se produjo un parpadeo de pálida sorpresa rosa, el color de los corazones frágiles, y por un momento tan fugaz que podría haber sido una mala pasada de sus nervios, la joven tuvo la impresión de que él estaba viendo a su madre.

La tomó del brazo y caminó con ella hasta el balcón. Por el cuidado con el que la conducía, nadie habría imaginado que había matado a alguien ante sus ojos hacía unas horas.

Aplausos y vítores alegres irrumpieron cuando salieron. El patio de cristal estaba a rebosar de gente. Había niños sobre los hombros de sus padres y otros se apiñaban dentro de las fuentes y subían a los árboles, aunque ninguno sabía realmente por qué aplaudía.

Los ojos de Scarlett se posaron en un niño pequeño con una corona de papel que miraba a La Estrella Caída como si quisiera que se fijara en él. Otros niños y adultos la miraban a ella del mismo modo, admirándola solo porque llevaba un vestido impresionante y estaba en un balcón junto al hombre que tenía el poder.

Scarlett tenía ganas de vomitar. Ella no era su princesa ni su salvadora: era su condena. Ni siquiera escuchó lo que La Estrella Caída estaba diciendo hasta que oyó las palabras *Paradise la Perdida*.

Prestó atención de inmediato.

—Para la historia, Paradise era una ladrona y una criminal, pero para mí era mi esposa. —Gavriel cerró los ojos y arrugó la frente en una muestra de tristeza manufacturada—. Ella es la razón por la que regresé a Valenda. Me gustaría poder decir que vine para salvaros a todos de los villanos que asesinaron a vuestro último aspirante a emperador, pero yo ya estaba de camino antes de eso. Viajé desde la otra punta del mundo tan pronto como descubrí que un granuja llamado Dante Thiago Alejandro Marrero Santos iba a ser coronado emperador. Sabía que tenía que detenerlo, pues él no era el hijo perdido de Elantina. Lo era mi esposa, Paradise la Perdida.

Las bocas de todos se abrieron en suspiros y gemidos de sorpresa. Estaban ansiosos por creerle, aunque no tuviera ninguna prueba de ello.

Los vítores de la audiencia se convirtieron en un respetuoso silencio mientras Gavriel prometía reinar como hubiera querido su esposa muerta. Se le rompió la voz y Scarlett creyó ver a varias damas desmayándose. A nadie parecía inquietarle que, de haber estado casado con Paradise, tendría que parecer mucho mayor.

—Y ahora —dijo Gavriel—, me gustaría presentaros a alguien muy especial. Paradise y yo tuvimos una hija, vuestra nueva princesa, Scarlett. —Colocó la diadema de rubíes sobre su cabeza—. Ella es mi única heredera, pero no os preocupéis: planeo gobernar durante mucho tiempo.

El patio irrumpió en aplausos. Quizás algunos individuos intuitivos podrían haber tomado sus últimas palabras como una amenaza más que como una promesa de prosperidad, pero Scarlett no vio sus rostros mientras su padre agitaba una mano y Veneno daba un paso adelante con una corona dorada tan pesada que la mayoría de los mortales se hundirían bajo su peso. Parecía simbólico, porque pronto todos los humanos del Imperio quedarían aplastados bajo los puños del Destino que la llevaría.

Scarlett intentó alejarse de él mientras abandonaban el balcón, pero Gavriel entrelazó su brazo con el de ella.

—Esta noche te quiero a mi lado.

Juntos bajaron todos los peldaños de la torre dorada hasta la sala del trono y una pesadilla disfrazada de fiesta.

51
Scarlett

Era el tipo de celebración que pasaría a los libros de historia y, finalmente, se traduciría en cuentos de hadas idealizados que harían atractivas incluso las partes horribles. Dentro de cien años, la gente que oyera hablar de la fiesta de coronación de La Estrella Caída desearía haber asistido, aunque muchos de los humanos que estuvieron allí parecían desear no haber formado parte del afortunado grupo al que se le permitió la entrada.

Scarlett no sabía cómo habían decidido los guardias a quién dejar entrar, pero se preguntaba si les habían dicho que serían recompensados si sobrevivían a la noche, porque a pesar del maltrato, nadie parecía resistirse.

Junto a las escaleras que acababa de bajar, Las Fámulas estaban cosiendo los labios de los invitados con grueso hilo rojo. También estaba La Novia Abandonada, con su velo de lágrimas, quien besaba a todos los hombres casados hasta que sus esposas comenzaban a llorar. El Príncipe de Corazones tenía una expresión depravada, pero Scarlett no lo observó lo suficiente como para descubrir qué estaba haciendo. O quizá fuera él quien controlaba las emociones para que los humanos se comportaran.

La Sacerdotisa olía a sufrimiento mientras zigzagueaba entre los invitados con un vestido hecho con capas de tejido fino que se hinchaba al moverse. Scarlett nunca había hablado con ella, pero Anissa le había contado que el don de La Sacerdotisa era su voz. La dama podía conseguir que cualquier persona traicionara a su madre, a su amante, o revelara sus más terribles secretos.

La joven intentó mantenerse alejada de ese Destino, aunque no había muchos lugares seguros. La sangre borboteaba del trono donde Gavriel debería haberse sentado siguiendo la tradición, como El Trono de Sangre de las Barajas del Porvenir, aunque Scarlett no sabía si era el real o solo una réplica. Frente a él había un escenario de pulida madera de cerezo que

apestaba a mortificación y tormento. Era como la escena tras la mansión de Nicolas. Scarlett observó mientras El Bufón Loco movía a la gente como si fueran marionetas. Tenían los brazos y piernas atados con cuerdas que controlaba mágicamente para hacer sus movimientos bruscos y propios de los muñecos.

La joven quería liberarlos, pero no parecían estar en tanto peligro como aquellos que rodeaban a Veneno, mientras sostenían con nerviosismo sus copas de burbujeante líquido púrpura. No estaba segura de a qué juego estaban jugando, pero recordó las advertencias de Anissa sobre tortura y muerte mientras se fijaba en algunos de los elementos decorativos más recientes de la sala: estatuas de piedra realistas y esculturas de hielo de personas con copas en las manos.

Scarlett reunió todo su coraje y miró a su padre.

—Creo que tus Destinos se están pasando. Pensé que querías que tu pueblo te adorara.

—Solo se están divirtiendo.

—Yo no. —Soltó el brazo de Gavriel—. Yo quiero que detengas esto —replicó. Sabía que habría consecuencias, pero oponerse a aquello merecería la pena—. Esto no hace que desee dominar mis poderes y convertirme en uno de tus Destinos.

La irritación arrugó el rostro de su padre.

—Veneno, conviértelos de nuevo en humanos. A mi hija no le gusta este juego.

Un par de minutos después, la mayor parte de las estatuas y esculturas eran humanas de nuevo, pero los horrores de la noche no habían terminado.

En el mismo momento en que Veneno devolvía la vida a su última estatua, Scarlett vio un rostro atractivo entre los guardias cerca de las puertas. Piel oscura y dorada, boca juguetona y unos cálidos ojos marrones clavados en los suyos. *Julian*.

Debería haber apartado la mirada. Debería haber hecho algo para provocar una distracción y que Julian pudiera huir de aquella maldita fiesta. Su disfraz había mantenido a los Destinos alejados de él por el momento, pero no era seguro.

—Ese joven guardia… —dijo La Estrella Caída, siguiendo su mirada—. ¿Lo conoces? ¿Quieres que lo traiga? Quizá podríamos usarlo para poner a prueba tus nuevos poderes.

—No —dijo Scarlett. Pero, una vez más, debería haber hecho las cosas de otra manera y dicho algo más que esa única palabra. Tan pronto como

abandonó sus labios, La Estrella Caída se giró hacia el Destino más cercano: La Sacerdotisa de hipnótica voz.

—Trae al guardia de la cicatriz en la cara —le ordenó.

—No, por favor —le pidió Scarlett, pero su ruego fue tan efectivo como la palabra *no*. La sonrisa de La Estrella Caída se transformó en algo cruel mientras La Sacerdotisa rodeaba a Julian con el brazo y lo empujaba hacia delante.

—No creo que deba probar mis poderes aquí —dijo Scarlett—. ¿Y si fracaso, como antes? No quiero avergonzarte.

—No creo que eso vaya a ocurrir esta vez. —Gavriel le dedicó una sonrisa inquietante mientras La Sacerdotisa regresaba del brazo de Julian.

Un mechón de cabello castaño caía sobre su frente. Parecía mucho más juvenil que el granuja al que había conocido en Trisda, y demasiado mortal ahora que La Sacerdotisa tenía los dedos clavados en su brazo.

La piel de este Destino brillaba como el mármol y su vestido fluido le hacía pensar a Scarlett en sacrificios virginales, aunque tenía la sensación de que, en aquel caso, el sacrificado sería Julian.

Pero él no se acobardó. Estaba erguido y recto, rodeado de valientes estallidos dorados y audaces espirales cobrizas.

—Gracias por traerme aquí —dijo—. Esperaba pedirle un baile a la nueva princesa.

La diversión iluminó los ojos de La Estrella Caída.

—Primero tengo que hacerte una pregunta. —Chispas vertiginosas llenaron el aire mientras se dirigía a La Sacerdotisa—: Pregúntale de qué conoce a mi hija.

La dama repitió la pregunta y, cuando habló, su voz fue lo único que Scarlett pudo oír. Era el sonido de las luces brillantes, de las lunas llenas, de deseos a punto de ser concedidos.

Julian respondió sin vacilación.

—Es el amor de mi vida.

El corazón de Scarlett se rompió y explotó a la vez.

Las chispas que rodeaban a La Estrella Caída se convirtieron en llamas descontroladas.

—Puede que esa sea la razón por la que no has conseguido dominar tus poderes. ¿Tú también lo amas?

La Sacerdotisa le repitió la pregunta de Gavriel y Scarlett no consiguió pensar en otra cosa que no fuera Julian. Estaban de nuevo en Caraval, enredados en una cama mientras él la hacía tomar una gota de su sangre para

salvarle la vida. Lo había querido entonces y lo quería ahora, pero no podía confesárselo a su padre.

—No luches contra su pregunta, *auhtara*, o eso te matará.

Las lágrimas bajaron por las mejillas de la joven.

—Sí, lo amo desesperadamente.

—Qué decepción. —Gavriel señaló a La Sacerdotisa, que empezó a alejar a Julian de allí.

—¡Para! —Scarlett intentó seguirlos.

La Estrella Caída le rodeó el brazo con una mano roja y brillante que parecía a punto de incendiarse y la arrastró hasta El Trono de Sangre.

Un dolor atroz le rasgó los hombros. Scarlett gritó, atrayendo las miradas de todo el salón de baile.

—No voy a hacerle daño a él y preferiría no volver a hacértelo a ti, pero lo haré si no te comportas. —La mano de Gavriel perdió su calor, pero siguió agarrando con fuerza el brazo de Scarlett. La condujo de nuevo hacia el trono, mientras La Sacerdotisa llevaba a Julian al repugnante escenario de El Bufón Loco.

—No quiero que él nos oiga y nos ofrezca una actuación como la que tú incitaste en mi *regalo*.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Scarlett.

—Creo que ya podemos dejar de fingir. —Gavriel acercó los labios a su oreja—. Nada de lo que hiciste la semana pasada ha sido un secreto para mí. ¿De verdad creías que Anissa no me contaría todo lo que tramabas?

Sí, lo había creído.

—Tendré que castigarte por eso más tarde, a menos que me decepciones ahora.

Gavriel se sentó en su Trono de Sangre y obligó a Scarlett a posarse en el reposabrazos como una decoración. Antes había dicho que era una princesa, pero solo era un peón. La sangre manchaba la espalda de su precioso vestido. Se preguntó de qué otra manera la habría traicionado Anissa, pero aquel no era el momento para pensar en eso.

Toda la fiesta se detuvo a observar mientras llevaban a Julian al escenario al otro lado de la habitación. Scarlett deseaba que huyera, pero debía temer por ella y no forcejeó mientras El Bufón Loco y La Sacerdotisa le ataban cuerdas alrededor de los brazos y las piernas.

—Ahora —susurró Gavriel—, quiero que uses tus poderes para arrebatarle su amor por ti y reemplazarlo con odio. Cuando vea un verdadero desprecio en sus ojos, lo dejaré marcharse con vida.

—No puedo hacer eso. —A Scarlett le tembló la voz con cada palabra. Y no solo porque todo su ser odiaba la idea de que Julian la despreciara—. No puedo controlar las emociones.

—Entonces, morirá —dijo Gavriel, como si fuera lo más razonable—. Y si noto que intentas cambiar mis sentimientos, en algún sentido, prenderé fuego a esta habitación y mataré a todos los humanos del interior.

Scarlett tomó una frágil inspiración mientras miraba a toda la gente indefensa de aquella sala. La mitad estaba viéndola. El resto estaba girado hacia Julian, atado como una marioneta en el escenario. Los colores que lo rodeaban eran feroces y brillantes y estaban llenos de un profundo y eterno amor escarlata. Nunca había sentido tanto amor en su vida: era puro y altruista, sin miedo ni pesar. Lo único que él quería en aquel momento era que *ella* estuviera a salvo.

Y ella tendría que arrebatarle aquellos sentimientos para que sobreviviera.

Tenía ganas de llorar. Lo miró y silabeó las palabras *Te quiero*, sabiendo que quizá nunca volvería a pronunciarlas de verdad. Si tenía éxito y dominaba sus poderes, no solo le arrebataría su amor a Julian; ella se convertiría por fin en uno de los Destinos de su padre y perdería su capacidad de amar.

Así que, antes de intentar borrar el amor de Julian, se permitió sentirlo una última vez. Dejó que su amor partiera para tocar el suyo, como dos instrumentos separados podrían tocar juntos para crear una canción más hermosa, y de repente Scarlett supo cómo cambiar lo que Julian estaba sintiendo… Cómo cambiar su canción para que ya no armonizara con la de ella.

Antes siempre había intentado proyectar un sentimiento o una imagen para la otra persona, pero lo que tenía que hacer era empujar sus sentimientos. Tenía que alcanzarlos con su magia y retorcerlos hasta que sus colores empezaran a cambiar y cambiar y cambiar y…

—¡No! —Julian se sacudió contra las cuerdas que lo ataban al escenario. Puede que no hubiera oído las instrucciones de La Estrella Caída, pero conocía el objetivo del Destino para Scarlett. El joven sabía que aquel asalto contra sus emociones se debía a su magia… A una magia contra la que él le había advertido—. ¡No lo hagas, Escarlata!

La Estrella Caída aplaudió y chispas brotaron en las puntas de sus dedos.

En el escenario, las lágrimas bajaron por las mejillas de Julian. Estaba luchando contra ella, batallando contra sus poderes con todo lo que tenía, pero incluso eso jugaba a favor de Scarlett. Podía ver su amor convirtiéndose en furia.

La joven comenzó a temblar.

Gavriel la agarró de nuevo para evitar que se cayera del brazo del trono. No sabía si era por la batalla contra Julian o por acceder por fin a su poder, pero su cuerpo ya no parecía estar bajo su control.

Podía sentir la magia que estaba usando, llenándola y rodeándola como lo había hecho Julian momentos antes. Era embriagadora y poderosa. Sin intentarlo siquiera, podía ver mucho más que las emociones de él. Veía colores en la habitación. El ansioso verde de varios Destinos danzaba alrededor de un arcoíris de colores humanos aterrados y morbosamente curiosos, y entonces supo que, si quisiera, podría cambiarlos con un pensamiento. Era asombroso, en el mal sentido. Sentía un hormigueo en cada centímetro de su piel. Cuando miró brevemente hacia abajo, descubrió que su carne resplandecía y brillaba con el polvo dorado y la magia de los Destinos.

—Por fin. —La Estrella Caída le apretó el brazo—. Casi lo tienes, *auhtara*.

Julian gritó de nuevo.

—¡No lo hagas, Scarlett!

El nombre sonó mal. Él nunca la llamaba Scarlett, pero eso no le dolió tanto como debería.

—Estás cerca —dijo La Estrella Caída—. ¡Libérate de tus sentimientos por él y toma el resto de tu poder!

Ella empujó más y el rostro de Julian se retorció en una mueca. Podía ver los bordes de sus emociones volviéndose marrones, como algo después de quemarse.

El joven se removió contra sus ataduras.

—¡Me mentiste, Scarlett! Dijiste que siempre me elegirías. —La miró con sus ojos febriles, pero por una vez no hubo calidez en ellos.

No estaba salvándolo. Estaba destruyéndolo.

Su magia flaqueó.

No podía hacerlo.

Anissa le había dicho una y otra vez que tenía que convertirse en lo que La Estrella Caída deseaba para derrotarlo, pero ella la había traicionado. Y Scarlett sabía que aunque aquel fuera el único modo de superar a su padre, también sería una traición a todo aquello en lo que creía. Si dejaba que Gavriel la obligara a hacer aquello, ¿cuánto más podría obligarla a hacer cuando su amor desapareciera y fuera un Destino? ¿Volvería a amenazarla con matar a Julian si se negaba a arrebatarle a él su capacidad de amar? ¿Y podría ella resistirse? ¿Querría hacerlo, al menos?

Scarlett se concentró en su magia de nuevo y desenmarañó las emociones de Julian, liberándolas hasta que ya no estuvieron enredadas, anudadas y llenas de odio.

Él dejó de sacudirse y hundió la cabeza, pero aun así consiguió mirarla con los ojos castaños más hermosos que había visto nunca. Estaban vidriosos y enrojecidos; seguía sufriendo dolor, pero también seguía enamorado de ella.

La Estrella Caída le apretó el brazo, haciendo que las ampollas se rompieran en la piel que ya había quemado, pero eso no fue suficiente para hacerle cambiar de idea. Podía quemarla, torturarla o meterla en una jaula de nuevo, pero jamás conseguiría que le hiciera daño a Julian.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber.

Scarlett sonrió a la multitud, como si aquello formara parte del espectáculo que él la había obligado a representar, pero mantuvo la voz baja, sabiendo que desafiarlo en público lo empujaría a matar a Julian.

—Estoy haciendo un nuevo trato. Si quieres mis poderes, te los daré, pero no así. Déjalo libre ahora mismo o no conseguirás nada de mí.

La sangre manó más rápido del trono, cubriendo de rojo los brazos de La Estrella Caída.

—Podría matarlo por tu desobediencia.

—Pero entonces jamás conseguirás mis poderes. —Scarlett siguió sonriendo mientras más cabezas se giraban hacia ellos, seguramente curiosos por saber por qué el espectáculo se había detenido de repente—. Suéltalo o jamás volveré a hacer nada por ti.

—Muy bien. Te daré lo que quieres. —Gavriel le indicó a El Bufón Loco y a La Sacerdotisa que desataran a Julian—. ¿Ves cuán generoso puedo ser? Tu querido enamorado pronto será libre, pero cuando vuelva a verte, espero que cumplas tu promesa. Aceptarás tu poder, te convertirás en una verdadera inmortal y me quitarás la debilidad que me hace capaz de amar. Si fracasas, torturaré a todos los que te importan hasta que me supliques que los saque de su miseria y los mate.

52
Scarlett

Scarlett no tenía ni idea de cuánto tiempo pasaría hasta que La Estrella Caída fuera a por ella aquella noche, pero no tenía intención de estar allí cuando lo hiciera. Tan pronto como le permitieron abandonar aquella horrible fiesta, corrió a través de los túneles hasta llegar a sus aposentos en La Casa de Fieras.

La Dama Prisionera saltó de su columpio dorado en un borrón de tela violeta en el momento en el que Scarlett entró.

—¿Qué…?

—No me hables, hipócrita. Me has decepcionado.

Anissa frunció el ceño.

—Intenté advertirte. Te dije que no puedo mentir.

—¡He dicho que no me hables!

Scarlett se quitó el vestido ensangrentado en cuanto llegó a su dormitorio y se apresuró a ponerse su vestido encantado. Le calentó la piel, como si la hubiera echado de menos. A continuación, se volvió más grueso y fuerte: el raso suave se convirtió en un flexible y furioso cuero rojo que le abrazó el pecho y se amplió en su cintura.

—Scarlett, escúchame —dijo La Dama Prisionera—. Lo que estás planeando…

—¡Deja de hablar! —Scarlett sacó La Llave de Ensueño y se dirigió a la puerta—. Si no eres una traidora, ahórrate las palabras para distraer o desviar a Gavriel cuando venga a por mí.

—Pero la tortura…

La joven ignoró lo que Anissa dijo a continuación. Metió La Llave de Ensueño en el pomo, pensando solo en Julian y esperando que se hubiera alejado del palacio lo suficiente mientras giraba la llave mágica y abría la puerta.

Al principio pensó que la llave no había funcionado. Estaba en el pasillo de una mazmorra, mucho más maloliente que aquella en la que los guardias de Legend habían encerrado a Tella. El aire olía a humedad y a cosas abandonadas a la muerte. Tras los barrotes de hierro, vio una colección de instrumentos de tortura, de potros, cadenas y cuerdas, y después a Julian, colgando del techo.

Se le aflojaron las piernas. Lo había visto herido, lo había visto muerto, y ninguna de esas cosas hizo más fácil aquel momento.

Julian tenía las manos encadenadas sobre su cabeza y unidas a un gancho en el techo que lo dejaba colgando sobre un desagüe ensangrentado. Tenía la camisa rasgada, el pecho rojo y sudoroso, y su hermoso rostro estaba oculto tras media máscara de metal que Scarlett solo podía ver parcialmente porque tenía la cabeza bajada, como si ya no pudiera seguir levantándola.

Su padre debió hacer que sus Destinos lo apresaran tan pronto como escapó de la fiesta, o Julian había sido imprudente y había regresado a por ella.

—Escarlata… —gimió con voz ronca y amortiguada.

—Todo va a salir bien. —Intentó sonar segura, pero sus palabras se rompieron junto a su corazón—. Voy… Voy a sacarte de aquí.

—No —gimió Julian—. Tú… Tú… Eres tú quien tiene que salir de aquí.

—No sin ti. —Scarlett se puso de puntillas para bajarlo del gancho del techo, pero estaba demasiado alto para alcanzarlo. Necesitaría una escalera o un taburete.

Regresó corriendo, frenética, al pasillo. Algunos prisioneros la llamaron, pero ella los ignoró mientras buscaba y encontraba un taburete bajo que debía pertenecer a un guardia ausente. Lo arrastró y no perdió tiempo en subirse en él.

Las emociones de Julian eran sombras grises y débiles. Se balanceaba mientras ella buscaba la cerradura de sus grilletes, pero no la había, era una cadena infinita. Tendría que levantarlo para liberarlo del gancho del techo, pero sus muñecas seguirían engrilletadas.

Julian abrió y cerró los ojos.

—Te quiero —gimió—. Si muero… ha sido… —Los colores que lo rodeaban parpadearon y desaparecieron por completo.

—¡No! —gritó Scarlett—. ¡No vas a morirte! Sobreviviremos juntos o moriremos juntos. No te rindas, Julian. Voy a salvarte, voy a salvarte, voy a salvarte, voy a salvarte.

La joven repitió el mantra mientras usaba toda su fuerza para levantar su cuerpo lacio sobre el gancho del techo. Tenía la piel fría y pegajosa por el sudor. El muchacho se derrumbó contra ella, casi tirándolos a ambos con su peso.

—Julian. —Dijo su nombre como una demanda mientras le rodeaba la febril espalda con un brazo y lo ayudaba a ponerse en pie—. Tenemos que llegar a la puerta de la celda. Entonces usaré La Llave de Ensueño para sacarnos de aquí.

—Me temo que tu llave no te ayudará esta vez.

Los barrotes de la prisión se incendiaron, llenando el calabozo de violentas lenguas rojas y naranjas. La Estrella Caída apareció al otro lado de la celda de Julian. Veneno, con su omnipresente copa de toxinas en la mano, estaba a su lado con una sonrisa entusiasta retorcida por la luz del fuego.

Scarlett intentó correr hacia la puerta con Julian, sin importarle que estuviera ardiendo, pero Gavriel llegó primero. La abrió, dejándola fuera del alcance de la joven, y entró en la celda.

Se había quitado su corona, pero sus ropas regias seguían empapadas en sangre. Gotas rojas salpicaron las piedras del suelo mientras se acercaba.

El vestido de Scarlett cambió de inmediato. Con un estruendo metálico, se transformó del furioso cuero rojo a una salvaje armadura de acero.

Gabriel se rio, alegre y cruel.

—El Vestido de su Majestad… Nunca le caí bien.

—¿No fue en eso en lo que se convirtió la reina Azane cuando murió? —le preguntó Veneno—. Creí que era más amorosa que luchadora.

—Puede que no le gustéis ninguno de los dos —les espetó Scarlett.

—Está claro que yo nunca le gusté. Es una pena. Azane podría haber sido gloriosa. —Aparecieron llamas en los dedos de La Estrella Caída—. No quiero hacerte daño.

—Entonces no me lo hagas. —Scarlett sujetó con fuerza a Julian mientras buscaba con los ojos otra salida, pero solo había tres muros impenetrables y los barrotes que ardían ante ellos—. Deja que nos vayamos.

—Estoy intentando ayudarte, *auhtara*.

Gavriel dio otro paso y, antes de que Scarlett pudiera esquivarlo, presionó sus manos ardientes en sus hombros cubiertos de acero.

Scarlett gritó y soltó a Julian. Su armadura se hizo más gruesa, pero no lo suficiente para detener el dolor. La joven no era bastante fuerte para zafarse de sus manos, y la quemadura anterior no fue nada en comparación con aquella.

—Deja de llevarme la contraria. Estoy intentando salvarte, *auhtara*. —Sus ojos dorados se clavaron en los de Scarlett—. Si te marchas con ese muchacho, tu destino será el mismo que el de la reina Azane, que se convirtió en ese vestido, y el de Ensueño, que se convirtió en la llave que tienes en la mano. Eran Destinos que se enamoraron de humanos, se dejaron convertir en mortales y murieron. Pero la magia no puede morir, así que, cuando sus cuerpos humanos fallecieron, su magia se transfirió a esos objetos. ¿Es eso lo que quieres?

—Si significa que nunca seré como tú, entonces sí. —Scarlett jadeó; el aire estaba demasiado caliente para respirarlo. Siguió intentando liberarse, pero las manos de Gavriel eran demasiado fuertes. Lo único que pudo hacer fue buscar la mano de Julian y presionar La Llave de Ensueño contra su palma—. Vete…

—¡No puedes pedirme que te deje!

Julian apretó los dientes, le agarró la mano y tiró con más fuerza de la que un joven que acaba de ser torturado debería tener. Todavía no habría sido suficiente para liberarla (La Estrella Caída la sujetaba con fuerza, abrasando su vestido metálico y marcando su piel hasta hacerla gritar de nuevo), pero en ese mismo y doloroso momento, el vestido de Scarlett cambió.

Con un suspiro entrecortado, el vestido mágico dejó a Scarlett ataviada solo con una combinación fina y se transformó en unos guantes metálicos que se cerraron sobre las manos de La Estrella Caída.

A su alrededor, las llamas de los barrotes se convirtieron en humo.

Gavriel soltó una maldición.

Scarlett tosió, pero por fin la había soltado. Su vestido había extinguido las llamas. El Destino luchó contra los guantes que envolvían sus manos, intentando fundirlos y destrozando su vestido, que se había sacrificado para que ellos pudieran escapar.

—¡Detenlos! —gritó Gavriel a Veneno.

Veneno se interpuso delante de la cerradura y extendió su copa letal, amenazando con rociarlos con su contenido y convertirlos en piedra o algo peor.

—Parece que al final no seremos buenos amigos.

Scarlett y Julian se frenaron en seco.

Gavriel estaba a su espalda, furioso y todavía luchando contra los guantes. Veneno estaba ante ellos, listo para convertirlos en piedra. Estaban atrapados. Scarlett abrazó a Julian con fuerza… cuando de repente los barrotes de la cárcel comenzaron a desmoronarse y a formarse de nuevo alrededor de

Veneno. Las gruesas barras metálicas lo alejaron de la puerta mientras formaban una nueva jaula, atrapándolo en su interior.

El aire fétido y lleno de humo se volvió mágico y dulce.

—Legend está aquí —resolló Julian—. Él está haciendo esto.

—¡Usad la llave ahora! —bramó Legend.

Scarlett no podía verlo, pero no dudó en obedecer. Se lanzó hacia la puerta con Julian.

Pero Veneno seguía demasiado cerca. Estaba encerrado, pero eso no evitó que les lanzara el contenido de su copa.

Julian empujó a Scarlett para protegerla, y la toxina cubrió su pecho y sus brazos.

—¡No! —gritó Scarlett. Agarró a Julian y metió La Llave de Ensueño en la cerradura mientras pensaba en su hermana y en seguridad.

Solo encontró una de ellas.

53
Scarlett

Scarlett atravesó la puerta en un chirriante borrón de agonizante color: abrasador naranja, ardiente amarillo y violento granate. Le ardían los hombros. Antes había sentido dolor, pero ahora no podía sentir otra cosa.

—Traed toallas húmedas y agua fría. —Un par de manos fuertes la levantaron y la llevaron hasta una cama suave como una nube.

—No —dijo Scarlett con voz estrangulada—. Ocupaos de Julian primero.

—Estoy bien, Escarlata.

Estaba a su lado, sosteniendo un paño frío contra su hombro para aliviar un poco la quemadura. Ella bajó la cabeza sobre las mullidas almohadas y el mundo se enfocó y desenfocó.

No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero cuando despertó estaba en una nube de rosa y oro, de nuevo en su dormitorio de La Casa de Fieras, rodeada de columnas de mármol, frescos perturbadores y rostros conocidos. Aunque el de Julian era el único que veía de verdad.

La horrible máscara todavía le cubría la mitad de la cara, pero las cadenas de sus muñecas habían desaparecido. Estaba de pie sin ayuda. Su pecho estaba suave y bronceado en lugar de rojo y sudoroso, y respiraba con normalidad mientras desplegaba un paño húmedo con el que cubrirle el cuello y el pecho.

—¿Esto es real? —le preguntó.

—Dímelo tú. —Presionó un beso cariñoso en su frente con el lateral de su boca.

—Pero… ¿Por qué no estás herido? —balbuceó Scarlett.

—Tú me dijiste que sobreviviríamos juntos o moriríamos juntos. Y… —Julian arrugó la frente en algo parecido a la confusión—. Lo que había en la copa de Veneno me curó.

—Ojalá le hubiera salpicado un poco a Scarlett —dijo Tella.

Scarlett se giró para mirar a su hermana. Estaba sentada al otro lado de la cama y sus manos delicadas presionaban un paño frío contra su otro hombro. A primera vista estaba impresionante, con un vestido cubierto de cintas azul marino y encaje azul celeste, pero cuando la miró con atención vio que tenía los ojos hinchados y las mejillas manchadas, como si hubiera estado conteniendo las lágrimas todo el día.

—Tella, ¿cómo llegaste aquí?

—Tuve un poco de ayuda. —Asintió hacia las columnas que flanqueaban la ventana, donde se encontraban el resto de los ocupantes de la habitación. *Destinos*.

Scarlett retrocedió, sobresaltada.

Tella se había vuelto loca. Había llevado hasta allí a La Doncella de la Muerte y a otro Destino que parecía muy desubicado, con una áspera capa de lana sobre sus hombros encorvados y el rostro oculto bajo su capucha. La joven tuvo que repasar la lista de Destinos hasta que recordó a El Asesino, el Destino loco que podía viajar a través del espacio y del tiempo.

—No pasa nada —dijo Tella, aunque Scarlett habría jurado que la voz de su hermana había sonado más aguda de lo habitual, como si todavía estuviera convenciéndose a sí misma de aquello—. Quieren lo mismo que nosotros.

Scarlett no deseaba confiar en ninguno de ellos, pero sabía que su hermana odiaba a los Destinos tanto como ella. Tella no se habría fiado de aquellos dos sin una buena razón, y Veneno probablemente había salvado la vida de Julian con lo que le había lanzado.

—¿Veneno trabaja para vosotros? —les preguntó.

—No tenemos ninguna alianza con Veneno —respondió La Doncella de la Muerte mientras El Asesino negaba con la cabeza.

—Veneno trabaja para sí mismo —dijo La Dama Prisionera.

Scarlett se incorporó en la cama. Había olvidado a la traicionera dama al otro lado de la puerta abierta.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó—. Es una espía.

—Claro que soy una espía —dijo La Dama Prisionera—. Por eso me puso aquí. Pero también estoy de vuestro lado. —Bajó de su columpio con un giro dramático de su falda lavanda y agarró los barrotes—. Quiero salir de esta jaula. ¿Por qué crees que le corté la garganta el otro día?

—Puede que estuvieras aburrida. —Scarlett sabía que La Dama Prisionera no podía mentir, pero no quería escucharla.

Quería odiar a todos los Destinos. No quería mirar los ojos tristes de La Doncella de la Muerte y recordar lo horrible que había sido para ella estar en

el interior de una jaula similar.

Scarlett no sabía por qué estaría ayudándola El Asesino. Él era más poderoso que el resto, y aun así las emociones oscuras como el carbón que giraban a su alrededor conjuraban sentimientos de desdicha y miseria.

—Tella, ¿por qué los has traído aquí? —le preguntó Scarlett.

—Fueron ellos quienes me trajeron. La Doncella de la Muerte me contó que estabas en peligro y El Asesino nos ayudó a llegar aquí. Me trajo para que te buscara mientras Legend iba a buscar a Julian. ¿Lo habéis visto?

—Él nos ayudó a escapar —contestó Julian—. Usó sus ilusiones para luchar contra Gavriel y mantenerlo ocupado mientras nos marchábamos.

El rostro de Tella quedó blanco como el papel.

—No debisteis dejarlo allí.

—Puede apañárselas solo —dijo Julian.

—¿Y si lo atrapan y descubren quién es? Le robarán toda su magia. Tenemos que ir a buscarlo. —Se giró hacia El Asesino—. Tú…

—Si regresáis para salvar a una persona, jamás derrotareis a Gavriel —la interrumpió Anissa—. Seguiréis repitiendo los mismos errores: sacrificar a uno de los vuestros para salvar a uno de los vuestros.

—¡Pero no podemos abandonarlo! —El rostro de Tella pasó de pálido a rojo, como si temiera que Legend pudiera perder algo más que sus poderes. Parecía lista para luchar contra la propia Estrella Caída.

A Scarlett se le tensaron las costillas. Posó los ojos en el espacio vacío en el suelo delante de la jaula de La Dama Prisionera, donde antes había habido un cadáver. Gavriel resolvía los problemas asesinando.

—No vamos a abandonarlo.

—El único modo de ganar esta batalla es que te conviertas en lo que La Estrella Caída más desea. —La mirada violeta de Anissa se encontró con la de Scarlett.

—No puedo hacer eso —dijo la joven—. Lo intenté. Si accediera a mis poderes, me convertiría en otra persona y…

Entonces se dio cuenta. Quizá fuera *eso* lo que tenía que hacer. Su padre quería que cambiara, pero también quería a *otra persona*. Scarlett lo veía siempre que la miraba con un atisbo de ternura. Todavía quería a Paradise, la única mujer a la que había amado. La había matado pero se arrepentía de ello porque, como todos los inmortales, era obsesivo y posesivo. La echaba de menos. Lo que Gavriel deseaba era a la madre de Scarlett.

De fondo, oyó a su hermana discutiendo algo, pero todas las palabras se convirtieron en ruido blanco mientras por fin descubría cómo podía

derrotarlo. La idea era peligrosa y posiblemente absurda, pero si el amor era la única debilidad de Gavriel, tendría que convertirse en la persona a la que amaba.

—Asesino, ¿puedes llevar a otra gente contigo cuando viajas a través del tiempo?

—¿Para qué necesitas viajar a través del tiempo? —le preguntó Julian.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Tella a la vez.

Scarlett apenas oyó la suave respuesta de El Asesino.

—Sí. Pero si vuelves al pasado y haces incluso el cambio más pequeño, podrías no regresar a esta línea temporal y aquellos a los que amas aquí jamás volverían a verte.

—¿Y si regreso en el tiempo para robar un vestido y observar a alguien para imitarla?

—Puede que no cambies nada —contestó El Asesino—. No obstante, los viajes en el tiempo rara vez salen como se planean; podrías terminar haciendo algo además de robar un vestido y observar.

—¿A quién quieres observar? —le preguntó Tella.

Pero, por el temblor en su voz, Scarlett sabía que su hermana ya tenía una pista de lo que acababa de planear.

—Quiero volver en el tiempo y ver a mamá.

Las palabras de Scarlett deberían haber sonado imposibles, pero estaba en una habitación llena de gente imposible: tres Destinos, un chico que no envejecía y una hermana que había muerto y regresado a la vida.

La idea de Scarlett era posible, aunque fuera extremadamente peligrosa. Si fracasaba, La Estrella Caída la mataría como había matado a su madre, la metería en otra jaula o mantendría la promesa que le había hecho y torturaría a todos los que quería. Pero si funcionaba, los salvaría a todos, incluido al Imperio.

—Sé cómo suena todo esto, pero creo que nuestra madre es la clave para matar a La Estrella Caída. ¿Recuerdas el secreto que me contaste en tu carta? El secreto de Gavriel era que la había amado. Yo lo he notado a veces en el modo en el que me mira. Ve a mamá cuando lo hace, y eso parece cambiarlo. Si puedo volver para robar uno de sus vestidos y observarla, quizá podría convencerlo de que soy ella. Si lo consigo, creo que podría volverse bastante humano como para matarlo.

Tella negó con la cabeza. Scarlett nunca habría creído que unos rizos rubios pudieran parecer furiosos, pero los de su hermana lo parecían mientras saltaban alrededor de su rostro.

—Está muerta, Scarlett. La Estrella Caída la mató.

—Por eso necesito la ayuda de El Asesino. Él puede llevarme hasta Gavriel y decirle que ha traído a Paradise del pasado.

Tella frunció el ceño y apretó el paño que sostenía como si pudiera convertirlo en un arma.

—Aunque lo convenzas de que eres Paradise, ¿qué pasará si te mata?

—No lo hará. —Al menos, esperaba que no lo hiciera—. No si lo convenzo de que soy Paradise cuando estaba embarazada de mí.

—Escarlata, tiene que haber otro modo.

—Julian tiene razón —le suplicó Tella—. ¿Tú te estás escuchando? Es una idea terrible.

—No, no lo es —gruñó El Asesino—. Lo he visto funcionar antes.

Todas las cabezas de la sala se giraron en su dirección. No se había movido de su posición junto a la columna, donde estaba reuniendo sombras, o quizá creándolas. Scarlett había vivido con un Destino, pero el poder de El Asesino era mucho más potente que el de La Dama Prisionera. Cuando hablaba, la habitación se estremecía ante el sonido de su voz cavernosa.

Aun así, Tella tuvo la audacia de lanzarle una mirada fulminante.

—Si ya has visto todo esto, ¿por qué no nos has dicho que esto era lo que teníamos que hacer?

—En mi experiencia, a los humanos no les gusta que les cuente que he visitado sus futuros y sé que morirán de modos horribles a menos que hagan lo que digo. Solo funciona si dejo que lo descubran solos.

—Aunque a veces la gente necesita una guía —añadió La Doncella de la Muerte.

—Tienen razón —dijo Anissa desde la otra habitación.

Tella frunció el ceño, frustrada.

—Scar, esta no es nuestra única opción. Tenemos el *Ruscica* de La Biblioteca Inmortal. Si consiguiéramos sangre de La Estrella Caída, entonces…

—Intenté conseguir su sangre —dijo Scarlett—. Ese plan no funcionó.

—Terminó en una jaula como la suya. —La Dama Prisionera señaló a La Doncella de la Muerte.

Todo el mundo se quedó en silencio.

Por un instante, Tella parecía haberse olvidado de discutir. Julian la miraba como si quisiera sacarla de la cama y abrazarla para siempre… Aunque eso tendría que esperar.

—Esta es nuestra mejor opción —dijo Scarlett.

—Estáis olvidando solo una cosa. —La Doncella de la Muerte inclinó la cabeza hacia Julian y después hacia Tella—. Si este plan funciona y Gavriel siente un momento de amor, uno de vosotros tendrá que matarlo. Si intenta hacerlo Scarlett, él podría dejar de quererla y entonces no sería humano.

—¿Por qué no podéis hacerlo tú o El Asesino? —le preguntó Tella.

—La Estrella Caída quería asegurarse de que ninguno de nosotros lo matara, así que la bruja humana que lo ayudó a crearnos pronunció un hechizo. Si uno de sus Destinos intentara matarlo, moriría en su lugar.

—Entonces lo haré yo. —La sonrisa diabólica de Tella podría haber rivalizado con la de los Destinos—. Será un placer matar a ese monstruo. Si sigue en la sala del trono, entraré a hurtadillas y lo haré.

—Eso no funcionaría —dijo Jacks mientras entraba en el dormitorio—. Jamás conseguirías acercarte a él. Pero yo podría ayudarte a hacerlo lo suficiente como para matarlo.

54
Donatella

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber Tella.

—Yo también me alegro de verte, querida.

Jacks miró solo a Tella mientras jugaba con una manzana negra entre sus largos dedos como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Su mirada perezosa rozó su elegante vestido; aunque no había ido a la coronación, la joven se había preparado por si necesitaba camuflarse entre los asistentes. El vestido era de encaje celeste y tenía cintas de un profundo azul marino que la hacían parecer un paquete que podía deshacerse fácilmente con el tirón adecuado.

Él, por otra parte, no se había cambiado desde la horrible noche anterior. Había manchas de sangre en su camisa. Parecía que solo se la había cerrado sobre la herida después de que ella se marchara, como si no le hubiera apuñalado el pecho para terminar con un lazo inmortal. Pensó que la había dejado marchar con demasiada facilidad, pero en realidad no lo había hecho.

—¿Cómo nos has encontrado? —le preguntó Tella.

—La Estrella Caída ha retenido a tu hermana aquí durante una semana. No es exactamente un escondite brillante, y siempre he sido capaz de encontrarte, Donatella. —Dio un mordisco a su manzana antes de tirarla al suelo. La fruta golpeó el mármol y escapó rodando de la habitación a través de la puerta abierta, hasta desaparecer bajo la jaula dorada de La Dama Prisionera—. Puede que ya no estemos *conectados*, pero lo que hay entre nosotros nunca se deshará por completo.

—¡Por eso quiero que te marches! —Tella intentó no gritar, ya que Jacks siempre parecía disfrutar cuando la molestaba, pero el poco control que tenía sobre sus emociones se esfumó en el momento en el que él apareció—. Jamás volveré a confiar en ti.

—Lo harás si quieres salvar a Legend. —Jacks se apoyó en la columna más cercana y cruzó los tobillos—. Gavriel está llevando a Legend a la sala del trono mientras hablamos. Le gustan las mascotas mágicas. Planea hacer que El Apótico lo meta en una jaula y encerrarlo allí como a Anissa, para que no pueda usar sus poderes ni escapar a menos que Gavriel muera.

Tella negó con la cabeza. Había temido que ocurriera algo así en cuanto Julian le explicó que Legend los había ayudado a escapar. Legend había insistido en que ella se quedara con El Asesino para buscar a Scarlett mientras él iba a por Julian. Se suponía que debía encontrarlo y marcharse, no convertirse en una distracción o en un mártir.

Julian soltó una maldición con varias de las cosas que Tella estaba pensando.

Jacks se rio al fijarse en la máscara sin pulir que cubría la mitad del rostro del joven.

—Parece que tú también has recibido una visita de El Apótico de Gavriel.

Julian le echó una mirada de soslayo.

—Puedo vivir con ello.

—Esa es la cuestión —replicó Jacks—. En esa jaula, Legend se convertirá en una mascota y un prisionero. Incluso cuando muera y regrese a la vida, volverá a estar en la jaula, y solo la muerte definitiva de Gavriel lo liberará.

Se oyó un arañazo, como el de una cerilla al frotarse, mientras El Asesino desaparecía y reaparecía en el mismo instante. Había estado junto a la ventana y ahora se encontraba un poco más cerca de Scarlett, con un hato de ropa colorida en sus manos.

—Dice la verdad. El Apótico casi ha terminado de construir una jaula alrededor de Legend.

—Entonces sácalo de ahí antes de que haya terminado.

El Asesino no se movió, aunque las sombras que se aferraban a él parecían haberse oscurecido aún más.

—Si hago lo que me pides, Gavriel sabrá que he sido yo y eso nos despojará de la oportunidad de matarlo.

—¿Ves? —Jacks dio una palmada—. Te he dicho que me necesitáis.

—No, no te necesitamos —dijo Tella.

—Sí, me necesitáis. —Jacks le dedicó una sonrisa indulgente, como si supiera que ya había ganado aquella discusión—. He oído tu plan. Jamás conseguirás acercarte sin ser descubierta. Aquí nadie más podrá ayudarte. El Asesino estará con tu hermana. Gavriel sabe que La Doncella de la Muerte lo odia. El único modo en el que podrías acercarte lo bastante para matarlo sería

que entraras en la sala del trono conmigo. Él ya lo espera: me ha enviado a buscarte para usarte para presionar a tu hermana. Él permitirá que te acerques, si vas conmigo.

Tella negó con la cabeza. Estaba furiosa. Tenía que haber otro modo. Jacks la traicionaría de nuevo. Siempre la había ayudado y siempre hubo un precio inesperado. *Pero siempre la había ayudado*.

—¿Qué ganarás tú con esto? —le preguntó—. ¿Por qué vas a traicionar a La Estrella Caída por nosotros?

Jacks le dedicó una sonrisa tan afilada como un cuchillo.

—No es por vosotros, es solo por ti. Y no te ayudaré gratis. Gavriel espera que tus emociones estén bajo mi control cuando te entregue, y eso no puede ser una actuación porque se daría cuenta. Si quieres acercarte lo bastante para matarlo, tendrás que dejar que controle tus emociones para que me adores.

Tella resopló.

—¿Se supone que tengo que creer que cuando esto haya terminado dejarás que vuelva a odiarte?

—No, cuando esto haya terminado tus emociones me pertenecerán para siempre. —En la voz de Jacks no había pesar alguno—. Ese es el precio por mi ayuda: tú salvas a tu Legend y matas a tu monstruo, y yo te consigo a ti.

—¡Ni loca! —exclamó Tella—. No voy a vivir el resto de mi vida bajo tu hechizo.

—Entonces Legend vivirá el resto de su vida inmortal en una jaula. ¿Quieres salvar a Legend y al Imperio, o a ti misma? —Jacks le mostró sus hoyuelos en una sonrisa juguetona.

—Estás loco —dijo Julian.

—No lo hagas —añadió Scarlett.

Pero sus objeciones sonaron aflautadas y desanimadas comparadas con lo que resonaba en los oídos de Tella. Porque Jacks no estaba loco; a pesar de sus palabras, ella sabía que no deliraba. Estaba decidido y dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conseguir lo que quería y, desafortunadamente, la quería a ella.

—Si haces esto —dijo Tella con lentitud—, te odiaré para siempre.

—No, amor mío. Si hago esto, por fin dejarás de odiarme.

La sonrisa de Jacks se desvaneció y, por un instante, su expresión fue de pura desolación, el cascarón de una persona con las mejillas hundidas, los ojos rotos y manchas de sangre en el pecho. Era un inmortal que no podía morir pero que tampoco viviría plenamente, porque las cosas que quería consumir estaban devorándolo. Tella suponía que desear a alguien sin

quererlo sería como tener un hambre sin fin; aunque consiguieras retener a la persona a la que querías, eso nunca sería suficiente, y dejarla ir debía ser incluso peor.

Debería haber sabido que las cosas entre ellos no terminarían con el corte de una daga. O quizá había sido ese corte lo que había conducido a aquello. Puede que Jacks la hubiera dejado terminar con su matrimonio porque su lazo había hecho que se preocupara por ella de verdad, lo que iba más allá de su inmortal sentimiento de obsesión, fijación, lujuria y posesión. Pero ahora que su conexión se había cortado, lo único que quedaba era su impulso egoísta.

La Dama de la Suerte le había advertido que si Jacks no la amaba, su obsesión por ella la destruiría. Si Tella decía que sí, eso sería exactamente lo que ocurriría. Cuando Jacks controlara sus emociones, solo sentiría cosas que le proporcionarían placer a él o que acallarían su insaciable sed de ella.

Tella estaba desesperada por creer que había otro modo, pero no se le ocurría ninguno. Y mientras miraba a su alrededor, lo único que podía ver era el daño que Gavriel había infligido: Julian con su máscara metálica, La Doncella de la Muerte en su jaula de perlas, La Dama Prisionera retenida como una mascota humana. Después imaginó a Legend, atrapado para siempre en una jaula mucho menos adorable que la de la dama y con una máscara como la de Julian mientras La Estrella Caída presumía de él ante sus amigos.

La joven tomó aliento y se estremeció. Se suponía que Legend debía pasar la eternidad con ella, no atrapado en el interior de una celda, y aunque eso nunca iba a ocurrir, no podía permitir que lo enjaularan. No podía dejar que él pasara la eternidad atrapado ni podía ser ella la responsable del fracaso de su plan para matar a La Estrella Caída. Al principio había querido destruirlo por su madre, pero ahora era mucho más que eso.

Lo odiaba, pero Jacks tenía razón: sin su ayuda, jamás conseguiría acercarse lo suficiente para matarlo.

—Tella —dijo Scarlett—, no tienes que hacer esto.

—Sí… Creo que sí.

—Mi hermano no querría esto —dijo Julian—. Encontraremos otro modo.

—Hemos estado intentándolo y no ha funcionado. La Estrella Caída es el emperador, tú tienes una máscara y Legend está en una jaula. Ya sé que él no querría que lo hiciera —dijo Tella. De hecho, probablemente se pondría furioso cuando lo supiera—, pero sé que él lo haría por mí si fuera al contrario.

Él la había liberado de la baraja, la había salvado de Jacks, y ahora por fin había llegado su turno de salvarlo a él. Se dirigió a Jacks.

—¿Qué necesitas de mí?

—Espera… —protestó Scarlett.

—No intentes detenerlos —dijo El Asesino—. No te gustará ese resultado.

Se produjo otro diminuto chirrido y el Destino encapuchado tomó la mano de Scarlett. Un instante después, ambos desaparecieron.

Jacks se estremeció.

—Olvidé lo espeluznante que es eso siempre.

—No eres quién para juzgar qué es espeluznante —replicó Tella.

—Cambiarás de idea sobre eso pronto. Ahora, si no os importa dejarnos cierta intimidad… —Miró a Julian y a La Doncella de la Muerte.

Julian parecía querer discutir, pero el Destino lo condujo fuera de la habitación. Jacks y Tella se quedaron casi a solas.

El Príncipe de Corazones se apoyó en la columna de mármol que Tella tenía delante.

Ella se apartó de la cama pero no dio otro paso, sabiendo que aquel sería el último momento en el que tomaría la decisión consciente de mantenerse alejada de él. Sus sentimientos tenían tanto peso en sus decisiones que no sabía cómo serían en el futuro una vez que Jacks manipulara sus emociones.

—¿Tenemos que cortarnos las manos de nuevo?

Él parecía intrigado por la idea, pero después negó con la cabeza.

—La vez anterior, cuando cambié tus emociones, solo tenía la mitad de mi poder y necesitaba una conexión física fuerte para que el intercambio funcionara. Ya no la necesito, pues Legend me ha devuelto mis poderes, pero debido a la promesa que le hice necesito tu permiso.

—Lo tienes. Pero… Pero… Pero… —Iba a decir algo más, pero de repente no podía recordar de qué habían estado hablando exactamente. Se sentía mareada y un poco abrumada, como si acabara de beberse media botella de vino.

Unos brazos fríos la rodearon mientras empezaba a tambalearse: los brazos de Jacks. Tenía los dedos fríos, quizá demasiado fríos, y aun así el escalofrío que le provocó en su piel nunca le había parecido tan maravilloso.

Una vocecita le decía que no debería sentirse así, que estaba olvidando algo que tenía que recordar, pero después Jacks le susurró al oído:

—No pasa nada, te tengo.

La hizo girar para mirarlo. Su boca se curvó en media sonrisa, como si estuviera demasiado nervioso para sonreír del todo, aunque no tenía ninguna razón para sentirse ansioso. Su sonrisa se volvió feroz y deslumbrante, y de repente Tella sintió el deseo abrumador de convertirse en la razón de todas sus sonrisas.

¿Por qué lo había rechazado siempre?

Sabía que Jacks le había mentido y que la había manipulado, pero también lo había hecho Legend, además de rechazarla una y otra vez. Solo pensar en Legend la hacía sentirse abatida, como si estuviera rechazándola de nuevo. Él no la quería. Le había dicho que buscara a otra persona, a alguien que la mirara como Jacks la estaba mirando en ese momento.

Sus ojos destellaban en plata y azul. Normalmente le parecían sobrenaturales, pero ahora eran engañosamente dulces, como si no deseara otra cosa excepto que ella fuera feliz.

—¿Cómo te sientes ahora, amor mío?

Amor. Le gustaba que la llamara así. Sabía que él no podía sentir amor de verdad, pero no pasaba nada porque ella sentía suficiente por ambos. Puede que al principio ella hubiera sido su obsesión, pero ahora Jacks era la suya.

Le dedicó una de sus sonrisas más bonitas.

—Siento que quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Los hoyuelos de Jacks regresaron, y fueron gloriosos.

—Creo que conseguiremos que eso ocurra.

55
Scarlett

Scarlett se preguntaba si El Asesino llevaría siempre el rostro oculto por su capa y su capucha de lana. Era desquiciante no poder ver a la persona con la que había viajado en el tiempo, pero era demasiado tarde para preocuparse por eso o por el resto de las decisiones que la habían conducido a aquel callejón del pasado cubierto de hielo con un Destino que tenía fama de loco.

—Ponte esto.

Él le puso un vestido en las manos y después le entregó una pesada capa rojo cereza forrada de espesa piel dorada. Caía hasta sus rodillas, mostrando un descarado atisbo del vestido de llamativo estampado de diamantes negros y blancos.

—¿No debería intentar pasar desapercibida? —le preguntó Scarlett.

—Lo harás.

El Asesino inclinó su capucha hacia un extremo del callejón que parecía conducir al Distrito Satine. Era tan elegante como en el presente y estaba lleno de gente a su altura. Todos los que pasaban por el callejón vestían capas vibrantes forradas de pieles teñidas; algunos incluso llevaban parasoles que parecían hechos de piel de leopardo.

—Va a empezar a nevar —gruñó El Asesino—. Tan pronto como lo haga, tu madre pasará por esa acera. Síguela y róbale la ropa, pero, sin importar lo que hagas, no cambies el pasado. Hoy ha descubierto que está embarazada. No puedes evitar tu concepción por error, pero si alteras el pasado, otras partes de tu mundo podrían deshacerse.

—¿Como el nacimiento de mi hermana?

—Sí. Ten cuidado, princesa. Sigue a tu madre y obsérvala hasta que puedas robarle el vestido que necesitas para engañar a Gavriel. Después, márchate tan rápido como te sea posible. Estaré esperándote bajo la farola rota.

Se produjo un leve chirrido y El Asesino desapareció.

Scarlett se apresuró a ponerse las ropas que él le había dado. Los hombros quemados le dolían cada vez que la tela los rozaba, pero el aire frío y la emoción del viaje en el tiempo amortiguaban gran parte del dolor.

El primer copo de nieve cayó un instante después y la joven se dirigió a la entrada del callejón, donde los ladrillos congelados daban paso a las pulcras aceras cubiertas de copos de nieve que destellaban como el inicio de algo nuevo, algo que esperaba que fuera rápido y sencillo.

Cuando propuso la idea, había imaginado que volver al pasado para espiar a su madre y robarle el vestido sería como cuando era muy pequeña y entraba a hurtadillas en su vestidor para probarse sus elegantes camisones de encaje: un poco arriesgado, pero no peligroso. Scarlett no iba a cambiar el pasado. Solo iba a observar a su madre, a tomar uno de sus vestidos y quizás un poco de su perfume, pero eso sería todo.

Había supuesto que lo difícil sería convencer a su padre de que ella era la Paradise del pasado. Ver a su madre caminando por la calle cubierta de nieve no debería haber hecho temblar su mundo, no debería haberla hecho olvidarse de respirar. Si acaso, ver a Paradise, una criminal, debería haberla aliviado de parte de la culpa con la que había cargado.

Pero mientras la seguía por la calle, la vio por primera vez no como había sido en sus recuerdos o imaginaciones, sino como la mujer que Tella siempre había creído que era.

Paradise llevaba una falda de un tono de blanco tan puro que hacía que la nieve recién caída pareciera gris. Sonreía a todos junto a los que pasaba, inclinando la cabeza y haciendo que su sombrero con plumas rojas subiera y bajara. Aquella gente no debía saber que era una criminal, o a todos les caía tan bien que le guardaban el secreto. Tenía el aspecto que habría tenido el Amor si se hubiera mirado en un espejo, contagiosamente feliz y radiantemente hermosa.

Entró en una elegante tienda de ropa con una bonita marquesina púrpura y Scarlett ni siquiera lo pensó antes de seguirla. Había una exposición de sombreros importados en la esquina y la joven fue directo hacia ellos, con la esperanza de esconderse allí. Aunque no tenía que preocuparse: los ojos de las mujeres de la tienda se clavaron de inmediato en Paradise. Solo había tres, pero Paradise controlaba su atención como una reina gobernando a sus súbditos.

A la dama que estaba organizando los lazos se le cayó una bobina. Una mujer regordeta que había estado a punto de entrar en la trastienda se giró

para mirarla. Y la joven que había estado girando delante de un espejo se detuvo.

—Hola, Minerva —dijo Paradise a la mujer rolliza que había estado a punto de marcharse—. ¿Está listo mi pedido?

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, querida.

—Sí, lo sabes. Gavriel te pidió un vestido para mí. Se supone que es una sorpresa, pero lo he descubierto y planeo ser yo quien lo sorprenda. —Paradise se agarró el pecho dramáticamente, recordándole un poco a Tella—. Voy a ponérmelo esta noche y le pediré a Gavriel que se case conmigo.

—¿Vas a pedirle a un hombre que se case contigo? —exclamó la chica que había estado girando—. Qué avanzada.

—Mejor avanzada que retrasada. —Paradise hablaba mucho más rápido que Scarlett, como si quisiera extraer tanto como fuera posible de cada instante de la vida, una observación que la joven se guardó para su actuación—. En mi trabajo, la vida es a menudo demasiado corta, así que no quiero malgastarla esperando una pregunta que yo misma podría hacer. Además, estoy segura de que me va a decir que sí. —Guiñó el ojo.

Incluso desde donde estaba, detrás de los sombreros, Scarlett podía ver el aluvión de ideas nuevas explotando en la cabeza de la joven. Su breve conversación con Paradise acababa de cambiar el modo en el que veía el mundo, y había abierto una puerta que ni siquiera sabía que existía.

—Si le teme al matrimonio, o a mí —continuó Paradise—, sabré que ha llegado el momento de pasar página.

—¿Y continuar con Marcello Dragna? —le preguntó la dama de los lazos—. Es muy atractivo y rico.

—Entonces deberías casarte con él. —Paradise se rio—. Probablemente sería mucho más feliz contigo que conmigo. Marcello piensa que puede dominarme. Creo que quiere domarme, como un tigre enjaulado en un circo, para poder presumir con sus amigos.

—Eso suena parecido a lo que tú intentas hacer con Gavriel —murmuró Minerva.

—No, me gusta Gavriel fuera de su jaula y no tengo amigos ante los que presumir. Excepto tú, Minerva.

La mujer murmuró algo demasiado bajo para que Scarlett lo oyera antes de volver a la puerta que había estado a punto de atravesar cuando Paradise entró. Un momento después reapareció con una creación en sus manos que era demasiado extravagante para ser llamada «vestido». Se trataba de una revolución en crema, negro, rojo y rosa con salpicaduras de flores, encaje y

pan de oro. Tenía las mangas largas, unidas a un corpiño decorado que se ajustaba a la cadera hasta que la falda se abría en volantes fruncidos que terminaban en una cola de flores doradas y rosas con hojas de encaje negro.

A Scarlett no le inspiraba amor, pero entendía que su madre y Gavriel no opinaran lo mismo.

Paradise contuvo el aliento.

—Es sublime.

—Cada una de esas capas puede quitarse fácilmente con un tirón rápido, por si necesitas huir.

—O si quiero divertirme un poco con Gavriel —replicó Paradise.

La chica del espejo se puso roja como las bayas y la dama de los lazos estalló en una carcajada, pero Minerva ni siquiera sonrió. Parecía tan recelosa como Scarlett se sentía.

La joven sabía que su madre se casaría con Marcello Dragna y no con Gavriel, pero aquel intercambio le dejó un mal presentimiento, pesado y aciago. El pálpito la acompañó mientras seguía a Paradise desde la tienda de ropa hasta otro callejón helado.

No sentía ningún cariño por Marcello, pero por mucho que lo odiara, si Paradise no se casaba con él, Tella jamás nacería. Apresuró el paso mientras su madre desaparecía al doblar la esquina.

Sabía que no debía interferir. El Asesino le había advertido que no cambiara…

Su espalda golpeó la pared de ladrillo de una calle sin salida y Paradise le colocó un cuchillo en la garganta.

Intentó respirar. Ver a Paradise así era como mirarse en un amenazador espejo. Aquella era la madre que había esperado encontrar al principio, pero no se sentía victoriosa; si aquel encuentro salía mal, terminaría con el futuro que conocía, o incluso con su propia vida.

—¿Qué hace una chica guapa como tú siguiendo…? —Paradise se detuvo abruptamente. Debió ver el parecido, aunque su reacción fue acercar más la daga al cuello de Scarlett—. ¿Quién eres tú? ¿Por qué intentas parecerte a mí? —Hablaba incluso más rápido que en la tienda—. Dímelo en los próximos diez segundos o te abriré la garganta y me marcharé antes de que tu cuerpo golpee la nieve. Uno. Dos. Tres.

—No estoy aquí para hacerte daño —dijo Scarlett.

—No es la respuesta correcta. —Paradise mostró una sonrisa cruel—. Cuatro. Cinco.

—Estoy aquí porque tu familia está en peligro.

—No tengo familia —dijo con voz cantarina—. Siete. Ocho.

—Sí, la tienes. En el futuro.

Paradise ni siquiera se molestó en responder a su afirmación.

—Nueve.

—Tienes una hija —dijo Scarlett—. ¡Estás embarazada justo ahora!

Su madre dejó de contar.

—¿Cómo sabes eso? Solo se lo he contado a una persona, y él no diría una palabra. —Miró a Scarlett con los ojos entornados y después los abrió con sorpresa—. ¿Dónde conseguiste esos pendientes?

Soltó la caja que sostenía y se tocó sus orejas, decoradas con un par de esferas iguales.

—Me las diste tú —dijo la joven—. Me dijiste que te las regaló mi padre porque el escarlata es tu color favorito. Es también el nombre que me pusiste.

Paradise retrocedió un paso, tambaleante, pero siguió blandiendo el cuchillo. Una niebla gris giraba a su alrededor; estaba confundida pero ya no se sentía hostil, aunque por fuera mantenía una expresión seria.

—También te cambiaste el nombre a Paloma —dijo Scarlett—. Abandonaste tu identidad y te convertiste en algo parecido a una leyenda.

Eso hizo que parte de su sonrisa regresara, pero no alcanzó a sus ojos como solían hacer siempre sus sonrisas.

—De acuerdo, digamos que te creo. ¿Por qué estás aquí?

Para salvar el mundo. Para detener a un monstruo. Para verte.

—Solo he venido a robar un vestido.

Paradise se rio, suavizándose un poco.

—Entonces eres una ladrona terrible. No debo haberte criado demasiado bien.

Scarlett se sintió tentada a decirle la verdad, a contarle que había sido una madre terrible, que se había marchado cuando sus hijas más la necesitaban y no había regresado nunca. Pero Paradise todavía no era esa mujer, y la joven se preguntó si quizá nunca lo habría sido.

En alguna parte del camino, Scarlett había llegado a creer que su madre no la quería, que en realidad no quería a nadie. Si hubiera querido a sus hijas, no las habría abandonado ni les habría hecho daño; la gente no le hacía daño a aquellos a los que quería. Pero hasta que Scarlett apareció, su madre había estado llena de amor. Estaba tan enamorada que iba a pedirle a un hombre que se casara con ella. Pero no lo hizo. En el mundo de Scarlett, lo traicionaría, y se preguntaba si lo había hecho debido a su amor por ella.

Incluso en ese momento, podía ver el amor ocupando las emociones de Paradise mientras seguía mirando su rostro y sus pendientes. En aquella línea temporal acababan de conocerse, pero Paradise ya había decidido quererla.

Scarlett apenas podía comprenderlo. Siempre que ella quería, lo hacía con ferocidad, pero el amor nunca llegaba tan fácilmente y no había esperado que fuera así para Paradise.

No había duda de que no había conocido de verdad a su madre. Pero había algunas cosas que sabía sobre ella.

—Fuiste la mejor madre posible —le dijo—. Lo sacrificaste todo por mi hermana y por mí.

—¿Tienes una hermana? —El rostro de Paradise se iluminó, haciéndola incluso más carismática, y Scarlett deseó que Tella hubiera visto cómo se había alegrado su madre al saber que tendría una segunda hija—. No puedo esperar a contarle esto a tu padre.

—¡No! No puedes decírselo. Hagas lo que hagas, no se lo digas.

Una vez más, Scarlett estuvo a punto de dejarlo así. El Asesino le había advertido que no interfiriera en el pasado, pero quizá había sido siempre parte del pasado. Quizá no solo estaba allí para robar un vestido, o para ver a una madre a la que nunca había entendido. Quizá estaba allí para asegurarse de que su madre tomara algunas de las decisiones que ella no había entendido nunca. Porque ahora las entendía.

Si Paradise se casaba con Gavriel y la criaba con él, el futuro cambiaría: Tella no nacería y había muchas probabilidades de que los Destinos fueran liberados de las cartas muy pronto.

—Gavriel no es lo que tú crees que es —dijo Scarlett.

Paradise dio un brusco paso atrás y parte de los ángulos duros regresaron a su expresión.

Pero Scarlett no se detuvo: o se equivocaba y ya había cambiado el futuro irreparablemente, o tenía razón y tenía que continuar para evitar que su madre cometiera un error irreversible.

—No sé cuánto se supone que debo contarte, o si debo decirte algo de esto. Pero tú no te casarás con Gavriel. Él no será el padre de tu segunda hija. Gavriel es un Destino. Es La Estrella Caída, y estuvo atrapado en el interior de la Baraja del Porvenir que le robaste a la emperatriz Elantina. Quiere que vuelvas a encontrar la baraja para liberar al resto de los Destinos y conquistar el Imperio. Tú evitarás que lo haga, atrapándolo de nuevo en una carta, pero después tendrás que esconderte porque su iglesia, la Iglesia de la Estrella

Caída, irá a por ti por huir con la baraja. Así que te casarás con Marcello Dragna y te marcharás con él.

Paradise se rio, pero esta vez sin la alegría de su risa anterior.

—No, yo nunca me casaría con Marcello.

—Pero lo harás —dijo Scarlett. Y le sorprendió que, de todas las cosas imposibles que acababa de contarle, aquella fuera la única que Paradise remarcó. Eso le hizo preguntarse si, en su interior, su madre no era ya consciente del verdadero objetivo y de la identidad de Gavriel.

Scarlett intentó leer los colores de su madre. Había emociones compitiendo unas con otras, pero estaba claro que Paradise sentía amor e incertidumbre y que, a pesar de su serenidad exterior, lo que la joven acababa de decirle la aterraba.

—Lo siento —dijo Scarlett.

—¿Por qué te disculpas?

—Porque sé que estás enamorada de él.

—Los criminales no se enamoran.

—Si eso fuera cierto, creo que yo no estaría aquí. Pero lo estoy. Estoy aquí porque tú hiciste todo lo que fue necesario para cuidar de mí, la hija de la que estás ahora embarazada. Eso es parte de lo que te hace tan increíble. Abandonaste Valenda, pero la gente todavía cuenta historias sobre ti. Incluso la emperatriz Elantina habló de ti antes de morir. Le dijo a mi hermana que cuando amas, lo haces con la misma ferocidad con la que vives. Estuviste dispuesta a hacer todo lo necesario para proteger a aquellos a los que quieres, aunque eso te hiciera daño a ti, o incluso a ellos.

Y Scarlett se dio cuenta entonces de que ella era igual. Todo lo que había dicho causaría un mundo de dolor en Paradise, en Tella y en ella misma, pero si su madre tomaba un camino distinto, el mundo cambiaría: todo lo que a Scarlett le importaba se perdería y nunca derrotarían a La Estrella Caída.

Paradise negó con la cabeza, como si intentara aclarar sus emociones confusas.

—Y yo que pensaba que estabas aquí solo para robar un vestido…

—Como tú has dicho, no soy una buena ladrona.

—Podría haberme equivocado. —Paradise se agachó, recogió la caja de su vestido y se la ofreció a Scarlett—. Toma, te la has ganado con tu historia.

—¿Significa esto que me crees?

—No lo sé, pero no creo que vaya a prometerme esta noche —dijo Paradise, despreocupada y frívola. Sonaba muy parecida a Tella cuando fingía que no sentía nada.

—Lo siento —insistió Scarlett.

—No tienes que seguir disculpándote. Pero hay una cosa que puedes hacer por mí. —Paradise le dedicó una sonrisa temblorosa—. Ponte el vestido. No he llegado a probármelo y quiero saber si habría estado tan fabulosa como imagino. Vigilaré el otro callejón para asegurarme de que no viene nadie.

Su madre dobló la esquina corriendo.

Scarlett quería protestar; no le apetecía desnudarse de nuevo en un callejón congelado. Pero después de todo lo que le había contado a Paradise, aquello era lo mínimo que podía hacer por ella. Era lo último que su madre le pediría. Y había resultado ser también lo último que su madre le diría.

Cuando Scarlett terminó de vestirse y dobló la esquina, Paradise había desaparecido.

Se levantó el dobladillo de su nuevo vestido y corrió hasta el final del callejón esperando alcanzarla. Miró la calle, a la gente con sus capas de colores caminando a través de la nevada. Si Paradise estaba entre ellos, Scarlett no la veía. Lo único que encontró fue una farola rota y un cuchillo en el suelo.

Su madre se había marchado de nuevo. No debería haberle sorprendido y no dejó que le doliera, no esta vez. Paradise había sido su madre, pero también había sido solo una joven embarazada a la que acababan de decirle que debía tomar una decisión terrible. Scarlett no podía culparla por huir, y quizá tampoco debería haberla culpado antes. Ella quería a Tella y a Julian a pesar de sus imperfecciones; había llegado el momento de empezar a querer a su madre del mismo modo.

Y cuando El Asesino apareció un instante después, decidió que era así como se suponía que debía ser y que su madre en realidad había hecho lo mejor que había podido. Aunque hubiera huido, estaba segura de que cuando volviera al futuro, lo encontraría sin cambios.

—¿Has hecho lo que tenías que hacer? —le preguntó El Asesino.

—Casi. —Scarlett recogió el cuchillo que su madre había tirado. Era una daga blanca con una piedra con forma de estrella en la empuñadura. Mientras la usaba para cortarse el mechón plateado, se preguntó si habría sido un regalo de Gavriel. Meses antes, había creído que aquella mecha era un precio demasiado alto, pero no era nada comparado con lo que su madre había sacrificado—. Ya estoy lista.

Tan pronto como lo dijo, El Asesino le tomó la mano y ambos aparecieron en la corte iluminada por las velas de La Estrella Caída.

56
Scarlett

Tella siempre había sido más dramática que Scarlett. De pequeñas, jugaba a ser sirena, pirata y asesina mientras que Scarlett solo intentaba asegurarse de que su hermana estuviera a salvo. Scarlett no era actriz, pero había llegado el momento de hacer la interpretación de su vida. Tenía que convertirse en Paradise la Perdida, o no sobreviviría a la noche.

Vistió sus rasgos con la expresión afilada que su madre había tenido cuando la amenazó con el cuchillo. Después forcejeó contra El Asesino mientras la arrastraba con brusquedad junto al escenario abandonado de El Bufón Loco, mesas con un festín a medio comer y copas abandonadas en el suelo. La fiesta había terminado, pero quizá Veneno había convertido a todas las doncellas en piedra porque el desorden permanecía.

La Estrella Caída se echó hacia atrás en su trono sangriento y jugó con las llamas en las puntas de sus dedos mientras gotas rojas caían sobre sus hombros, como si ya se hubiera aburrido de su reino.

Los humanos se habían marchado, pero quedaban un par de Destinos.

Scarlett vio a Jacks a los pies del trono, charlando con Veneno como si fueran viejos amigos, pero se obligó a no prestarle demasiada atención, ni a él ni a su hermana. Estaba fingiendo ser Paradise y la joven ladrona no habría sabido quién era Tella ni le habría preocupado la adoración con la que miraba a Jacks. A primera vista, sus emociones parecían de un dichoso tono de rosa, pero cada pocos segundos parpadeaban con pútridos atisbos de amarillo marrón, como si estuvieran infectadas. Su hermana había sacrificado demasiado. Ni siquiera se fijó en la entrada de Scarlett y no miraba a Legend, que estaba atrapado en una jaula de hierro a la izquierda del trono.

La funesta jaula de Legend era mucho más pequeña y tosca que la de Anissa, con un columpio de sorna cubierto de pinchos. Legend parecía desdichado y débil, y no podía apartar los ojos del rostro soñador de Tella.

Parecía gritarle, pero debía haber un hechizo en su prisión, como el de la jaula de Anissa que atenuaba sus poderes, porque Scarlett no veía ilusiones y su voz no traspasaba sus barrotes.

—Deberías forcejear más —susurró El Asesino.

Casi habían llegado al trono.

Scarlett se zafó de la mano de El Asesino.

—¡Suéltame! —Blandió la daga blanca que Paloma había dejado caer.

La Estrella Caída la vio por fin. Su mirada pasó de El Asesino encapuchado a Scarlett y sus ojos dorados se ampliaron al bajar hasta su vestido, el que él mismo había encargado para Paradise, con sus salpicaduras en crema, negro, rojo y rosa y sus flores y encaje y pan de oro. Las llamas murieron en las puntas de sus dedos. La sangre del trono dejó de fluir y, por un momento, la sala quedó en completo silencio.

—Qué has hecho… —exhaló. Sus ojos abandonaron los de Scarlett para mirar, entornados, a El Asesino. Pero Scarlett no sabía si estaba molesto porque creía que era realmente Paradise o si sabía que era ella.

—La he traído del pasado para ti. —El Asesino empujó a Scarlett hacia delante con la palma de la mano.

Paradise no habría trastabillado, así que tampoco lo hizo Scarlett. Dio un paso firme, y después se estremeció e hizo una mueca de asco. Paradise compraba en el Distrito Satine y le gustaban las cosas bonitas. Puede que fuera una criminal, pero la habría asqueado El Trono de Sangre en el que Gavriel estaba sentado.

—¿Por qué estás sentado en esa cosa? ¿Y quién es esta gente? —Habló en el mismo tono rápido que su madre había usado y arrugó la nariz mientras fingía mirar a su alrededor, pero no se permitió parecer demasiado apabullada. Paradise escondía sus verdaderas emociones—. ¿Qué está pasando aquí, Gavriel?

La Estrella Caída mantuvo su mirada y sus ojos dorados titilaron como llamas a punto de comenzar un incendio. Parecía estar viendo un fantasma. La mentira estaba funcionando: creía que era Paradise, pero no parecía enamorado de ella.

Se dirigió a El Asesino con los dientes apretados mientras emociones turbulentas se retorcían a su alrededor.

—Por favor, explícame por qué la has traído a *ella* aquí. —Sus nudillos, agarrando el trono, se volvieron blancos cuando pronunció la palabra *ella*—. Lo último que supe de ti es que no querías tener nada que ver conmigo.

—He cambiado de idea, pero dudaba de que estuvieras satisfecho —contestó El Asesino con aspereza—. Por eso te la he traído como regalo.

—¡Yo no soy el regalo de nadie!

El Asesino la ignoró. Volvió a agarrarla del brazo y la empujó de nuevo hacia el trono.

—¡Suéltala! —bramó Gavriel.

El Asesino le soltó el brazo.

—Está embarazada de tu hija. Sé que has tenido dificultades con la chica y pensé que podrías arreglarlo si la criabas tú mismo.

—¿Qué…? —balbuceó Scarlett—. ¿Cómo lo sabe? No le he contado a nadie que estoy embarazada, excepto a ti.

Scarlett mantuvo la mirada de La Estrella Caída, intentando recordar la expresión de su madre cuando había hablado de él en la tienda de ropa. Pero imitar una mirada de amor no sería suficiente para conseguir que él la amara. Y justo entonces estaba menos preocupada por su amor que por si hacía algo impulsivo, como matar a todos los de la sala del trono. El fuego todavía no se había extinguido en sus ojos.

—¡Salid de aquí, todos! —ordenó, y todos los Destinos obedecieron. Veneno se dirigió a la puerta más cercana. El Asesino hizo una reverencia y se giró. Las Fámulas, que Scarlett ni siquiera se había dado cuenta de que seguían allí, se evaporaron como el humo. Jacks, que era quien estaba más cerca del trono, empezó a dirigir a Tella por el codo, pero la joven se detuvo cuando se acercó a Scarlett. Giró el rostro hacia su hermana y sus ojos avellana recuperaron el foco, como si hubiera despertado de repente de un sueño.

—Espera… —Tella tiró del brazo de Jacks—. Esa es mi madre. Está viva…

—¡Llévatela de aquí! —gritó La Estrella Caída. Su trono estalló en llamas, llenando la habitación de calor.

Jacks tiró de Tella, con una mano alrededor de su cintura, pero ella siguió forcejeando.

—No… ¡Mamá!

—Gavriel, ¿qué está pasando? —dijo Scarlett, intentando apartar la atención de su hermana, que parecía haberse salido del guion—. ¿De qué está hablando esa chica?

—No la escuches.

La Estrella Caída se levantó del trono en llamas dejando un rastro de sangre tras él, pero parecía casi sereno comparado con las emociones que lo

atacaban. Normalmente, sus sentimientos de ira llameaban como chispas que querían prenderlo todo, pero aquellas emociones parecían estar quemándolo a él, clavándose en sus hombros y brazos como las lenguas al final de un látigo.

No estaba enfadado con ella ni con El Asesino, ni siquiera con Tella; estaba furioso consigo mismo. Sus emociones habían erupcionado cuando ella apareció, pero estallaron cuando Tella dijo la palabra *viva*. Realmente se arrepentía de haber asesinado a Paradise.

Pero eso seguía sin ser suficiente para que la amara ahora.

Cuando se enamoró de Paradise en el pasado, ella también estaba enamorada de él. Y Scarlett no sentía ningún cariño por él. Quizá fuera eso lo que necesitaba.

Creía que podría hacerlo. Había traído a su hermana de vuelta a la vida con amor. Ella era cariñosa: conocía los colores del amor y las formas que tomaban. Sabía lo que era luchar por amor y perderlo, y también entregarlo sin intención de recibir nada a cambio. Puede que esa fuera la razón por la que aquello no estaba funcionando. Ella no quería entregarle su amor.

Lo había visto hacer demasiadas cosas horribles. Y aunque estaba enfadado consigo mismo, sus emociones eran tan fuertes que temía que hiciera algo horrible muy pronto, o a ella o a su hermana, que seguía peligrosamente cerca.

Tenía que encontrar un modo de cambiar sus sentimientos. Intentó buscar en su interior una chispa de amor por él. Tampoco había querido amar a su madre, pero Paradise se lo merecía más. O quizá nadie mereciera amor. Quizá el amor fuera siempre un regalo, aunque fuera mucho más difícil dárselo a Gavriel porque él se había pasado toda su existencia luchando contra el sentimiento. Lo veía como una enfermedad, en lugar de como una cura.

Gavriel le dedicó una sonrisa que era todo dientes y ansia inhumana, sin una chispa de amor en ella.

—Todo va a salir bien. Cuidaré de ti y me aseguraré de que nuestra hija sea absolutamente extraordinaria.

El plan de Scarlett no estaba funcionando como esperaba.

57
Donatella

Tella debería haberse esforzado más para evitar que su hermana siguiera con aquel plan.

Gavriel parecía casi aburrido cuando Tella entró en la sala del trono con Jacks, pero ahora la palabra equivocada podía provocar que prendiera fuego a toda la estancia. Sus ojos titilaban como llamas. No obstante, era el modo en el que miraba a Scarlett, con una aterradora expresión protectora, lo que la hacía pensar que podría encerrar a su hermana en aquella torre con la misma facilidad con la que podría prenderle fuego si decía algo incorrecto.

El pánico hizo que le temblaran las piernas. Jacks la abrazó con fuerza, acercándola a su cuerpo, pero ni siquiera su consuelo consiguió calmarla por completo. Si no hacía algo pronto, temía que vería la historia repetirse con La Estrella Caída y su hermana.

—Tella —susurró Jacks—, no hay modo de salvarla. El plan de tu hermana no va a funcionar. Tenemos que salir de aquí antes de que pague su rabia contigo.

Una intensa oleada de miedo cayó sobre Tella; Jacks tenía razón. Estaría mucho más segura si se marchaba con él. Él nunca permitiría que le ocurriera algo malo. Jacks la protegería hasta el fin de los tiempos.

Pero no podía dejar que su hermana luchara sola contra La Estrella Caída. Scarlett no podía ganar. Aunque Gavriel la mantuviera con vida, no parecía que fuera a amarla alguna vez. Si no iba a conseguir matarlo, al menos tenía que ayudar a su hermana a escapar de allí.

—Confía en mí, Jacks, tengo una idea. —Era una idea terrible, pero muchas de sus mejores ideas lo habían sido—. ¡Mamá! —gritó—. Él no va a cuidar de ti.

Se apartó de Jacks y saltó entre Scarlett y La Estrella Caída.

Los ojos del Destino enrojecieron y las llamas erupcionaron una vez más.

58
Scarlett

En el momento en el que Tella se lanzó entre Scarlett y Gavriel, las manos del Destino estallaron en llamas. Extendió los dedos hacia el delicado hombro de la joven, y trazó un arco de chispas y humo negro.

Scarlett ni siquiera pensó; empujó a su hermana fuera de su alcance y se interpuso en su camino.

Las chispas volaron.

Tella gritó.

Scarlett también habría gritado. La Estrella Caída colisionó contra ella y sus manos volvieron a abrasarle los hombros que ya había quemado aquella noche. Lo único que la joven podía sentir era dolor. Después, los brazos de Gavriel la sostuvieron en lugar de quemarla.

—Paradise. —Las llamas de sus dedos se apagaron y, por primera vez, le pareció asustado. Tenía el ceño fruncido sobre unos ojos inyectados en sangre—. No pretendía hacerte daño.

—¿Tampoco pretendías matarla? —lo acusó Tella.

Gavriel soltó a Scarlett y sus manos se incendiaron de nuevo. Bolas de fuego incandescente se formaron en sus palmas.

—¡Para! —gritó Scarlett—. Paradise no habría querido que le hicieras daño a su hija, ni a tu hija.

Los ojos de La Estrella Caída se posaron en ella. Las llamas de sus dedos se volvieron tan negras como la traición.

Había notado su lapsus y descubierto que ella no era Paradise, pero Scarlett no estaba segura de que hubiera sido un desliz. Su actuación había fracasado: no había conseguido provocar en él ningún sentimiento de amor, así que quizá había llegado el momento de dejar la representación.

Dio un paso hacia él, mirando sus ojos heridos en lugar de las manos con las que la había quemado múltiples veces. No podía pensar en sobrevivir; la

cautela era muy parecida al miedo y recordaba que su madre había escrito que el miedo hacía poderosos a los Destinos.

Se negaba a sentir miedo. El miedo era un veneno para el amor, y el amor era un veneno para el miedo. Todavía no se decidía a querer a Gavriel, pero podía mostrarse vulnerable y quizás eso lo ayudaría a entender.

—Sé que temes el amor, sé que te hizo daño en el pasado y que lo ves como un arma. Crees que el amor es una enfermedad, pero tú te has convertido en la enfermedad. Tu miedo al amor está destruyéndote, a ti y a todos a los que tocas. Y eso no te hace poderoso, hace que el mundo que te rodea sea trágico. —Scarlett agitó la mano para señalar su catastrófica sala del trono, con su horrible escenario, su fea jaula y su trono todavía ardiendo con un fuego furioso—. Me dijiste que nunca amaste a Paradise, pero yo sé que lo hiciste.

Él no reaccionó, pero tampoco la atacó.

—Amaste a mi madre y sé que ella te amó. El Asesino volvió al pasado y me llevó con él para que viera a Paradise. Rebosaba de amor por ti. Ella no habría querido nada de esto para ti, y no habría querido que hicieras las cosas que has hecho.

Gavriel bajó los ojos por fin hasta el agujero en la manga de Scarlett y la piel destrozada que se veía debajo, ampollada y calcinada en donde la había tocado.

Scarlett tomó aire trémulamente y se obligó a acercarse un paso.

—Yo te perdono.

Fue el instante más largo de la vida de Scarlett. La expresión de Gavriel seguía siendo indescifrable, pero las llamas que ardían en sus manos pasaron del negro al gris, el color del arrepentimiento. Crepitaron mientras lamían las puntas de sus dedos y fueron el único sonido en la sala del trono hasta que finalmente, en una voz más suave que ninguna otra que Scarlett hubiera oído, Gavriel habló:

—La amaba. La quería tanto que me asustaba, y después de eso no me permití volver a amar. —Una lágrima dorada bajó por su rostro—. Ojalá pudiera deshacer lo que le hice. —Cayó otra lágrima, seguida de otra, y otra.

Scarlett no sabía si todas eran por su madre. Sus ojos eran pozos de dolor infinito, como si su padre estuviera sintiendo por fin el peso de todas las cosas impronunciables que había hecho.

Las llamas de sus dedos se extinguieron.

Su siguiente lágrima fue transparente en lugar de dorada: era humana y hermosa, y lo último que hizo Gavriel antes de que Tella le apuñalara el

corazón.

—¡No! —gritó Scarlett.

Cayó al suelo con Gavriel. El cuchillo de Tella había alcanzado su corazón y estaba muriendo rápidamente. Era lo que Scarlett había querido, pero ojalá no hubiera tenido que hacerlo.

La boca de Gavriel se curvó en algo demasiado triste para ser llamado «sonrisa».

—Ambos sabemos que no me merezco tu dolor…

Con sus últimas fuerzas, Gavriel tomó la daga blanca que ella había dejado caer. Sus dedos apenas producían chispas, pero de algún modo consiguió fundir la hoja de la daga hasta que asumió la forma de una llama. La daga brillaba con un color que ella nunca había visto. Si hubiera tenido que describirlo, habría dicho que tenía el color de la magia, y eso le recordó lo que Gavriel había dicho en la mazmorra, que los Destinos transferían su poder a los objetos.

Dejó de nuevo el cuchillo en la mano de Scarlett.

—Cuando muera… esto liberará a todos los que he encerrado. Úsalo como yo no lo habría hecho…

Entonces Gavriel murió.

Y Scarlett lloró. Lloró por los horrores que él había provocado, y lloró por los milagros que podría haber causado en su lugar.

59
Donatella

Tella se sentía como si el mundo entero se hubiese detenido para vitorearla. Acababa de matar a La Estrella Caída. Había terminado con el monstruo que había asesinado a su madre.

También había estado a punto de morir. Todavía podía oler el humo y el aroma a quemado de las llamas que la habrían abrasado. Le temblaban las manos y su corazón corría desbocado. Jacks se acercó y deslizó un brazo frío y consolador a su alrededor para abrazarla.

—Todo ha terminado, amor mío.

Pero no todo ha terminado, dijo una vocecita en su cabeza. Se trataba de la misma voz molesta que la urgía a apartarse de Jacks; había una verdad sobre él que había decidido olvidar. Pero no quería recordarla. Le gustaba Jacks, aunque fuera una mentira seductora. Le gustaban sus juegos crueles y sus sonrisas burlonas y cómo la mordía cuando se besaban. La sala del trono parecía una página arrancada de una historia de terror, pero Jacks era su Príncipe de Corazones y lo convertiría todo en un final de cuento de hadas. Se apoyó en él y el mundo se volvió borroso.

—Lo he conseguido —dijo Tella, con la voz teñida por la incredulidad.

—Por supuesto que lo has conseguido, amor mío, pero tenemos que salir de aquí.

Jacks la abrazó con más fuerza mientras la alejaba de Scarlett. Tella la había visto caer al suelo con Gavriel, pero no se había levantado. Seguía derrumbada sobre su cuerpo sin vida.

—Espera, mi hermana…

—Mírame, Donatella. —Jacks la hizo girarse hasta que lo miró—. ¿Todavía quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Le hizo la pregunta como si eso fuera lo único que importara en el mundo. Tella jamás había sentido tanto poder tras una pregunta, aunque Jacks se

había mostrado casi desvalido al hacérsela. Era un desastre de cabello dorado, ojos tan azules como el mar salado y labios mordidos, hermoso como solo podían serlo las cosas rotas, y Tella lo quería exactamente como era. Lo quería roto y caótico y totalmente indomable. La sensación era tan devoradora como lo que sentía en él cada vez que la besaba: como si nunca fuera suficiente, aunque ella se lo diera todo.

—Tú eres lo único que quiero ahora.

Un fantasma de la sonrisa de Jacks regresó y aun así pareció mucho más real que cualquier otra sonrisa que le hubiera podido dedicar. Parecía feliz. A pesar de la muerte, el caos y el humo, parecía más dichoso que nunca.

—Tú eres también lo único que yo quiero. Pero tenemos que marcharnos ya o alguien podría intentar evitar que estuviéramos juntos.

Jacks le soltó el hombro para atrapar su mano y tiró de ella bruscamente a través de la calamitosa sala del trono como si sus vidas dependieran de marcharse. Pasaron junto al escenario abandonado de El Bufón Loco, junto a charcos de vino derramado y un espejo que parecía tener a alguien atrapado en su interior. Jacks apenas se detuvo para abrir las enormes puertas que conducían al resplandeciente patio de cristal.

La noche había caído y las estrellas parpadeantes reinaban desde arriba, reflejándose en el suelo vidrioso mientras…

—¡Tella! —La voz de Legend atravesó la noche, tan fuerte como para sobresaltar al cielo y hacer un nudo en el estómago de la joven.

Tella cerró los ojos, como si pudiera deshacer el efecto que Legend tenía en ella. Ya no lo quería. Ni siquiera había podido mirarlo mientras estaba en la jaula; cada vez que lo hacía, irrumpían en ella sentimientos que ni siquiera sabía que tenía. Odiaba a Legend. Lo odiaba todo en él. Pero, de algún modo, su voz grave todavía la confundía.

—No te detengas —le pidió Jacks.

El Príncipe de Corazones tiró de su mano y Tella se puso a su altura de nuevo. Deseaba que sus pies corrieran a su lado, que fueran allá adonde Jacks fuera. Él era el chico al que quería seguir hasta los confines de la Tierra, pero su cuerpo estaba traicionándola y eligiendo a Legend una vez más. Sus piernas no se movían y los dedos de sus pies se clavaron en sus zapatillas como si estuvieran desesperados por aferrarse al suelo.

Jacks tiró más fuerte de su mano y sus dedos gélidos apretaron los de Tella. Pero ella ni siquiera consiguió apartar la mirada mientras Legend se acercaba.

Parecía el final de una desgraciada historia de amor. Su ropa oscura estaba hecha jirones, había quemaduras recientes en su pecho, y sus ojos, que antes habían estado llenos de estrellas, estaban desolados, negros con desesperadas fracturas grises y dolorosas líneas rojas serpenteando a través del blanco.

A Tella se le hizo un nudo en la garganta. Aquello no debería dolerle. Lo odiaba… Lo odiaba por todos los meses que había jugado con su corazón. Incluso ahora, todavía conservaba un trocito de él. *Él siempre lo tendrá*, dijo una vocecita en su interior. Tella ignoró la voz. Quería recuperar su corazón y dárselo entero a Jacks.

—¿Por qué no puedes dejarnos en paz? —gritó—. ¿No me has torturado ya lo suficiente?

Legend la miró con unos ojos grandes y suplicantes, pero Tella estaba harta de ceder.

—¡Deshaz lo que le has hecho! —bramó Legend a Jacks.

—Él no me ha hecho nada —dijo Tella—. ¡Eres tú el que no deja de hacerme daño!

—Creo que te está pidiendo que te marches. —Jacks sonrió y le dio a la mano de Tella un suave apretón. Ya no la agarraba con fuerza; sabía que ella le pertenecía.

—Tella, escúchame —le suplicó Legend—. Puedes luchar contra lo que te ha hecho.

—¡Contra el único que quiero luchar es contra ti!

Se zafó de Jacks, lista para alejar a Legend de ella para siempre. Pero tan pronto como lo soltó, Jacks desapareció y el mundo cambió. La magia ocupaba el aire, espesa y dulce. El patio de cristal bajo sus pies se convirtió en unos pulidos peldaños de piedra lunar y la torre dorada que Legend tenía detrás desapareció, y fue reemplazada por una nueva ilusión: un resplandeciente templo blanco coronado por una cúpula cubierta por unas alas extendidas. *El Templo de las Estrellas*. Sobre el edificio, unos radiantes fuegos artificiales rojos se mezclaban con más estrellas de las que Tella había visto nunca, recreando el momento en el que Legend la abandonó, justo después de salvarla.

Su corazón dejó de latir de inmediato. Todavía recordaba la inexpresividad con la que Legend la miró aquella noche y la frialdad de su voz mientras le decía que él no era el héroe de su historia. Pero ahora sus ojos volvían a ser tan brillantes como las estrellas, llenos de fragmentos dorados que resplandecían en la noche. La miraba como lo había hecho en el mural de

su dormitorio, como si jamás quisiera dejarla, como si la adorara. Como si, después de todo, quisiera ser su héroe.

—¡Deshaz esta ilusión! —exclamó Tella, incapaz de seguir mirándola… o a él. Legend no era un héroe. Y ella nunca había querido un héroe. Ella era la heroína de su propia historia, y había llegado el momento de salvarse a sí misma de él—. Trae el patio y a Jacks de vuelta.

Legend bajó las cejas y la expresión de sus ojos se intensificó. En el pasado, su expresión la habría convencido de que podía poner el mundo entero a sus pies, pero ahora Jacks era su mundo y no quedaba espacio para Legend. Si era sincera, tenía que reconocer que nunca había habido espacio suficiente para él. Era demasiado absorbente.

—Sé que crees que lo quieres, pero está controlando tus sentimientos —dijo Legend, elevando la voz y volviéndola más grave con cada palabra—. Tienes que luchar contra él.

—¡Solo estás celoso! No me quieres, pero no quieres que nadie más me tenga. —Intentó empujarle el pecho, alejarlo de ella por fin—. Por favor, deja de torturarme. Solo quiero que me dejes en paz.

Las comisuras de la boca de Legend se elevaron con lentitud.

—Eres tú la que me está reteniendo, Tella.

—No… Yo… —La joven bajó la mirada para ver sus dedos agarrando su camisa destrozada.

Dos manos cálidas rodearon sus hombros con gentileza y su corazón comenzó a latir más rápido. Tenía que apartarse de él, lo sabía, pero no podía moverse. Su cuerpo estaba recordando una época en la que él no se acercaba tanto, en la que no le ponía las manos encima. Lo único que ella había querido era que la tocara, y ahora la estaba agarrando como si planeara hacerlo durante mucho tiempo.

Su sonrisa se amplió.

—No estoy celoso de Jacks. Sé que tus sentimientos por él no son reales. Y te equivocas si crees que no te quiero. Te he querido durante mucho tiempo, y nunca dejaré de quererte.

La acercó a él hasta presionarla contra su pecho con manos firmes.

Tella respiraba con jadeos breves, diminutos y furiosos. Por mucho que intentara apartarlo, no conseguía hacerlo. Cuando pensaba en Jacks, sus latidos se calmaban, pero después su corazón ansiaba el modo en el que Legend lo hacía latir. Porque él no solo poseía una parte de su corazón: este era totalmente suyo.

¡No! Tella intentó quitarse la idea de la cabeza. Intentó recordar a Jacks y cómo la hacía sentir, pero lo único que sentía en aquel momento era a Legend, mientras una de sus manos maravillosamente calientes bajaba por su espalda.

—¿Todavía quieres saber por qué me marché aquella noche, en aquella escalera?

No, quiso decir, pero de algún modo la palabra *sí* escapó en su lugar.

Las palmas de Legend se calentaron y la mano que tenía sobre su hombro se deslizó hasta su cuello y su cabello, y le levantó la cara para obligarla a mirarlo a los ojos. Seguían vidriosos y oscuros, con motas doradas que parecían estrellas rotas, y Tella se dijo a sí misma que los odiaba.

Los ojos de Jacks eran preciosos; eran los ojos de Jacks los que ella adoraba. Pero los ojos de Legend habían atrapado los suyos y no podía dejar de mirarlos. Se dijo que sus ojos eran solo otra ilusión, como todos los sentimientos que amenazaban con absorberla. Cerró los párpados, pero eso no la ayudó: solo la hizo más consciente de su voz profunda.

—Siento haberte dejado aquella noche. No debí marcharme, no debí hacerte daño. Y no debí asustarme y huir cuando me di cuenta de que me estaba enamorando de ti.

Tella abrió los ojos y las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas.

—Me dijiste que no eras capaz de amar.

—No creía que lo fuera.

Legend movió su mano desde su cabello hasta su mejilla y sostuvo su rostro como si jamás hubiera tocado nada tan precioso.

—No puedo decir que comprendo el amor, o que se me da muy bien amar, porque jamás había amado a nadie antes. Pero me gusta todo de ti, Donatella Dragna. Todo. —Bajó la mano para acariciar su mandíbula—. Adoro los secretos que no me has contado, y las mentiras con las que has intentado librarte. Me encantan tu obstinación y tu persistencia. Me gusta que siempre finjas que no te importo cuando te visito en sueños. Me gusta que nunca dejes de luchar por lo que quieres o por la gente a la que amas, incluso cuando no se lo merecen. Te quiero, no quiero dejar de quererte, y espero que en alguna parte de tu interior sigas queriéndome tú también.

Su boca bajó con lentitud hacia la de Tella, acercándose cada vez más y advirtiéndole que si no quería besarlo, tendría que apartarse.

Pero Tella ya no quería apartarse y ni siquiera estaba segura de haber podido hacerlo. El amor era de verdad otro tipo de magia. Estaba temblando,

despojándose de los restos del hechizo que Legend había roto cuando le dijo que se había enamorado de ella. *¡Él la amaba!* Las extremidades le temblaron con algo parecido al asombro ante la idea.

No se decidía a hablar, así que intentó decirle que lo quería con un beso. Sus labios cálidos presionaron los suyos por fin. Eran perfectos, suaves y dulces y amables… Aunque se suponía que tenía que hacerle saber que lo quería, sentía que era él quien estaba repitiendo esas palabras con cada lánguida presión de sus labios, como si no tuviera prisa, como si tuviera todo el tiempo del…

Tella lo apartó de un abrupto empujón. Aquello era lo último que quería hacer. Lo amaba, sabía que era cierto. Quería sentir sus labios hasta que se olvidara de cómo respirar. Quería retenerlo para siempre, pero él no *tendría* un *para siempre* si ella no lo dejaba marchar.

Legend apretó la mandíbula y la expresión dolida regresó a su rostro.

—¿Qué pasa?

—Tienes que marcharte. —Tella no reconocía su propia voz, como si estuviera luchando consigo misma en cada palabra. Quería ser egoísta, quería estar con él. Lo quería… Y esa era la razón por la que se había obligado a apartarlo—. Tienes que alejarte de mí antes de que te quedes así para siempre.

—Es demasiado tarde.

—No, no lo es. —Tella lo empujó de nuevo.

Él ni siquiera retrocedió sobre los peldaños de piedra lunar.

Tella se giró para correr. Si él no se marchaba, lo haría ella. Pero antes de moverse un milímetro, Legend la tomó por la muñeca y tiró de ella para abrazarla.

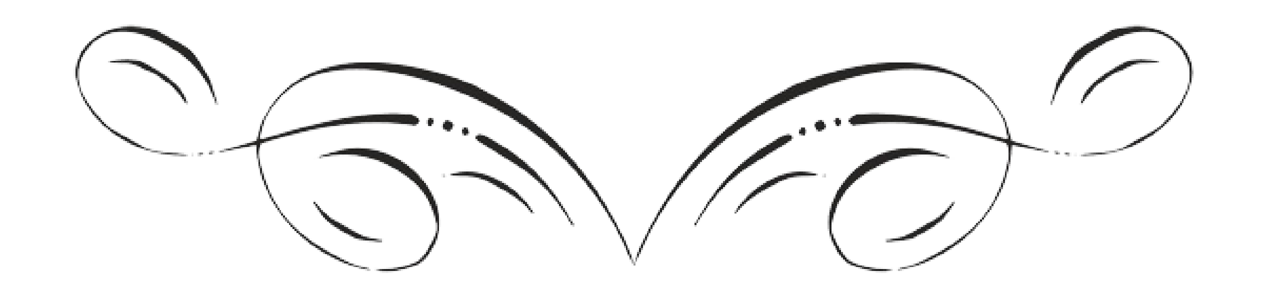
—Tella.

—Suéltame.

Empezaba a cambiar. Podía verlo en su sonrisa, en cómo esta se llenaba de amor e iluminaba su rostro entero. Intentó apartar sus brazos, pero con poco entusiasmo. Siempre le había parecido guapo, pero cuando la miraba como entonces, lo era todo.

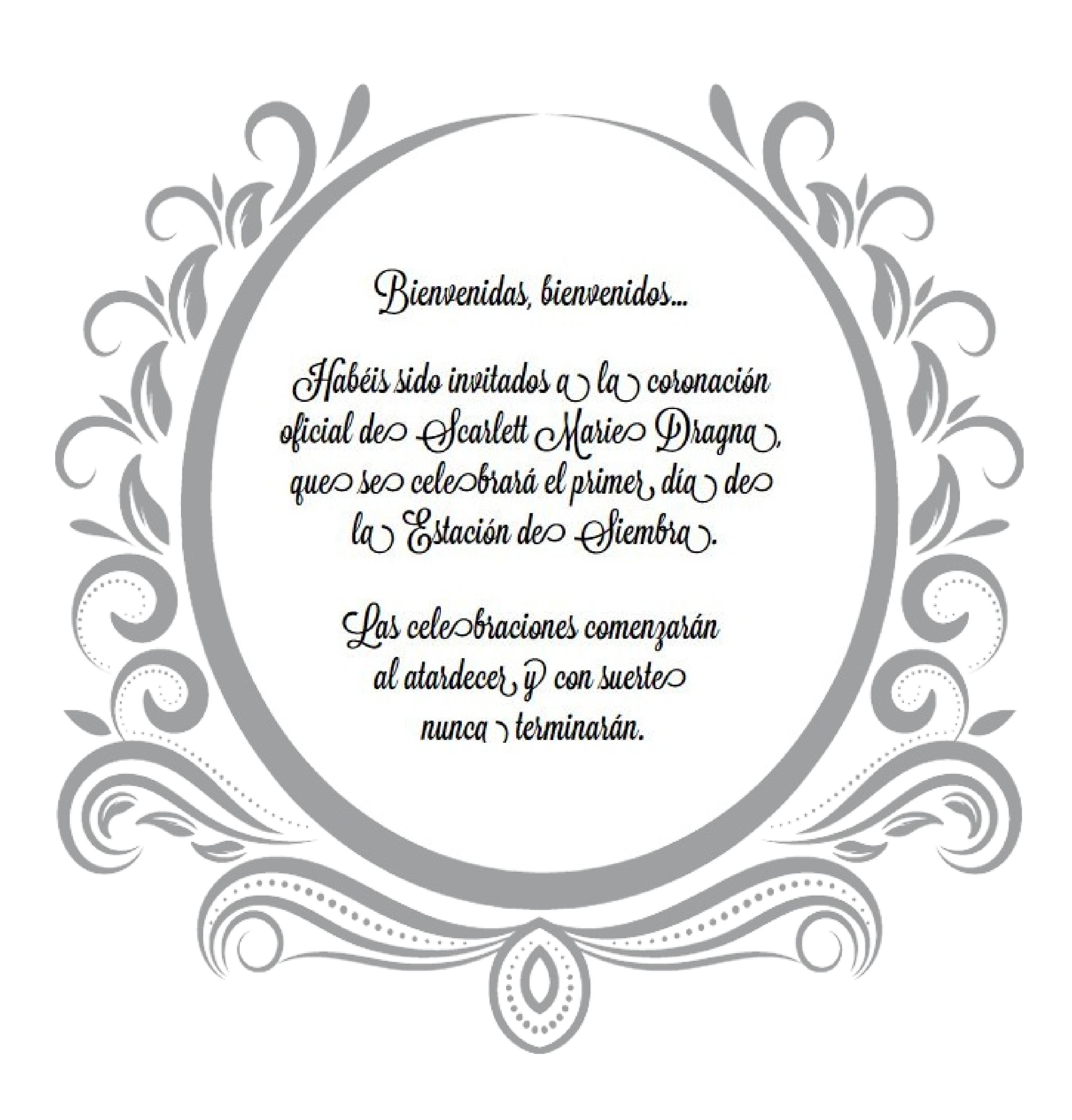
—Si no dejas que me vaya, no podré seguir resistiéndome a ti.

—Bien, porque yo no quiero resistirme a ti. Solo quiero amarte. —La levantó un poco y le dio otro beso en los labios—. Esta es mi decisión: te elijo a ti, Donatella. No necesito la inmortalidad. Tú eres mi *para siempre*.



EL VERDADERO FINAL




Bienvenidas, bienvenidos...
Habéis sido invitados a la coronación oficial de Scarlett Marie Dragna, que se celebrará el primer día de la Estación de Siembra.
Las celebraciones comenzarán al atardecer y con suerte nunca terminarán.

Scarlett

Cualquier otro habría pensado que era el vestido perfecto, pero no habría otro vestido perfecto para Scarlett. Ninguno podría reemplazar nunca a su vestido funesto. Pero la obra de arte que vestía aquel día era adorable: totalmente ceñido excepto en la espalda, donde una cola fluía tras ella, más blanca que la nieve intacta y decorada con rosas de seda roja. Iba a juego con la capa que Veneno le había enviado como regalo por su coronación, que estaba totalmente cubierta de pétalos de flores. Era gloriosa y extravagante y, aunque Scarlett habría parecido una auténtica emperatriz con ella, no podía ponérsela.

Veneno le había devuelto su forma humana a todos aquellos a los que había convertido en piedra y había firmado una tregua con Scarlett. Después de una noche de reinado de La Estrella Caída, Valenda seguía recelando de todo lo que estuviera relacionado con los Destinos. Como era hija de uno de ellos, también se mostraban cautos con ella, a pesar de que nunca había dominado la totalidad de su poder.

—Estás espectacular.

Tella parecía más contenta que un gato que acabara de atrapar a un pájaro. Estaba detrás de su hermana, mirándose en el espejo dorado que iba a juego con el resto del mobiliario de la suite imperial; incluso las cortinas tenían hojas doradas cosidas entre sus paneles de gasa. Y todo era de Scarlett. Parte de ella se sentía constantemente tentada a usar La Llave de Ensueño y desaparecer para huir de la enorme responsabilidad, pero no creía que la llave hubiera acudido a ella por esa razón.

—Todo el Imperio se va a enamorar tan locamente de ti que Julian se pondrá celoso —dijo Tella.

Scarlett se rio entre dientes.

—Julian ya está celoso. Está convencido de que Veneno se ha colado por mí.

—Veneno se ha colado por ti. ¿Por qué crees que firmó una tregua contigo tan fácilmente?

—Quizá porque a mi hermana la llaman la Mata Destinos.

Las mejillas de Tella se tiñeron de un orgulloso rosa.

—¿Crees que podrían dibujarme con ese nombre en un cartel de SE BUSCA?

—Tú no eres una criminal —dijo Scarlett—. Eres una heroína.

—Sí, pero siempre he querido mi propio cartel de SE BUSCA.

Tella se rio, pero su rostro se volvió melancólico de un modo que dejó saber a Scarlett que estaba pensando de nuevo en su madre.

—¿Crees que mamá era de verdad hija de la emperatriz Elantina? —le preguntó.

—No sé si alguna vez lo sabremos con seguridad, pero me gusta pensar que sí. Cuando la emperatriz Elantina habló de Paradise, lo hizo con cariño y pesar. —Tella caminó hasta el muro de ventanales y apartó un par de cortinas para mirar a la multitud que comenzaba a reunirse en el patio de cristal para la ceremonia de aquella noche—. Siempre podríamos pedirle a El Asesino que nos llevase al pasado para verla de nuevo y asegurarnos.

—Puede —dijo Scarlett, pero lo dudaba. Después de la muerte de La Estrella Caída, El Asesino había desaparecido junto con la mayoría de los otros Destinos. Veneno era el único que se había quedado y Scarlett esperaba de verdad que no se sintiera atraído por ella. El afecto de los Destinos solía convertirse en una obsesión letal, como ocurrió con Jacks y con Tella. Afortunadamente, nadie había visto a Jacks desde que el amor de Legend rompió su hechizo.

Scarlett no sabía si Jacks había huido con el resto de los Destinos a los reinos del norte, donde se rumoreaba que algunos vivían en tranquilidad. Ahora que Gavriel estaba muerto, los Destinos a los que había creado ya no eran inmortales, aunque fueran eternos. Podían vivir vidas sobrenaturalmente largas, pero también podían morir si le daban a la gente razones para ir tras ellos.

Scarlett haría que los espiaran cuando fuera oficialmente coronada emperatriz. Todavía quería localizar y someter a juicio a algunos de los Destinos más crueles, como El Bufón Loco, El Rey Asesinado y La Reina de los No Muertos. Por el bien de su hermana, también se aseguraría de que Jacks no regresara.

—Disculpe, alteza. —La voz firme de una doncella siguió a una suave llamada a la puerta—. El señor Julian ha venido a verla.

—Hazlo pasar.

Scarlett atravesó la habitación a una velocidad que seguramente era impropia de una emperatriz, pero no pudo evitarlo, como tampoco consiguió evitar su sonrisa cuando Julian entró. La daga de su madre, ahora imbuida de la magia de La Estrella Caída, le había quitado la máscara de hierro de la cara con un solo roce. Scarlett ni siquiera habría podido decir que Julian la había llevado alguna vez. Estaba elegante y apuesto con el traje que había encargado para la coronación de aquella noche. A ella le gustaban especialmente el chaleco gris y las finas rayas rojas de su pantalón, a juego con las flores de su vestido.

Tella cerró las cortinas con un silbido dramático.

—Creo que es hora de que me vaya.

—No tienes que marcharte —le dijo Scarlett.

—No pasa nada. Estoy segura de que los dos preferís devoraros con la mirada en privado, y yo tengo que irme para escribirle una carta a Legend.

Julian le dedicó una sonrisa ladeada.

—Creo que mi hermano está en el palacio.

—Lo sé, pero prefiero escribirle una carta.

Tella brincó hasta la puerta con una expresión traviesa en la cara que seguramente habría preocupado a Scarlett si no hubiera estado demasiado distraída por Julian para fijarse en nada más.

Tan pronto como Tella se marchó, Julian se adentró en la habitación. Sus ojos recorrieron lentamente las líneas ajustadas del vestido blanco de Scarlett, moviéndose sin prisa desde su cadera hasta la diadema dorada que llevaría hasta que fuera oficialmente coronada.

—No sabía si tendrías tiempo para verme hoy.

—Soy muy importante.

—Lo sé —contestó con solemnidad.

—Julian, solo estoy bromeando. —Le golpeó el brazo juguetonamente. Él aprovechó la oportunidad para tomarle la mano.

—Estás encantadora —dijo, acercándose—. Pero creo que a tu vestido le falta algo.

Levantó la levita que llevaba doblada sobre el brazo para revelar un regalo oculto en su mano. La caja era pequeña y fina, atada con un sencillo lazo rojo que la hizo pensar que lo había envuelto él.

—Te dije que no necesitaba regalos hoy —le recordó, pero estaba sonriendo mientras la abría.

En el interior había un par de guantes toscamente cosidos que solo llegaban hasta la muñeca. Por un momento, Scarlett se preguntó si aquello sería una proposición. Los guantes solían ser un regalo simbólico que los caballeros les entregaban a las damas a las que querían declararse. Cuando los tocó, comenzaron a cambiar. Se movieron como lo hacía su vestido mágico, transformándose de unos sencillos guantes blancos de toscas costuras a unos guantes largos y elegantes de profundo encaje rubí.

—¿Dónde los has conseguido? —exhaló Scarlett.

—Regresé al calabozo y encontré allí algunos jirones de tela de tu vestido.

—¿Los has cosido tú?

Julian le mostró una sonrisa avergonzada.

—No quería que nadie más los tocara.

Scarlett se llevó los guantes al pecho. Si no lo hubiera querido ya, se habría enamorado de él en ese preciso instante. Julian intentaba parecer un granuja, pero era la persona más dulce que había conocido.

—¿Sabes? A ese vestido siempre le gustaste tú más que ningún otro.

—Claro. —El joven sonrió de oreja a oreja—. Siempre reflejaba tus sentimientos.

Antes Scarlett habría protestado, pero ni siquiera quería negarlo.

—Gracias. Este es el regalo perfecto.

—Me alegro de que te guste. —Su sonrisa regresó, pero parecía un poco tímida de nuevo. Se tocó la nuca con una mano—. En el pasado, los guantes eran un regalo simbólico.

—Sí —replicó ella sin pensar.

Julian levantó las cejas.

—Ni siquiera te lo he preguntado.

—Sea cual sea la pregunta, la respuesta es sí.

Le rodeó el cuello con los brazos.

En respuesta, Julian la abrazó por la cintura.

—¿Y si te hubiera pedido la mitad de tu reino?

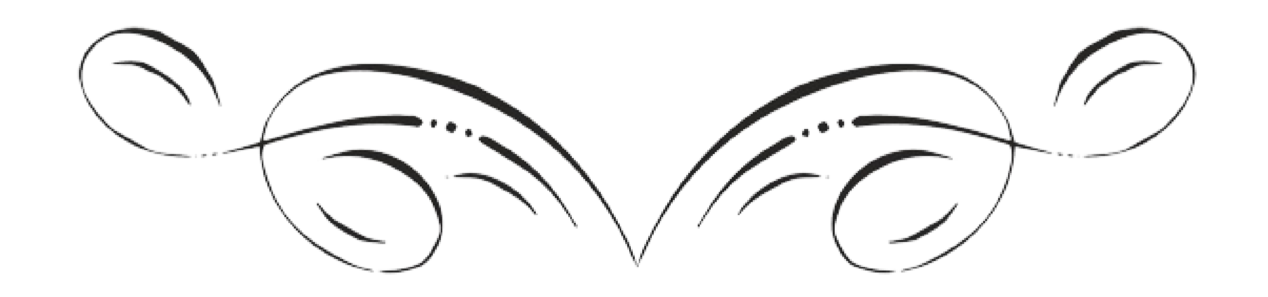
—Entonces te diría que puedes quedártelo todo. Todo lo que es mío es tuyo, Julian.

—¿Y esto? —Le rozó los labios.

—Sobre todo eso. —Para demostrarlo, Scarlett le dio un beso—. Ahora tú también eres mío.

Él se apartó apenas lo suficiente como para sonreírle con picardía.

—Siempre he sido tuyo, Escarlata.



EL BROCHE DE ORO



Legend

Legend no creía en los finales.

Durante la mayor parte de su vida inmortal, había creído que su mundo se vendría abajo si se enamoraba y se volvía humano. En lugar de eso, su mundo se había vuelto más valioso, sobre todo las partes relacionadas con ella.

Contuvo una carcajada mientras leía su carta de nuevo. A Tella no le gustaría saber que se estaba riendo, pero ella era una de las pocas cosas que le resultaban divertidas.

Esa era una de las muchas razones por las que la amaba.

Año 1 de la Dinastía Scarlett

Estimado Legend, Maestro de Caraval:

Ya no creo que seas un mentiroso, un sinvergüenza o un villano, pero me pregunto si te gustaría convertirte en esas cosas de nuevo, porque me vendría muy bien tu ayuda.

Mi hermana está a punto de ser nombrada emperatriz, lo que me convertirá a mí en princesa. Sé que esto podría no parecerte un problema, pero te aseguro que lo es. Yo no nací para vagar por un palacio o dejar que me sigan los guardias, pero no quiero que mi comportamiento haga quedar mal a mi hermana; le prometí que no causaría ningún escándalo. Así que necesito que tú, Legend, montes un escándalo por mí. Por favor, secuéstrame y llévame a una nueva aventura.

Sé que si te lo pido no será un secuestro real, pero creo que sería divertido fingirlo. También creo que podría ser un juego muy interesante, y sé cuánto te gusta jugar.

Tuya siempre,

Donatella Dragna.

Glosario de destinos y términos

BARAJA DEL PORVENIR: un método de adivinación. La Baraja del Porvenir está formada por treinta y dos cartas, entre las cuales hay una corte de dieciséis inmortales, ocho lugares y ocho objetos.

LOS DESTINOS: según la leyenda, los Destinos representados en la Baraja del Porvenir fueron seres mágicos corpóreos. Supuestamente gobernaron un cuarto del mundo siglos antes, hasta que desaparecieron misteriosamente.

DESTINOS MAYORES

El Rey Asesinado
La Reina de los No Muertos
El Príncipe de Corazones
La Doncella de la Muerte
La Estrella Caída
La Dama de la Suerte
El Asesino
El Envenenador

DESTINOS MENORES

El Bufón Loco
La Dama Prisionera
La Sacerdotisa
Las Fámulas
La Novia Abandonada
El Caos

La Doncella Embarazada
El Apótico

OBJETOS FUNESTOS

La Corona Rota
El Vestido de su Majestad
La Carta en Blanco
El Trono de Sangre
El Aráculo
El Mapa de Todo
La Fruta Intacta
La Llave de Ensueño

LUGARES ACIAGOS

La Torre Perdida
El Jardín de la Fantasía
La Casa de Fieras
La Biblioteca Inmortal
El Castillo de la Medianoche
El Imaginarium
El Mercado Desaparecido
El Fuego Inmortal

MONEDAS DEL INFORTUNIO: son monedas con la habilidad mágica de rastrear el paradero de una persona. Cuando los Destinos todavía reinaban en la Tierra, si uno de ellos se obsesionaba con un humano, le metía una moneda del infortunio en el monedero o en un bolsillo, para poder seguirlo allá adonde fuera. Las monedas se consideraban malos augurios.

ALCARA: la antigua ciudad desde la que gobernaban los Destinos, ahora conocida como la ciudad capital del Imperio Meridional, Valenda.

RUSCICA: es un libro que se encuentra en La Biblioteca Inmortal y que es capaz de revelar la historia de cualquier persona o Destino tras ser alimentado con su sangre.

Agradecimientos

En la saga *Caraval* hablo un montón sobre sueños que se hacen realidad. Creo que parte de ello podría deberse a que escribir esta serie ha sido realmente un sueño hecho realidad. Todavía me parece un milagro que haya conseguido escribir un libro, y doy gracias a Dios cada día por eso.

Me ha encantado escribir esta saga y ser capaz de compartirla con otros, pero nunca podría haberla escrito sola. Hay un grupo fundamental de gente al que tengo que darle las gracias. Este agradecimiento quizá sea más sencillo que los que he escrito en el pasado (mientras escribo esto me siento como si ya hubiera vertido todas mis palabras en el interior de este libro), pero mi gratitud hacia todos los mencionados emerge del lugar más profundo de mi corazón.

Muchas gracias a Sarah Dotts Barley, Jenny Bent, mamá, papá, Allison, Matt Garber, Matt Moores, Ida Olson, Stacey Lee, Kristin Dwyer, Adrienne Young, Kerri Maniscalco, Katie Nelson, Julie Dao, Liz Briggs, Amanda Roelofs, Patricia Cave, Bob Miller, Amy Einhorn, Rebecca Soler, Liz Catalano, Nancy Trypuc, Donna Noetzel, Cristina Gilbert, Katherine Turro, Jordan Forney, Vincent Stanley y Emily Walters (y a todos los demás en Flatiron Books, Macmillan Audio, Macmillan Library y MacMillan Sales), a Milly Ker Hawn, Kate Howard, Lily Cooper, Melissa Cox, Thorne Ryan y todos en Hodder and Stoughton, Erin Fitzsimmons, Annisa de Gomery, Kristen Williams, Lauren (FictionTea), FairyLoot y OwlCrate.

Si estás leyendo estos agradecimientos, quiero darte las gracias a ti también: por elegir este libro, por adentrarte en este mundo y por quedarte conmigo durante toda esta saga. Le estoy muy agradecida a cada lector, a cada bloguero, a cada *bookstagrammer*, a cada librero, bibliotecario y profesor que ha leído este libro o lo ha apoyado de algún modo. Ha sido una de mis mayores alegrías compartir estos personajes y sus historias con vosotros.



STEPHANIE GARBER es una autora estadounidense de ficción para adultos jóvenes conocida por la serie *Caraval*.

Imparte clases de Escritura Creativa en el Norte de California y gestiona un blog, además de colaborar con otras plataformas para hablar sobre escritura y libros.

Fue durante sus años como estudiante universitaria cuando empezó a escribir. Terminó varias novelas pero todas fueron rechazadas hasta que su cuarto libro, una space opera, llamó la atención de un agente literario. Sin embargo, fue la publicación de otro título, *Caraval*, lo que la lanzó al estrellato.

Aunque Garber no pretendía convertir la novela en una serie cuando la escribió, pronto surgieron dos secuelas, *Legendary* y *Finale*, que completarían una trilogía.